



John Banville

El libro de las pruebas

Traducción
Horacio González Trejo

Lectulandia

Frederick Montgomery tiene treinta y ocho años, y está en la cárcel a la espera de que le juzguen por robo y asesinato. Pero este libro de pruebas que no prueba nada, esta confesión dirigida al juez, no pretende conseguir una sentencia más leve, sino indagar en las causas del crimen, desvelar el opaco enigma que Freddie es incluso para sí mismo.

Hijo de buena familia, científico brillante durante un breve período de su juventud, se ha pasado los últimos años a la deriva, errando por islas del Mediterráneo nada paradisíacas, entre bares de mala muerte y una bohemia mucho más cerca de la degradación que del arte. Hasta que de regreso a Irlanda a buscar fondos, y en el curso de un robo absurdo, arrastrado más por una oscura fascinación que por la necesidad, secuestra y mata a una joven criada.

Pero ¿por qué, en una existencia signada por el desapego, por una deriva que le ha convertido en un perpetuo extranjero, esa obsesión por el retrato anónimo de una mujer de mediana edad, no demasiado hermosa, que pretendía robar y que le condujo al crimen? ¿Qué es verdad y qué es mentira en su relato del crimen, en la novela de su vida?

Lectulandia

John Banville

El libro de las pruebas

ePub r1.0

Titivillus 05.04.15

Título original: *The Book of Evidence*
John Banville, 1989
Traducción: Horacio González Trejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Su señoría, cuando me pida que se lo cuente a los miembros del jurado en mis propios términos, diré lo siguiente: me tienen encerrado como a un animal exótico, último superviviente de una especie que consideraban extinta. Deberían dejar pasar a las masas para que me viesen: el devorador de la muchacha, esbelto y peligroso, andando de aquí para allá en mi jaula, mientras mis terribles ojos verdes parpadean más allá de los barrotes; tendrían que darles algo con que soñar cuando por las noches están bien abrigados metidos en sus camas. Cuando me detuvieron, se arañaron con tal de echarme un vistazo. Estoy convencido de que habrían pagado por ese privilegio. Gritaron insultos, esgrimieron sus puños amenazadores y mostraron los dientes. Fue irreal, aterrador pero cómico verlos allí, apiñados en la acera como extras cinematográficos, jóvenes con gabardinas de tres al cuarto, mujeres con la bolsa de la compra y uno o dos personajes silentes y canosos que permanecían inmóviles, voraces, atentos a mí, pálidos de envidia. En aquel momento un guardia me cubrió la cabeza con una manta y me empujó al interior del coche patrulla. Reí. Había algo irresistiblemente gracioso en la forma en que la realidad, trivial como de costumbre, satisfacía mis peores fantasías.

A propósito de aquella manta, ¿la trajeron aposta o siempre llevan una en el maletero? Ahora estas cuestiones me preocupan, les doy vueltas y más vueltas. Debí de dar una imagen interesante, apenas entrevista, instalado en el asiento trasero cual una momia mientras el coche se deslizaba a todo gas por las calles húmedas bañadas de sol, dándose aires de importancia.

Luego este sitio. Lo primero que me impresionó fue el ruido. Una barahúnda ensordecedora, gritos y silbidos, risotadas, disputas, sollozos. Pero también existen momentos de calma, como si de súbito cayera un gran temor o una profunda tristeza que nos dejara sin habla. Igual que agua estancada, el aire pende inmóvil en los pasillos. Está salpicado por un sutil hedor a fenol, que recuerda al osario. Al principio me figuré que era yo, quiero decir que ese olor era mío, mi contribución. ¿Puede que lo sea? La luz del sol también es rara, incluso afuera, en el patio, como si le hubiese ocurrido algo, como si le hubieran hecho algo antes de dejarla caer sobre nosotros. Tiene un tinte ácido, alimonado, y se presenta en dos intensidades: o es insuficiente para ver o nos abrasa los ojos. No me referiré a los diversos tipos de oscuridad.

Mi celda. Mi celda es. ¿Para qué insistir?

A los detenidos les asignan las mejores celdas. Como debe ser. Al fin y al cabo, podrían declararme inocente. Oh, no debo reír, duele demasiado, sufro una punzada espantosa como si algo presionara mi corazón..., supongo que el peso de la culpa. Dispongo de una mesa y de lo que aquí llaman un butacón. Incluso hay un televisor, aunque apenas lo enciendo ahora que mi caso está sub iúdice y en las noticias ya no hablan de mí. Las instalaciones sanitarias dejan mucho que desear. Salpicaduras: ¡qué adecuada, la expresión! Intentaré conseguir un sodomita..., ¿o quiero decir un neófito? Un sujeto joven, cimbreante y bien dispuesto, que no sea muy quisquilloso. No me resultará difícil. También quiero hacerme con un diccionario.

Por encima de todo, me molesta el olor a semen que hay en todas partes. Este sitio apesta.

Admito que tenía expectativas irremediabilmente románticas sobre el modo en que aquí discurrirían las cosas. Me figuré que sería una especie de celebridad, aislada de los demás presos en un ala especial, en la que recibiría a grupos de personas serias e importantes con quienes hablaría largo y tendido sobre las grandes cuestiones del momento, impresionando a los hombres y fascinando a las mujeres. ¡Qué penetración!, exclamarían. ¡Qué agudeza! Nos dijeron que era una bestia insensible y cruel, pero ahora que lo hemos visto y oído..., ¡vaya, qué sorpresa! Y aquí estoy, adoptando una pose elegante con mi perfil de asceta vuelto hacia la luz que se cuela a través de la ventana con barrotes, tocando un pañuelo perfumado y con una ligera sonrisa forzada. Jean-Jacques, el asesino culto.

No es así, no es así bajo ningún concepto, pero tampoco valen otras etiquetas. ¿Dónde están los disturbios en el comedor, las fugas en masa y ese tipo de cosas que el cine ha hecho tan familiares? ¿Qué hay de la escena en el patio de ejercicios, en la cual matan al chivato con un vidrio mientras un par de pesos pesados barbudos montan una gresca para desviar la atención? ¿Cuándo comenzarán las peloterías entre pandillas? Lo cierto es que aquí dentro la vida es como afuera, pero más intensa. Estamos obsesionados por el bienestar material. Hace siempre demasiado calor, parece que estamos en una incubadora, pero son infinitas las quejas por corrientes de aire, fríos súbitos y pies helados durante la noche. La comida también cuenta, escarbamos en busca de algún bocado sustancioso en nuestros platos de gachas, olisqueamos y suspiramos como si asistiéramos a una convención de *gourmets*. Después del reparto de paquetes corre la voz como reguero de pólvora: ¡Psss! ¡Le han enviado un pastel casero! Francamente, parece el internado, con su mezcla de tristeza y comodidad, el deseo embotado, el ruido y, en todas partes, sempiterno, ese aire masculino, gris, tibio y viciado, tan peculiar.

Me han dicho que era distinto cuando los políticos estaban aquí. Solían subir y bajar por los pasillos, sujetos de brazos y piernas, ladrándose en un irlandés arrabalero, cosa que provocaba gran júbilo entre los delincuentes comunes. Entonces todos se pusieron en huelga de hambre o algo parecido, los trasladaron y la vida recobró la normalidad.

¿Por qué somos tan sumisos? ¿Se debe a lo que, según dicen, ponen en el té para adormecer la libido? Tal vez tenga que ver con las drogas. Su señoría, sé que a nadie, ni siquiera al ministerio fiscal, le gustan los chivatos, pero me considero obligado a informar a la justicia del activo comercio de sustancias prohibidas que tiene lugar en esta institución. Hay tíos, quiero decir carceleros, implicados y puedo proporcionar sus números siempre y cuando se me garantice protección. Se consigue de todo: estimulantes y somníferos, tranquilizantes, caballo, crack, lo que uno quiera... No creo que usted, su señoría, esté familiarizado con esa jerga abyecta, jerga que he aprendido desde mi ingreso aquí. Como puede figurarse, son en general los jóvenes los que se dedican a ello. Es fácil reconocerlos trastabillando por los pasillos como sonámbulos, con la sonrisilla desilusionada y embotada de los que están realmente colgados. Sin embargo, algunos no sonríen, parece desde luego que no volverán a sonreír. Son los perdidos, los desahuciados. Tienen la mirada extraviada, la expresión vacía y preocupada, de la misma forma que los animales heridos apartan enmudecidos su mirada de nosotros, como si fuéramos meros fantasmas de ellos mismos, cuyo dolor se sufre en un mundo que no es el nuestro.

Pero no, no son solo las drogas. Ha desaparecido algo esencial, nos han arrancado la esencia. Ya no somos del todo humanos. Viejos presidiarios, sujetos que han cometido delitos impresionantes se pavonean por la cárcel cual señoras mayores, pálidas, dulces, con pecho de paloma y anchas de caderas. Riñen por los libros de la biblioteca, algunos incluso tejen. Los jóvenes también tienen pasatiempos, se me acercan furtivamente en la sala de recreo, con sus ojos de ternero casi rebosantes de lágrimas, y me muestran con timidez sus trabajos manuales. Me pondré a gritar si tengo que admirar otro barco metido en una botella. Pero estos rufianes, estos violadores y estos hombres que maltratan a los niños son muy tristes, de puro vulnerables. Aunque no sé muy bien por qué, cuando pienso en ellos imagino una tira de hierba cubierta de rastrojos y el árbol que atisbo por la ventana si aprieto la mejilla contra los barrotes y miro en diagonal más allá de la alambrada y del muro.

Por favor, póngase de pie, coloque su mano aquí y pronuncie con claridad su nombre. Frederick Charles St. John Vanderveld Montgomery. ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? No sea ridículo. Quiero llamar de inmediato a mi primer testigo, mi esposa Daphne. Sí, ese era y es su nombre. Por algún motivo, a la gente siempre le ha resultado algo cómico. Creo que encaja a la perfección con su belleza sosa, morena y miope. Veo a Daphne, mi dama de los laureles, reclinada en un claro bañado por el sol, algo molesta, el rostro ladeado y el ceño un poco fruncido mientras un dios menor con forma de fauno y flauta de cañas hace cabriolas y corretea, tocando inútilmente con toda el alma. Fue ese aire abstraído y levemente insatisfecho el que despertó mi interés por ella. No era bonita ni buena, pero me iba como anillo al dedo. Tal vez yo ya pensaba en un futuro en el que necesitaría ser

perdonado —por alguien, por quien fuese— y nada mejor que uno de los míos para hacerlo.

Cuando afirmo que no era buena, no estoy diciendo que fuese mala ni corrupta. Sus fallas no eran nada en comparación con las grietas dentadas que atraviesan mi alma. Se la podía acusar, a lo sumo, de cierta pereza moral. Había cosas que no se tomaba la molestia de hacer, por muy imperiosas que fueran las obligaciones que exigían su cansina atención. Descuidó a nuestro hijo no por desamor sino porque, simplemente, sus necesidades no la inquietaban. La veía sentada mientras le observaba con la mirada errante, como si intentase recordar con precisión quién o qué era y por qué estaba ahí, rodando en el suelo, a sus pies, cometiendo alguno de sus infinitos desastres. ¡Por favor, Daphne!, murmuraba, y la mitad de las veces me miraba de la misma forma, con la misma mirada hueca y extrañamente ausente.

Al parecer soy incapaz de dejar de hablar de ella en pasado. Hasta cierto punto está bien. Viene a visitarme con frecuencia. La primera vez que se presentó, preguntó cómo eran las cosas aquí. ¡Oh, querida, el ruido... y la gente!, dije. Daphne asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa y miró con desgana a los otros visitantes. Como puede verse, nos comprendemos.

En el sur su indolencia se convirtió en una especie de languidez voluptuosa. Recuerdo cierta habitación de postigos verdes, cama estrecha, una silla a lo Van Gogh y el mediodía mediterráneo vibrando en las calles encaladas. ¿Ibiza? ¿Isquia? ¿Acaso Míkonos? Siempre una isla, escribiente, haga el favor de apuntarlo, tal vez tenga algún significado. Daphne se desvestía con mágica presteza, con una especie de movimiento sinuoso, como si la falda, las bragas y todo lo demás fuesen de una sola pieza. Es una mujer grande, ni gorda ni pesada, pero consistente y maravillosamente equilibrada: cada vez que la veía desnuda deseaba acariciarla como me gustaría acariciar una escultura, sopesar las curvas con el hueco de la mano, pasar el pulgar por las líneas largas y lisas, palpar la frescura, la textura aterciopelada de la piedra. Escribiente, quite la última frase, es excesiva.

Aquellos mediodías abrasadores, en esa habitación y en infinidad de otras parecidas... Dios mío, me estremezco al recordarlas. Era incapaz de resistirme a su indolente desnudez, al peso y la densidad de la carne trémula. Se tendía a mi lado como una *maja* abstraída y contemplaba el techo umbrío o el resquicio de luz blanca y ardiente que se colaba entre los postigos, hasta que —y eso que nunca comprendí exactamente cómo— me las ingeniaba para accionar un nervio recóndito y entonces se volvía con torpeza hacia mí, deprisa, soltaba un gemido y me aferraba como si estuviese a punto de caer, con la boca en mi cuello y sus dedos de ciega en mi espalda. Siempre mantenía los ojos abiertos, su pálida y suave mirada gris desvariaba sin poderlo evitar, retrocedía bajo el tierno sufrimiento que le infligía. Soy incapaz de expresar lo mucho que me excitaba esa mirada dolorida e indefensa, tan distinta a la de otros momentos. Cuando estábamos en la cama de aquella manera, intentaba que se pusiera las gafas para que pareciese aún más perdida e indefensa, pero nunca lo

conseguí por mucho que apelé a medios arteros.

Después era como si no hubiese pasado nada, Daphne se levantaba, se deslizaba con parsimonia hasta el baño, con la mano en el pelo, y me dejaba postrado en la sábana empapada, convulsionado y jadeante como si hubiese sufrido un ataque cardíaco, que, supongo, era lo que hasta cierto punto me había ocurrido.

Creo que nunca supo cuánto me afectaba. Me ocupé de que no lo notara. No quiero que se me entienda mal, no era que temiese caer bajo su dominio ni nada por el estilo. Sucedió que, entre nosotros, esa certeza habría estado..., bueno, fuera de lugar. Existía cierta reticencia, cierta discreción que desde el principio acordamos preservar tácitamente. Nos entendíamos, claro que sí, pero ello no significaba que nos conociéramos ni que quisiéramos conocernos. ¿Cómo habríamos mantenido esa condescendencia distante que para los dos contaba tanto sin preservar, además, el secreto esencial de nuestro yo interior?

Era magnífico levantarse en medio del frescor de la tarde, bajar hasta el puerto y pasear por la desolada geometría del sol y la sombra de las callejuelas. Me gustaba observar a Daphne caminar delante de mí, mover los fuertes hombros y las caderas con un ritmo insinuante y complejo bajo la ligera tela del vestido. También me gustaba observar a los isleños encorvados sobre sus pastís y sus vasitos de café turbio, girando sus ojos de lagartija cuando Daphne pasaba. Eso es, cabrones, dejad que os consuma el deseo...

En el puerto siempre había un bar, siempre el mismo cualquiera que fuese la isla, con un puñado de mesas y sillas de plástico en el exterior, sombrillas ladeadas en las que se leía Stella o Pernod y un propietario moreno y grueso que se escarbaba los dientes apoyado en el vano de la puerta. Y siempre había la misma gente: unos cuantos individuos delgados pero robustos de vaqueros desteñidos, mujeres de mirada dura curtidas por el sol, un vejete gordo con gorra de marino y patillas canosas y, por descontado, uno o dos maricas con pulseras y sandalias de fantasía. Eran nuestro grupo, nuestra pandilla, nuestros amigos. Rara vez sabíamos sus nombres ni ellos el nuestro y nos llamábamos camarada, amigo, capitán, cariño. Bebíamos nuestro coñac o nuestro ajeno, fuera cual fuese el veneno local más barato, y hablábamos a voz en cuello de otros amigos, personajes todos de otros bares, de otras islas, al tiempo que no nos quitábamos el ojo de encima, ni siquiera al sonreír, atentos a no sabíamos qué, quizás a una brecha, un flanco débil, por un momento desprotegido, en el que hundir los colmillos. Señoras y caballeros del jurado, seguro que nos han visto, formábamos parte del pintoresquismo local de su viaje organizado, pasaron a nuestro lado con mirada soñadora y los ignoramos.

Daphne y yo presidíamos esa chusma con una especie de desapego a lo grande, como un rey y una reina exiliados que cada día aguardan noticias de la contrarrevolución y de la convocatoria para retornar a palacio. Noté que la gente en general nos veía con cierto recelo, en repetidas ocasiones percibí en sus ojos una mirada preocupada, apaciguadora, perruna, o una mirada resentida, furtiva y hosca.

He meditado sobre este fenómeno y me parece significativo. ¿Qué había en nosotros —mejor dicho, qué había *en torno a* nosotros— que los impresionaba? Bueno, somos altos y bien formados, yo soy apuesto y Daphne es bella, pero no es posible que solo fuera eso. No, después de mucho pensarlo he arribado a la siguiente conclusión: creían reconocer en nosotros cierta coherencia e integridad, una autenticidad primordial de la que carecían y de la que no se sentían del todo dignos. Éramos... sí, ¿por qué no decirlo?, éramos héroes.

Por supuesto, pensé que aquello era ridículo. No, esperen, estoy bajo juramento, debo decir la verdad. Me encantaba. Me encantaba sentarme a mis anchas bajo el sol, junto a mi consorte resplandeciente y de mala fama, y recibir sin alharaca el tributo de nuestra abigarrada corte. Ponía una sonrisa circunstancial, ligera y apenas esbozada, serena y tolerante, con un lejanísimo toque de desdén; se la dedicaba sobre todo a los más imbéciles, a los pobres idiotas que balbuceaban, retozaban ante nosotros con sus gorros de cascabeles, ponían en práctica sus patéticas triquiñuelas y se reían como locos. Los miraba a los ojos y, como me sentía ennoblecido, durante unos segundos podía olvidar lo que era, una cosa ínfima y temblequeante, igual que ellos, llena de anhelo y desprecio, solitaria, temerosa, acosada por las dudas y agonizante.

Así fue como caí en manos de los timadores: llegué a creer que era inviolable. Su señoría, no pretendo disculpar mis acciones, solo intento explicarlas. Esa vida a la deriva de isla en isla fomentaba ilusiones. El sol y el aire de mar diluyeron la importancia de las cosas hasta el extremo de que perdieron su auténtico peso. Mí instinto, el instinto de nuestra tribu, esas espirales enroscadas y templadas en las selvas negras del norte se relajaron en el sur, su señoría, de verdad que fue así. ¿Era posible que hubiera algo peligroso y perverso en un clima tan benigno, tan azul y tan digno de una acuarela? Además, las cosas malas son las que siempre tienen lugar en otra parte y la mala gente nunca es la que uno conoce. El yanqui, por ejemplo, no parecía peor que los demás ejemplares de la fauna de aquel año. De hecho, no me pareció peor que yo mismo... Quiero decir, peor de lo que yo mismo me figuraba que era, ya que, desde luego, eso sucedió antes de que descubriese las cosas que era capaz de hacer.

Lo llamo el yanqui porque no sabía o no recuerdo su nombre, aunque no estoy seguro de que fuese norteamericano. Hablaba con un gangueo que parecía aprendido en el cine y tenía una costumbre de hablar mientras miraba a su alrededor con los ojos entrecerrados que me recordaba a algún astro de la pantalla. No pude tomármelo en serio. Hice una magnífica imitación del yanqui —siempre he sido buen mimo— y la gente se rio sorprendida al reconocerlo. Al principio lo tomé por un joven, pero Daphne sonrió y me preguntó si le había mirado las manos. (Daphne siempre reparaba en esos detalles). Era delgado y musculoso, de rostro afilado y con el pelo

rapado como un chaval. Vestía tejanos ceñidos, botas de tacón y cinturones de cuero con hebillas descomunales. Era realmente envarado. Lo llamaré..., veamos, lo llamaré Randolph. Iba detrás de Daphne. Lo vi acercarse sigilosamente, con las manos embutidas en los bolsillos, y olisquear en torno a ella, presumido y nervioso a la vez, lo mismo que tantos otros habían hecho antes, con su deseo, como el de ellos, evidente en cierta palidez extrema entre ceja y ceja. A mí me trataba con cautelosa afabilidad, me llamaba amigo e incluso —¿acaso lo imagino?— *camarada*. Recuerdo la primera vez que se sentó a nuestra mesa, enroscó sus patas de alambre alrededor de la silla y se reclinó sobre un codo. Yo casi esperaba que sacase la bolsa de tabaco y liase un pitillo con una sola mano. El camarero, Paco o Pablo, un joven de mirada ardiente y pretensiones aristocráticas, cometió un error y nos sirvió bebidas que no habíamos pedido. Randolph aprovechó la ocasión para echarle un rapapolvo. El pobre camarero aguantó incólume, con los hombros hundidos bajo los latigazos de invectivas, y fue lo que siempre había sido: hijo de campesinos. Cuando se alejó a trompicones, Randolph miró a Daphne y esbozó una sonrisa, exhibiendo una hilera lateral de dientes largos y leonados; pensé en un sabueso que, rebosante de orgullo, se sienta después de depositar una rata muerta a los pies de su ama. Malditos guiris, dijo al desgaire, e hizo ademán de escupir. Me incorporé de un salto, aferré el borde de la mesa y la tiré, arrojándole las copas sobre las piernas y gritándole que se pusiera de pie y la recogiera, ¡hijo de la gran puta! No, no, por supuesto que no lo hice. Aunque me hubiera gustado arrojar una mesa llena de cristales rotos sobre su entrepierna ridículamente almohadillada, ese no era mi modo de actuar, al menos en aquellos tiempos. Por añadidura, había disfrutado como el que más al ver que Pablo o Paco, el muy idiota, recibía su merecido, el camarero de miradas sentimentales, manos delicadas y aquel horrible bigote púbico.

A Randolph le gustaba dar la impresión de que era un tipo peligroso. Hablaba de acciones infames perpetradas en un lejano país al que llamaba estadounidense. Di pábulo a las narraciones de esas hazañas y me deleitaba para mis adentros con la forma descuidada en que las relataba, como restándoles importancia. Había algo maravillosamente ridículo en la situación: la mirada de soslayo del fanfarrón y sus modulaciones maliciosamente modestas, su aire de eufórica dignidad, la forma en que se abría como una flor bajo el calor de mi muda inclinación de cabeza a la vez afirmativa, reverente y atemorizada. La sutil perversidad de los seres humanos siempre me ha dado satisfacción. Es un verdadero placer tratar a un tonto mentiroso como si le considerase la esencia de la probidad, seguir el juego de sus poses y sus mentirijillas. Sostuvo que era pintor hasta que le hice unas cuantas preguntas inocentes sobre el tema y, de súbito, se convirtió en escritor. En realidad, según me confió una noche de copas, ganaba dinero traficando droga entre los ricos que circulaban por la isla. Me horroricé, por supuesto, pero reconocí que se trataba de una información valiosa y más tarde, cuando...

Pero estoy harto de esto, será mejor dejarlo de lado. Le pedí dinero prestado. Se

negó. Le recordé la noche de borrachera y añadí que estaba convencido de que a la *guardia*^[1] le interesaría saber lo que me había contado. Se sorprendió. Lo pensó. Respondió que no tenía la suma que le pedía, que tendría que buscarla en otra parte, tal vez pedírsela a personas que conocía. Y se mordió el labio. Le dije que me parecía bien, que la procedencia del dinero me era indiferente. Me divertía y me sentía satisfecho de mí mismo jugando al chantajista. En realidad, no esperaba que me tomase en serio, pero estaba claro que había subestimado su cobardía. Se presentó con el dinero en efectivo y Daphne y yo pasamos unas semanas a lo grande; todo fue grandioso salvo el hecho de que Randolph me seguía los pasos dondequiera que fuese. Su interpretación de palabras como *prestar* y *devolver* fue angustiosamente literal. Le pregunté si no era una justa devolución guardar su sucio secreto. Con un torpe y desmañado intento por sonreír dijo que esas personas no se andaban con chiquitas. Repliqué que me alegraba oírlo, pues a nadie le gusta tratar, aunque sea por interpósita persona, con los meramente frívolos. Amenazó con darles mi nombre. Me reí en su cara y me largué. Seguía sin tomarme nada en serio. Pocos días después llegó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza, dirigido a mí por alguien que apenas sabía escribir. Daphne cometió el error de abrirlo. Contenía una lata de tabaco —de Balkan Sobranie, lo que aportaba un toque de exótico cosmopolitismo— forrada con guata, dentro la cual reposaba un trozo de carne algo espiralado, pálido, cartilaginoso y cubierto de sangre seca. Tardé un rato en darme cuenta de que se trataba de una oreja humana. Quien la hubiera sajado había hecho una chapuza y, a juzgar por el borde dentado, había utilizado algo semejante a un cuchillo para cortar pan. Doloroso. Supongo que esa era la intención. Recuerdo que pensé: ¡qué apropiado, una oreja en tierra de toreros! En realidad, fue muy divertido.

Fui a buscar a Randolph. Llevaba voluminosas hilas adheridas al lado izquierdo de la cabeza, sujetas por un vendaje torcido y no muy limpio. Ya no me recordaba al salvaje Oeste. Como si el destino hubiese decidido hacer caso de su reivindicación artística, ahora poseía un sorprendente parecido con el pobre y loco Vincent en el autorretrato pintado después de mutilarse por amor. Cuando Randolph me vio, tuve la impresión de que se iba a echar a llorar; se compadecía de sí mismo y estaba indignado. Ahora serás tú el que trate con ellos, dijo; tú eres quien les debe, no yo, que ya he pagado, y se llevó con solemnidad la mano a la cabeza vendada. Después me insultó y se escurrió por un callejón. Pese al sol de mediodía, un estremecimiento me recorrió la espalda como el viento gris que se arremolinaba sobre el mar. Me quedé meditando unos instantes en aquella esquina de casas encaladas. Un viejo montado en un burro me saludó. A poca distancia repicó la campana estañosa de una iglesia. ¿Por qué?, me pregunté, ¿por qué vivo de esta manera?

Se trata de una pregunta cuya respuesta, sin duda, querría conocer el jurado. Dados mis orígenes, mi educación y mi cultura —claro que sí—, ¿cómo podía llevar

semejante vida, relacionarme con esas gentes, meterme en tantos líos? La respuesta es... que no conozco la respuesta. O la conozco y es demasiado amplia, demasiado enmarañada para intentar darla aquí. Solía creer, como todo el mundo, que era yo quien decidía el curso de mi vida según mis propias decisiones, pero poco a poco, a medida que acumulaba cada vez más pasado en el que basarme, me di cuenta de que hice lo que hice porque no podía hacer otra cosa. Por favor, su señoría, no imagine, no crea detectar en este punto la insinuación de una apología, ni siquiera de una defensa. Deseo asumir toda la responsabilidad de mis actos —a la postre, son lo único que puedo considerar propio— y declaro de antemano que aceptaré sin vacilaciones el veredicto del jurado. Simplemente pregunto, con los debidos respetos, si es posible aferrarse al principio de la culpabilidad moral en cuanto se abandona la noción de libre albedrío. Reconozco que se trata de un asunto delicado, de esos que nos gusta discutir por la noche, mientras bebemos chocolate y fumamos, cuando el tiempo se eterniza.

Como ya he dicho, no siempre consideré mi vida como una prisión en la que todos los actos están determinados de acuerdo con un patrón establecido al azar por una autoridad desconocida e insensata. De joven me veía desde luego como un arquitecto que algún día montaría un maravilloso edificio a su alrededor, una especie de gran pabellón espacioso y ventilado que me cobijaría en toda mi integridad y dentro del cual sería libre. Mirad, dirían al distinguir esa eminencia desde lejos, mirad cuán seguro y sólido es: es él, ya lo creo, no cabe la menor duda, es el hombre propiamente dicho. Entre tanto, sin casa, me sentía a la vez expuesto e invisible. ¿Cómo describir esta sensación de mí mismo, algo ingrávido, sin amarras, un fantasma flotante? Otros parecían poseer cierta densidad, una presencia de la que yo carecía. Entre esos seres grandes y despreocupados, yo semejaba un niño entre adultos. Los observaba azorado y me asombraba de su imperturbable seguridad frente a un mundo desconcertante y absurdo. Entiéndame bien, no era una florecilla marchita, reía, armaba jaleo y me jactaba con los mejores..., solo que en mi interior, en esa galería macabra y umbría que llamo mi corazón, estaba intranquilo, con una mano sobre la boca, silente, envidioso e inseguro. Ellos comprendían las cosas o al menos las aceptaban. Sabían qué pensar sobre cada una de ellas, tenían opiniones. Hacían manga ancha, como si no se dieran cuenta de que todo es infinitamente divisible. Hablaban de causas y efectos, como si consideraran posible aislar un acontecimiento y escudriñarlo en un espacio puro y sin tiempo, al margen del loco remolino de los hechos. Se referían a pueblos enteros como si hablaran de un solo individuo, mientras que para mí era temerario hablar incluso de un individuo con el más leve atisbo de certidumbre. Pues sí, no conocían límites.

Como si las personas del mundo exterior no bastaran, dentro de mí albergaba un ejemplar propio, una especie de vigilante de quien debo ocultar mi falta de convicción. Por ejemplo, si me ponía a leer algo, una diatriba en este o aquel libro, y me exaltaba advertir que estaba de acuerdo, al final descubría que había errado en mi

interpretación de lo que el autor decía; que, de hecho, había entendido todo como el culo y me veía obligado a dar un salto mortal, veloz como el rayo, y a decirme a mí mismo, quiero decir a mi otro yo, a ese severo sargento interior, que lo que se decía era verdad, que realmente nunca había pensado lo contrario y que, aunque así fuera, ponía de manifiesto una apertura de miras que me permitía saltar de una opinión a otra sin enterarme siquiera. Después me enjugaba el sudor de la frente, carraspeaba, erguía los hombros y seguía adelante con elegancia y reprimido desaliento. ¿Por qué hablo en pretérito? ¿Acaso algo ha cambiado? El vigilante que hay dentro no ha hecho más que avanzar y hacerse cargo de todo mientras el desconcertado forastero se amilana en el interior.

Me pregunto si el tribunal es capaz de comprender lo que esta confesión supone para mí.

Me dediqué al estudio de la ciencia con el propósito de encontrar certidumbres. No, no es verdad. Sería más correcto decir que me dediqué a la ciencia con el propósito de volver más soportable la ausencia de certidumbres. Pensé que había encontrado el modo de erigir una sólida estructura sobre las mismas arenas que, siempre y en todas partes, se movían bajo mis pies. Y era bueno, tenía dotes. Me ayudó carecer de convicciones sobre la naturaleza de la realidad, de la verdad, de la ética, de los grandes temas —por cierto, descubrí en la ciencia una visión de ese mundo imprevisible e inestable que me resultaba extrañamente conocido, pues siempre había considerado la materia como un torbellino de colisiones azarasas—. Me dediqué a la estadística y a la teoría de las probabilidades. Aquí no entraré en cuestiones esotéricas. Poseía una fría capacidad nada desdeñable, ni siquiera según los impresionantes patrones que rigen esta disciplina. Mis ensayos de estudiante fueron modelos de claridad y precisión. Mis profesores, viejos desaliñados que apestaban a tabaco y a dentaduras cariadas, me adoraban porque reconocieron en mí esa vena rara e implacable, cuya carencia los había condenado a sudar la gota gorda en los claustros. Entonces los norteamericanos se fijaron en mí.

Mi amor por Norteamérica fue extraordinario. La vida en la Costa Oeste, bañada por el sol y con sus tonos pastel, me estropeó para siempre. Perdura en mis sueños, todo permanece inalterado: las colinas ocreas, la bahía, el enorme puente rojo, delicado y envuelto en bruma. Me sentía como si hubiera ascendido hasta una altiplanicie de fábula, hasta una especie de Arcadia. Cuánta riqueza, cuánta soltura, cuánta inocencia. De todos mis recuerdos escojo uno al azar: un día de primavera en la cafetería de la universidad. Es la hora del almuerzo. Afuera, en la plaza, junto a la fuente, las maravillosas muchachas se entretienen bajo el sol. Esa mañana asistimos a la conferencia de un sabio visitante, un gran maestro de lo arcano, que ahora está sentado a nuestra mesa, bebe café en un vaso de papel y parte pistachos con los dientes. Es un hombre larguirucho con un delirante plumero de pelo rizado que empieza a encanecer. Tiene una mirada socarrona con una chispa de malicia, que pasea infatigablemente de un lado a otro como si buscara algo risible. Lo cierto es,

amigos —dice—, que todo es azar, puro azar. De pronto su sonrisa es la de un tiburón y me guiña el ojo porque también soy extranjero. Los profesores sentados alrededor de la mesa asienten con la cabeza pero no dicen nada; son hombres corpulentos, bronceados y serios, con camisas de manga corta y zapatos de suelas anchas. Uno se rasca el mentón y otro consulta con desgana un reloj de pulsera que es un trasto. Un joven de pantalones cortos y pecho descubierto pasa junto a la cafetería tocando la flauta. Las chicas se incorporan lentamente de dos en dos y se alejan despacio, pisando la hierba, con los brazos cruzados y los libros apretados contra el pecho como petos. Dios mío, ¿es posible que haya estado allí de verdad? Ahora, en este sitio, parece más un sueño que un recuerdo: la música, las morigeradas ménades y nosotros en aquella mesa, figuras desvaídas y quietas, los sabios que presidíamos al otro lado del cristal que reflejaba el follaje.

Quedaron cautivados por mí, por mi acento, mis corbatas de lazo, mi encanto del viejo mundo ligeramente siniestro. Tenía veinticuatro años y entre ellos me sentía maduro. Se lanzaron sobre mí con solemne fervor, como empeñados en cierto afán de mejora personal. Por aquel entonces estaba en pleno apogeo una de sus guerritas en el extranjero y daba la sensación de que, salvo yo, todos protestaban. No quise saber nada de sus marchas, sus sentadas, de los ecos ensordecedores que para ellos cumplían la función de debates. Pero ni siquiera mis concepciones políticas —o su inexistencia— sirvieron de freno y las hijas de las flores de todas formas y colores cayeron en mi cama con pétalos temblorosos. Son muy pocas las que recuerdo con precisión; cuando pienso en ellas veo una especie de híbrido con las manos de esta, los ojos de aquella y los sollozos de otra. De esa época, de esas noches, solo persiste un débil sabor agridulce y un deje, el más ínfimo resplandor, de aquel estado de liviandad flotante, de... ¿cómo decirlo?, de bienaventuranza balánica y atarácica —sí, sí, he conseguido un diccionario— en el que me dejaban, con los músculos doloridos por sus intensas atenciones y mi carne bañada por el bálsamo de su sudor.

Fue en Norteamérica donde conocí a Daphne. Una tarde estaba de pie en el porche de la casa de un profesor que daba una fiesta, ginebra triple en la mano, cuando oí en el jardín la voz del terruño: suave y clara, como el sonido del agua que cae sobre el cristal, y con ese toque aletargado que es la nota inequívoca de nuestra tribu. Miré y ahí estaba, con un vestido floreado y zapatos pasados de moda, peinada con el estilo muñeco negro de trapo de la época, frunciendo el ceño por encima del hombro de un individuo de llamativa chaqueta que respondía con gestos frívolos a algo que le había preguntado, mientras Daphne asentía con toda seriedad, sin escuchar ni una sola palabra de la perorata de aquel individuo. Apenas la vi, le volví la espalda, no sé exactamente por qué. Estaba de mal humor y medio trompa. Creo que aquel instante se convirtió en la metáfora de nuestra vida en común. Pasaría los quince años siguientes volviéndole la espalda de una manera u otra hasta la mañana en que me apoyé en la barandilla del vapor de la isla, respiré el aire enfangado del puerto y saludé sin entusiasmo a Daphne y al niño, que me parecieron minúsculos

desde el muelle. Aquel día fue Daphne la que me volvió la espalda, con lo que ahora considero una premeditada e infinitamente dolorosa determinación.

Sentía tanta insensatez como temor. Me sentía ridículo. El aprieto en que me había metido era irreal: un sueño disparatado que un gordinflón incompetente puede convertir en una película de ínfima categoría. Durante prolongados períodos lo descartaba de la misma manera que uno ahuyenta un sueño, por muy espantoso que sea, pero esa cosa horrible y con tentáculos volvía sigilosamente y en mí afloraba una ardiente bocanada de terror y vergüenza. Puntualicemos: vergüenza por mi estupidez, por la desenfrenada ausencia de presciencia que me había metido en semejante berenjenal.

Como con Randolph había tenido la sensación de entrar en el mundo de una película de pacotilla, supuse que sería interpretada por un cómico reparto de rufianes, sujetos malcarados con dos dedos de frente y bigotito que formarían un círculo a mi alrededor con las manos en los bolsillos y horribles sonrisas, al tiempo que mascaban palillos. En cambio, asistí al encuentro de un público formado por un hidalgo de cabellos plateados y traje blanco, que me prodigó un firme y persistente apretón de manos y que dijo apellidarse Aguirre. Su actitud fue cortés y algo tristonera. No encajaba en el entorno. Yo había subido una estrecha escalera hasta un cuarto sucio y de techo bajo, situado encima de un bar. Había una mesa cubierta con hule y un par de sillas de mimbre. En el suelo, bajo la mesa, estaba sentado un crío mugriento que mordisqueaba una cuchara de madera. En un rincón reposaba un televisor enorme, en cuya pantalla apagada y fatídica me vi reflejado, desmesuradamente alto y delgado, curvado como un arco. El olor a fritura impregnaba el cuarto. El señor Aguirre estudió el asiento de una de las sillas con una ligera mueca de desagrado y se sentó. Sirvió vino para los dos y alzó la copa en amistoso brindis. Dijo que era hombre de negocios, un simple hombre de negocios y no un gran profesor —me sonrió e hizo una amable inclinación—, pero que de todos modos sabía que existían ciertas reglas, ciertos imperativos morales. En concreto él pensaba en uno: ¿me creía capaz de adivinar en cuál? Meneé la cabeza sin decir palabra. Me sentía como un ratón perseguido por un gato viejo, lustroso y aburrido. La tristeza del señor Aguirre se ahondó. Los préstamos, dijo con tono sereno, los préstamos tienen que devolverse. Al fin y al cabo, se trata de la ley por la que se rige el comercio. Abrigaba la esperanza de que yo comprendiera su posición. Reinó el silencio. Fui presa de una especie de horrorizado asombro: ese era el mundo real, el mundo del miedo, el dolor y el castigo merecidos, un lugar serio en vez del soleado campo de juegos en el que yo había malgastado a puñados el dinero de otro. Por fin respondí, con una voz que no parecía mía, que tendría que volver a mi país, donde había personas que me ayudarían, amigos y parientes que me prestarían dinero. El señor Aguirre meditó y preguntó si me iría solo. En un primer momento no comprendí a qué apuntaba. Desvié la mirada

y dije lentamente que sí, sí, era probable que mi esposa y mi hijo permanecieran allí. A medida que lo decía creí oír una horrorosa risa aguda, el selvático e irrisorio grito de la burla por detrás de mi hombro. El señor Aguirre sonrió y, con gran cuidado, volvió a servir otro sorbo de vino. El crío, que se había dedicado a jugar con los cordones de mis zapatos, se puso a aullar. Me puse nervioso, pues no había sido mi intención patear a la pobre criatura. El señor Aguirre frunció el ceño y gritó algo por encima del hombro. A su espalda se abrió una puerta y una mujer joven, descomunal y de aspecto colérico, asomó la cabeza y gruñó. Llevaba un vestido negro, sin mangas y con el dobladillo mal nivelado, y una brillante peluca negra alta como una colmena, con pestañas postizas haciendo juego. Se contoneó, se agachó con esfuerzo, cogió en brazos al crío y le plantó un bofetón. El niño estuvo a punto de echarse a llorar, sorprendido, pero se tragó un berreante sollozo y me miró solemnemente. La mujer también me observó furibunda, recogió la cuchara de madera y la arrojó con estrépito sobre la mesa, delante de mí. Se encajó al crío sobre una enorme cadera y abandonó el cuarto dando un portazo. El señor Aguirre se encogió de hombros, como disculpándose. Volvió a sonreír y guiñó el ojo. ¿Qué opinión tenía yo de las isleñas? Titubeé. Venga ya, vamos, añadió con tono ligero, sin duda tenía opinión formada sobre asunto tan importante. Repliqué que eran hermosas, muy hermosas, en su especie las más hermosas que conocía. Asintió satisfecho porque era lo que esperaba. No, dijo, no, son demasiado morenas, demasiado oscuras de la cabeza a los pies, incluso en las zonas que nunca están expuestas al sol. Se inclinó con su sonrisa torcida y plateada y me dio un golpecillo en la muñeca. Las mujeres del norte, ay, esas pálidas mujeres del norte... ¡Una piel tan blanca! ¡Tan delicadas! ¡Tan frágiles! Por ejemplo, su esposa, dijo. Volvió a imperar un intenso silencio. Apenas oí los broncos compases de la radio que sonaba en el bar de abajo. Los pasodobles de la corrida. Mi silla crujió, como lanzando una sorda advertencia. El señor Aguirre cruzó sus manos dignas de El Greco y me miró por encima de las puntas de las yemas de sus dedos. Su esposa, dijo exhalando la palabra, su bella esposa, ¿regresará pronto a su lado? En realidad, no era una pregunta. ¿Qué podía responder, qué podía hacer? En realidad, estas tampoco son preguntas.

Di a Daphne las mínimas explicaciones. Pareció comprender. No puso reparos. Eso ha sido en todo momento lo positivo en Daphne: no pone reparos.

El viaje fue largo. El vapor atracó en el puerto de Valencia al anochecer. Detesto España, es un país brutal y aburrido. La ciudad olía a sexo y a cloro. Abordé el tren nocturno y me apiñé en un compartimiento de tercera con media docena de campesinos apestosos que vestían ropas ordinarias. No pude conciliar el sueño. Tenía calor y me dolía la cabeza. Noté los esfuerzos de la locomotora que traqueteaba por la prolongada ladera rumbo a la meseta, mientras las ruedas tamborileaban una y otra vez su frase machacona. En Madrid rompía el alba de un azul descolorido. Me detuve

en la estación, contemplé una bandada de pájaros que revoloteó y cayó en picado desde una altura impresionante y, por muy extraño que parezca, me recorrió una ráfaga de euforia —o de algo parecido a la euforia— que me hizo temblar y me llenó los ojos de lágrimas. Supongo que se debía a la falta de sueño y a los efectos del aire límpido y vigorizante de la altura. Me pregunto por qué recuerdo con tanta claridad el momento en que me detuve, el color del cielo, los pájaros, el escalofrío de febril optimismo. Dirán que me encontraba en un momento crucial, que justo en ese punto se bifurcaba mi porvenir y que, sin darme cuenta, tomé el camino errado... Eso es lo que me dirán, ¿no?, lo que me dirán ustedes, que en todo caso necesitan encontrar significado, que codician el significado con las palmas de las manos pegajosas y los rostros encendidos. Cálmate, Frederick, cálmate. Señoría, perdone este arrebato. Lo que ocurre es que no creo que semejantes momentos tengan significado... y si a eso vamos, ningún momento lo tiene. Al parecer tienen importancia. Es posible que hasta posean algún valor, pero carecen de significado.

Ya está bien, he explicado mi fe.

¿Dónde estaba? Ah, en Madrid. A punto de abandonar Madrid. Tomé otro tren rumbo al norte. Paramos en todas las estaciones, pensé que jamás abandonaría ese espantoso país. En cierto momento estuvimos detenidos una hora en el corazón de la nada. Esperé en el palpitante silencio y miré aburrido por la ventanilla. Más allá de las sucias vías del tren del norte se extendía un inmenso y elevado campo amarillo y en lontananza una cadena de montañas azules que al principio confundí con nubes. Brilló el sol. Un cansado cuervo aleteó. Alguien tosió. Me pareció extraño estar allí, quiero decir precisamente allí y no en otra parte. No es que el hecho de estar en otra parte me hubiese resultado menos extraño. Quiero decir..., bueno, ya no sé lo que quiero decir. La atmósfera del compartimiento estaba viciada. Los asientos despedían un olor polvoriento y añejo. Un hombre menudo, moreno e ignorante me clavó los ojos y no desvió la mirada. En aquel instante comprendí que estaba a punto de hacer alguna perversidad, algo realmente horroroso, algo para lo que no habría perdón. No fue una premonición, palabra que me parece demasiado vaga. Lo supe. No puedo explicar cómo, pero lo supe. Me escandalicé de mí mismo, se me aceleró la respiración, me latieron las mejillas como si sintiera vergüenza, pero además de sorpresa experimenté una especie de bufonesco regocijo que trepó por mi garganta y me produjo sensación de ahogo. El campesino seguía sin quitarme los ojos de encima. Estaba ladeado, con las manos tranquilamente posadas en las rodillas y cabizbajo, absorto y distante a la vez. Estas gentes miran así, tienen tan poca conciencia de sí mismas que imaginan que los demás no se enteran de sus actos. Da la impresión de que miran desde otro mundo.

Yo, por supuesto, sabía muy bien que me estaba escapando.

Suponía que al llegar llovería y, a decir verdad, en Holyhead caía una llovizna fina y cálida, pero cuando salimos al canal el sol afloró de nuevo. Era de tarde. El mar estaba en calma, semejaba un menisco oleoso y tenso, de color malva y extrañamente alto y curvo. Desde el salón delantero en que me encontraba, la proa parecía elevarse cada vez más, como si el barco entero se esforzase por emprender el vuelo. Ante nosotros el cielo era un manchón carmesí sobre el más claro de los azules claros y el verde plateado. Giré la cara hacia la apacible luz marina, como si estuviera en trance, expectante, sonriente cual un orate. Admito que no estaba del todo sobrio, que ya había probado mi provisión de alcohol libre de impuestos y que la piel de mis sienes y la de alrededor de los ojos se tensaba de manera alarmante. Empero, no era solo el alcohol lo que me hacía sentir feliz, sino la ternura de las cosas, la sencilla bondad del mundo. Por ejemplo, qué pródiga era aquella puesta de sol, las nubes, la luz en el mar, la distancia desgarradora y verdigrís, todo estaba dispuesto para consolar a un viajero perdido y atormentado. Debo reconocer que jamás me he acostumbrado a estar en esta tierra. A veces pienso que nuestra presencia aquí responde a una pifia cósmica, que estábamos destinados a otro planeta, con otras disposiciones, otras leyes y otros cielos más torvos. Intento imaginar el sitio que nos corresponde, situado en un rincón remoto de la galaxia que gira y gira. Y los que estaban destinados a estar aquí, ¿se encuentran allá afuera, desconcertados y nostálgicos como nosotros? No, seguro que se han extinguido hace mucho tiempo. Es imposible que esos delicados terrícolas sobrevivieran en un mundo creado para albergarnos *a nosotros*.

Lo que primero me sorprendió fueron las voces. Pensé que falseaban el acento tanto que se parecían a una caricatura. Un par de estibadores de severa expresión con los cigarrillos colgando de las bocas y un aduanero de gorra: mis compatriotas. Atravesé un inmenso cobertizo de hierro ondulado y salí al dorado cansino de la tarde estival. Pasaron un autobús y un obrero montado en bici. La torre del reloj, cuyo podrido mecanismo aún marcaba una hora equivocada. Era todo tan conmovedor que me sorprendí. De pequeño me gustaba estar por allí, me agradaban el espigón, el paseo, el quiosco de música pintado de verde. Siempre perduraba una dulce sensación de

melancolía, de ligero pesar, como si una música extraña y animada, la última de la temporada, acabara de difuminarse en el aire. Mi padre siempre llamó Kingstown a este sitio: no tenía tiempo para los chapurreos locales. Solía traerme los domingos por la tarde y ocasionalmente los días laborables cuando tenía vacaciones escolares. Era un largo viaje desde Coolgrange. Aparcaba en la calle, encima del espigón, me daba un chelín y se largaba, dejando que me las arreglara. Me veo a mí mismo, príncipe de las ranas, entronizado en el alto asiento trasero del Morris Oxford mientras devoro un cucurucho de helado, lamo en redondo el pomo decreciente de materia pegajosa, con aplicación científica, y observo con atención a los viandantes, que palidecían al ver mi tétrica mirada y mi lengua saltarina y cremosa. La brisa marina era un muro de aire suave y salobre junto a la ventanilla abierta del coche, con restos del humo del buque correo atracado a mis pies. Las banderas que ondeaban en el tejado del club náutico temblaban y chasqueaban y el bosquecillo de palos del puerto cabeceaba y tintineaba como una orquesta oriental.

Mi madre no nos acompañaba en esas excursiones. Ahora sé que solo eran la excusa para que mi padre visitase a la fulana que tenía por allí. No recuerdo que actuase furtivamente, al menos no más que de costumbre. Era un hombre menudo y pulcro, de cejas rubias, ojos claros y un bigote delgado y también rubio, un poco indecente, como un fragmento de pelaje corporal suave y veloso que, sin quererlo, le había llegado hasta el rostro desde una zona recóndita de su persona. Daba un aire sorprendentemente vívido a su boca, como si fuese una cosa voraz, violenta y roja que enseñaba los dientes y gruñía. Siempre estaba más o menos enfadado, rebosante de resentimiento e indignación. De todas maneras, creo que, más allá de las bravatas, era cobarde. Se sentía desdichado. Estaba convencido de que el mundo lo había maltratado. Como recompensa se mimaba y se hacía regalos. Calzaba zapatos hechos a mano y lucía corbatas de Charvet, bebía buen clarete y fumaba cigarrillos importados en latas herméticas procedentes de una tienda de Burlington Arcade. Todavía tengo, o tenía, su bastón de ratán. Estaba muy orgulloso de aquel bastón. Gustaba de mostrarme cómo lo habían hecho, con cuatro u ocho piezas de junco de Indias preparadas y encajadas por un maestro artesano. Yo apenas aguantaba la compostura ante la irrisoria sinceridad de mi padre. Cometió el error de suponer que sus pertenencias eran la medida de su valía y se pavoneaba y cacareaba, exhibiendo sus posesiones como el escolar muestra un tirachinas magistral. Siempre tuvo, sin duda, algo de niño eterno, algo informe y pubescente. Cuando nos pienso juntos, lo veo inenarrablemente joven y a mí como un adulto hastiado y amargado. Supongo que mi padre me tenía cierto miedo. A los doce o trece años ya era tan grande como él, o al menos tan pesado, ya que, aunque tendía al rubio, en las formas me parecía a mi madre, y a esa edad ya era propenso a la flacidez. (Pues sí, su señoría, tiene ante usted a un hombre regular en cuyo interior hay un gordito que hace esfuerzos por no salir. Una sola vez dejó escapar al Bunter^[2] que llevaba dentro, y ya ve lo que pasó).

No quiero dar la sensación de que sentía antipatía por mi padre. Aunque no

conversábamos mucho, éramos muy sociables en el sentido en que lo son padres e hijos. Si él me temía un poco, yo era lo bastante sensato para cuidarme de él, relación que se confunde fácilmente —y en ocasiones hasta nosotros nos confundimos— con la mutua estima. Mostrábamos un gran disgusto por el mundo en general; eso era todo lo que teníamos en común. Creo que he heredado su risa, esa suave sorna nasal que era su único comentario ante los grandes acontecimientos de su época. Cismas, guerras, catástrofes, todo le importó un bledo... El mundo, el único mundo que valía la pena, tocó a su fin cuando el último virrey partió de estas costas; después no hubo más que una riña entre campesinos. Procuró de verdad creer en esa fantasía de un lugar extenso y apacible que nos fue arrebatado a nosotros y a los nuestros... Los nuestros eran, como gustaba decir, los católicos acérrimos, sí, señor, los católicos acérrimos, ¡y vaya si estaba orgulloso! Creo que era más por desengaño que por orgullo. Creo que en su fuero íntimo se avergonzaba de no ser protestante: habría tenido que dar muchas menos explicaciones, justificarse mucho menos. Se consideraba una figura trágica, un caballero de la vieja escuela desplazado en el tiempo. Me lo imagino aquellos domingos por la tarde con su amante, supongo que una joven pechugona con el pelo imprudentemente rizado y escote generoso, ante la cual se hinca, sosteniéndose tembloroso sobre una rodilla, y la mira embelesado a la cara, contorsionando el bigote y con la roja y húmeda boca abierta a modo de súplica. Caramba, no debería burlarme de mi padre. De verdad, de verdad que no tenía mala opinión de él..., exceptuando, claro está, que en el fondo deseaba matarlo para casarme con mi madre, idea novedosa e irresistible que mi abogado preconiza a menudo al tiempo que me dedica una mirada cómplice.

Me estoy apartando del tema.

La fascinación que experimenté en Kingstown, quiero decir en Dun Laoghaire, no perduró al entrar en la ciudad. El asiento de la primera fila del primer piso del autobús —¡mi viejo asiento, el preferido!— me permitió ver escenarios que apenas reconocí. En los diez años transcurridos desde mi partida, algo aconteció en la ciudad, algo le pasó. Habían desaparecido calles enteras, derribaron las casas y las reemplazaron por aterradores bloques de acero y cristal negro. La vieja plaza en la que Daphne y yo vivimos una temporada había sido arrasada y convertida en un inmenso y ceniciento aparcamiento. Vi una iglesia en venta... ¡Una iglesia en venta! Hasta el aire parecía deteriorado. Pese a lo tardío de la hora, perduraba un tenue resplandor solar, espeso y cargado de polvo, como la neblina después de una explosión o de una gran conflagración. Las personas que andaban por las calles mostraban el gesto sorprendido de los supervivientes, más que caminar parecían hacer eses. Me apeé del autobús y me abrí paso entre los transeúntes con la mirada baja, temeroso de ver horrores. A mi lado corrían golfillos descalzos que mendigaban peniques. Por todas partes vi borrachos tambaleándose y lanzando maldiciones, perdidos en un embotamiento nada placentero. Una sorprendente pareja surgió de un sótano palpitante: un joven amenazador, con la cara picada de viruela y una cresta de

pelo naranja, y una chica de rostro desolado, con botas de gladiador y la ropa rasgada y negra de hollín. Estaban envueltos en cuerdas, cadenas y algo parecido a cananas, y lucían tachuelas de oro en las aletas de la nariz. Jamás había visto seres semejantes, me parecieron miembros de una secta fantástica. Puse pies en polvorosa y me zambullí en el pub de Wally. *Zambullirse* es la palabra adecuada.

Suponía que estaría cambiado, como todo lo demás. Le tenía apego al pub de Wally. De estudiante iba a beber a ese local y también más tarde, cuando empecé a trabajar para el Gobierno. Poseía un toque de sordidez que me resultaba entrañable. Sé que se ha hablado mucho de que lo frecuentaban homosexuales, pero confío en que la sala descarte las consecuencias que tácitamente se han extraído de ese hecho, sobre todo por parte de la prensa sensacionalista. No soy de la acera de enfrente. No tengo nada contra los maricones, aunque los desprecio, por supuesto, y me repugna la idea de lo que hacen, sea lo que fuere. Su presencia daba una atmósfera de ruidosa jarana al bar de Wally e incorporaba un leve matiz de peligro. Me agradaba el estremecimiento de incomodidad y de jubiloso miedo que subía por mi columna como una gota de mercurio cuando un grupo de maricones súbitamente cacareaban de risa como loros o se emborrachaban, gritaban insultos y rompían cosas. Aquella noche en la que entré deprisa en el pub buscando refugio de la ciudad arrasada, lo primero que vi fue media docena de mariposones en la mesa contigua a la puerta, juntas las cabezas, susurrando, riendo y sobándose felices y contentos. Wally en persona estaba detrás de la barra. Aunque había engordado, algo que me parecía imposible, en diez años no había cambiado un ápice. Lo saludé efusivamente. Sospecho que se acordaba de mí aunque, desde luego, no lo reconoció: Wally estaba orgulloso de sus modales desabridos. Pedí un gin-tonic enorme, digno de Gargantúa, y Wally suspiró a regañadientes y abandonó el taburete en el que estaba apoyado. Se movió con suma lentitud, como si vadeara un río, ondulando cual una medusa en medio de sus grasas. Yo ya me sentía mejor. Le comenté que había visto una iglesia en venta. Se encogió de hombros sin sorprenderse y dijo que ahora esas cosas eran corrientes. Mientras me servía, la piña de mariposones congregados junto a la puerta se apartó súbitamente con una estrepitosa retahíla de risotadas y Wally los miró con el ceño fruncido, apretando su boquita de tal modo que casi desapareció entre los pliegues de su gruesa papada. Presumía de desdeñar a la clientela, pese a que circulaba el rumor de que tenía un grupo de jovencitos a los que gobernaba con suma severidad, celoso y terrible como una reina de Beardsley.

Bebí mi gin-tonic. La ginebra tiene algo, acaso ese sabor a bosque silvestre y profundo, que me hace pensar en el crepúsculo, las brumas y las doncellas muertas. Aquella noche retintineó en mi paladar cual risa íntima. Miré a mi alrededor. No, el pub de Wally no había cambiado, en absoluto. Era mi bar: la penumbra murmurante, los espejos, las botellas alineadas detrás de la barra, cada una con su abalorio de luz rubí. Sí, claro que sí, el laboratorio de la bruja con una reina gorda y horrible y un sonriente grupo de seres sobrenaturales. Por favor, si hasta había un ogro: Gilles el

Terrible, *c'est moi*. Me sentí feliz. Reconozco que disfruto con las inconveniencias y lo poco respetable. En tugurios como este cae de mis hombros el peso de la cuna y de la educación y siento, siento... No sé lo que siento. No lo sé. El tiempo verbal está equivocado. Me volví hacia Wally, le mostré mi vaso y con una especie de euforia embotada vi cómo me preparaba otro filtro en un pequeño cáliz de plata. La ráfaga azul cuando incorporó el hielo... ¿En qué estoy pensando? En unos ojos azules. Sí, por supuesto.

He hablado de doncellas muertas, ¿no? ¡Santo cielo!

Seguí en el pub de Wally, bebí, hablé con él de lo divino y de lo humano —su parte en el diálogo se limitó a encogimientos de hombros, gruñidos sordos y esa extraña sonrisilla perversa— y poco a poco se apaciguó el murmullo que los viajes provocan en mi mente. Tenía la sensación de que, en lugar de viajar en barco y en tren, había sido lanzado desde el aire y había aterrizado por fin en aquel sitio, debilitado, dichoso y placentera, casi voluptuosamente vulnerable. Los diez años consagrados a vagabundeos desasosegados se convirtieron en una nadería, en una travesía onírica e insustancial. Qué remotas me parecieron las islas en medio de un mar azul, los mediodías ardientes, Randolph y el señor Aguirre, incluso mi esposa y mi hijo, qué remotos. En ese instante apareció Charlie French y lo saludé como si nos hubiéramos visto ayer.

Sé que Charlie insiste en que no me vio en el pub de Wally y en que ni siquiera se acercó al local, pero lo único que estoy dispuesto a reconocer es que no fuera aquella noche concreta cuando lo vi allí. Recuerdo el momento con absoluta claridad: el cuchicheo de los maricas, a Wally limpiando un vaso con un giro de muñeca experto e inefablemente desdeñoso, yo sentado en la barra con un vaso lleno de ginebra y la vieja maleta de piel de cerdo a mis pies, y a Charlie deteniéndose con su traje de rayas y sus gastados zapatos, un hombre olvidadizo que sonrió sobresaltado y me observó con cierta sorpresa. De todos modos, es posible que mi memoria haya combinado dos encuentros distintos. Es posible. ¿Qué más puedo decir? Charles, espero que esta concesión apacigüe, aunque solo sea ligeramente, tu sensación de haberte visto afectado.

Todos me consideran despiadado, pero no lo soy. Siento una gran simpatía por Charlie French. No hay duda de que le he causado una gran congoja. Lo humillé ante todo el mundo. Debió de ser muy doloroso para un hombre como Charlie. Se portó muy bien. A decir verdad, se portó maravillosamente bien. En aquella última ocasión espantosa y a la vez cómica en la que me llevaron esposado, no me miró con gesto acusador, sino con una especie de pena. Estuvo a punto de sonreír. Y se lo agradezco. Aunque ahora es para mí una fuente de culpa y malestar, antaño fue mi amigo y...

Fue mi amigo. La frase es muy simple pero profundamente conmovedora. Creo que hasta ahora no la había utilizado. Al escribirla me alteré tanto que tuve que hacer una pausa. Algo se me atragantó como si estuviera a punto de..., pues sí, de llorar. ¿Qué me pasa? ¿A esto se refieren cuando hablan de rehabilitación? Es posible que,

después de todo, salga de aquí convertido en un individuo reformado.

En un primer momento el pobre Charlie no me reconoció y noté que se sentía claramente incómodo al ver que una persona que a él le parecía desconocida le hablaba con tono familiar en el pub. Me divertí, fue como estar disfrazado. Le ofrecí una copa, que rechazó con rebuscada amabilidad. Había envejecido. Tenía poco más de sesenta años, pero parecía mayor. Estaba cargado de espaldas, lucía una barriga en forma de huevo y sus mejillas cenicientas estaban incrustadas con una filigrana de venillas. Irradiaba una sensación de..., ¿cómo expresarlo?, de equilibrio, una sensación novedosa en él. Parecía que por fin ocupaba el espacio que le había sido asignado. En la época en que lo conocí era un modesto comerciante en cuadros y antigüedades. Ahora tenía prestancia, casi, casi un aire de pleno poder que se acentuaba aún más entre los llamativos adornos del pub de Wally. Es verdad que en su mirada persistía aquella expresión familiar, a la vez pícara y tímida, pero tuve que hacer esfuerzos para percibirla. Se alejó centímetro a centímetro, sin dejar de sonreír incómodo, pero finalmente debió de captar algo en mi mirada y me reconoció. Aliviado, soltó una velada carcajada y echó un vistazo a su alrededor. Yo recordaba ese tipo de vistazo, como si acabara de descubrir que llevaba la bragueta abierta y quisiera comprobar si alguien lo había notado. ¡Freddie!, exclamó. ¡Qué sorpresa! Encendió un cigarrillo con mano temblorosa y exhaló una gran voluta de humo hacia el techo. En el ínterin traté de recordar cuándo lo había conocido. Solía venir a Coolgrange en vida de mi padre y dar vueltas por casa con mirada furtiva y como pidiendo disculpas. Charlie y mis padres habían compartido la juventud; cuando bebían, recordaban los bailes posteriores a las cacerías en los años anteriores a la guerra, su paso por Dublín cuando las ferias y todo lo demás. Yo escuchaba las anécdotas con ilimitado desdén y fruncía mis labios de canalla adolescente. Parecían actores que machacaran una vieja y trillada comedia, proyectándose en exceso, sobre todo mi madre con sus uñas carmesíes, su permanente con reflejos metálicos y su voz cascada por la ginebra y el tabaco. He de ser justo con Charles: creo que en realidad no se apuntaba a esa fantasía de los queridos y fenecidos tiempos. No podía ignorar el leve toque de histeria que hacía vibrar el cuello con bocio de mi madre, ni la forma en que mi padre la miraba ocasionalmente, haciendo equilibrio en el borde de la silla, tenso como un lebrél, con los ojos saltones, pálido y con expresión de incrédulo desdén. Cuando a los dos les daba por ahí, todo lo olvidaban: su hijo, su amigo, absolutamente todo; se encerraban en una especie de trance macabro. Eso suponía que, con frecuencia, Charlie y yo nos hacíamos mutua compañía. Me trataba con reparos, como si yo fuese algo que en cualquier momento podía estallarle en pleno rostro. En aquellos tiempos yo era muy irascible y rebosaba impaciencia y desprecio. Debíamos de hacer una pareja particular, pero a nivel profundo nos entendíamos. Tal vez yo le parecía el hijo que nunca tendría, tal vez él me parecía el padre que nunca había tenido. (Esta es otra de las ideas que preconiza mi abogado. No sé qué opina de ellas, Maolseachlainn). ¿Por dónde iba? Ah, sí, hablaba de Charlie. Un día me llevó

al hipódromo. Iba equipado con traje de *tweed*, zapatos gruesos y sombrero flexible que le caía con cierto aire de chulería sobre un ojo. Incluso gastaba prismáticos, aunque no me pareció capaz de enfocar con precisión. Daba la talla, si exceptuamos algo reprimido en su actitud, que transmitía la idea de que estaba a punto de echarse a reír desafortadamente de sí mismo y de sus pretensiones. Yo tenía quince o dieciséis años. Cuando llegamos al tenderete de bebidas se volvió muy amable hacia mí y me preguntó si prefería irlandés o escocés... y por la noche me devolvió a mis padres estentórea y truculentamente borracho. Mi padre se puso furioso y mi madre rio. Charlie mantuvo un imperturbable silencio, fingió que estábamos en el mejor de los mundos y me pasó con disimulo un billete de cinco libras cuando a trompicones me fui a la cama.

Ay, Charlie, lo siento, de verdad que lo siento.

Como si ahora también recordara aquella ocasión, Charlie insistió en invitarme a una copa y apretó los labios desaprobador cuando pedí ginebra. Lo suyo era el whisky. Formaba parte de su disfraz, como el traje de rayas, los zapatos gastados y hechos a mano y ese maravilloso y alado casco de cabellos ahora plateados que, como gustaba decir mi madre, lo habían destinado a la grandeza. De todos modos, siempre se las ingenió para eludir su destino. Le pregunté a qué se dedicaba en el presente. Bueno, dijo, dirijo una galería. Miró a su alrededor con sonrisa distraída e inquisitiva, como si semejante idea lo hubiera sorprendido. Asentí. De modo que eso era lo que lo había animado, lo que le había proporcionado un aire de autosuficiencia. Lo imaginé en un cuarto polvoriento de un lugar apartado, con unos pocos y oscuros cuadros colgados de la pared y por secretaria una solterona envarada que le ponía pegas por los gastos de té y que todas las Navidades le obsequiaba una corbata envuelta en papel de seda. Pobre Charlie, al final se había visto obligado a tomarse en serio a sí mismo, a atender un negocio y a que los pintores lo persiguieran para cobrar. Pago yo, dije, saqué un billete de mi billetero cada vez más exiguo y lo puse sobre la barra.

A fuer de sincero, debo decir que pensaba pedirle un préstamo. Me lo impidió... Está bien, sé que la sala se reirá, pero lo cierto es que tuve la impresión de que sería de mal gusto. No es que en estas cuestiones sea remilgado, en mis tiempos he tocado a personajes más patéticos que Charlie para salir a flote, pero en las circunstancias mismas hubo algo que me contuvo. Ciertamente parecíamos padre e hijo —no *mi* padre, por descontado, ni ciertamente *este* hijo— que se encuentran por casualidad en el prostíbulo. Forzados, apenados, confusos y avergonzados, vociferamos y faroleamos, chocamos nuestros vasos y brindamos por los buenos y viejos tiempos. Pero de nada sirvió, poco después titubeamos y guardamos un melancólico silencio. De repente Charlie me miró con algo muy parecido a una punzada de dolor y preguntó con tono bajo y apasionado: Freddie, ¿qué has hecho de ti mismo? Inmediatamente avergonzado, se alejó de mí presa del pánico, sonrió desesperado y expulsó una protectora bocanada de humo. Primero me enfurecí y luego me deprimí.

En realidad, no estaba de humor para ese tipo de conversación. Miré el reloj situado detrás de la barra y, malinterpretando adrede sus palabras, dije que sí, que era cierto, que había sido una larga jornada, que me estaba pasando, y vacié mi vaso, le estreché la mano, recogí la maleta y me largué.

Aquí estaba, desde otra perspectiva, la misma pregunta: ¿por qué, Freddie, por qué vives así? La analicé la mañana siguiente, mientras iba a Coolgrange. El día sintonizaba conmigo: gris, mortecino y pesado. El coche de línea traqueteaba afanosamente por las estrechas carreteras comarcales, bregaba y se revolcaba con un zumbido sordo y un rugido que semejaban el sonido de mi propia sangre en el cerebro. A mi espalda se extendían las infinitas posibilidades del pasado, una dispersión de naufragios. ¿Había en medio de todo un fragmento específico —la toma de una decisión, la elección de un camino, el seguimiento de una señal— que me demostrase cómo había llegado al estado actual? Pues no, claro que no. Mi travesía, como la de cada quisque, incluso la suya, su señoría, no fue cuestión de señales ni de marcha decidida, sino un ir a la deriva, una especie de moroso descenso, con los hombros encorvados bajo la acumulación gradual de todo lo que no hice. Y, sin embargo, soy capaz de ver que para alguien como Charlie, observador a ras de suelo, debí de parecer un ser de fábula que escalaba las altas cumbres, que ascendía cada vez más y que por fin daba el salto desde la cima en un vuelo maravilloso y enérgico, con la cabeza envuelta en llamas. Pero no soy Euforión, ni siquiera su padre.

El problema consiste en que la pregunta es errónea. Parte del supuesto de que los actos están determinados por la voluntad, por el pensamiento deliberado, por una minuciosa evaluación de los hechos, ese contorsionado teatro de marionetas que hace las veces de conciencia. Vivía así porque vivía así: no hay otra respuesta. Cuando evoco, por mucho que me esfuerzo no percibo una diferencia clara entre una fase y otra. Es un fluir sin fisuras..., aunque *fluir* es una palabra demasiado fuerte. Se trata, más bien, de una rauda estasis, una especie de carrera sin moverse del sitio. Pero hasta eso fue muy acelerado para mí, siempre me encontré algo rezagado, trotando en la retaguardia de mi propia vida. En Dublín aún era el chaval que había crecido en Coolgrange; en Norteamérica fui el joven inexperto de los tiempos dublineses; en las islas me convertí en una suerte de yanqui. Y nada era suficiente. Todo se aproximaba, estaba en camino, a punto de ser. Anclado en el pasado, siempre miré más allá del presente hacia un futuro sin límites. Sospecho que ahora podemos decir que el futuro está aquí.

Nada de esto significa nada. Quiero decir que no significa nada importante. Es mi puro entretenimiento, meditar, perderme en un revoltijo de palabras. Porque aquí las palabras son el instrumento del lujo, de la sensualidad, es lo único que nos han permitido conservar de ese mundo rico y despilfarrador del que estamos excluidos.

Oh, Dios, oh, Cristo, sácame de aquí.

Oh, quienquiera que seas.

Debo parar, empieza a dolerme la cabeza. Los dolores se presentan con frecuencia creciente. No se preocupe, su señoría, no es necesario apelar a la porra del ujier o como sea que se llame... Solo son dolores de cabeza. No me volveré loco de sopetón, no me sujetaré las sienes ni reclamaré a gritos a mi... Hablando del demonio, aquí está Ma Jarrett en persona. Pasa, madre, sube al estrado de los testigos.

Llegué a Coolgrange a primera hora de la tarde. Me apeé en el cruce y vi que el coche de línea se alejaba parsimoniosamente, con su grueso trasero de aspecto irrisorio. El sonido del motor menguó y el vibrante silencio del estío volvió a posarse en los campos. Aunque el cielo seguía encapotado, el sol pugnaba por asomar y la luz que había sido opaca y débil se convirtió en un cálido resplandor gris perla. Me erguí y miré a mi alrededor. Lo conocido siempre produce estupor. Allí estaba todo: el portal roto, la calzada, el prado extenso, el robledal —¡el hogar!—, todo en su sitio, esperándome, algo más pequeño que lo que recordaba, como un modelo a escala de sí mismo. Reí. En realidad, no fue una carcajada sino, más bien, una exclamación de sorpresa y reconocimiento. Ante escenas como esta —los árboles, los campos rutilantes, la luz moderada y plácida— siempre me siento como un viajero a punto de partir. Incluso al llegar tuve la impresión de que me iba, con una larga mirada a la tierra perdida. Subí por la calzada con la gabardina sobre el hombro y la vapuleada maleta en la mano, cual un estereotipo ambulante, aunque es verdad que estaba algo entrado en años y un poco grueso para interpretar el papel de hijo pródigo. Un perro asomó entre los setos y me lanzó un gruñido gutural, mostrando los dientes. Hice un alto. Los perros no me gustan. Era un bicho blanco y negro de los que miran a la cara; avanzaba y retrocedía en semicírculo delante de mí, sin dejar de gruñir, con la panza pegada al suelo. Me cubrí las rodillas con la maleta a modo de escudo y hablé con tono tajante, como si me dirigiera a un niño revoltoso, pero mi voz sonó a quebrado falsete y durante un instante reinó la sensación de cachondeo general, como si entre los setos se ocultaran rostros que se desternillaran de risa. Después sonó un silbato, la bestia gimió y se dirigió culposamente hacia la casa. Mi madre estaba en los escalones de la entrada. Río. De repente asomó el sol con una especie de sordo retumbo. Santo Dios, dijo, eres tú, me pareció que veía visiones.

Titubeo. No es que me falten palabras sino todo lo contrario. Hay tanto que decir que no sé por dónde empezar. Siento que retrocedo lentamente, tambaleante, esgrimiendo en mis brazos extendidos una carga inmensa, voluminosa e ingravida. Mi madre representa tanto y, al mismo tiempo, nada. Debo andar con cautela porque piso tierras movedizas. Por supuesto, sé que diga lo que diga seré objeto de sonrisas afectadas y

cómplices por parte de los aficionados a la psicología que atiborran la sala. Cuando se trata el tema de las madres, la simplicidad queda abolida. De todos modos, intentaré ser sincero y claro. Se llama Dorothy, aunque siempre le han dicho Dolly y no sé por qué, ya que de muñeca no tiene nada. Es una mujer corpulenta y dinámica, de cara ancha y pelo grueso de esposa de calderero. Al describirla de esta guisa no pretendo ser irreverente. A su manera es una mujer impresionante, majestuosa y desaliñada a la vez. La recuerdo de mi infancia como una presencia constante pero distante, escultural, con la mirada vacía, inenarrablemente bella al estilo de los antiguos romanos, como una estatua de mármol colocada en el extremo de un jardín. Después se volvió demasiado pesada, con un gran trasero y piernas esbeltas; cuando alcancé la adolescencia y me interesé con morbosidad por esas cosas, aquel contraste me llevó a especular sobre la compleja arquitectura necesaria para salvar la brecha, bajo las faldas, entre las rodillas bien proporcionadas y la ancha cintura. Hola, mamá, dije y desvié la mirada, buscando malhumorado algo neutral en lo que fijarme. Ya estaba fastidiado. Mi madre ejerce en mí ese efecto, me basta con tenerla delante para que en el acto la irritación y el resentimiento rezumen en mi pecho. Me sorprendí. Suponía que, después de diez años, habría al menos unos segundos de benevolencia entre nuestro encuentro y el primer ataque de acedía filial, pero no, ahí estaba yo, con la mandíbula rígida y mirando venenosamente un matojo de hierbajos que asomaba de una grieta en los escalones de piedra donde se encontraba mi madre. Apenas había cambiado. Su pecho, que pide a gritos que lo clasifiquen como amplio, había descendido hasta el diafragma. También lucía un fino bigote. Vestía pantalones holgados de pana y un cárdigan de bolsillos desfondados. Bajó los escalones hacia mí y volvió a reír. Freddie, has engordado, tienes unos kilos de más, dijo. Después se estiró y —juro que es verdad— me aferró un trozo de piel de la barriga y lo presionó juguetonamente entre el índice y el pulgar. Esta mujer, esta mujer..., ¿qué puedo decir? Yo tenía treinta y ocho años, era un hombre de talento con esposa e hijo, lucía un impresionante bronceado mediterráneo, me movía con porte grave y con un lejano aire de amenaza, y a ella, ¿qué se le ocurrió? Ni más ni menos que pellizcarme la barriga y soltar su cachazuda risa. ¿Es tan extraño que yo haya acabado en la cárcel? ¿Lo es? Al ver que me aceptarían, el perro se acercó sigilosamente e intentó lamerme la mano, lo que me permitió propinarle un buen patadón en las costillas. Ese gesto contribuyó a que me sintiera mejor, pero no mucho mejor ni durante mucho tiempo.

¿Existe algo más poderosa y penetrantemente provocador que el olor de la casa en la que has pasado la infancia? Como sin duda la sala ha notado, huyo de las generalizaciones, pero sin duda en este caso se trata de un universal, ese involuntario espasmo de reconocimiento que estalla con la primera bocanada de este olor humilde, monótono y pardusco, que en realidad no llega a ser un olor, es más bien una emanación, una especie de suspiro exhalado por los millares de cosas minúsculas conocidas pero no reconocidas que, en conjunto, constituyen lo que llamamos hogar. Entré en el vestíbulo y durante un segundo tuve la impresión de que había atravesado

sin hacer ruido la membrana del tiempo propiamente dicho. Titubeé y trastabillé en mi fuero interno. El perchero con el paraguas roto, el mosaico que seguía suelto. ¡Lárgate, Patch, maldito seas!, dijo mi madre a mi espalda, y el perro huyó. El sabor a manzanas inundó inexplicablemente mi boca. Tuve la vaga sensación de que había ocurrido algo trascendental, como si en un abrir y cerrar de ojos todo lo que me rodeaba se hubiese mezclado y hubiera sido sustituido en el acto por una réplica exacta, perfecta hasta el último detalle, hasta la última mota de polvo. Me adentré por este mundo sustituto, mantuve discretamente una expresión imperturbable y me pareció oír el silbido descarnado del aliento contenido y soltado con alivio porque la difícil estratagema había vuelto a dar resultado.

Fuimos a la cocina. Parecía la guarida de un animal voluminoso y carroñero. Por Dios, mamá, dije, ¿acaso *vives* aquí? Había prendas de vestir —los trapos anónimos de una vieja— encajadas entre los platos del aparador. Las punteras de tres o cuatro pares de zapatos asomaban por debajo de un armario y eran un espectáculo desconcertante, como si sus usuarios estuvieran apiñados ahí, con sus fornidos brazos apoyados sobre los hombros encorvados de los otros, prestando atención. Diversos muebles habían ido a parar a la cocina procedentes de toda la casa: el estrecho y pequeño escritorio del estudio de mi padre, el mueble bar de nogal del salón, el reclinatorio forrado en terciopelo y con reposabrazos pelados en el que, la tarde de un domingo estival, mi tía Alice —una mujer menuda y terrible— murió sin decir esta boca es mía. El enorme y viejo aparato de radio que solía dominar la sala ahora estaba sobre el escurridero, ladeado cual borracho, canturreando suavemente para sus adentros y haciendo titilar su único ojo mágico. En cuanto a limpieza, la cocina dejaba mucho que desear. Sobre la mesa estaba abierto un libro de contabilidad y entre los platos sucios y las tazas de té sin lavar se repantigaban facturas y otros papeles. Mi madre estaba haciendo cuentas. Por un instante pensé plantear el tema crucial de sopetón —me refiero al dinero—, pero lo pensé mejor. Como si se oliera lo que pasaba por mi cabeza, deslizó la mirada de mí a los papeles y nuevamente a mí, conteniendo la risa. Le di la espalda y me dirigí a la ventana. En el jardín una muchacha rechoncha con pantalón de montar paseaba en círculo a una hilera de ponis de los montes de Connemara. Recordé de un modo vago que en una de sus cartas poco frecuentes y apenas inteligibles mi madre me había hablado de una empresa imposible que tenía relación con esas bestias. Caminó y se detuvo a mi lado. Contemplamos en silencio a los ponis, que andaban pesadamente. Son unas bestias feísimas, ¿no te parece?, preguntó animada. En ese momento, al malestar contenido que había experimentado desde mi llegada se añadió un sentimiento de inutilidad absoluta. Siempre he sido propenso a la acedía. Se trata de un estado, si me apuran diré incluso que de una fuerza cuya significación en los asuntos humanos no suelen apreciar historiadores ni otros especialistas. Creo que haría cualquier cosa por evitarlo..., lo que fuera. Mi madre hablaba de sus clientes, en su mayoría japoneses y alemanes... Freddie, te aseguro que se están apoderando de este puñetero país.

Compraban los ponis como animales de compañía de sus hijos mimados a un precio que, reconoció mi madre con entusiasmo, era exorbitante. Añadió que todos estaban chiflados. Reímos y volvimos a guardar un inexpresivo silencio. El sol daba en el jardín y por encima de las hayas abrasadas se desplegaba lentamente una nube enorme y alba. Pensaba en lo extraño que era estar en casa, contemplando con pesimismo un día como aquel, aburrido e irritado, con las manos en los bolsillos, mientras que, en lo más profundo de mí y apenas reconocido, el dolor chorreaba y chorreaba sin cesar como una especie de licor plateado, puro y extrañamente precioso. El hogar, claro que sí, el hogar siempre produce estupor.

Mi madre insistió en que echara un vistazo a la finca. Esas fueron sus palabras. Al fin y al cabo, hijo mío, dijo, algún día todo esto te pertenecerá. Soltó una risa gutural. Por lo que recordaba, en el pasado no se divertía con tanta facilidad. Su risa contenía un elemento casi desenfrenado, una suerte de abandono. Quedé algo desconcertado, me pareció poco decorosa. Encendió un cigarrillo y empezó a recorrer la casa, con la cajetilla y las cerillas sujetas en la garra izquierda, mientras yo seguía, sombrío, su estela de humo. La casa se venía abajo, en algunos sitios tanto y tan deprisa que hasta mi madre se sorprendió. No hacía más que hablar. Yo asentía embotado y contemplaba las paredes húmedas, los suelos hundidos y los desmoronados marcos de las ventanas. La cama de mi antigua habitación estaba rota y en medio del colchón crecía algo. La vista desde la ventana —los árboles, un trozo de campo en pendiente, el techo rojo del granero— era precisa y conocida como una alucinación. Vi el armario que había construido y de inmediato tuve una visión de mí mismo, un mocoso con el ceño fruncido, sierra roma en mano, acuchillando la lámina de madera contrachapada, y mi dolido corazón se tambaleó como si no fuera yo mismo al que recordaba sino alguien parecido a un hijo, amado y vulnerable, perdido sin remedio para mí en las honduras de mi propio pasado. La encontré en la escalera, con expresión acongojada. Volvió a ponerse en marcha. Exclamó que yo debía ver los terrenos, las cuadras, el robledal. Estaba decidida a que lo viese todo, todo.

Al salir al aire libre me animé un poco. Qué benigno es allí el aire del verano. Había pasado demasiado tiempo bajo los implacables cielos sureños. Y los árboles, ¡los grandes árboles!, esos seres pacientes que sufren en silencio, que permanecen inmóviles como si estuvieran incómodos, apartando de nosotros sus trágicas miradas. Patch el perro —ven que no me quedará más remedio que aguantarlo—, Patch el perro apareció, puso en blanco sus ojos de orate y se retorció. Nos siguió en silencio mientras cruzábamos el jardín. La moza de cuadra nos miró de reojo a medida que nos acercábamos y, presa del pánico, estuvo a punto de emprender la retirada. Se llamaba Joan, o Jean, algo así. Culo grande, pecho generoso: evidentemente mi madre se había sentido identificada. Cuando le dirigí la palabra, la pobre chica se puso roja y a regañadientes extendió una mano pequeña y callosa, como si temiese que yo pudiera quedármela. Le dirigí una de mis sonrisas parsimoniosas y me vi a través de sus ojos: un tío alto y bronceado, con traje de hilo, inclinado sobre ella en

un jardín en pleno estío y murmurando palabras oscuras. ¡Tinker, lárgate!, chilló. El poni que iba en cabeza, una bestia atontada y de mirada truculenta, se acercaba de lado con esa actitud sordamente decidida de los caballos y me hociaba con ímpetu. Le apoyé la mano en el flanco para apartarlo y me sobresaltó la solidez, la realidad del animal, el pelaje áspero y seco, su carne espesa e inflexible, la tibieza de su sangre. Conmocionado, aparté enseguida la mano y retrocedí. De repente tuve una clara e inquietante sensación de mí mismo, no del modelo bronceado, sino de otra cosa, de algo pálido, flácido y fofo. Fui consciente de las uñas de los dedos de mis pies, de mi ano, de mi entrepierna húmeda y oprimida. Y me sentí avergonzado. No puedo explicarlo. Mejor dicho, podría, pero no lo haré. El perro empezó a ladrar, se abalanzó sobre los cascos del poni y este resolló, abrió el hocico y chasqueó los dientes. Mi madre pateó al perro y la chica obligó al poni a girar la cabeza. El perro aulló y la fila de ponis se encabritó y relinchó. ¡Qué estrépito! A la postre, todo acaba convirtiéndose en una farsa. Me acordé de mi resaca. Necesitaba un trago.

Primero ginebra, después un espantoso jerez y por último sucesivos tazones del excelente burdeos de mi finado padre, lamentablemente la última botella de la caja. Estaba medio piripi cuando bajé a la bodega por el clarete. Me senté en un cajón, en medio del moho y la penumbra, expulsando vapores de ginebra por las dilatadas narinas. Una ondeante lanza de luz solar cargada de polvo atravesó la ventana baja, cubierta de telarañas, que se abría por encima de mi cabeza. Las cosas palpitaban entre las sombras —un destartalado caballito de balancín, una vieja y alta bicicleta, un puñado de anticuadas raquetas de tenis—, con los perfiles desdibujados, grisáceos y desteñidos como si la bodega fuera un apeadero en el que el pasado hacía un alto camino del olvido. Reí. Viejo cabrón, dije a voz en grito, y el silencio resonó como un golpe en el cristal. Pasó aquí abajo los meses anteriores a su muerte. Se dedicó a no hacer nada, precisamente él, que toda su vida estuvo impulsado por energías profundas y obsesivas. Mi madre me mandaba a buscarlo a la bodega, por si le había ocurrido algo, decía con delicadeza. Lo encontraba figoneando en los rincones, toqueteando cosas o de pie, inclinado en un ángulo caprichoso y mirando la nada. Cuando le hablaba, pegaba un brinco y se volvía colérico hacia mí, picado, como si lo hubiera descubierto en un acto vergonzante. De todas maneras, esas ráfagas de animación duraban menos que un suspiro y poco después volvía a perderse en una nebulosa. No daba la impresión de que se estuviera muriendo por enfermedad, sino por una especie de distracción general: como si un día, en medio de sus vehementes actividades, algo hubiese llamado su atención, le hubiera hecho señas desde la oscuridad y, afectado, se hubiese girado y encaminado hacia ello con la concentración dolorida y perpleja de un sonámbulo. Por entonces yo tenía veintidós, veintitrés años. El prolongado proceso de su agonía me agotó y me exasperó a partes iguales. Es evidente que lo compadecí, pero creo que, para mí, la compasión siempre es la única

versión permisible del deseo de dar una buena sacudida a las debilidades. Empezó a encogerse. De repente los cuellos de las camisas eran demasiado grandes para ese zigzagueante cogote de tortuga con dos cuerdas de arpa poco tensadas. Todo le estaba demasiado grande, la ropa tenía más sustancia que él, parecía castañetear dentro de sus prendas. Se le pusieron enormes ojos de obsesionado que ya habían empezado a empañarse. Antaño también era verano. La luz había dejado de ser su medio y prefería estar abajo, en la bodega, en la penumbra mohosa, en medio de sus sombras cada vez más intensas.

Logré ponerme en pie, recogí una brazada de botellas polvorientas y subí a trancas y barrancas la húmeda escalera de piedra.

Pero murió en la planta alta, en el amplio dormitorio principal, el cuarto más ventilado de la casa. Aquella semana hizo muchísimo calor. Abrieron la ventana de par en par y él pidió que corrieran la cama hasta que el pie quedó justo en el balcón. Yacía con las mantas apartadas, desnudo el magro pecho, y se entregaba al sol, al inmenso cielo, agonizaba en el resplandor azul y dorado del verano. Sus manos. El acelerado latido de su aliento. Su...

Ya está bien. Estaba hablando de mi madre.

Había puesto las botellas sobre la mesa y me dedicaba a quitarles el polvo y las telarañas cuando mi madre me comunicó que ya no bebía. Fue toda una sorpresa: en otros tiempos empinaba el codo como el que más. La miré, pero se encogió de hombros y desvió la mirada. Órdenes del médico, dijo. La estudié con renovada atención. Tenía algún problema en el ojo izquierdo y de ese lado le caía el labio. Recordé la forma extraña en que había aferrado la cajetilla y las cerillas con la mano izquierda cuando me paseó por la casa. Volvió a encogerse de hombros. Comentó que el año anterior había sufrido un ataque sin importancia. Me pareció una expresión peculiar: un ataque sin importancia. Como si un poder benévolo pero chapucero le hubiese asestado un golpe cariñoso y juguetón, haciéndole daño sin querer. Me miró de reojo con una sonrisilla insegura, melancólica, casi juvenil. Parecía que estaba confesando algo, una peccata minuta leve pero incómoda. Lo lamento, vieja, dije, y la apremié a beber, a tomar un sorbo de vino, ¡al cuerno con los médicos! Creo que no me oyó. Entonces sucedió algo realmente sorprendente. La moza, Joan o Jean — transigiré y la llamaré Jane—, se incorporó de súbito, tragó saliva afligida y torpemente rodeó con el brazo la cabeza de mi madre, la sujetó en una especie de llave de lucha y le apoyó la mano en la frente. Supuse que mi madre le daría un empujón y le pediría que se apartase, pero no, siguió sentada, soportando con estoicismo el abrazo de la chica y mirándome con esa sonrisilla. La observé asustado con la botella de vino suspendida encima de mi copa. Fue extrañísimo. La ancha cadera de la moza estaba junto al hombro de mi madre y, sin poderlo evitar, me acordé del poni que en el jardín se había pegado a mí con esa mirada testaruda y bestial. Reinó el silencio. Después la chica, quiero decir Jane, vio que la miraba, retiró el brazo y volvió deprisa a su sitio. Esta es la cuestión: si el hombre es un

animal enfermo, un animal demente, y tengo sobrados motivos para creer que es así, ¿cómo se explican esos gestos menudos y espontáneos de amabilidad y protección? ¿Se le ha ocurrido pensar, su señoría, que la gente de nuestra especie —si se me permite subir al estrado y reunirme unos segundos con usted—, que nosotros nos hemos perdido algo, me refiero a algo genérico, a un principio universal tan simple y obvio que nunca nadie pensó en hablarnos de él? Mi sabio amigo, todos saben en qué consiste, este conocimiento es el símbolo de su hermandad. Y está por todas partes ese grupo inmenso, triste e iniciado. Sus miembros nos miran desde el estrado pero no dicen nada, simplemente esbozan una sonrisa mezcla de compasión e ironía solidaria, tal como mi madre me sonreía en aquel momento. Se estiró, palmeó la mano de la chica y le dijo que no se preocupara por mí. Le clavé los ojos. ¿Y yo qué había hecho? La moza estaba con los suyos fijos en el plato y buscaba los cubiertos a tientas. Tenía las mejillas encendidas, casi oía su zumbido. ¿Acaso mi mirada había provocado todo eso? Suspiré, pobre ogro, y comí una patata. El corazón estaba crudo y correoso. Más alcohol.

Freddie, ¿no estarás a punto de caer en uno de tus arranques de malhumor?, preguntó mi madre.

Me gustaría saber si he mencionado mis malos humores. Negros, negrísimo. Como si de repente el mundo se oscureciera, como si algo enturbiara la atmósfera. Hasta mis depresiones infantiles aterraban a la gente. De nuevo en el pozo, ¿no?, solían preguntar, reían incómodos entre dientes y se alejaban. Fui el terror de la escuela..., pero no, no, evitaré hablar de mi época escolar. Noté que mi madre ya no se dejaba impresionar por mi pesimismo. Su sonrisa, con esa ligera inclinación lateral, se había vuelto claramente irónica. Le conté que en la ciudad había visto a Charlie French. Ah, a Charlie, dijo, meneó la cabeza y rio. Asentí. Pobre Charlie, es el tipo de persona sobre la cual la gente comenta: Ah, así de simple, y ríe. Otro silencio apático. ¿Por qué demonios había vuelto a la casa? Alcé la botella y me sorprendió comprobar que estaba vacía. Abrí otra, la aferré entre las piernas, la balanceé y gruñí mientras arrancaba el corcho. ¡Ah!, saltó con un chasquido energético. Afuera, en el jardín, el último sol del día se espesó por un instante y desapareció. Mi madre preguntaba por Daphne y el niño. Al pensar en ellos un gran sollozo lóbrego y ligeramente cómico se hinchó debajo de mi esternón. Jane —no, no puedo llamarla así, no le va—, Joan quitó la mesa y, créase o no, mi madre sacó una garrafa de oporto y la arrastró por la mesa en dirección a mí. No querrás que nos retiremos, ¿verdad?, preguntó con esa mueca a modo de sonrisa. De todos modos, puedes considerarme como un hombre, ya soy lo bastante mayor. Empecé a hablar descarnadamente de mis problemas económicos, pero me lie y tuve que callar. Además, me dio la impresión de que no me escuchaba. Estaba con el rostro vuelto a medias hacia la luz vespertina niquelada que se colaba por la ventana, con los ojos legañosos y vieja, haciendo gala de la frente ancha y los pómulos altos de sus antepasados holandeses, los secuaces del rey Guillermo. Mamá, te faltan la gorguera

y el gorro de encaje, dije. Reí a mis anchas y fruncí el ceño. Tenía la cara embotada. Jean me ofreció amablemente una taza de té. Te lo agradezco, querida, pero no me apetece, respondí con mi grave voz de noble y señalé mi copa de oporto, que, noté, estaba inexplicablemente vacía. Volví a llenarla y me admiré de la firmeza de la mano que inclinaba la garrafa. Pasó el tiempo. Los pájaros piaban en medio del crepúsculo gris azulado. Estaba absorto, rígido, inmerso en una dichosa pena mientras los escuchaba. Con un bufido y gran esfuerzo me incorporé, miré a mi alrededor, chasquéé los labios y parpadeé. Mi madre y la moza habían desaparecido.

Él murió de noche. El dormitorio seguía cargado con el calor del largo día. Me senté en una silla contigua a la cama, junto a la ventana abierta, y le cogí la mano. Su mano. Su tacto de cera. Qué alegre era el aire por encima de las copas de los árboles, brillante y azul como los cielos ilimitados de la infancia. Lo abracé y le apoyé la mano en la frente. Me dijo: no te preocupes por ella. Me dijo...

Basta ya, basta ya. No estuve presente. No he asistido a la muerte de nadie. Murió solo, expiró mientras nadie lo veía, dejó que nos apañáramos como pudiéramos. Cuando llegué de la ciudad ya lo habían amortajado, preparándolo para el cajón. Yacía en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos fuertemente cerrados, como un niño que hace buena letra. Habían alisado a la perfección sus cabellos por encima de la frente. Recuerdo que tenía las orejas blanquísimas. Extraordinario: tanta cólera y resentimiento, esa energía frenética y sin objeto, habían desaparecido.

Cogí el resto del oporto y me esfumé escaleras arriba. Me flaquearon las rodillas, tuve la impresión de que acarreaba un cuerpo a las espaldas. Parecía que habían cambiado de sitio los interruptores, en la penumbra choqué con varios objetos, solté tacos y me reí. Por error me abrí paso hasta la habitación de Joanne. (Joanne: ¡eso es!). Supongo que estaba despierta y que me había oído tropezar a diestro y siniestro, porque en cuanto abrí la puerta encendió la lámpara. Hice equilibrios en el umbral y la miré con ojos desorbitados. Estaba tendida en la cama ancha y hundida, con la sábana subida hasta el mentón, y no sé por qué tuve la certeza de que aún llevaba el pantalón de montar y el jersey holgado, incluso las botas. No dijo nada, se limitó a sonreírme aterrada y durante un instante de esfuerzo pensé acostarme a su lado, con los zapatos puestos, para que acunara *mi* pobre y vertiginosa cabeza en su brazo joven, rollizo y complaciente. Hasta entonces no había reparado en su extraordinaria cabellera color rojo fuego; el verla desparramada sobre la almohada, a la luz de la lámpara, estuvo a punto de arrancarme lágrimas. Pero el instante se perdió, me retiré en silencio con un grave gesto de asentimiento, cual un viejo y triste fantasma gris y evanescente, y con paso cauteloso y digno crucé el rellano hasta la habitación en la que me habían preparado una cama. En ese momento descubrí que por el camino había extraviado la garrafa de oporto.

Me senté a un costado de la cama, dejé caer los brazos entre las rodillas y de súbito me sentí extenuado. Aunque me zumbaba la cabeza y me ardían los ojos, no

fui capaz de echarme a dormir. Parecía un niño que regresa a casa después de un largo día de desenfrenadas excursiones. Había viajado mucho. Lentamente, con movimientos submarinos, desaté los cordones de mis zapatos. Primero cayó un zapato y después...

Desperté con un espantoso sobresalto y me zumbaron los oídos, como si en mi cabeza hubiese tenido lugar una explosión. Un sueño: algo relacionado con la carne. Era de día, pero no supe a ciencia cierta si clareaba o anohecía. Gris. Tampoco supe dónde estaba. Aunque me di cuenta de que me hallaba en Coolgrange, al principio no reconocí la habitación. Muy alta y larga, con ventanas también altas que llegaban hasta el suelo. De aspecto lamentable, con un carácter peculiar y ofendido, como si tuviera conciencia de que antaño había sido un sitio importante. Me levanté cuidadosamente de la cama, me acerqué a la ventana y me asomé al jardín. El césped estaba gris y bajo los árboles había sombras de color paloma. Me tableteaba el cerebro. Debía de ser el alba: en el robledal, bajo un cielo plumizo, un ave solitaria ponía a prueba el aire aligerado mediante una sostenida nota de flauta. Apoyé la frente en la ventana y me estremecí ante el tacto frío, pegajoso y húmedo del cristal. Había estado de viaje cerca de una semana, con poco alimento y mucho alcohol, y ahora todo se derrumbaba sobre mí. Me sentía enfermo, embrutecido, exprimido. Me ardían los párpados y mi saliva sabía a ceniza. Tuve la sensación de que el jardín me observaba con actitud sigilosa y de labios fruncidos o que, de alguna manera, era consciente de mí, allí enmarcado en la ventana, retorciéndome las manos, una suerte de mirón angustiado —¡cuántos más debió de haber a lo largo de los años!—, mientras la oscuridad ingrávida de la habitación presionaba mi espalda. Había dormido vestido.

El sueño. (La sala tendría que conocer mis sueños). Lo recordé súbitamente. No había mucho que considerar. Mis sueños no son el revoltijo desenfrenado de acontecimientos de los que otras personas se jactan, sino estados de ánimo, modos, humores específicos, ráfagas de emoción, acompañados a menudo de consecuencias físicas extremas: lloro, sacudo las extremidades, chirrí los dientes, río, grito. En esta ocasión tuve arcadas secas, recordé el sueño gracias al dolor de garganta que sentí al despertar. Había soñado que roía el esternón arrancado a un ser, probablemente humano. Parecía sancochado porque la carne estaba tierna y blanca. Apenas tibio, se deshizo en mi boca como sebo y me provocó náuseas. Su señoría, le aseguro que narrando estos hechos disfruto tan poco como la sala al oírlos. Y, como muy bien sabe usía, esto no es lo peor. En resumen, ahí estaba, mascullando esos horribles trozos de carne mientras se me revolvía el estómago incluso dormido. Eso fue todo,

en realidad, si exceptuamos una sensación subyacente de transgresión obligada pero espantosamente placentera. Un momento. Quiero que lo que voy a decir se entienda bien, es importante, aunque no sé por qué. Una autoridad anónima me obligó a hacer esa cosa terrible, se cernió implacable sobre mí con los brazos cruzados mientras yo chupaba y me babeaba, pero a pesar de eso —y, quizá, precisamente por eso—, a pesar del horror y la náusea, algo se exultó en lo más profundo de mi ser.

A propósito, al hojear el diccionario me sorprendí ante la pobreza lingüística cuando se trata de nombrar o describir la maldad. Maldad, perversidad, malicia, palabras que dan por supuesta una mediación, la práctica consciente, o cuando menos activa, del mal. No significan el mal en su estado inerte, neutral y autosuficiente. También están los adjetivos: malísimo, atroz, execrable, vil y de aquí al infinito. Juzgan en lugar de describir. Arrastran el peso de la censura mezclado con el miedo. ¿No es un extraño estado de cosas? Me lleva a pensar. Me pregunto si es posible que la cosa misma —la *maldad*— no exista, si esas palabras extrañamente difusas e imprecisas no son más que un ardid, una especie de compleja cobertura del hecho de que no hay nada. ¿O tal vez las palabras son el intento de hacer que haya algo? O quizás *hay* algo, pero inventado por las palabras. Estas consideraciones me producen vértigo, como si en el mundo se abriera fugazmente un agujero. ¿De qué hablaba? Ah, sí, de mis sueños. Había uno que se repetía, aquel en el que... No, no, dejémoslo para mejor ocasión.

Estoy de pie junto a la ventana del dormitorio de mis padres. Pues sí, ya me había dado cuenta de que era, de que solía ser el dormitorio de mis padres. El gris del alba daba paso a un pálido baño de luz diurna. Tenía los labios pegajosos a causa del oporto de la noche anterior. El cuarto, la casa, el jardín y los campos me eran extraños, aquella mañana no los reconocí..., extraños pero conocidos a la vez, como un sitio de los —claro que sí— sueños. Permanecí con mi traje arrugado, el dolor de cabeza y la boca sucia, con los ojos abiertos pero no del todo despierto, contemplando fijamente, con la sorpresa embotada del amnésico, un manchón de jardín bañado por el sol. Vayamos al grano, ¿no soy siempre más o menos así? Si lo pienso, tengo la impresión de haber vivido la mayor parte de mi vida entre dos aguas, atascado entre el sueño y la vigilia, incapaz de distinguir entre el mundo onírico y el de la luz del día. En mi mente hay lugares, momentos y acontecimientos tan apacibles y aislados que no estoy seguro de que sean reales, y si aquella mañana los hubiese recordado, me habrían golpeado con más fuerza e intensidad que las cosas reales que me rodeaban. Por ejemplo, el vestíbulo de la granja a la que, cuando niño, fui una vez a comprar manzanas. Veo el suelo de piedra pulida, de color púrpura. Aún huelo el pulimento. En el vestíbulo hay un tiesto con un geranio nudoso y un gran reloj de péndulo al que le falta el minutero. Oigo a la granjera hablando en las profundidades de la casa, preguntando a alguien por otra persona. Percibo los campos que me rodean, la luz que los cubre, el vasto y lento día de finales del verano. Estoy allí. En esos momentos evocados estoy como nunca estuve en Coolgrange, como creo que

nunca he estado ni estaré en ninguna parte, en ningún momento, como yo —o una parte esencial de mi ser— no estuve allí ni siquiera el día que estoy recordando, el día en que fui a comprar manzanas a aquella granjera cuya finca se alzaba en medio de los campos. Nunca plenamente en ningún sitio, nunca con nadie, siempre fui así. Incluso de niño me consideraba un viajero retenido en pleno viaje apremiante. La vida era una espera desmesurada, subir y bajar por el andén a la espera del tren. Las personas se metían en medio y me impedían ver, me obligaban a estirar el cuello por encima de sus cabezas. Sí, aquel era yo, ya lo creo.

Recorrí la casa en silencio hasta la cocina. Bajo la luz matinal la estancia aparecía limpia y presta a ser utilizada. Me moví con cautela porque no quería perturbar ese ambiente de silenciosa expectativa y me sentí como un no iniciado en una ceremonia de luces y fenómenos atmosféricos. El perro estaba tendido en una alfombra vieja y sucia, junto a los fogones, con el morro entre las patas, y me observaba, dejando ver en cada ojo una media luna blanca. Preparé el té y me senté a la mesa, a la espera de que se concentrase, cuando entró Joanne. Vestía una bata color gris ratón muy ceñida en la cintura. Se había recogido el pelo en una coleta gruesa, propiamente equina. Sus cabellos eran en verdad de un color extraordinario, una llamarada rojiza y primaveral. De inmediato, y no por primera vez, imaginé cuál sería el color sedoso de otra parte de su cuerpo y me avergoncé como si hubiese abusado de la pobre chica. Cuando me vio frenó en seco, a punto de desbocarse. Alcé la tetera con gesto amistoso y la invité a compartirla conmigo. Cerró la puerta, me rodeó con una sonrisa cargada de pánico, manteniendo la mesa entre los dos, y sacó un plato y una taza del aparador. Tenía los talones rojos y las pantorrillas gruesas y muy blancas. Le calculé unos diecisiete años. En medio de las brumas de la resaca me figuré que seguramente estaba al tanto de la situación económica de mi madre —por ejemplo, si los ponis daban beneficios—. Le dirigí lo que pretendía ser una sonrisa juvenil y alentadora, aunque supongo que me salió un gesto lascivo y quebrado, y le dije que se sentara, que teníamos que hablar. Pero el té no era para ella, sino para mi madre..., para Dolly, tal como dijo. ¡Vaya, vaya!, pensé, ¡ni más ni menos que Dolly! Se largó en el acto, aferrando el plato con ambas manos y su agitada sonrisa clavada en el líquido que temblaba en la taza.

En cuanto se fue, hurgué taciturno en la cocina, buscando los papeles que el día anterior habían estado sobre la mesa —las facturas, los libros de cuentas y las constancias de los talonarios de cheques—, pero no encontré nada. Un cajón del pequeño escritorio de mi padre tenía el cerrojo echado. Pensé abrirlo por la fuerza, pero me contuve: dada mi resaca, corría el riesgo de hacer trizas el mueble.

Deambulé por la casa con la taza de té en la mano. Habían enrollado la alfombra del salón, en una de las ventanas faltaba un cristal y en el suelo había vidrios. Me di cuenta de que estaba descalzo. Abrí la puerta que daba al jardín y salí en calcetines. El aire despejado y sedoso olía a hierba calentada por el sol y acarreaba un débil aroma a estiércol. La negra sombra de la casa cruzaba el jardín cual un decorado móvil caído. Osé dar uno o dos pasos por el mullido césped y el rocío se coló entre

los dedos de mis pies. Me sentí como un anciano que avanza tembloroso, mientras la taza y el plato castañetean, con los bajos del pantalón húmedos y arrugados a la altura de los tobillos. Hacía años que nadie se ocupaba de las rosaledas plantadas bajo la ventana y una maraña de zarzas se amotinaba en los alféizares. Las rosas desteñidas pendían en racimos, pesadas como cortinados. Su peculiar tono rosado pálido y el claroscuro de la escena me llevaron a pensar en algo concreto. Me detuve con el ceño fruncido. Los cuadros..., claro que sí. Regresé al salón. Pues sí, las paredes estaban desnudas, en algunos puntos había cuadrados donde el empapelado no estaba desteñido como en el resto del salón. ¿Era posible que mi madre los hubiese...? Con sumo cuidado dejé la taza sobre la chimenea y respiré lenta y profundamente. ¡La muy zorra, apuesto a que los ha vendido!, dije en voz alta. Mis pies dejaron huellas húmedas de palmípedo en el parqué.

Recorrí una habitación tras otra escudriñando las paredes. Después abordé la planta alta. Sabía que no encontraría nada. Me detuve en el rellano del primer piso y maldije en voz baja. Oí voces cercanas. Abrí de par en par la puerta de un dormitorio. Mi madre y Joanne estaban sentadas una al lado de la otra en la ancha cama de la moza. Me miraron ligeramente sorprendidas y vacilé unos segundos, como si algo rozara mi conciencia, un aleteo de incrédula especulación. Mi madre vestía una mañanita amarilla de punto, con borlas y minúsculos lazos de raso que le conferían el aspecto de un pollo de Pascua monstruosamente embuchado. ¿Dónde, dónde están los cuadros?, pregunté con una serenidad que me sorprendió. Se produjo un intercambio cómico en el que mi madre repitió *¿Qué? ¿Qué?* Y yo grité *¡Los cuadros! ¡Maldita sea, los cuadros!* Al final ambos tuvimos que callar. La chica nos observaba, paseando lentamente la mirada de la una al otro como quien asiste a un partido de tenis. Se cubrió la boca con la mano y rio. Le clavé la mirada y se puso como un tomate. Hicimos un breve silencio. Madre, nos veremos abajo, dije con tono tan gélido que mi voz casi se quiebra.

Mientras caminaba hacia la puerta tuve la impresión de que las oía reír con disimulo.

Mi madre llegó descalza a la cocina. La visión de sus juanetes y de las enormes uñas amarillentas de sus pies me perturbó. Se había cubierto con una inefable bata de seda tornasolada. Tenía el florido aspecto de una de las putas reventadas de Lautrec. Intenté no hacer gala del asco que sentía. Mi madre se ocupó de nimiedades y me ignoró. ¿Y?, pregunté, pero se limitó a enarcar las cejas a desgana y dijo: *¿Y qué?* Casi sonreía con afectación. Fue el acabose. Fuera de mí, grité, agité los puños y di patadas con las piernas rígidas. Pregunté a voces dónde estaban los cuadros, qué había hecho con ellos. *Exigí* una respuesta. Eran míos, mi herencia, mi futuro y el de mi hijo. Y así al infinito. Quedé impresionado por mi cólera, por mi sensación de ultraje. Estaba conmovido. Sentí tanta pena de mí mismo que habría llorado. Mi madre me dejó despotricar mientras permanecía de pie con una mano en la cintura y la cabeza echada hacia atrás, contemplándome con irónica calma. Arrancó cuando yo

hice un alto para recobrar el aliento. ¿Yo pretendía exigirle algo? ¿Yo, que me había largado y abandonado a mi madre viuda, que había ido a Estados Unidos y me había casado sin siquiera informarla, que nunca, ni una sola vez, había llevado a mi hijo, su nieto, para que la conociera?... ¿Yo, que durante diez años había recorrido el mundo como un buscavidas, sin mover jamás un dedo, viviendo de las pocas libras de mi difunto padre y esquilmando la finca?... ¿Qué derecho, qué derecho tenía a exigir?, preguntó a gritos. Se detuvo y esperó como si realmente aguardara una respuesta. Di un paso atrás. Había olvidado cómo se ponía cuando se sulfuraba. Me repuse y me lancé de nuevo al ataque. Se irguió majestuosa y salió a mi encuentro. Fue igual que antes. Un verdadero infierno. Resultó tan movido que aun el perro se unió, ladró, gimió y bailó sobre las patas delanteras hasta que mi madre le propinó un tortazo y le ordenó que se echara. La tildé de zorra y ella me llamó hijo de puta. Le pregunté en qué se convertía si yo era un hijo de puta y veloz como el rayo respondió: Si yo soy una zorra, me gustaría saber en qué te conviertes tú, ¡canalla! Oh, fue un grandioso, un extraordinario encuentro. Parecíamos críos furiosos..., no, no éramos niños, sino grandes seres primitivos y enloquecidos —mastodontes o algo por el estilo— que golpeaban y daban manotazos en un claro de la selva, en medio de una tormenta de lianas castigadoras y vegetación desarraigada. El aire latía entre nosotros lenta y pausadamente. Se creó la sensación de que las cosas se alineaban a nuestro alrededor, de que seres pequeños se agazapaban en la maleza y nos contemplaban en un trance de terror y respeto. Al final, saciados, separamos nuestros cuerpos y nos dimos la espalda. Sujeté con las manos mi dolorida cabeza. Mamá se detuvo junto al fregadero, se aferró a un grifo y miró el jardín por la ventana mientras su pecho subía y bajaba. Oíamos nuestras respiraciones. Sonó la cisterna del lavabo de la planta alta, un ruido amortiguado e inseguro, como si la chica nos recordara sutilmente su presencia. Mi madre suspiró. Le había vendido los cuadros a Binkie Behrens. Asentí. Behrens, qué duda cabe. ¿Todos?, inquirí. No respondió. Pasó el tiempo. Volvió a suspirar. Recibiste el dinero, dijo, lo que quedó... Tu padre solo dejó deudas. De repente rio. No tendría que haberme casado con un irlandés, añadió. Me miró de reojo y se encogió de hombros. Me tocó suspirar. Santo cielo, dije. Ay, santo cielo.

Al prestar testimonio las coincidencias se vuelven insípidas —su señoría, estoy seguro de que con el paso del tiempo lo ha notado—, semejan bromas que deberían ser realmente divertidas aunque no provocan la menor risa. Se escuchan con absoluta ecuanimidad los relatos de los actos más disparatados por parte del acusado y en el instante en que se menciona una banal simultaneidad de acontecimientos, en la tribuna arrastran los pies, la defensa carraspea y los periodistas contemplan embobados las molduras del techo. Estoy convencido de que, más que de turbación, son señales de incredulidad. Es como si alguien, el organizador oculto de esta historia compleja y sorprendente, que hasta el momento no ha metido la pata, súbitamente se

pasara de listo, llegara demasiado lejos y todos nos sentimos decepcionados y algo apenados.

Por ejemplo, me sorprende la frecuente aparición de cuadros en este caso. Fue a través del arte como mis padres conocieron a Helmut Behrens... Bueno, no exactamente a través del arte sino de coleccionar obras de arte. ¿No he dicho todavía que mi padre se consideraba coleccionista? Por descontado, las obras propiamente dichas le tenían sin cuidado, solo le interesaba su valor efectivo. Aprovechó sus famas de jinete y de antiguo jaranero para colarse en las casas de conocidos ahora gagás en cuyas paredes —treinta o cuarenta años atrás— había visto un paisaje, un bodegón o el retrato difuminado de un antepasado bizco, cuadros que a esas alturas podían valer unas cuantas perras. Poseía una misteriosa habilidad para calcular el momento y a menudo solo se adelantaba un paso a los herederos. Me lo imagino a la vera de una cama con dosel, a la luz de las velas, jadeante por el esfuerzo de subir la escalera, inclinado y metiendo con apremio un billete de cinco libras en una mano paralizada y apergaminada. Aunque acumuló un montón de basura, hubo unas pocas piezas que no me parecieron del todo malas y que supuse tenían probablemente algún valor. Arrebató la mayoría a una anciana distraída a quien el padre de mi padre había cortejado durante una breve temporada en sus mocedades. Papá estaba inmensamente orgulloso de su trapacería y supongo que creyó que lo ponía a la misma altura de los antiguos y grandes barones del robo, a los que tanto admiraba: los Guggenheim, los Pierpont Morgan y, sin duda, los Behrens. Tal vez fueron esos mismos cuadros los que lo llevaron a conocer a Helmut Behrens. Quizá se pelearon por ellos en el mismo lecho de muerte de la anciana, mirándose con los ojos entrecerrados y frunciendo los labios con frenética determinación.

También fue a través de la pintura como conocí a Anna Behrens..., mejor dicho, como volví a verla. De niños solíamos vernos ocasionalmente. Recuerdo que una vez, en Whitewater, me mandaron al jardín a jugar con ella. ¡A jugar! Eso sí que está bien. Incluso en aquella época tenía un aire de indiferencia, de vaga y lejana ausencia, que siempre me resultó inquietante. Más adelante, en Dublín, aparecía de vez en cuando y planeaba sobre nuestras fanfarronadas estudiantiles su elegancia, su muda y desmayada belleza. Como era lógico, la apodaron la Reina del Hielo. La perdí de vista, la olvidé hasta que un día, en Berkeley —aquí es donde empiezan las coincidencias—, la vi en una galería de Shattuck Avenue. Aunque ignoraba que estuviera en Estados Unidos, no me sorprendí. Esta es una de las características de Anna, siempre forma parte del sitio, dondequiera que esté. Me detuve un segundo en la calle y la observé..., supongo que la admiré. La galería ocupaba un local grande, alto, blanco y con cristalera. Estaba apoyada en el escritorio, con un fajo de papeles en la mano, y leía. Llevaba un vestido blanco. Su pelo, plateado por el sol, estaba peinado rebuscadamente, con una única y gruesa trenza que le caía sobre el hombro. Parecía una pieza de exhibición de tan quieta como estaba en aquella luz alta y sin sombras, tras el cristal que reflejaba el sol. Entré y le hablé, volví a admirar ese rostro

longilíneo, melancólico y ligeramente descentrado, con los ojos grises muy juntos y la boca florentina. Recordé los dos minúsculos puntos blancos del caballete de su nariz, donde la piel se tensaba sobre el hueso. Se mostró amistosa dentro de su actitud distante. Me miró los labios mientras hablaba. De las paredes colgaban dos o tres grandes lienzos, pintados según el estilo humorístico y minimalista de la época, en su desnudez pastel apenas discernibles de los espacios vacíos que los rodeaban. Le pregunté si pensaba comprar un cuadro. La pregunta pareció divertirla. Trabajo aquí, dijo, y apartó de su hombro la rubia trenza. La invité a comer, pero negó con la cabeza. Me dio su número de teléfono. Cuando salí a la calle bañada por el sol, un reactor sobrevolaba a poca altura, sus motores agitaban el aire y olía a cipreses, a humo de coches y desde el campus llegó una ligera bocanada de gas lacrimógeno. Todo esto ocurrió hace quince años. Arrugué la ficha en la que había anotado su número de teléfono y estuve en un tris de tirarla, pero la conservé.

Vivía en las colinas, en una casa de madera con techo de tablillas, de falso estilo tirolés, que alquilaba a una viuda loca. Mientras me dirigía a su casa, en más de una ocasión estuve a punto de apearme del autobús y regresar a la mía, aburrido y molesto al pensar en la mirada divertida y tasadora de Anna, en su sonrisa impenetrable. Cuando le telefoneé, apenas pronunció palabra y por dos veces cubrió el micrófono del teléfono y habló con alguien que la acompañaba. A pesar de todo, aquella mañana me afeité con sumo esmero, me puse una camisa nueva y elegí un impresionante libro de teoría matemática que llevar conmigo. Mientras el autobús traqueteaba por las calles estrechas, fui presa de una sensación de repugnancia, me vi convertido en un objeto oscuramente vergonzoso y obsceno, expuesto y abyecto, con mi piel secada y empolvada, mi camisa azul celeste y el libro colgando de mi mano como un paquete de carne. El día estaba encapotado y la bruma se deslizaba entre los pinos. Ascendí por un zigzag de escalones húmedos hasta la puerta y miré a mi alrededor con expresión de afable interés, intentando parecer intachable, cosa que por lo visto hago siempre que piso territorio desconocido. Anna llevaba pantalones cortos y el pelo suelto. El verla súbitamente en la puerta, rubia ceniza, con sus anchas y desnudas piernas largas, me provocó dolor en la raíz de la lengua. El interior de la casa estaba en penumbras. Unos pocos libros, grabados en las paredes, un sombrero de paja colgado de un gancho. Los gatos de la viuda habían dejado huellas en sillas y alfombras y un olor penetrante y cítrico, no del todo desagradable.

Daphne estaba sentada con las piernas cruzadas en una silla de lona y pelaba guisantes, que dejaba caer en un cuenco de metal. Vestía albornoz y llevaba la cabeza envuelta en una toalla. Como puede ver, otra coincidencia.

¿De qué hablamos nosotros tres aquel día? ¿Qué hice? Supongo que me senté, bebí una cerveza, estiré las piernas y me recosté, simulando que estaba relajado. No logro verme a mí mismo. Soy una especie de ojo flotante que vigila, toma notas, planifica. Anna se paseó entre la sala y la cocina y trajo queso, naranjas y rodajas de aguacate. Era domingo. El lugar estaba en calma. A través de la ventana contemplé la

bruma que correteaba entre los árboles. Sonó el teléfono y Anna respondió, me volvió la espalda y habló en voz baja. Daphne me sonrió. Su mirada era difusa, una especie de suave tanteo entre los objetos que la rodeaban. Se puso en pie, me pasó el cuenco y los guisantes que quedaban por pelar y subió la escalera. Poco después regresó vestida, con el pelo seco y las gafas puestas; en un primer momento no la reconocí y la tomé por otra inquilina de la casa. Solo entonces me di cuenta de que era ella a quien aquel día había visto en el jardín en la fiesta del profesor Nosequé. Estuve a punto de mencionárselo, de decirle que la había visto, pero cambié de opinión por la misma ignorada razón por la que la primera vez le había dado la espalda sin dirigirle la palabra. Me quitó el cuenco de los guisantes y volvió a sentarse. Anna respondió a otra llamada telefónica, murmuró y rio quedamente. Tuve la impresión de que mi presencia no había dejado huella en su jornada, de que habrían hecho lo mismo si yo no hubiera estado allí. Fue una idea reconfortante. Aunque no me habían invitado a cenar, parecía obvio que me quedaría. Después de la cena estuvimos largo rato de sobremesa. La niebla se espesó y presionó contra las ventanas. Vi a las dos frente a mí en ese crepúsculo lechoso, la morena y la rubia: tienen un aire de complicidad, de regocijo secreto, como si compartieran a costa mía una broma afable y nada desagradable. Qué distante parece todo aquello, a una era de distancia, cuando aún éramos inocentes, si es que esta es la palabra adecuada, porque tengo mis dudas.

Confieso que me dejé cautivar por ellas, por su aspecto, su compostura, su egoísmo indiferente. Encarnaban un ideal que hasta ahora no sabía que mi ser albergaba. Por aquel entonces aún me dedicaba a la ciencia, pensaba convertirme en uno de esos técnicos geniales y fríos, los amos secretos del universo. De repente se abrió otro futuro ante mí, como si esas dos hubieran provocado el desmoronamiento de una vertiente rocosa ante mis ojos para que viese, más allá del polvo arremolinado, una distancia inmensa y radiante. Eran espléndidas, lánguidas y gallardas a la vez. Me recordaron a un par de aventureras del siglo pasado. Habían llegado a Nueva York el invierno anterior y atravesaron el país por etapas hasta llegar a esa costa bronceada y bañada por el sol, en la que ahora estaban instaladas, como de puntillas, con las manos unidas, los brazos extendidos y el Pacífico ante sí. Pese a que llevaban casi medio año en la casa, su impronta era tan leve, tan fugaz, que las habitaciones apenas registraban su presencia. Parecía que no tenían pertenencias —hasta el sombrero de paja colgado en la puerta lo había dejado un inquilino anterior—. Seguro que tuvieron amigos o, cuando menos, conocidos —pienso en las llamadas telefónicas—, pero no los conocí. De vez en cuando se presentaba la casera, una mujer sombríamente dramática, de ojos expresivos y pelo negrísimo recogido en un moño apretado y ensartado en una horquilla de madera tallada. Se vestía como una india y se adornaba con abalorios y pañuelos de vivos colores. Distráida, recorría la casa, hablaba por encima del hombro y dejaba en pos de sí una densa estela de perfume almizcleño; después, con un salto de ballet, se instalaba en el sofá de la sala y durante una hora hablaba de sus pesares —consecuencia, en su mayor parte, de lo

que con la voz quebrada denominaba *problemas con los hombres* mientras se emborrachaba constante y lacrimosamente con calvados, bebida de la cual tenía una provisión en un armario de la cocina cerrado con llave—. Era una mujer cadavérica que me resultaba insoportable, con su piel correosa, su boca pintarrajeada, con toda esa histeria, esa confusa soledad. Pero para las chicas resultaba muy entretenida. Gustaban de imitarla y convirtieron en estribillo las cosas que decía. Al verlas remedarla, a veces me preguntaba si, cuando no estaba presente, *a mí* también me tratarían así, lanzando comentarios en una versión cómica y solemne de mi voz, y riendo apenas con actitud hastiada, como si la chanza no fuese divertida sino, lisa y llanamente, ridícula.

Opinaban que aquel país era la moda, sobre todo California. Nos divertimos mucho burlándonos de los norteamericanos, que por aquellos días entraron en esa fase de condenada alegría hedonista que nosotros, hijos dorados de la pobre y vieja Europa enrojecida, ya habíamos superado, o al menos eso creíamos. Cuán inocentes nos parecían con sus flores, sus inciensos y su caótica religiosidad. Sentí una íntima punzada de remordimiento al burlarme de ellos. Cuando llegué, el país me cautivó, y ahora parecía que me había sumado a la mofa de un ser dichoso y afable, la gorda de la fiesta contra la cual me había frotado segundos antes al amparo del cachondeo general, presa de un éxtasis mudo e inflamado.

¿Es posible que para nosotros el desdén fuese un modo de nostalgia, incluso de añoranza? Vivir allí, en medio de los bonitos tonos de la caja de pinturas, fue como vivir en otro mundo, en un sitio salido de un libro de cuentos. (Solía soñar con la lluvia —una verdadera lluvia irlandesa de las que duran todo el día— como si fuese algo de lo que me habían hablado pero que nunca había visto). ¿O tal vez reírse de Estados Unidos era un modo de defenderse? Es verdad que por momentos pasó por nuestras mentes —o al menos pasó por la *mía*— la idea de que personalmente podíamos ser un poquitín risibles. ¿Acaso no teníamos un toque ridículo con nuestros trajes de *tweed*, nuestros cómodos zapatos, nuestros acentos extravagantes y nuestros modales insolentes a fuer de civilizados? En más de una ocasión creí detectar una sonrisa deprimida en los labios de alguien que, se suponía, era el blanco ignorado de nuestras burlas. Incluso entre nosotros surgían momentos de silencio, de torpeza, cuando un reconocimiento casi informe nos sobrevolaba como un olor desagradable e incómodo. Un trío de expatriados que se reunía en ese tierno campo de juegos... ¿Acaso había algo más novelescamente sentimental? ¡Por amor de Dios, formábamos un triángulo!

Formamos un triángulo. Lo inevitable sucedió alrededor de un mes después de habernos conocido. Estábamos sentados en el porche trasero, bebiendo ginebra y fumando algo que tenía un sabor horrible y que producía extrañísimos efectos. El día era abrumador y neblinoso. Sobre nuestras cabezas el sol color moneda estaba clavado en medio del blanco cielo. Yo contemplaba una nube de colibríes que libaba las madre selvas que trepaban por la escalera del porche. Daphne, vestida con

pantalón corto, blusa sin espalda y sandalias de tacón, se puso en pie algo tambaleante, parpadeó y entró en la casa. La seguí. Yo no pensaba en nada..., iba a buscar más hielo o algo por el estilo. Después del resplandor del exterior, me costó ver dentro de la casa, dondequiera que mirase el aire contenía un inmenso agujero negro. Busqué al desgaire a Daphne, y seguí el tintineo del hielo en su vaso, de la cocina al dormitorio pasando por la sala. La persiana estaba cerrada. Se había sentado en el borde de la cama y contemplaba la penumbra ambarina. De repente me dolió la cabeza. Ella vació la copa de un trago y aún sostenía el vaso en la mano cuando nos tendimos juntos; una gota de hielo escapó y cayó en el hueco de mi hombro. Tenía los labios helados y húmedos. Quiso decir algo, pero le tapé la boca con mis risas. Las ropas nos ceñían como vendajes y tironeé de ellas bufando. En un tris quedamos desnudos. Hubo una pausa de sorpresa. Cerca jugaban unos niños. Daphne apoyó la mano en mi cadera. Tenía los ojos cerrados y sonreía con las cejas enarcadas, como si escuchara una melodía lejana, soñadora y apenas divertida. Oí un sonido y miré por encima de mi hombro. Anna estaba en la puerta. Me vi tal como ella me estaba viendo: los muslos brillantes, la espalda pálida y entreabierto mi boca de pez. Anna vaciló un instante, se acercó a la cama con la mirada clavada en el suelo, como si estuviese profundamente ensimismada, se sentó a nuestro lado y empezó a desnudarse. Daphne y yo permanecemos uno en los brazos del otro y la contemplamos. Se quitó la blusa por la cabeza y apareció en la superficie como una nadadora, sacudiendo los cabellos. Un cierre metálico dejó su huella morada en el centro de la espalda. ¿Por qué me pareció mucho mayor que nosotros, hastiada del mundo, algo ajada, como un adulto que se suma con tolerancia al juego no del todo permisible de los niños? Daphne apenas respiraba y sus dedos apretaban cada vez con más fuerza mi cadera. Había separado los labios, fruncido ligeramente el ceño y contemplaba el cuerpo desnudo de Anna, perdida en una especie de difuso desconcierto. Oí los latidos de su corazón y los del mío. Daba la impresión de que asistíamos a un desnudamiento ritual.

Un rito, sí, así fue. Los tres luchamos lentamente en la cama, como si participáramos en una ceremonia arcaica de esfuerzo y adoración, imitando la construcción y la erección de algo, digamos que de un santuario o de un templo con cúpula. Qué serios fuimos, cuán meditabundos, con cuánta atención manipulamos nuestros cuerpos. Nadie pronunció palabra. Las mujeres empezaron intercambiando un casto beso. Sonrieron algo avergonzadas. Me temblaban las manos. Solo una vez, hacía mucho tiempo, había experimentado esa asfixiante sensación de transgresión, cuando de pequeño, una tarde de invierno en Coolgrange, me revolqué con dos primas pequeñas en la oscuridad de la escalera: el mismo temor e incredulidad, el mismo regocijo voluptuoso, dolorido e infantil. Exploramos y nos acurrucamos como en sueños, temblando y suspirando. A ratos, alguno de nosotros aferraba a los otros dos con el fervor impaciente y voraz de un crío y lanzaba quedos gemidos, como si le doliera algo o sintiera un pesar insuperable. Por momentos tuve la impresión de que

no eran dos mujeres sino una, un ser extraño y lejano, de muchos brazos, absorto tras una máscara esmaltada en algo cuya existencia yo ni siquiera podía sospechar. Al final, a medida que el último espasmo cobraba fuerzas en mi interior, me incorporé sobre los brazos temblorosos mientras Daphne hundía los talones en mi espalda y vi que las dos se mordisqueaban con tierna avidez, boca sobre boca abierta, y durante un instante la sangre anegó mis ojos y noté cómo se fundían sus cabezas, la rubia y la morena, la leonada y la elegante como una pantera. En el acto un estremecimiento arrancó de mi entrepierna y, exultante y asustado, caí sobre ellas.

Después fue solo Daphne la que permaneció en mis brazos, conteniéndome en su interior, mientras Anna se levantaba, caminaba hasta la ventana, apartaba con un dedo la cortina de lona y contemplaba el brumoso resplandor de la tarde. Los niños seguían jugando. Colina arriba hay una escuela, murmuró Anna. Apenas rio y añadió: *Y yo os pregunto, ¿qué es lo que sé?* Era uno de los estribillos de la viuda loca. De pronto todo se tornó pesaroso, gris y desolado.

Daphne hundió su rostro en mi hombro y lloró en silencio. Siempre recordaré las voces de aquellos niños.

Fue un extraño encuentro que nunca más se repitió. Ahora lo medito, no por lo que parece, sino porque me desconcierta. El acto en sí, el encuentro a tres, no fue tan extraordinario: en aquellos tiempos todos lo hacían. No, lo que entonces me sorprendió y lo que me sigue sorprendiendo es la extraña pasividad de mi papel en las actividades de aquella tarde. Aunque fui el hombre del triángulo, tuve la impresión de que era a mí a quien penetraban lenta e inexorablemente. Los listos dirán que fui el único eslabón a través del cual ellas negociaron, mano sobre mano, su caída en los brazos de la otra. Quizá sea verdad, pero no es muy importante ni, desde luego, el elemento central. En todo momento tuve la sensación de que se cumplía un rito en el que Anna Behrens era la sacerdotisa, Daphne la ofrenda del sacrificio y yo un mero accesorio. Me esgrimieron como a un falo de piedra, hicieron reverencias y se retorcieron a mi alrededor con suspiros mágicos. Fueron...

Se estaban despidiendo, sin duda. Se me acaba de ocurrir. No acababan de descubrirse, sino que se separaban. De ahí la pena y la sensación de que todo estaba perdido, de ahí el amargo llanto de Daphne. No tenía nada, absolutamente nada que ver conmigo.

Vaya, vaya. Es una de las ventajas de la cárcel, dispones de tiempo para llegar de verdad al corazón de las cosas.

La ilusión de aquel confundirse mutuo entre ellas que experimenté al final de nuestro encuentro de ese día en la cama perduró mucho tiempo. Incluso cuando pienso en ellas juntas veo una especie de moneda bicéfala en la que están tallados sus perfiles gemelos, serenos, emblemáticos y que miran en lontananza, una versión estilizada de virtudes emparejadas: digamos que Calma y Entereza o, mejor aún,

Silencio y Sacrificio. Recuerdo cierto momento en el que Anna apartó su boca machucada y brillante de las piernas de Daphne y, mirándome con una sonrisilla cómplice y forzada, se hizo a un lado para permitirme ver el regazo despatarrado y abierto de la muchacha, complejo e inocente como una fruta partida por la mitad. Ahora comprendo que todo estuvo presente en aquel fugaz pasaje de renuncia y descubrimiento. Justo entonces comenzó todo un futuro.

No recuerdo haberle propuesto matrimonio a Daphne. Por decirlo de alguna manera, su mano ya me había sido concedida. Nos casamos una neblinosa y bochornosa tarde de agosto. La ceremonia fue breve y sórdida. Me dolía la cabeza. Anna y uno de mis colegas de la universidad hicieron de testigos. Después los cuatro regresamos a la casa de las colinas y bebimos champán barato. La celebración no fue un éxito. Mi colega dio una excusa poco convincente y se retiró media hora después, lo que nos sumió a los tres en un silencio inquieto y arremolinado. En el aire, entre nosotros, nadaron todo tipo de cuestiones tácitas cual peces resbaladizos y peligrosos. Con su sonrisa, Anna dijo que suponía que los jóvenes preferíamos estar solos y se largó. De pronto una absurda turbación hizo mella en mí. Pegué un salto y me dediqué a recoger botellas vacías y copas, eludiendo la mirada de Daphne. El sol y la bruma se colaban por la ventana de la cocina. Me quedé ante el fregadero contemplando los espectros negroazulados de los árboles de la colina y dos lágrimas gordas e inexplicables asomaron a los bordes de mis párpados, pero no cayeron.

No creo haber amado a Daphne según lo que el mundo entiende por esta palabra, pero sé que amé sus actitudes. ¿Resultará extraño, frío, tal vez inhumano decir que en realidad solo me interesé por lo que ella era superficialmente? Bah, las apariencias me importan un bledo. Es la única forma en la que se puede conocer a otro ser: superficialmente, ahí reside la profundidad. Daphne deambulando por una habitación en busca de sus gafas, tocando cosas con suavidad y deprisa, interpretándolas con las yemas de los dedos. Su costumbre de hacerse a un lado y mirar dentro del bolso con el ceño fruncido y los labios apretados, como una tía solterona que busca unas cuantas monedas para comprar golosinas. Su mezquindad, sus súbitos ataques de glotonería, tan pueriles y encantadores. Aquella vez, hace años, ya no recuerdo dónde, cuando me topé con ella al final de una fiesta, vestida de blanco, de pie junto a la ventana en la media luz de un amanecer de abril, perdida en un sueño..., sueño del que yo, ebrio y de mal humor, la desperté sin miramientos cuando podría —¡santo cielo!—, cuando podría haber permanecido oculto para pintarla hasta el detalle más nimio y más tierno en la vacía pared interior de mi alma, donde mi amada sombría y misteriosa aún permanecería, tan intensa como aquel amanecer.

Enseguida acordamos —tácitamente, como de costumbre— dejar Estados Unidos. Casi sin pensarlo dos veces renuncié a mis estudios, a la universidad, a mi carrera académica, a todo, y antes de que el año llegara a su término embarcamos de regreso a Europa.

Maolseachlainn Mac Giolla Gunna, mi abogado y, según insiste, mi amigo, tiene maña para aprovechar lo que con toda evidencia es trivial en la elaboración de sus defensas. Las anécdotas sobre sus métodos circulan por los pasillos del tribunal de justicia y por las galerías de esta cárcel. Los detalles, los detalles son su obsesión. Es un hombre corpulento, pesado y torpe —lleva metros, literalmente metros de tela a rayas—, con una gran cabeza cuadrada, pelo desmelenado y minúsculos ojos de obseso. Creo que la vida dedicada a hurgar en las grietas de las tragedias ajenas ha dañado algo en su ser. Transmite un aire de herido anhelo. Dicen que es el terror del tribunal, pero cuando toma asiento ante la vapuleada mesa de la asesoría jurídica de la cárcel, con las gafitas de media luna enganchadas en su cabezota, se agazapa sobre los papeles y toma notas con letra laboriosa y diminuta, jadeante y mascullando para sus adentros, recuerdo sin poderlo evitar a un gordinflón de la escuela, desconsoladamente enamorado de mí, del que solía aprovecharme para que me hiciera los deberes.

En este momento Maolseachlainn está interesadísimo en saber por qué fui a Whitewater. ¿Y por qué no iba a ir? Conocía a los Behrens... Dios sabe que al menos conocía a Anna. Había estado fuera diez años y les hice una visita de cortesía como amigo de la familia. Pero parece que esto no es suficiente. Maolseachlainn frunce el ceño, menea lentamente su cabezota y, sin darse cuenta, machaca con los gajes de su oficio. ¿No es verdad que salí furioso de la casa de mi madre solo un día después de haber llegado al país? ¿No es verdad que me encontraba en un estado de profunda indignación porque me había enterado de que la colección pictórica de mi padre había sido vendida a Helmut Behrens por una cantidad en mi opinión ínfima? ¿Y no es verdad también que tenía motivos para estar resentido con el señor Behrens, que había intentado ponerle los cuernos a mi padre en...? Un momento, viejo: eso solo se supo después, dije. Maolseachlainn se muestra alicaído cada vez que lo corto de modo tajante. De todas formas, los hechos son los hechos.

Es verdad que volví a discutir con mi madre y que salí de casa hecho una furia (como era previsible, el perro me siguió e intentó morderme los talones). De todos modos, Binkie Behrens no fue el motivo de la discusión, al menos directamente. Por lo que recuerdo, fue la pelea de siempre: el dinero, la traición, mi partida a Estados Unidos, mi salida de Estados Unidos, mi matrimonio, el abandono de mi carrera, todo

eso, lo habitual... y, sí, el hecho de que mi madre había vendido mi patrimonio por el precio de una retahíla de ponis feos a rabiarse con los que soñó que amasaría una fortuna para mantenerse en su decrepitud. ¡Zorra cretina e ilusa! También había que tener en cuenta a Joanne, la chica. Antes de irme hice un alto y dije, midiendo las palabras, que me parecía muy fuera de lugar que una mujer que ocupaba la posición social de mi madre —¡la posición social de mi madre!— fuera tan amiga de una moza de cuadra. Reconozco que me proponía ofenderla, pero temo que fui el único que acabó con los ojos desorbitados. Después de un breve silencio, mi madre me miró a los ojos con descarada indiferencia y añadió que Joanne no era una niña, que en realidad tenía veintisiete años. Es para mí —en este punto hizo una pausa para crear efecto—, para mí es como un hijo, como el hijo que nunca tuve. Tragué saliva con dificultad y dije: Me alegro por vosotras, ¡ya lo creo!, y salí cabreadísimo. En la calzada hice un alto y tuve que aguardar a que amainaran la indignación y el resentimiento para recobrar el aliento. A veces pienso que soy un sentimental redomado.

Aquella tarde fui a Whitewater. El último tramo del viaje, desde el pueblo, lo hice en taxi. El chófer era un hombre descomunadamente alto y demacrado, con gorra de plato y un viejo traje de franela gris. Me estudió con interés por el retrovisor y apenas se molestó en observar la carretera. Intenté devolverle una mirada maligna, pero no se dio por aludido y torció ligeramente un lado de su delgado rostro con un peculiar aire de complicidad. ¿Por qué recuerdo con tanta intensidad a este tipo de personas? Se amontonan en mi mente, cuando aparto la vista de la página se apiñan a mi alrededor, entre las sombras, calladas y algo curiosas..., hasta podría decirse que atentas. Supongo que son testigos, mirones inocentes que, sin rencor, han venido para prestar declaración en mi contra.

Nunca fui capaz de ir a Whitewater sin soltar un ligero e involuntario jadeo de admiración. La calzada traza, desde la carretera, una curva larga, cerrada y sin árboles, que parece hacer surgir la casa lenta y mágicamente, abriendo de par en par sus columnatas dignas de Palladio. El taxi paró en el camino de grava situado bajo la gran escalinata de la entrada y con el súbito silencio llegó la comprensión —así es, Maolseachlainn, lo admito— de que no tenía motivos para presentarme. Durante unos segundos miré a mi alrededor con tambaleante consternación, como un sonámbulo al que despiertan, pero para entonces el taxista me contemplaba con embelesada expectación por el retrovisor y tuve que simular que sabía lo que hacía. Me apeé, me palmeé los bolsillos y fruncí el ceño dándome aires de importancia, pero no hubo modo de engañarlo, su sonrisa ladeada se volvió aún más ladina y hubo un momento en que creí que me iba a guiñar el ojo. Le dije secamente que esperara y subí la escalinata agobiado por una firme sensación de mofa general.

Mucho más tarde un hombrecillo colérico y hecho una pasa me abrió la puerta

vestido con lo que, a primera vista, parecía el uniforme del conductor de un autobús. Ralos y largos mechones de pelo negrísimo se adherían a su cráneo como vetas de betún. Me miró con profundo asco. Hoy no abrimos, dijo, y estaba a punto de cerrarme la puerta en las narices cuando pasé a fuerza de ingenio a su lado y entré en el vestíbulo. Eché un vistazo a mi alrededor, me froté lentamente las manos y sonreí, jugando al expatriado que acaba de regresar. ¡Ah, la vieja casa!, exclamé. El gran Tintoretto de la escalera, rebosante de ángeles y de mártires de mirada extraviada, me abrumó con su extensa gama cromática. El portero o lo que fuese se agitó preocupado a mis espaldas. Me volví y me cerní sobre él, sin dejar de sonreír, y dije que no era un turista, sino un amigo de la familia... Por casualidad, ¿estaba en casa la señorita Behrens? Se puso nervioso, desconfiando aún, me dijo que esperara y partió pasillo abajo, hundiendo un pie plano al avanzar y alisando primorosamente los pelos grasientos de su coronilla.

Esperé. Todo estaba en silencio si exceptuamos el tictac de un alto reloj alemán del siglo XVII. En la pared, a mi lado, colgaban seis exquisitas y pequeñas acuarelas de Bonington. En ese momento me podría haber guardado un par bajo el brazo y salido. El reloj lanzó un soplo complicado y dio la media; a mi alrededor, en habitaciones cada vez más distantes, otros relojes hicieron sonar sus carillones individuales y plateados y fue como si un minúsculo terremoto estremeciera la casa. Volví a contemplar el Tintoretto. También había un Fragonard y un Watteau. Y solo estaba en el vestíbulo. ¿Qué ocurría, qué pasaba para que todo estuviera desatendido? Oí que afuera el taxista hacía sonar el claxon, un bocinazo inseguro y como pidiendo disculpas. Debió de pensar que lo había olvidado. (Y así era). En el fondo de la casa sonó un portazo y un segundo más tarde una bocanada de aire fresco me rozó la cara. Avancé ruidosamente por el pasillo al tiempo que detrás de mi esternón palpitaba un escalofrío ardiente y casi sensual de recelo. En el fondo soy un hombre tímido y los espacios grandes y vacíos me ponen nervioso. Una de las figuras del Fragonard, una sedosa dama de ojos azules y labio inferior abultado, me miraba de soslayo con lo que parecía una expresión de especulación horrorizada pero animada. Abrí una puerta con suma cautela. El grueso pomo cedió a la presión de mi mano con una tersura maravillosa y confiada. Entré en una estancia larga, alta, estrecha y de muchas ventanas. El empapelado tenía el color del oro deslustrado. El aire también era dorado y estaba bañado por la luz pesada pero suave de la tarde. Tuve la sensación de que me internaba en el siglo XVIII. Los muebles escaseaban, solo había cinco o seis piezas — delicadas sillas con respaldo en forma de lira, un aparador ornamentado, una mesilla de bronce dorado— situadas de tal manera que lo que parecía organizado no eran las cosas sino el espacio que las rodeaba, la luz propiamente dicha. Me quedé petrificado, con el oído atento no sé a qué. En la mesilla había un rompecabezas grande y complicado a medio montar. Algunas piezas habían caído al suelo. Las miré desperdigadas sobre el parqué como charcos de algo derramado y, una vez más, un ligero escalofrío pareció recorrer la casa. En el otro extremo de la habitación una

puertaventana estaba abierta de par en par y la brisa agitaba la cortina de gasa. Afuera se divisaba una larga pendiente de jardín en la cual, a media distancia, hacía cabriolas un caballo solitario y heráldico. Más lejos se veía el recodo del río, cuyas aguas se blanqueaban en los bajíos, a mayor distancia la arboleda, después montañas difusas y luego el azul ilimitado y dorado del estío. Tuve la impresión de que, hasta cierto punto, la perspectiva de esa escena era errónea. Parecía que, en lugar de retroceder como correspondía, las cosas estaban dispuestas ante mí —el mobiliario, la puertaventana abierta, el jardín, el río y las montañas lejanas— como si en vez de ser miradas fueran ellas las que miraban, atentas a un punto de fuga situado en el interior de la estancia. Entonces me volví y me vi a mí mismo girando al volverme, como creo que aún me estoy volviendo, como a veces me figuro que siempre me volveré, como si este fuera mi castigo, mi condena, simplemente este giro jadeante, desdibujado e infinito hacia ella.

Ya han visto el cuadro en los periódicos, ya saben qué aspecto tiene. Una mujer joven, de vestido negro y ancho cuello blanco, de pie con las manos cruzadas por delante, una enguantada y la otra oculta salvo los dedos, que están flexionados y sin anillos. Lleva algo en la cabeza, un tocado o algún tipo de pasador que le aparta tensamente el pelo de la frente. Sus ojos negros y saltones muestran una ligera inclinación oriental. La nariz es grande y los labios llenos. No es hermosa. En la mano derecha sostiene un abanico cerrado o, acaso, un libro. Está de pie en lo que para mí es la puerta abierta e iluminada de una habitación. Se divisa parte de un diván o quizá de una cama con funda de brocado. A su espalda la oscuridad es espesa y misteriosamente ingravida. Su expresión es serena, nada expectante, como si hubiera un deje de desafío, incluso de hostilidad, en la disposición de su boca. No quiere estar allí, pero no puede estar en otra parte. El broche de oro que sujeta las solapas de su cuello ancho es caro y feo. Han visto todo esto, lo conocen. Pero yo les digo, amables expertos del jurado, que a pesar de haberlo visto no saben nada o casi nada. Desconocen la entereza y el patetismo de su presencia. No se han topado súbitamente con ella, como me ocurrió a mí, un crepúsculo estival en una estancia dorada. No la han tenido en sus brazos, no la han visto despatarrada en una cuneta. No han —¡oh, claro que no!—, no han matado por ella.

Me quedé con la mirada fija lo que me pareció una eternidad y poco a poco me fue dominando una turbación, una ardiente y avergonzada conciencia de mí mismo, como si de alguna manera yo, este sucio saco de huesos, fuera el examinado con minuciosa y fría atención. No solo era la mirada pintada de la mujer lo que me escrutaba. Todos los elementos del cuadro —el broche, los guantes, la lanuda oscuridad del fondo—, cada punto del lienzo era un ojo clavado en mí sin parpadear. Di un paso atrás ligeramente pasmado. Los bordes del silencio se deshilachaban. Oí los mugidos de las vacas y el motor de un coche. Me acordé del taxi y me dispuse a salir. Una criada se había detenido junto a la puertaventana abierta. Debió de aparecer en aquel instante, me vio y retrocedió alarmada. Tenía los ojos muy abiertos, una

rodilla doblada y una mano en alto como si quisiese desviar un golpe. Durante unos segundos ninguno se movió. Tras ella una brisa súbita bruñó la pendiente herbosa. No hablamos. Lentamente, con la mano aún en alto, retrocedió con cautela a través de la puertaventana y trastabilló mientras buscaba a ciegas con los tacones el nivel del sendero enlosado. Sentí una inexplicable y fugaz avalancha de fastidio..., tal vez un presentimiento, el céfiro perdido que se adelantaba a la tormenta a punto de descargar. En algún lugar sonó un teléfono. Me volví de prisa y abandoné la estancia.

En el pasillo no había nadie. El teléfono sonaba con picajosa insistencia. Aún lo oí al bajar la escalinata. Obviamente, el taxi ya no estaba. Maldije y eché a andar por la calzada, cojeando sobre el terreno pedregoso con mis zapatos españoles de suela delgada. El sol bajo me dio de lleno en la cara. Cuando me volví para mirar la casa las ventanas estaban en llamas y parecían burlarse de mí. Empecé a sudar, lo que atrajo a las moscas enanas. Volví a preguntarme qué me había impulsado a visitar Whitewater. Conocía la respuesta, era evidente. Lo que me atrajo fue el olor del dinero, del mismo modo que el olor a sudor atrajo a esas condenadas moscas. Me vi como si estuviera en una de esas ventanas inflamadas por el crepúsculo, merodeando en medio del polvo, acalorado, desencajado y excedido en peso, con la cabeza gacha y la gruesa espalda inclinada, con el traje blanco arrugado en las axilas y combado en el culo, una figura de risa, la gracia de un mal chiste, y de pronto me dominó la pena por mí mismo. ¡Jesús! ¿No había nadie dispuesto a ayudarme? Hice un alto y eché una atribulada mirada a mi alrededor, como si un benefactor se ocultara en la arboleda. El silencio contenía una sensación de amortiguado refocilo. Reemprendí la marcha, oí motores y al cabo de unos minutos una enorme limusina negra rodeó la curva, seguida de un deportivo rojo y aerodinámico. Avanzaban a paso majestuoso, la limusina se balanceaba delicadamente sobre los amortiguadores y durante unos segundos pensé que se trataba de un cortejo fúnebre. Subí al borde de césped y seguí andando. El chófer de la limusina, un hombre voluminoso y de pelo corto, estaba erguido y vigilante, y rodeaba con manos leves el borde del volante como si fuese un proyectil al que podía quitar las amarras y arrojar con letal puntería. A su lado viajaba una figura encorvada y encogida; cuando el coche pasó a mi lado vislumbré un ojo oscuro, un cráneo con manchas que denotaban un hígado enfermizo y enormes manos apoyadas la una sobre la otra en el pomo de un bastón. Una rubia de gafas oscuras conducía el deportivo. Nos miramos con huerro interés, como extraños, cuando pasó a mi lado. Por supuesto, la reconocí.

Diez minutos después avanzaba penosamente por la carretera, pulgar en alto, cuando la oí frenar detrás de mí. Supe que era ella. Me detuve y me volví. Permaneció en el deportivo, con las muñecas apoyadas en el volante. Hubo una breve y muda contienda para ver quién de los dos hacía el primer movimiento. Ambos cedimos. Yo caminé hasta el coche y ella se apeó para acudir a mi encuentro. *Supe* que eras tú, dijo. Sonreímos y guardamos silencio. Vestía un traje crema y blusa blanca. Había manchas de sangre en sus zapatos. Su cabello era más pajizo de lo que

yo recordaba, me pregunté si se lo teñía. Le dije que tenía un aspecto fenomenal. Hablaba en serio, pero como las palabras sonaron vanas me ruboricé. Anna, dije. Con templada sorpresa recordé el día en que, mucho tiempo atrás, robé el sobre de una de sus cartas a Daphne, lo llevé al lavabo y lo abrí con el corazón encogido para lamer la goma que ella había lamido. Pensé: ¡la amé!, y solté una carcajada desenfundada y sorprendida. Se quitó las gafas de sol y me miró curiosa. Me temblaban las manos. Ven a ver a papá, dijo, necesita que lo animen.

Condujo a todo gas accionando los mandos meticulosamente, como si intentara encontrar una pauta, una fórmula secreta oculta en esa maraña de actos pequeños y diestros. Quedé impresionado, hasta un poco intimidado. Rebosaba la impaciente seguridad de los ricos. No cruzamos palabra. En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la casa y frenamos en medio de una lluvia de grava. Abrió su portezuela, hizo un alto, me miró un instante en silencio y meneó la cabeza. Freddie Montgomery, dijo. ¡Qué sorpresa!

Al subir la escalinata hacia la puerta principal, enlazó ligeramente su brazo con el mío. Me sorprendió. Cuando la traté, hacía tantos años, no era partidaria de las intimidades fáciles; sí de las intimidades, pero no de las fáciles. Se rio y dijo: Dios, creo que estoy un poco borracha. Había estado en el hospital de la ciudad... porque Behrens había sufrido un ligero ataque. El hospital estaba alborotado. Un coche bomba había estallado en una transitada calle comercial; por lo que se sabía, se trataba de un artefacto muy pequeño pero de extraordinaria eficacia. Había entrado en el pabellón de las víctimas sin que nadie se lo impidiese. Por todas partes había cuerpos. Deambuló entre los muertos y los agonizantes y se sintió como una superviviente. Santo Dios, Anna, dije. Rio tensa. Vaya experiencia, comentó, afortunadamente Flynn lleva en la guantera una petaca con algo fuerte. Había dado sus buenos tragos y empezaba a lamentarlo.

Entramos en la casa. El portero uniformado no estaba en ningún sitio. Le conté a Anna que se había ido y me había dejado merodear a mis anchas. Se encogió de hombros. Suponía que todos habían bajado a ver las noticias del atentado en la televisión. De todos modos, dije, cualquiera podría haber entrado. Venga ya, ¿crees que alguien puede entrar y colocar una bomba?, preguntó. Me miró con una peculiar sonrisa de amargura.

Me guio hasta el salón dorado. La puertaventana seguía abierta. No había indicios de la criada. Una especie de timidez me llevó a apartar la mirada del otro extremo de la estancia, en el que el cuadro sobresalía ligeramente de la pared, como si prestara suma atención a cuanto allí acontecía. Me senté con delicadeza en una de las sillas Luis XV mientras Anna abría el aparador tallado y con florituras, y servía dos generosas medidas de ginebra. No había hielo y la tónica había perdido el gas, pero no me importó porque me hacía falta un trago. Aún estaba jadeante por la idea de que había estado enamorado de ella. Me sentía excitado, perplejo y ridículamente satisfecho, como un niño a quien le han dado algo precioso para jugar. Volví a

repetirlo para mis adentros —¡la amé!—, probando el sonido de las palabras. Ese pensamiento excelso, genial y un poco delirante encajaba a la perfección con el entorno. Anna caminaba entre el ventanal y yo y sujetaba firmemente el vaso con ambas manos. La cortina de gasa se hinchó perezosa en las lindes de mi visión. Parecía que algo temblaba en el aire. De pronto el teléfono situado en la mesa baja, a mi lado, sonó con estrépito. Anna contestó y dijo sí, sí, ¿cómo dice? Rio. Es un taxista que espera cobrar la carrera, me comentó. Me puse al aparato y le hablé en tono severo al taxista. Anna me observó atenta, con una especie de ávido regocijo. En cuanto colgué, dijo alegremente: ¡Ah, Freddie, te has vuelto tan pomposo! Fruncí el ceño. No supe qué responder. Su risa y su mirada vidriosa estaban teñidas de histeria. He de reconocer que yo tampoco estaba muy tranquilo. Mira, dijo. Contemplaba molesta sus zapatos manchados de sangre. Chasqueó la lengua, dejó el vaso sobre la mesa y abandonó a toda prisa la estancia. Aguardé. Todo eso ya había ocurrido antes. Caminé hasta el ventanal abierto y me detuve, con la mano en el bolsillo, a beber la ginebra. Pomposo, ni más ni menos..., ¿a qué se refería? El sol casi se había puesto y la luz se apiñaba en manojos por encima del río. Salí a la terraza. Un bálsamo de aire tibio recorrió mi rostro. Pensé que era muy extraño estar allí, con el vaso en la mano, en medio del silencio y la calma de un crepúsculo estival, mientras en mi cabeza había tanta oscuridad. Me volví y contemplé la casa. Parecía deslizarse velozmente contra el cielo. Quería mi parte de esa riqueza, de esa comodidad de oropel. Desde lo más recóndito de la estancia un par de ojos oscuros, serenos y ciegos miró hacia afuera.

Flynn, el chófer de pelo cortado a cepillo, se acercó desde un lado de la casa con un aire de amabilidad de labios apretados que era algo amenazador, deslizándose sobre los metatarsos de sus pies delicados a pesar de su desproporción. Gastaba bigote de bandolero, caído y de color negro azulado, muy cuidado y con las puntas recortadas, de modo que parecía pintado en su cara grande y pálida. Los bigotes no me gustan, ¿ya lo he comentado? Tienen algo obsceno que me espanta. No me caben dudas de que el psiquiatra de la cárcel podría explicar el significado de esta aversión... y tampoco me caben dudas de que en mi caso se equivocaría. Flynn era un ejemplar realmente ofensivo. No sé por qué, pero de repente el hecho de verlo me dio ánimos, me alentó. Lo seguí con ganas al interior de la casa. El comedor era una caverna enorme, oscura y plagada del destello y el centelleo de objetos preciosos. Behrens entró apoyándose en el brazo de Anna; conformaba una figura alta y delicada, con suntuoso traje *tweed* y corbata de lazo. Se movía con lentitud, midiendo los pasos. Su cabeza algo temblorosa era pulida y de cúpula empinada, como un maravilloso huevo desecado. Debía de hacer veinte años que no lo veía. Reconozco que quedé intensamente impresionado. Poseía la pátina fina y sutil de algo creado con amor, como una de esas exquisitas figurillas de jade, tentadoramente pequeñas, que un instante antes había visto sobre la repisa de la chimenea. Cogió mi mano y la apretó despacio con sus dedos de estrangulador mirándome al fondo de los ojos como

si intentara vislumbrar a otra persona. Frederick, dijo con voz velada, eres tan parecido a tu madre.

Cenamos en una mesa destartalada puesta en el vano de una alta ventana con vista al jardín. La cubertería era barata y los platos formaban parte de distintos juegos. Era algo que siempre recordé de Whitewater: la improvisación con que se vivía la vida en rincones insólitos, al borde mismo de las cosas. Esa casa no estaba destinada a seres humanos, tanta magnificencia no podía tolerar en su seno las chapucerías de la gente. Observé a Behrens mientras cortaba un trozo de carne jugosa. Esas manos inmensas me fascinaban. Siempre tuve la convicción de que, en algún momento del pasado, había matado a alguien. Intenté imaginarlo joven, con pantalón de franela y *blazer*, con la raqueta de tenis en la mano —*¡Vaya, mirad, ahí está Binkie!*—, pero me resultó imposible. Mencionó el atentado del coche bomba. Cinco muertos —¿o a esas alturas ya eran seis?— con un solo kilo de explosivos. Suspiró y meneó la cabeza. Más que alterado se diría que estaba impresionado. Anna apenas habló. Estaba pálida y parecía cansada y abstraída. Por primera vez noté lo mucho que había envejecido. La mujer que hacía años había tratado seguía allí, pero enclavada en una figura más tosca, cual una de las amantes de Klimt incrustadas de piedras preciosas. Contemplé el crepúsculo gris luminoso, espantado y, de una manera retorcida, orgulloso al pensar en lo que había perdido, en lo que podría haber sido. Cúmulos de nubes y, por último, una franja de cielo brillante. De pronto trino un mirlo. Algún día también yo perdería todo eso, moriría y todo desaparecería, aquel momento junto a esa ventana, en pleno verano, en el tierno filo de la noche. Era sorprendente pero verídico, sucedería. Anna encendió un fósforo y prendió la vela que reposaba sobre la mesa; durante unos segundos reinó una sensación de revuelo, de balanceo en la atmósfera tenue y oscura.

Mi madre, dije a Behrens, pero tuve que hacer un alto y carraspear..., tengo entendido que mi madre le dio algunos cuadros. El hombre dejó caer sobre mí su mirada de ave de rapiña. *Me vendió*, puntualizó casi en un susurro, me los vendió, no me los dio. Sonrió. Hicimos una breve pausa. Behrens estaba a sus anchas. Añadió que, en el caso de que hubiese ido con la esperanza de volver a ver los cuadros, lo lamentaba mucho. Comprendía que les tuviese apego, pero se había deshecho de ellos casi en el acto. Volvió a sonreír afablemente. Había una o dos obras bastante buenas, pero no habrían quedado bien allí, en Whitewater.

Aquí lo tienes, padre, pensé, esto es cuanto vale tu ojo de experto.

Verás, quería ayudar a tu madre, decía Behrens. Sabrás que estuvo enferma. Le di mucho más de lo que valían en el mercado..., pero espero que no se lo digas. Me parece que tenía la ilusión de montar algún negocio. Rio. ¡Es una mujer tan vital!, exclamó. Hicimos otro silencio. Behrens jugueteó con el cuchillo, divertido y expectante. Con cierta sorpresa me di cuenta de que debió de pensar que había ido con el propósito de exigir la devolución de la colección. Y entonces me pregunté, como es lógico, si la había timado, pese a sus declaraciones en sentido contrario. Esa idea me animó de un modo increíble. Vaya, viejo taimado, pensé y reí para mis

adentros, eres igual al resto de los mortales. Observé el perfil de Anna débilmente reflejado en el perfil de la ventana. ¿Y qué era ella, sino una solterona que envejecía, con sus arrugas y su pelo teñido? Es probable que Flynn la cubriera una vez al mes en los intervalos entre lavar el coche e ir a la barbería a recortarse el bigotito. ¡Malditos seáis todos! Me serví un vaso rebosante de vino, derramé un chorro en el mantel y me alegré. Ah, la oscuridad, la oscuridad.

Esperaba que me invitasen a pasar la noche en Whitewater, pero después del café Anna se disculpó, salió un momento y al regresar dijo que había pedido un taxi por teléfono. Me ofendí. Había recorrido tanto camino para verlos y ni siquiera me ofrecían una cama. Se instauró un silencio intolerable. Por incitación mía, Behrens se puso a hablar de pintores holandeses. ¿Me lo imaginé o me miró con sorna cuando preguntó si había estado en la habitación del jardín? Cambió de tema antes de que me percatase de que se refería al salón dorado. Ahora estaba sentado, con la cabeza temblorosa y la boca entreabierta, y miraba, embotado, la llama de la vela. Alzó la mano como si estuviera a punto de recuperar la palabra, pero la dejó caer cansinamente. Los faros de un coche alumbraron la ventana y sonó el claxon. Behrens no se levantó. Me alegro de verte, murmuró, y me ofreció la mano izquierda. Cuánto me alegro.

Anna me acompañó hasta la puerta principal. Tuve la impresión de que había hecho el ridículo, pero no supe con exactitud por qué. En el pasillo nuestras pisadas se volvieron estentóreas, un jaleo confuso y algo absurdo. Flynn tiene la noche libre, se justificó Anna, de lo contrario habría hecho que te llevara. Respondí, muy rígido, que no tenía importancia. Para mis adentros me preguntaba si éramos las mismas personas que una ardiente tarde de domingo habíamos rodado desnudas en la cama con Daphne, al otro lado del mundo, al otro lado del tiempo. No sé cómo imaginé que alguna vez la había amado. Tu padre tiene buen aspecto, comenté. Anna se encogió de hombros. Pues se está muriendo, dijo. No sé qué pasaba por mi cabeza, pero al llegar a la puerta busqué torpemente su mano e intenté besarla. Anna retrocedió deprisa y estuve a punto de caer. El taxista hizo sonar el claxon por segunda vez. ¡Anna!, exclamé, y no se me ocurrió nada más que decir. Rio con frialdad. Vete a casa, Freddie, dijo con triste sonrisa, y lentamente me cerró la puerta en las narices.

Por supuesto, sabía quién conduciría el taxi. No abra la boca, le dije en tono severo, ¡no se le ocurra pronunciar una sola palabra! Me miró por el retrovisor con actitud afligida y acusadora y rodamos despacio por la calzada. Me di cuenta de que no tenía adónde ir.

Es septiembre. Hace dos meses que estoy aquí. Parece que ha transcurrido más tiempo. El árbol que entreveo desde la ventana de mi celda presenta un aspecto triste y polvoriento, pronto cambiará de color. Tiembla como expectante y por la noche me hago la ilusión de que lo oigo, crujiendo lleno de vida entre las sombras. Por la mañana los cielos son espléndidos, enormemente altos y diáfanos. Me gusta ver cómo se acumulan y se dispersan las nubes. Es un trabajo descomunal y delicado. Hoy se formó el arcoíris; al verlo solté una risa estentórea, como si se tratara de un chiste fantástico y absurdo. A ratos la gente pasa bajo el árbol. Debe de ser un atajo. A las nueve aparecen las administrativas con sus cigarrillos y sus peinados de fantasía y, poco después, las soñadoras amas de casa que acarrearán bolsas de la compra y niños. Todas las tardes, a las cuatro, llega un escolar rezagado que, cual una joroba, porta a la espalda una cartera enorme. También pasan perros, que caminan muy deprisa con aire decidido, hacen un alto, sueltan un apresurado chorrillo en el tronco y siguen su camino. Otras vidas, otras vidas. En los últimos días, desde que empezó a cambiar la estación, todos —el escolar incluido— parecen caminar con paso más ligero, sustentados, como si volaran, por el vidrioso y azulino aire otoñal.

En esta época del año suelo soñar con mi padre. Aunque el sueño es siempre el mismo, las circunstancias varían. La persona que aparece es sin duda mi padre, pero no tal como lo conocí. Está más joven, más robusto, más animado y muestra un rebuscado sentido del humor. Llego al hospital o a otra institución por el estilo y después de muchas búsquedas y malentendidos lo encuentro sentado en la cama, con una humeante taza de té en la mano. Lleva el pelo juvenilmente revuelto y un pijama que no le pertenece. Me saluda con avergonzada sonrisa. Lo abrazo con ademán impulsivo y fervor porque estoy agitado y me he preocupado mucho. Soporta con ecuanimidad esta inusitada muestra de cariño, me palmea el hombro y ríe entre dientes. Tomo asiento en una silla, junto a la cama, y guardamos silencio unos instantes, sin saber qué hacer ni adónde mirar. Tengo entendido que ha sobrevivido a un accidente, un naufragio o una enfermedad como la tisis. Por alguna razón, es su propia temeridad, su imprudencia (¡mi imprudente padre!), lo que lo ha llevado a una situación de riesgo y ahora se siente absurdo y cómicamente avergonzado. En el sueño yo soy siempre el responsable de su afortunado salvamento porque di la alarma, llamé a la ambulancia, bajé el bote salvavidas o algo parecido. Mi hazaña se

interpone entre nosotros como algo enorme y poco manejable, como el amor mismo, prueba al fin de la auténtica consideración filial. Despierto sonriente, con el corazón rebosante de ternura. Antes creía que, en el sueño, lo rescataba de la muerte, pero últimamente pienso que lo que deshago de un golpe es, más bien, la prolongada calamidad de su vida. Es posible que ahora tenga que cumplir otra tarea parecida. Hoy me comunicaron que mi madre ha muerto.

Cuando el taxi llegó al pueblo ya había partido el último coche de línea para la ciudad, tal como había vaticinado el chófer con melancólico regocijo. Nos detuvimos en la calle principal a oscuras, delante de una ferretería, con el motor en marcha. El taxista se volvió en el asiento, se levantó la gorra para rascarse rápidamente con un dedo y se dispuso a organizar lo que yo haría a continuación. Por enésima vez me sorprendió la forma en que miran estos individuos, la ingenuidad sorda y brutal de su interés. Será mejor que le ponga nombre —sospecho que se llama Reck—, pues aún tendré para rato con él. Dijo que le encantaría llevarme a la ciudad en su taxi. Negué con la cabeza: había casi cincuenta kilómetros y ya le debía dinero. En ese caso, añadió con una sonrisa espantosa y zalamera, su madre podía darme alojamiento —al parecer Reck regentaba una taberna, encima de la cual había una habitación—. Aunque la idea no me atraía, la calle estaba oscura, profundamente silenciosa, las herramientas del escaparate de la ferretería tenían un aspecto muy deprimente y sí, dije con voz débil y me llevé la mano a la frente, sí, lléveme a la taberna de su madre.

Como la señora no estaba, dormía o algo así, Reck en persona me guio escaleras arriba y avanzó de puntillas como una araña grande y temblequeante. El cuarto tenía una ventana pequeña y baja, una silla y una cama con un hueco en medio, como si acabaran de retirar un cadáver. Olía a pis y a cerveza negra. Reck me sonrió con timidez y apretujó la gorra con las manos. Le di las buenas noches de modo terminante y se retiró con andar cansino. Lo último que vi del taxista fue la mano huesuda que cerró lentamente la puerta al salir. Deambulé por el cuarto y oí cómo crujían las tablas del suelo. Me gustaría saber si me froté las manos. El ventanuco y la cama hundida me provocaron una vertiginosa sensación de desproporción, yo parecía demasiado alto y mis pies demasiado grandes. Me senté en el borde de la cama. Por la ventana se colaba un ligero resplandor. Si me inclinaba, divisaba un torcido cañón de chimenea y la silueta de los árboles. Me sentí como el héroe melancólico de una novela rusa, meditando en mi cuartucho encima de la taberna de la aldea Tal, en el año Cual, con toda la historia ante mí, a la espera de ser narrada.

No dormí. Las sábanas estaban húmedas y algo resbaladizas y llegué a la conclusión de que no era el primero que se agitaba y se revolvía entre ellas desde su último paso por la lavandería. Intenté tenderme, tenso como un muelle, de modo tal que la mínima parte de mi cuerpo estuviera en contacto con las sábanas. El campanario de una iglesia lejana dio las horas con una nota extraordinariamente

mortecina. Oí los habituales ladridos de los perros y bramidos del ganado. El sonido de mis bufidos de descontento me enfureció. De vez en cuando pasaban un coche o un camión y en esos momentos una caja de geometría iluminada se deslizaba a toda velocidad por el techo, bajaba por las paredes y se perdía en un rincón. Tenía una sed desaforada. Los sueños de vigilia me asaltaron con visiones grotescas e indecentes. En un momento, cuando estaba a punto de quedarme dormido, experimenté una brusca y espantosa sensación de caída y me incorporé de una sacudida. Aunque procuré apartarla de mi mente, no hacía más que pensar en Anna Behrens. ¿Qué le había pasado para encerrarse en ese espantoso museo, con un viejo agonizante por única compañía? Tal vez no había pasado nada, quizá las cosas eran así. Puede que los días transcurrieran uno tras otro, sin sonido, hasta que al final fue demasiado tarde y una mañana despertó y se encontró anclada en la mitad de su vida. La imaginé allí, pesarosa y solitaria, hechizada en su castillo mágico año tras año y..., bueno, por mi cabeza desfilaron todo tipo de ideas disparatadas, me da apuro referirlas. Y mientras yo pensaba estas cosas, otro pensamiento, situado en otro nivel, más lóbrego, liaba y liaba su madeja sombría. Así que mi plan se originó de una embrollada combinación de ideas sobre quijotismo, rescate y recompensa. Señorita, le aseguro que no es un intento furtivo de excusarme: solo pretendo explicar mis móviles, quiero decir los más profundos, si es que tamaña cosa es posible. A medida que pasaban las horas —y las estrellas brillaban a través del ventanuco para volver a desvanecerse muy despacio—, en mi mente Anna Behrens se fundía con las otras mujeres que, hasta cierto punto, estaban a mi cargo —Daphne, por supuesto, y hasta mi madre, incluso la moza de cuadra—, pero al final, cuando alboreó el día, fue la figura holandesa del cuadro del salón del jardín la que se cernió sobre la cama y me contempló escéptica, inquisitiva e impasible. Me levanté, me vestí, me senté en la silla junto a la ventana y observé la luz cenicienta del día que descendía sobre los tejados y se colaba entre las ramas de los árboles. Mi mente operaba a toda velocidad, la sangre burbujeaba en mis venas. Entonces supe qué haría. Estaba agitado y al mismo tiempo experimentaba una honda sensación de pavor. Abajo comenzó el movimiento. Quería salir, salir, ser y hacer. Me dispuse a abandonar el cuarto, pero me detuve y me tendí en la cama unos segundos para recobrar la calma; en el acto me hundí en un sueño profundo y terrible. Fue como si me hubiesen fulminado. Soy incapaz de describirlo. Solo duró uno o dos minutos. Desperté temblando. Fue como si el corazón de las cosas se hubiese saltado un latido. Así empezó el día, y así continuaría, en medio del horror.

La señora Reck era alta y delgada. No, era baja y gorda. No la recuerdo con claridad. No quiero recordarla con claridad. Por amor de Dios, ¿cuántos detalles grotescos esperan que invente? La llamaré como testigo y ustedes juzgarán por sí mismos. Al principio creí que le dolía algo, pero solo me eludió y se acobardó a causa de la espantosa timidez que le trababa la lengua. En el saloncito de detrás del bar me surtió de salchichas, lonchas de bacon y morcilla (el verdugo tomó un copioso desayuno). Un tortuoso silencio llenó aquel ámbito y me oí tragar. Las sombras

pendían de las paredes cual frondas de telarañas. Había una imagen de Jesús con el corazón chorreante, pintada con espesos tonos carmesí y crema, y la foto de algún papa bendiciendo a las multitudes desde un balcón del Vaticano. La sensación de pesimismo se aposentó en mi pecho como la acedía. Reck apareció en tirantes y mangas de camisa y preguntó con timidez si todo iba bien. ¡De maravillas, de maravillas!, dije decidido. Se me quedó mirando y sonrió tiernamente con una especie de dichoso orgullo. Yo parecía algo que él había dejado para que se propagase durante la noche. Ah, estas vidas pobres y sencillas, tan numerosas, a través de las cuales he dejado una estela de babas. Ni una vez mencionó el dinero que le debía..., incluso cuando hablamos por teléfono se disculpó por no haberme esperado. Me levanté y pasé a su lado al franquear la puerta. Solo salgo un rato a respirar un poco, dije. Sentí mi horrible sonrisa como si a mi rostro se hubiese adherido algo pegajoso. Reck asintió y una leve arruga de pesar frunció su ceño y bajó hasta su hocico de oveja. Sabías que pensaba largarme, ¿no? ¿Por qué no me lo impediste? No entiendo a estas gentes. Ya lo he dicho antes: no las entiendo.

El sol brillaba a través de la raleante bruma. Aún era más temprano de lo que me había imaginado. Bajé por una acera de la calle principal y subí por la otra, retorciéndome de impaciencia. Había muy pocos transeúntes. ¿De dónde provendrá la idea de que la gente de campo madruga? Pasó una furgoneta, arrastrando un remolque con un cerdo. Al final de la calle se alzaba un puente que franqueaba un riacho pardusco y poco profundo. Me senté en el pretil y observé un rato el agua. Necesitaba afeitarme. Pensé volver a casa de Reck y pedirle prestada una maquinilla, pero no era lo bastante cínico para cometer semejante desfachatez. El calor empezaba a apretar. Me sentí mareado bajo el sol, mientras veía el agua que burbujeaba y saltaba a mis pies. Poco después apareció un anciano corpulento que se dirigió a mí sin preámbulos. Llevaba sandalias, de su hombro colgaba un impermeable raído que semejaba el tartán de un palurdo y portaba un grueso bastón de fresno. Tenía el pelo largo y la barba enmarañada. Por algún motivo imaginé su cabeza trasladada en alto, en una bandeja. Habló serenamente, con voz clara y retumbante. No entendí ni una palabra de lo que dijo —por lo visto había perdido la capacidad de expresión—, pero me conmovió la forma en que se detuvo, en que se apoyó en el báculo con una rodilla doblada y la mirada fija en mí mientras pronunciaba su testamento. Vi cómo movía la boca en medio del matorral de sus barbas y asentí lenta y seriamente con la cabeza. Los locos no me asustan, ni siquiera me incomodan. Reconozco que sus delirios me calman los nervios. Creo que se debe a que, para ellos, todo —desde la explosión de una nova hasta la caída del polvo en una habitación abandonada— tiene una importancia inmensa y equivalente y, en consecuencia, carece de significado. Concluyó su discurso y durante unos segundos me observó en silencio. Movié la cabeza con gravedad, me dirigió una última y significativa mirada, se dio la vuelta y se alejó cruzando el puente.

Su señoría, sé que he dicho que tenía un plan, pero solo en el sentido más amplio

de la palabra. Los detalles nunca han sido mi fuerte. Por la noche, cuando se partió el cascarón y la cosa agitó por primera vez sus alas pegajosas y frágiles, había pensado que me reiría de una idea tan absurda cuando llegara la mañana y recomenzase la vida real. Y vaya si reí, aunque fuese con actitud pensativa. Estoy convencido, realmente convencido, de que nada habría ocurrido si no hubiese quedado varado en aquel agujero, sin otra cosa que mis sombríos pensamientos para pasar el tiempo. Habría apelado a Charlie French y le habría pedido dinero prestado; habría vuelto a la isla para pagar la deuda al señor Aguirre; entonces habría recogido a mi esposa y a mi hijo y vuelto a casa, a Coolgrange, para hacer las paces con mi madre, establecerme, convertirme en un hacendado como mi padre, para vivir y ser feliz. Ah...

¿De qué hablaba? Ah, sí, del plan. Su señoría, no soy un genio. La prensa, que desde el primer momento se desbocó —al fin y al cabo, era temporada baja y le proporcioné un tema glorioso e inagotable—, me ha retratado como un criminal peligroso y como una bestia rubia, meticulosa, fría y de férrea voluntad. Juro que solo fue un ir a la deriva, como todo lo demás. Supongo que al principio jugué con la idea, me la conté como si fuese un relato mientras permanecía tendido, príncipe insomne, en la casa recargada y de mal gusto de Mamá Reck, al tiempo que las inocentes estrellas se apiñaban silenciosamente en el ventanuco. Por la mañana me levanté, la acerqué a la luz y ya había empezado a endurecerse, a cuajar. Por muy extraño que resulte, parecía obra de otro y me la habían dado para medirla y someterla a prueba. Parece que este proceso de distanciamiento fue un prelude básico para la acción. Tal vez explique la extraña sensación que me poseyó en el puente, encima del río borboteante. Es difícil describirlo. Sentí que era por completo distinto al que era. Quiero decir que conocía a la perfección a ese hombre rubio, corpulento, con unos kilos de más y traje arrugado que estaba sentado en el pretil y movía preocupado los pulgares, pero, al mismo tiempo, fue como si yo —el yo real, pensante y sensible— hubiese quedado atrapado dentro de un cuerpo que no me pertenecía. Pero no, tampoco es exactamente así. Porque la persona que estaba dentro también era extraña para mí, de lejos mucho más extraña que el ser físico y conocido. Admito que lo que digo no es claro. Sostengo que el que estaba en mi interior era extraño para *mí*, pero ¿a qué versión de *mí* me refiero? No, ya lo veo, no queda nada claro. De todos modos, no fue una sensación novedosa. Siempre me he sentido..., ¿cómo se dice?, eso es, escindido. Sin embargo, aquel día la sensación era más intensa, más marcada que de costumbre. Bunter estaba inquieto, desesperado por salir. Llevaba demasiado tiempo encerrado, barbotaba, protestaba y provocaba desde dentro y supe que cuando por fin saliese hablaría y hablaría. Me dio vértigo. La náusea gris me retorció las entrañas. Me pregunto si la sala se hace cargo del estado en que se encontraban mis nervios, no solo aquel día sino a lo largo de ese período. Mi esposa y mi hijo eran rehenes de unos desaprensivos, yo estaba prácticamente sin blanca, aún faltaban dos meses para recibir la asignación trimestral de la miseria que mi padre me había legado y ahí estaba, después de una noche espectral, con los ojos enrojecidos, sin

afeitar, encallado en medio de la nada y evaluando actos desesperados. ¿Cómo no iba a marearme, por qué no se me iban a retorcer las entrañas?

Al fin noté que, a mis espaldas, el pueblo cobraba vida con desgana y regresé por la calle principal, atento a un inoportuno encuentro con Reck o, peor aún, con su madre. Era una mañana soleada y tranquila, cargada de rocío y algo embotada, como ebria de su propia inexperiencia. En las aceras había manchones de humedad. El día sería glorioso. Oh, sí, glorioso.

Hasta que la encontré no supe que buscaba la ferretería frente a la cual la noche anterior Reck había parado el taxi. Estiré el brazo, abrí la puerta, la campanilla produjo un sonido breve y metálico, y mis piernas me trasladaron al interior.

Penumbra, olor a queroseno y a aceite de linaza y montones de trastos colgados del techo. Un hombre bajo, fornido, mayor y a punto de quedarse calvo barría el suelo. Llevaba zapatillas y una bata color canela de las que no había vuelto a ver desde mi infancia. Me sonrió, inclinó la cabeza y dejó el cepillo a un lado. De todos modos, no habló —sin duda por deformación profesional— hasta que tomó posición detrás del mostrador, se apoyó en las manos y ladeó la cabeza. Pensé que unas gafas de montura metálica le habrían dado el toque de gracia. Enseguida me cayó bien. Buenos días, señor, dijo con tono jovial, como si me diese la mano. Hizo que me sintiera mejor. Fue amable en la medida de lo correcto, sin excesiva sumisión ni el menor indicio de entrometimiento. Compré un ovillo de bramante y un rollo de papel de estraza. También una madeja de cuerda —recuerdo que enrollada en un cilindro rígido, muy semejante al nudo del verdugo— de cáñamo del bueno, resistente y liso, nada que ver con esas modernidades de plástico. Casi no sabía qué me proponía hacer con esos objetos. La cuerda, por ejemplo, fue un mero capricho. Me daba igual. Hacía años —¡décadas!— que no experimentaba un placer tan simple y ávido. El ferretero depositó amorosamente mi compra en el mostrador, canturreó en voz baja, sonrió y frunció los labios con gesto aprobador. Era el recreo. En ese mundo de simulación, yo podía tener cuanto quería. Sin ir más lejos, una sierra de espiga con mango de palo de rosa. Un juego de útiles de chimenea con las asas en forma de monos sabios. O el cubo esmaltado y blanco, con la delicada sombra azul clara a un lado. ¡Oh, cualquier cosa! Entonces vi el martillo. Una pieza moldeada y pulida de acero inoxidable, como el fémur de un animal veloz, con aterciopelada empuñadura de caucho y cabeza y oreja engomadas. Soy lo más torpe que quepa imaginar, me considero incapaz de clavar bien un clavo, pero confieso que siempre abrigué el deseo innominado de poseer un martillo como aquel. Más risas en la sala, por supuesto, más carcajadas chuscas por parte de los graciosos de la galería. Su señoría, amables manitas del jurado, insisto, insisto en que se trataba de un deseo inocente, un capricho, un anhelo por parte del niño desdichado que hay dentro de mí —no es Bunter, no es él, sino el verdadero y perdido espectro de mi niñez—, el deseo de poseer ese juguete prodigioso. Por primera vez, mi padrino mágico titubeó. Hay otros modelos, osó decir, menos —lanzó un suspiro corto y contenido—, menos caros, señor. Pero no,

no, no pude resistirme. Debía tener aquel martillo. Sí, precisamente aquel, el que estaba allí, con su etiqueta. En síntesis, un martillo de la máxima calidad.

Salí de la ferretería con mi paquete bajo el brazo, los ojos nublados y sonriente, feliz como un escolar ebrio. El tendero me había estrechado la mano con actitud extraña y críptica. Tal vez era masón y quería comprobar si yo formaba parte de la hermandad. Pues no, prefiero pensar que no era más que un hombre honrado, bondadoso y bienintencionado. En este testimonio no figuran muchos de su calaña.

A esas alturas tenía la impresión de que conocía el pueblo. De hecho, sentía que ya había estado e incluso que con anterioridad había hecho lo que hice: deambular sin rumbo fijo a primera hora, sentarme en el puente, entrar en una tienda y comprar cosas. No puedo dar una explicación: es lo que sentía. Era como si hubiese tenido un sueño profético y lo hubiera olvidado, y lo que ocurría era la profecía haciéndose realidad. También debo reconocer que todo lo que hice aquel día se contagió de esa sensación de inevitabilidad... Hay que tener en cuenta que, en mi vocabulario, *inevitable* no significa *excusable*. Claro que no, por mis venas corre una potente mezcla de sangre católica y calvinista.

De repente se me ocurrió, con dichosa intrascendencia, que era un día de mitad del verano.

Este es un país maravilloso, un hombre con acento correcto puede hacer casi de todo. Pensé que me dirigía a la parada del coche de línea para averiguar a qué hora salía un autobús para la ciudad, pero me encontré —una inevitabilidad más— a las puertas de un ruinoso taller de la plaza del pueblo. Un muchacho de sucio mono que le estaba pequeño trasladaba neumáticos y silbaba desafinando. El oxidado letrero de hojalata clavado en la pared por encima de su cabeza pregona: *Alquiler de coches Melmoth*. El mozalbete hizo un alto y me miró sin ambages. Aunque había dejado de silbar, tenía los labios fruncidos. ¿Puedo alquilar un coche?, pregunté, y señalé el letrero. Giré el volante imaginario. El chico no dijo nada y frunció el ceño desconcertado como si le hubiese pedido algo realmente estafalario. De la oficina salió una mujer fornida y pechugona y le habló con acento agrio. Vestía blusa roja, pantalón negro ceñido y sandalias de tacón sin puntera. Su pelo, negro como las alas de un grajo, estaba recogido en forma de brioche y de los lados le colgaban rizos. Me recordó a alguien, pero no supe a quién. Me condujo a la oficina, en la que, con gran sorpresa, en medio de una colección de postales horteras clavadas con chinchetas en la pared de detrás del escritorio, divisé una panorámica de la isla, el puerto y el mismísimo bar donde había conocido a Randolph el yanqui. Fue desconcertante, un presagio, tal vez una advertencia. La mujer me estudió de arriba abajo con cara de pocos amigos. También con sobresalto supe a quién me recordaba: a la madre del crío que berreaba en el apartamento del señor Aguirre.

El coche era un Humber, un modelo grande, pesado y alto; no era lo bastante viejo para considerarlo lo que llaman añejo, aunque estaba pasado de moda sin remedio. Parecía construido para una era más simple e inocente que la nuestra, una

era poblada por una especie de niños grandes. El tapizado despedía un olor ligeramente fecal. Conduje con sosiego por el pueblo en tercera, posado muy por encima de la carretera, como si me trasladaran en un palanquín. El ruido del motor semejaba un aplauso acallado. Había dejado un depósito de cinco libras y firmado un documento a nombre de Smyth (la y me pareció un toque de endiablada inteligencia). La mujer ni siquiera me pidió el carné de conducir. Insisto, este es un país maravilloso. Me sentía alegre por demás.

Y ya que hablamos de paseos: hoy asistí al funeral de mi madre. Tres policías de paisano me llevaron en coche cerrado, quedé muy impresionado. Cruzamos la ciudad a toda pastilla, haciendo sonar la sirena, y fue como revivir mi detención, pero al revés. Hacía una mañana espléndida, soleada y fresca, un humo pálido impregnaba el aire, sobre las aceras se veían unas pocas hojas secas. Sentí una extrañísima mezcla de emociones: cierta crudeza, por supuesto, cierto dolor, pero también júbilo y algo semejante a la pena no exenta de ternura. No solo lloraba a mi madre, tal vez ni siquiera me lamentaba por ella, sino por las cosas en general. Tal vez se debió a la habitual melancolía de septiembre, que las circunstancias tornaron extraña. Rodamos junto al río bajo un cielo cargado de puñados de luminosas nubes holandesas y luego viajamos hacia el sur atravesando frondosos suburbios. Como siempre, el mar me sorprendió: un cuenco de metal azul en movimiento, de cuya superficie la luz se alzaba en copos. Los tres detectives eran fumadores empedernidos y lo hacían con expresión solemne, como si fumar formara parte de sus obligaciones. Uno de ellos me ofreció un pitillo. El tabaco no es uno de mis vicios, dije, y se rieron muy corteses. Parecían incómodos y miraban cautelosamente por las ventanillas, como si se hubieran visto obligados a salir con un pariente célebre por su mala reputación y temieran que alguien los reconociese. Llegamos a la zona rural, los campos aún estaban cubiertos de niebla y los setos empapados. La enterraron en el solar familiar del viejo cementerio de Coolgrange. No me permitieron salir del coche, ni siquiera abrir la ventanilla. Íntimamente me alegré porque, por alguna razón, no me veía capaz de salir al mundo tan de repente. El conductor aparcó lo más cerca que pudo de la sepultura, permanecí sentado en medio del aire cargado de humo y asistí al drama breve y trillado que se desplegó al otro lado del cristal empañado, entre las lápidas inclinadas. Había escasos deudos: una o dos tías, un anciano que años atrás había trabajado en las cuadras de mi padre. Por supuesto, estaba Joanne, la chica, con los ojos rojos, abotargada e hinchada su pobre cara, vestida con un jersey apelmazado y con la falda torcida. Charlie French estaba algo apartado de los demás, con las manos torpemente cruzadas. Verlo me sorprendió. Fue muy amable, incluso valeroso, al acudir. Ni él ni la moza miraron en mi dirección, aunque tuvieron que notar la presión de mi mirada húmeda. El féretro me sorprendió por su pequeñez, incluso sobró sitio cuando lo introdujeron en la fosa. Pobre mamá. No puedo creer que ya no esté, quiero

decir que aún no lo he asimilado. De alguna manera, es como si la hubieran despachado para dejar lugar a algo más importante. Claro que no me es ajena la paradoja de la situación: si yo hubiese esperado unos meses más, no habría sido necesario... No, ya está bien. Leerán el testamento sin mí, cosa que me parece justa. La última vez que la vi nos peleamos. Fue el día que me marché a Whitewater. No me visitó en la cárcel. Lo comprendo. Nunca le llevé al niño para que lo viese. Mamá no era tan dura como yo pensaba. ¿También destruí su vida? Son tantas las mujeres muertas...

En cuanto la ceremonia concluyó, Charlie pasó cabizbajo junto al coche. Pareció dudar, pero cambió de idea y siguió andando. Creo que me habría hablado de no ser por la presencia de los detectives, por mis tías intrigadas a su espalda y... bueno, por el horror general de la situación.

De modo que, con una sonrisa de botarate, me alejo del pueblo en el Humber Hawk. Sin motivos que lo justificaran, tenía la impresión de que dejaba atrás mis problemas. Imaginé que disminuían en el espacio y en el tiempo como el pueblo mismo: una extraña maraña de cosas que se empequeñecían cada vez más. Era obvio: si me hubiera parado a pensar un momento, me habría dado cuenta de que cuanto dejaba atrás no eran mis complicados problemas, como imaginé con ingenuidad, sino una sucesión de pruebas tan evidentes e inequívocas como una bola de pelo enmarañado y sangre. Había dejado la casa de Mamá Reck sin pagar mi hospedaje, había comprado un equipo de ladrón en la tienda del pueblo y por último prácticamente había robado un coche, todo eso a menos de ocho kilómetros de lo que pronto se conocería como la escena del crimen. Coincidirá la sala en que no se trata de huellas de una premeditación minuciosa. (¿Por qué cuanto digo semeja el preámbulo furtivo de una petición de atenuantes?). Lo cierto es que no usé mi mente, no hice nada que en realidad se pueda considerar pensamiento. Me di por satisfecho con desplazarme a sol y a sombra por esas moteadas carreteras comarcales, con una mano en el volante y el codo asomado por la ventanilla, los aromas del campo en mi nariz y la brisa azotando mis cabellos. Todo saldría bien, todo se resolvería. Ignoro por qué me sentí tan animado, tal vez fue una variante del delirio. Me convencía de que solo practicaba un juego de locos del que podría retirarme cuando quisiese.

En el ínterin Whitewater se encumbró por encima de los árboles.

En el portal estaba aparcado un autocar de turistas vacío. La puerta del chófer estaba abierta y este tomaba el sol sentado en el estribo. Me observó cuando me interné por la calzada. Lo saludé con la mano. Llevaba gafas de cristales ahumados. No sonrió. Más adelante me recordaría.

La policía no entendió por qué fui tan poco circunspecto y conduje con tanto descaro, a plena luz del día, en ese coche inconfundible. Verá, estaba convencido de que el asunto se dilucidaría exclusivamente entre Behrens y yo, aunque tal vez Anna actuara como mediadora. Jamás imaginé que habría algo tan vulgar como una investigación policial, titulares en los diarios y todo lo demás. Yo solo me proponía hacer una simple transacción comercial entre personas civilizadas. Me mostraría amable y firme, ni más ni menos. No pensé para nada en amenazas y exigencias de rescate, por supuesto que no. Cuando con posterioridad leí los comentarios de los

periodistas —la llamaron la cacería humana en pleno verano—, no me reconocí cuando me describieron como un personaje inflexible y despiadado. ¡Despiadado yo! ... Imposible. No, cuando me acerqué a Whitewater no pensaba en la policía sino en Flynn, el chófer con ojillos de cerdo y manazas carnosas de boxeador. Sí, Flynn era un hombre que convenía eludir.

En mitad de la calzada apareció.

Dios, son tantos los detalles tediosos...

En mitad de la calzada había una bifurcación. Una flecha de madera que llevaba escrita la palabra CASA con pintura blanca señalaba a la derecha, mientras que a la izquierda había un letrero en el que se leía ABSOLUTAMENTE PRIVADO. Paré el coche. Ahí estaba, una cara grande e imprecisa tras el parabrisas, mirando hacia aquí y luego hacia allá. Parece la ilustración de un tratado aleccionador: el pecador vacila en la encrucijada. Tomé el camino de la izquierda y mi corazón pegó un brinco de aprensión. Mirad, el desgraciado renuncia al camino de la rectitud.

Rodeé el ala sur de la casa, aparqué sobre la hierba y crucé el césped hasta la habitación del jardín. La puertaventana estaba abierta. Respiré hondo. Aún no habían dado las doce. En los campos distantes se movía un tractor cuyo sonido zumbante y soñoliento encarnaba la voz misma del verano. Aún oigo esa tenue y lejana canción anterior a la caída. Había dejado en el coche la cuerda y el martillo y llevaba conmigo el bramante y el rollo de papel de estraza. De pronto todo me pareció absurdo. Me eché a reír y riendo entré en el salón.

Como a estas alturas todos saben, el cuadro se titula *Retrato de mujer con guantes*. Mide ochenta y dos centímetros por sesenta y cinco. A partir de pruebas internas —sobre todo del atuendo de la mujer—, se lo ha fechado entre 1655 y 1660. El vestido negro y el cuello y los puños anchos y blancos solo están iluminados por un broche y por los adornos de los guantes. El rostro presenta un carácter ligeramente oriental. (Cito la guía de la Casa Whitewater). El cuadro fue atribuido, entre otros, a Rembrandt, a Frans Hals e incluso a Vermeer. Empero, lo más seguro es considerarlo obra de un maestro anónimo.

Nada de esto tiene sentido.

He estado delante de otras obras acaso más magistrales, pero ninguna me conmueve como esta. He colgado una reproducción en la pared, encima de mi mesa —créase o no, enviada por Anna Behrens—, y cada vez que la miro se me encoge el corazón. Hay algo en la forma en que la mujer me contempla, en la insistencia quejumbrosa y muda de sus ojos, de lo que no puedo escapar ni hallar alivio. Me retuerzo bajo el control de su mirada. Me exige un gran esfuerzo, una tremebunda hazaña de escrutinio y atención, de los que no me veo capaz. Es como si ella me pidiera que la dejara vivir.

Ella. Por descontado, ella no existe. Solo se trata de una organización de formas y colores. De todos modos, intento inventarle una vida. Diré que ronda los treinta y cinco o treinta y seis años, aunque la gente que no se para a pensar aún la considera

joven. Vive con su padre, el mercader (tabaco, especias y, secretamente, esclavos). Lleva la casa desde la muerte de su madre. Su progenitora no le caía bien. El padre la adora, es su única hija. No deja de repetir que ella es la luz de sus ojos. Organiza los menús —papá es delicado del estómago—, pasa revista a la cocina, hasta supervisa la bodega. Lleva el inventario de la ropa blanca en la pequeña libreta sujeta al cinturón por una delgada cadena de oro y utiliza un código de su propia invención, pues no sabe leer ni escribir. Es severa con la servidumbre y no permite la menor confianza. Cree que la antipatía que le demuestran es expresión de respeto. La casa no basta para agotar sus energías y, además, hace buenas obras: visita a los enfermos y forma parte de la junta del asilo de ancianos. Es activa, a veces impaciente, y la gente del asilo habla mal de ella, en especial las viejas. En ocasiones, sobre todo en primavera y a comienzos del invierno, todo se le hace cuesta arriba. Basta ver la fría y húmeda palidez de su cutis: es víctima de oscuros males. Se va a la cama y durante días yace sin hablar, casi sin respirar, mientras afuera, bajo la plateada luz del norte, el mundo continúa con sus ajetreos. Intenta rezar, pero Dios está lejos. Su padre la visita por la tarde y entra de puntillas. Esos períodos de postración lo aterran, evoca la agonía de su esposa y el terrible silencio de las últimas semanas. Si además perdiera a su hija... Pero ella se levanta, se obliga a hacerlo; muy pronto los criados vuelven a sentir el filo de su lengua y el padre no puede disimular su alivio, que escapa en risillas, en pícaras expresiones afectuosas y en una suerte de torpe volubilidad. Ella lo observa con ironía y retorna a sus labores. No comprende la idea que a su padre se le ha metido en la cabeza: quiere que un artista le haga un retrato. Soy viejo, es lo único que responde, soy viejo, ¡mírame! Ríe incómodo y esquiva la mirada de su hija. ¿Mi retrato? ¿Por qué el mío?, dice, no soy sujeto digno de un pintor. El padre se encoge de hombros, razón por la cual al principio ella se sorprende y luego se divierte torvamente: podría haber intentado, cuando menos, contradecirla. El padre parece apercibirse de lo que discurre por la mente de su hija y procura enmendar la situación, pero se conturba y, al ver que se preocupa por pequeñeces, se irrita y se tirona de los puños; ella comprende con una punzada que es cierto, que ha envejecido. Su padre se ha convertido en un anciano. La idea denota un toque de comedia triste que no es capaz de comprender. Tienes manos finas, afirma el padre, y se muestra testarudo, molesto consigo mismo y con ella, has heredado las manos de tu madre..., le pediremos que las destaque. Para complacerlo y también porque está íntimamente picada por la curiosidad, una mañana acude al estudio del artista. Ante todo le llama la atención la miseria. Por todas partes hay mugre y manchas de pintura: huesos roídos en un plato sucio, el orinal en un rincón. El pintor está a la altura del estudio, con las uñas y su guardapolvo inmundos. Tiene la nariz aplastada y picada de viruelas de los bebedores. Ella piensa que el olor del ambiente es desagradable hasta que recibe una bocanada del aliento del artista. Comprueba que se siente aliviada: esperaba un hombre joven, disoluto y amenazador en lugar de este borrachín viejo y barrigón. Cuando el pintor clava fugazmente en ella sus ojillos

húmedos, con una especie de intensidad impersonal, la joven recula como si hubiese recibido una potente llamarada de luz. Nunca antes nadie la había mirado así. ¡De modo que este es el precio que se paga por ser conocido! Resulta casi indecoroso. En un primer momento el artista la sitúa de pie junto a la ventana, pero no funciona, la luz le da mal, dice. La cambia de sitio, sujetándola de los brazos y haciéndola caminar hacia atrás de un lado a otro. Considera que debería indignarse, pero en el estudio no surten efecto las respuestas habituales. El pintor es una cabeza más bajo que ella. Toma apuntes, traza una o dos notas de color y le dice que vuelva el día siguiente a la misma hora. Que se ponga un vestido más oscuro, añade. ¡Por favor! Ella está a punto de expresar en voz alta una opinión, pero el pintor ya ha abordado otra tarea. La criada, sentada junto a la puerta, se muerde el labio y sonríe con afectación. Deja pasar el día siguiente y el otro para darle una lección. Cuando regresa al estudio, el pintor no dice nada sobre la cita suspendida, se limita a mirar su vestido negro —de pura seda, con un ancho cuello de encaje español— y asiente al desgaire. Está tan disgustada con el artista que se sorprende y se asombra de sí misma. El pintor la instala de pie delante del sofá. Quítese los guantes, dice, debo poner de relieve sus manos. Percibe en su tono una nota de regocijado desdén. Se niega. (¡Vaya con *sus* manos!). El pintor insiste. Sostienen una breve y tensa discusión, un intercambio de gélidas lindezas. Al final acepta quitarse un guante y enseguida intenta ocultar la mano que acaba de desnudar. El artista suspira y se encoge de hombros pero, como ella nota perfectamente, reprime una sonrisa. La lluvia chorra sobre las ventanas y los jirones de humo sobrevuelan los tejados. El cielo presenta un inmenso agujero plateado. Al principio está inquieta, de pie delante del sofá, pero luego parece franquear en silencio una barrera y la invade una calma de ensueño. Día tras día ocurre lo mismo, al principio agitación, luego el paso y por último silencio, y una especie de indulgencia, como si flotara cada vez más lejos, fuera de sí misma. El pintor masculla a medida que trabaja. Se encoleriza, suelta tacos, chasquea la lengua y emite suspiros y quejidos. Hay ratos largos y febriles en los que trabaja pegado al lienzo y ella solo divisa sus cortas piernas y sus viejas botas deformadas. Hasta sus pies parecen trabajar. Siente la tentación de reír cuando el artista asoma la cabeza por un lado del caballete y la mira agudamente, frunciendo su nariz de patata. No le deja ver su obra, ni siquiera le permite espiar. Un día percibe una especie de estrépito mudo y de asentamiento en el rincón del estudio donde trabaja el artista, que retrocede con expresión de cansina repugnancia, rechaza el lienzo con un ademán y se vuelve para limpiar el pincel. Ella avanza y mira. Durante unos segundos no ve nada porque está dominada por la mera sensación de detenerse así y girar, es como si..., como si de alguna manera hubiera salido de sí misma. Transcurre una prolongada pausa. Comenta que el broche está maravillosamente pintado. El sonido de su propia voz la asusta, es como si hablara una desconocida, y se acobarda. El pintor ríe más con verdadero regocijo que con amargura y ella experimenta una extraña compenetración. Es el reconocimiento de..., de no sabe qué.

Mira y vuelve a mirar. Había imaginado que sería como mirarse al espejo, pero esa es una mujer que ella no reconoce, aunque la conozca. Las palabras se amontonan espontáneamente en su cerebro: ahora sé cómo morir. Se pone el guante y hace señas a su criada. El pintor habla a su espalda, dice algo sobre su padre y el dinero, como es obvio, pero no lo escucha. Está tranquila. Es feliz. Se siente embotada, vaciada, como un caparazón ambulante. Baja la escalera, cruza el sucio pasillo y sale al mundo vulgar.

Que nadie se llame a engaño: todo esto también carece de sentido.

Había depositado con sumo cuidado el bramante y el papel de estraza en el suelo y me adelanté con los brazos extendidos. La puerta se abrió a mi espalda y entró en la estancia una mujer corpulenta con falda de *tweed* y cárdigan. Se detuvo al verme con los brazos abiertos ante el cuadro y mirándola con cara de loco por encima del hombro, mientras con un pie intentaba ocultar el papel y el ovillo de bramante que había dejado en el suelo. Tenía el pelo cano azulado y las gafas sujetas a un cordón que le colgaba del cuello. Frunció el ceño. No debe separarse del grupo, dijo a gritos y con tono malhumorado; francamente, no sé cuántas veces tendré que repetirlo. Una docena de personas vestidas con ropas llamativas se apiñaron tras ella y estiraron el cuello para mirarme. Lo siento, me oí decir dócilmente, me perdí. Sacudió impaciente la cabeza, caminó hasta el centro del salón y de inmediato habló con un soniquete vocinglero de mesas Carlin y relojes Berthoud; varias semanas después, cuando la policía la interrogó y le mostró mi foto, afirmó que en su vida me había visto. Las personas a su cargo entraron arrastrando los pies y se empujaron con disimulo para no caer dentro de su campo visual. Ocuparon sus posiciones, permanecieron con las manos cruzadas como si estuvieran en la iglesia y miraron a su alrededor con expresión de respetuosa vacuidad. Un vejete canoso de camisa hawaiana me sonrió y guiñó el ojo. Reconozco que me quedé de una pieza. Tenía un nudo en la boca del estómago y me sudaban las manos. El regocijo que había sentido durante el viaje hasta Whitewater se esfumó y dejó una cruda sensación de mal agüero. Por primera vez me golpeó realmente la monstruosidad de lo que había emprendido. Me sentía como un niño cuyos juegos lo han llevado a internarse en el bosque, ha caído la noche y entre los árboles se mueven figuras sombrías. La guía acabó su informe sobre los tesoros de la estancia —el cuadro, *mi* cuadro, recibió dos frases y una atribución errónea— y salió con un brazo rígido levantado por encima de la cabeza, sin dejar de perorar, cuidando del grupo. En cuanto salieron aguardé, clavé la mirada en el pomo de la puerta y casi esperé que la mujer retornara para sacarme sin contemplaciones del cogote. En mi interior una voz gemía débilmente a causa del pánico. Este es un elemento que no creo que se aprecie en su justa medida —ya lo he comentado—, me refiero a lo asustadizo que soy, a la facilidad con que me amilano. La guía no retornó y los oí subir pisando con fuerza la escalera. Puse manos a la obra febrilmente. Me veo a mí mismo como al malo de la película, lleno de tics, ceño fruncido y cejas atormentadas. Descolgué el cuadro con bastante dificultad, lo deposité en el suelo —

huyendo de la negra mirada— y empecé a cortar trozos de papel de estraza. Jamás imaginé que el papel hiciera tanto ruido, tantos crujidos, castañeteos y rasgueos, debió de sonar como si en la habitación desollaran vivo a un animal. Fue una verdadera chapuza, me temblaban las manos con torpeza, los trozos de papel volvían a enrollarse, no tenía con qué cortar el bramante y, por si esto fuera poco, el cuadro era demasiado grande para envolverlo en virtud del marco grueso y pesado. Correteé a gatas, hablé para mis adentros y lancé chillidos de congoja. Todo salía mal. Renuncia, me dije, por favor, por favor, aprovecha y renuncia ahora que aún hay tiempo, pero otra parte de mí apretó los dientes y dijo no, cobarde, no lo hagas, levántate, ponte de pie, acaba de una buena vez. Así que seguí bregando, gimoteando y lloriqueando, abracé el cuadro y me tambaleé a ciegas, nariz contra nariz, en dirección a la puertaventana. Esos ojos me miraban con tanta insistencia que casi me ruboricé. Entonces —¿cómo expresarlo?—, entonces percibí detrás de esa mirada otra presencia que me observaba. Me detuve, deposité el cuadro en el suelo y allí estaba, detenida junto a la ventana abierta tal como el día anterior, con los ojos desmesuradamente abiertos y una mano en alto. Esto es el colmo, recuerdo que pensé con amargura. Me sentí ultrajado. ¿Cómo era posible que el mundo sembrara tantos obstáculos en mi camino? ¡No era justo, no era justo! Muy bien, le dije, acérquese y coja esto. Le puse el cuadro en los brazos, le di la vuelta y la hice avanzar por el jardín delante de mí. No dijo nada, y si habló no la oí. Le costó caminar por el césped, el cuadro era muy pesado y apenas veía dónde pisaba. Cuando trastabilló le di un golpecito en los omóplatos. De verdad que estaba muy enfadado. Llegamos al coche. El maletero cavernoso olía espantosamente a pescado. Contenía la maraña habitual de objetos misteriosos como el gato, diversas llaves y ese tipo de útiles —no soy hábil para la mecánica, ¿no lo he dicho?—, y un jersey viejo y mugriento, en el que en su momento apenas reparé, metido con engañosa indiferencia en un rincón por el organizador secreto de todas esas cosas. Saqué las herramientas y las arrojé sobre el césped, cogí el cuadro de manos de la criada y lo puse boca abajo en la gastada alfombrilla de fieltro. Era la primera vez que veía el revés del lienzo y de pronto me sorprendió su antigüedad. Tres siglos antes había sido estirado, aprestado y puesto a secar contra una pared encalada. Cerré los ojos un instante y enseguida vi el taller de una callejuela de Ámsterdam o de Amberes, la humeante luz del sol en la ventana, los vendedores ambulantes por las calles y el tañido de las campanas de la catedral. La criada me observaba. Tenía ojos violetas tan pálidos que parecían transparentes; cuando los miré tuve la impresión de que veía a través de su cabeza. ¿Por qué no huyó? Tras ella, en uno de los ventanales de la planta alta, se apiñaban doce cabezas que nos miraban con ojos desorbitados. Distinguí las gafas de la guía y la espantosa camisa del norteamericano. Supongo que debí de gritar colérico, como un viejo león que ruga ante el látigo y el taburete, porque la criada se encogió y retrocedió un paso. Le sujeté la muñeca con mano de hierro, abrí de un tirón la portezuela del coche y la arrojé sobre el asiento trasero. ¡Ay, por qué no huyó! Al sentarme al volante, a tientas

y protestando, percibí una bocanada, el olor a algo lejano, penetrante y metálico, semejante al hedor de las monedas gastadas. La veía por el retrovisor, agazapada a mi espalda como si estuviera en una profunda caja de cristal, apuntalada entre la portezuela y el respaldo del asiento, con los codos hacia afuera, los dedos estirados y la cara hacia arriba, cual la heroína arrinconada de un melodrama. Una feroz y asfixiante ráfaga de impaciencia me estremeció. Impaciencia, pues sí, fue lo que más agudamente sentí, impaciencia y una dolorosa sensación de malestar. Estaba apesadumbrado. Nunca en mi vida me había sentido tan expuesto. La gente me miraba: ella desde el asiento trasero, los turistas asomados a la ventana y también, al parecer, una horda de espectadores fantasmagóricos que, supongo, debieron de ser un indicio de la que pronto se apiñaría fascinada y horrorizada a mi alrededor. Encendí el motor. Los cambios chirriaron. Estaba tan agitado que me saltaba pasos, tenía que volver a empezar y repetir los actos más nimios. Cuando aparté el coche de la hierba y lo puse en la calzada, solté el embrague demasiado pronto y el automóvil dio una serie de sacudidas demoledoras, el capó subió y bajó como la proa de un barco que sigue una estela y los amortiguadores protestaron. Supongo que a esa altura los mirones de la ventana estaban frenéticos. Una gota de sudor me rodó por la mejilla. El sol había calentado el volante hasta volverlo casi intocable y el parabrisas reflejaba un resplandor cegador. La criada forcejeaba con la manecilla de la portezuela. Le grité, se quedó quieta en el acto y me miró con los ojos muy abiertos, como un niño reprendido. Al otro lado del portal, el chófer del autocar seguía sentado tomando el sol. Cuando lo vio, la criada intentó abrir la ventanilla, pero no sirvió de nada, el mecanismo fallaba. Dio un puñetazo en el cristal. Giré el volante, el coche salió pesadamente a la carretera y chirriaron los neumáticos. Nos gritamos como un matrimonio que se pelea. Me golpeó el hombro, logró ponerme una mano en la cara e intentó arañarme los ojos. Me metió el pulgar en la nariz, y creí que me la iba a arrancar. Entre tanto, el coche rodaba por la carretera. Hundí los dos pies en el pedal del freno y franqueamos el seto en una curva lenta y arrastrada. La criada cayó hacia atrás. Me volví. Yo tenía el martillo en la mano. Lo miré sorprendido. El silencio se elevó como agua a nuestro alrededor. No lo haga, dijo. Volvía a estar agazapada, con los brazos doblados y la espalda apoyada en el rincón. No pude articular palabra, me invadió el asombro. Nunca había sentido con tanta inmediatez ni con una fuerza tan descarnada la presencia de otro ser. En ese instante la vi, la vi realmente por primera vez, con su pelo ratonesco y su piel descuidada y ese gesto de susto a la altura de los ojos. Era muy vulgar, pero, por alguna razón, no sé cómo explicarlo..., me pareció radiante. Carraspeó, se irguió y apartó un mechón de pelo que se le había enganchado en la comisura de los labios.

Si no me deja ir, tendrá problemas, dijo.

No es fácil esgrimir un martillo dentro de un coche. Al darle el primer golpe esperaba oír el chasquido agudo y definido del acero sobre el hueso, pero fue más parecido a machacar barro o masilla endurecida. En mi mente apareció la palabra

fontanela. Pensé que bastaría con un buen intento, pero, como demostraría la autopsia, tenía el cráneo extraordinariamente fuerte...; como es obvio, hasta en eso tuvo mala suerte. El primer golpe la alcanzó en la línea del nacimiento del pelo, por encima del ojo izquierdo. No salió mucha sangre, solo una hendidura de color rojo oscuro brillante con pelo adherido. Aunque se estremeció, continuó erguida, balanceándose levemente y contemplándome con ojos de mirada difusa. Tal vez me habría detenido entonces si de repente no se hubiese arrojado sobre mí a través del respaldo del asiento, dando manotazos de ciego y chillando. Quedé consternado. No era posible que me estuviera ocurriendo a mí..., era todo tan *injusto*. A mis ojos afloraron amargas lágrimas de conmiseración. La aparté y tracé un recorrido amplio y del revés con el martillo. La fuerza del golpe la hizo chocar contra la portezuela, su cabeza dio contra la ventanilla y un delgado hilillo de sangre escapó de su nariz y le atravesó la mejilla. También había sangre en la ventanilla, un rocío de gotitas en forma de abanico. La criada cerró los ojos, apartó su rostro de mí y del fondo de su garganta escapó un sonido ronco y gutural. Se llevó una mano a la cabeza en el preciso momento en que volvía a atizarla y cuando el martillazo le dio en la sien sus dedos estaban en medio; oí que uno crujía, hice una mueca de desagrado y estuve a punto de pedirle disculpas. ¡Ah!, murmuró, y de repente, como si en su interior todo se hubiese derrumbado, se deslizó por el asiento hasta el suelo.

Reinó un silencio claro y sorprendente. Me apeé del coche y resollé unos segundos. Estaba mareado. Daba la impresión de que a la luz del sol le había ocurrido algo: mirara donde mirase, todo estaba impregnado de una penumbra submarina. Suponía que había conducido muy poco y esperaba ver el portal de Whitewater, el autocar de los turistas y el chófer corriendo hacia mí, pero, para mi gran sorpresa, la carretera estaba vacía en ambas direcciones y no tenía la menor idea de dónde me encontraba. A un lado se alzaba una empinada colina y del otro divisé, por encima de las copas de los pinos, dunas lejanas y ondulantes. Todo tenía un aspecto francamente irreal. Semejaba un fondo pintado con muchas prisas, sobre todo la distancia manchada y titilante y la carretera que serpenteaba con toda inocencia. Me di cuenta de que aún aferraba el martillo. Lo aparté con un amplio ademán y lo vi caer lentamente, trazando un arco amplio, escalofriante y lejano, lejanísimo, por encima de las copas azuladas de los pinos. De pronto me eché hacia delante y vomité los restos pringosos del desayuno que había tomado siglos atrás, en otra vida.

Subí reptando al coche y me prohibí mirar esa cosa aplastada y encajada detrás del asiento delantero. La luz del parabrisas era un resplandor astillado y pensé que el cristal estaba roto hasta que me llevé la mano a la cara y descubrí que estaba llorando. Me resultó alentador. Las lágrimas no eran un simple presagio del remordimiento, sino indicio de un apremio más vulgar y simple, un sentimiento sin nombre que podía ser mi último vínculo —el único que resistiría— con el mundo de las cosas cotidianas. Porque todo había cambiado, nunca había estado donde ahora me encontraba. Temblé, a mi alrededor todo se estremeció, las cosas tenían un tacto

moroso y pegajoso, como si yo y todo eso —el coche, la carretera, los árboles, los prados lejanos—, como si un instante antes nos hubiéramos quedado mudos y hubiéramos salido sorprendidos del canal del nacimiento del aire. Giré la llave en el contacto y cobré ánimos, convencido de que en lugar de arrancar el motor ocurriría otra cosa, sonaría un ruido terrible y desgarrador, saldría una llamarada de luz o de debajo del salpicadero manaría lodo sobre mis piernas. Conduje en segunda por el medio de la carretera. Olores, olores. La sangre posee un olor ardiente y espeso. Deseaba abrir las ventanillas pero no me atreví, me daba miedo lo que podría entrar..., la luz externa parecía húmeda y densa como clara de huevo y la imaginé en mi boca y en mis fosas nasales.

Conduje y seguí conduciendo. Aunque Whitewater solo queda a unos cincuenta kilómetros de la ciudad, tuve la impresión de que transcurrían horas antes de llegar a los suburbios. Del viaje no recuerdo casi nada. Quiero decir que no me acuerdo de haber cambiado de marcha, de acelerar y frenar, de accionar los pedales, de esas cosas. Me veo moviéndome, ya lo creo, como en el interior de una burbuja de cristal, volando sin sonido a través de un paisaje extraño, soleado y reluciente. Supongo que fui muy rápido porque recuerdo la presión en los oídos, un estruendo sordo e impetuoso. Supongo que conduje en círculo por las estrechas carreteras comarcales. Después aparecieron casas, viviendas de protección oficial, fábricas desperdigadas y supermercados grandes como hangares. Miré por el parabrisas, presa de un vago desconcierto. Parecía un visitante de otra zona del mundo, casi incapaz de creer lo mucho que todo se parecía a mi tierra y, al mismo tiempo, lo distinto que era. No sabía adónde iba, quiero decir que no iba a ninguna parte, simplemente conducía. Fue muy tranquilizador andar así y girar el volante con un dedo, aislado por completo. Fue como si toda mi vida hubiese trepado por una pendiente empinada y difícil, pero ahora había llegado a la cumbre y saltado alegremente al vacío. Me sentía tan libre. En el primer semáforo en rojo el coche se detuvo con suma delicadeza, como si descendiera por los aires. Estaba en el cruce de dos avenidas suburbanas. A la izquierda había una suave elevación verde con un castaño y una ordenada hilera de casas nuevas. Los niños jugaban en la loma herbosa. Los perros brincaban. Brillaba el sol. Siempre he sentido un profundo cariño por los lugares tranquilos como este, dominios nada extraordinarios pero queridos, formados por edificios, actividades y cuidados. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y sonreí mientras miraba a los niños que jugaban. Cuando el semáforo pasó al verde no me moví. No estaba realmente allí, sino perdido en otra parte, en un rincón soleado de mi pasado. Sonaron unos golpecitos en la ventanilla, junto a mi oreja. Pegué un brinco. Una mujer de cara grande, ancha y caballuna —¡por Dios, me recordó a mi madre!— me miraba y decía algo. Abrí la ventanilla. Tenía una voz estridente, al menos así me pareció. No la entendí, habló de un accidente y me preguntó si estaba bien. Metió la cabeza, la giró por encima de mi hombro, abrió la boca y lanzó un gemido. ¡Ay, pobre chica!, exclamó. Volví la cabeza. En ese momento había sangre por todo el asiento trasero,

ciertamente demasiada para que la hubiese perdido una sola persona. Durante un instante de locura en el que brilló y se apagó una mañosa chispa de esperanza, me pregunté si *había habido* un accidente en el que, por algún motivo, no reparé o que olvidé, como si un vehículo pesado se hubiese precipitado contra la parte trasera de nuestro coche, introduciendo cuerpos y litros de sangre por la luna posterior. No podía articular palabra. Suponía que estaba muerta, pero allí se encontraba, arrodillada entre los asientos, buscando a tientas la ventanilla y yo que oía cómo chirriaban sus dedos sobre el cristal. El pelo le colgaba en nudos ensangrentados y su rostro era una máscara de barro teñida de cobre y carmesí. La mujer de afuera farfullaba en mi oído algo sobre teléfonos, ambulancias y policías..., ¡la policía! Le dirigí una mirada fulminante. ¡Señora, tenga la amabilidad de no meterse donde no la llaman!, dije con aspereza (posteriormente describiría mi modo de hablar como *culto* y *autoritario*). Retrocedió y me miró alterada. Reconozco que yo mismo quedé impresionado, jamás me imaginé capaz de utilizar un tono tan imponente. Cerré la ventanilla, puse la marcha y salí disparado; demasiado tarde me di cuenta de que el semáforo había pasado al rojo. Un camión de reparto que rodaba por la izquierda clavó los frenos y lanzó un chirrido de indignación. Seguí mi camino. No había recorrido más de una o dos calles cuando de improviso apareció una ambulancia a mi espalda, haciendo sonar la sirena y titilar la luz azul. Quedé asombrado. ¿Cómo era posible que se hubiese presentado con tanta presteza? De hecho, fue otra de las coincidencias espeluznantes en las que este caso es tan pródigo. Más tarde me enteraría de que la ambulancia no me buscaba, sino que regresaba de —sí—, de la escena de un accidente automovilístico en el que —lamento decirlo, pero es así— una mujer agonizaba en el asiento trasero. Seguí avanzando, volando con la cabeza gacha, y mi nariz casi rozaba el borde del volante. Estaba tan asustado que creo que no habría podido parar. La ambulancia se puso a mi lado, se balanceó peligrosamente y tocó el claxon como una bestia frenética. El sanitario que iba en el asiento del acompañante —un joven fornido en mangas de camisa, con la cara roja y patillas delgadas— estudió la ventanilla trasera ensangrentada con ligero interés profesional. Habló unos segundos con el conductor y con gestos complicados, asentimientos y movimientos de la boca me dio a entender que lo siguiera. Supusieron que formaba parte del mismo accidente y que trasladaba a otra víctima al hospital. Me adelantaron velozmente. Los seguí embotado de susto y desconcierto. No veía más que ese vehículo grande, cuadrado y torpe que correteaba a toda velocidad, levantando polvo y cubría metros y más metros con sus ballestas. De repente frenó, franqueó un amplio portal y por la ventanilla asomó un brazo que me hizo señas de que lo siguiera. El hechizo se rompió en cuanto vi ese brazo grueso. Con una carcajada de loco pasé por delante de la puerta del hospital, apreté el acelerador a fondo y el ruido de la sirena mermó a mi espalda, se convirtió en una sorprendida demanda y quedé libre.

Miré por el retrovisor. Estaba caída en el asiento, con la cabeza colgando y las manos apoyadas, palmas hacia arriba, en los muslos.

De pronto el mar apareció a mi izquierda, más abajo, azul e impertérrito. Bajé por una cuesta empinada y seguí la recta de cemento contigua a las vías del tren. A mi derecha, enorme y vacío, apareció un hotel rosa y blanco, con almenas y banderas al viento. La carretera se estrechaba y acababa en un pantano de matorrales y cardos, y allí me detuve, en medio de un silencio inmenso y definitivo. La oí respirar detrás de mí. Cuando me di la vuelta alzó su temible cabeza de sibila y me miró. *Ayúdeme*, susurró. *Ayúdeme*. Una burbuja de sangre escapó de su boca y reventó. *¡Tommy!*, dijo, o pronunció algo parecido, y añadió: *Amor*. Y yo, ¿qué sentí? Remordimientos, aflicción, una espantosa... No no no, no mentiré. No recuerdo haber experimentado nada, salvo esa sensación de extrañeza, de estar en un sitio que conocía pero no reconocía. Al apearme me mareé y tuve que apoyarme unos segundos en la portezuela, con los ojos cerrados. Tenía manchas de sangre en la chaqueta, me la quité y la arrojé entre los matorrales enanos... No entiendo por qué, pero nunca la encontraron. Me acordé del jersey del maletero y me lo puse. Oía a pescado, a sudor y a grasa de coche. También saqué la madeja de cuerda del verdugo y la tiré. Cogí el cuadro, caminé hasta donde había una hundida alambrada de espino y una cuneta por la que corría un hilillo de agua y allí lo dejé. No sé qué discurría entonces por mi cabeza. Quizá fue un gesto de renuncia. *¡De renuncia!* No sé cómo me atrevo a emplear semejantes palabras. La mujer con guantes me dirigió una última mirada de rechazo. No esperaba nada bueno de mí. Volví al coche y me esforcé por no mirarlo, por no ver las ventanillas ensangrentadas. Algo caía sobre mí: un delicado y silente manto de lluvia. Alcé la vista hacia el espléndido sol y vi una nube directamente encima de mí, la más ínfima manchita gris en medio del cielo azul del verano. Pensé: No soy humano. Giré y me alejé andando.

II

Toda mi vida adulta he tenido un sueño recurrente (¡sí, sí, otra vez los sueños!), aparece una o dos veces al año y me perturba durante varios días. Por lo general, no se trata de un sueño en el sentido vulgar de la palabra, ya que en realidad no es mucho lo que ocurre ni contiene nada explícito. Fundamentalmente hay una sensación indefinida pero profunda y creciente de desasosiego, que al final se convierte en auténtico pánico. Al parecer, ha mucho tiempo cometí un crimen. No, es demasiado fuerte. Pero algo he hecho, aunque nunca está claro. Quizá tropecé con algo, hasta es posible que fuese un cadáver, cubrí las huellas y casi lo olvidé. Ahora, años después, han encontrado pruebas y vienen a interrogarme. Sin embargo, no hay nada que sugiera que estuve directamente implicado, ninguna sospecha recae sobre mí. Solo soy un nombre de la lista. Ellos son cordiales, hablan con cortesía, son impasibles, respetuosos y hasta un poco aburridos. El joven se impacienta. Respondo amablemente a sus preguntas, con cierta ironía, sonrío y enarco una ceja. Me digo satisfecho que es la actuación de mi vida, la obra maestra del ocultamiento. Noto que el mayor me observa con creciente interés y entrecierra sus ojos perspicaces. Algo debí de decir. ¿Qué he dicho? Los colores se me suben a la cara, no puedo impedirlo. Me domina una horrible opresión. Parloteo y lo que pretendía ser una risilla relajada se convierte en un jadeo de asfixia. Al final me paro, como un juguete al que se le acaba la cuerda, me quedo inmóvil y los miro azorado e indefenso. Estalla un espantoso silencio que se estira cada vez más hasta que al final mi yo dormido escapa y despierto sobresaltado, asustado y sudoroso. El elemento peculiarmente horroroso del sueño no consiste en la perspectiva de ser juzgado y encarcelado por un crimen que ni siquiera estoy seguro de haber cometido, sino en el hecho simple y desolador de que me hayan descubierto. Es eso lo que me hace sudar, lo que llena de ceniza mi boca y de vergüenza mi corazón.

Entonces, mientras corría por la recta de cemento, con la vía del tren a mi lado y el mar más lejos, experimenté la misma sensación de ignominia. Qué tonto había sido. Cuántos problemas surgirían en los días, las semanas, los años siguientes. Pero también viví una sensación de ligereza, de optimismo, como si me hubiera quitado de encima un peso mortal. Desde que había alcanzado lo que llaman uso de razón hacía una cosa y pensaba otra porque el peso de las cosas parecía muy superior al de los pensamientos. Lo que decía nunca correspondía exactamente con lo que sentía y lo

que sentía nunca era lo que parecía que debía sentir, a pesar de que eran los sentimientos lo que parecía auténtico, correcto e ineludible. Y ahora había asestado un buen golpe al hombre interior, ese malhablado carcajeante y gordo que no había cejado de decirme que estaba viviendo una mentira. Y por fin había estallado y era él, el ogro, el que andaba a golpes en esa luz color limón, con sangre en el pellejo, y yo el que colgaba desvalido de su espalda. Todo había desaparecido: el pasado, Coolgrange, Daphne, toda mi vida anterior desapareció, abandonada, despojada de su esencia, de su importancia. Hacer lo peor, lo peor que exista, es el modo de ser libre. Nunca más necesitaría fingir ante mí mismo que era lo que no era. Este pensamiento hizo girar mi cabeza y revolvió mi estómago vacío.

Fui víctima de una sucesión de nimias inquietudes. El jersey olía mal y me quedaba demasiado estrecho. La pernera izquierda del pantalón tenía un siete a la altura de la rodilla. La gente notaría que no me había afeitado. Y necesitaba, francamente anhelaba, lavarme las manos, hundirme hasta los codos en agua jabonosa muy caliente, asearme, empaparme, enjuagarme: estar limpio. Frente al hotel abandonado se elevaba una maraña de edificios grises que antaño habían sido una estación de tren. En el andén crecían hierbajos y estaban rotos todos los cristales de las ventanas de la cabina del guardagujas. Un letrero esmaltado y picado de viruelas con una mano que señala amorosamente pintada indicaba un blocao de cemento situado cerca del andén. Un arbusto de flores violetas campaba junto al umbral del servicio de caballeros. Entré en el de señoras... Al fin y al cabo, ya no regía ninguna regla. El aire estaba helado y húmedo. Olía a cal viva y una cosa verde y brillante trepaba por las paredes. Hacía mucho habían arrancado los sanitarios, hasta las puertas de los lavabos habían desaparecido. Sin embargo, por el estado del suelo quedaba patente que el lugar aún se utilizaba. En un rincón había un montoncillo de cosas —supongo que condones usados, descoloridas bolas de algodón, trapos— de las que aparté rápidamente la mirada. En la pared donde un día habían estado los lavamanos asomaba un único grifo conectado a un tubo de cobre verdoso. Cuando lo abrí, oí un gemido y un estruendo lejano y, al cabo de unos instantes, cayó un goteo herrumbroso. Me lavé las manos como pude y me las sequé con el faldón de la camisa. Había terminado y estaba a punto de salir cuando detecté una mancha de sangre entre los dedos. Ignoro de dónde había salido. Tal vez se había adherido al jersey o incluso a mi pelo. Ya estaba coagulada, oscura y pegajosa. Nada, ni las manchas del coche, ni las salpicaduras de las ventanillas, ni sus gritos, ni siquiera los olores de su agonía, nada me afectó tanto como esa gota de goma pardusca. Volví a meter las manos bajo el grifo, gemí desesperado y froté y restregué, pero no logré quitármela. La sangre desapareció, pero algo persistió, lo sentí en todo momento de aquel largo día, aferrado a la horcajadura de la tierna carne que separa mis dedos, una mácula húmeda, cálida y secreta.

Tengo miedo de pensar en lo que hice.

Permanecí un rato sentado en un destartado banco del andén, bajo el sol. Cuán

azul era el mar, qué alegres las banderas que ondeaban y aleteaban en las almenas del hotel. Todo estaba en silencio salvo la brisa marina que arrullaba el tendido del telégrafo y algo que crujía y chocaba, crujía y chocaba en alguna parte. Sonreí. Fue como si volviera a ser un niño que soñaba despierto en aquel entorno de juguete. Percibí el olor del mar, de las algas de la playa y el de los gatos en la arena. Un tren se acercaba, sí, chucuchú, las vías tamborileaban y se estremecían expectantes. No se veía un alma, ni un solo adulto, salvo los contados bañistas que, en la playa, estaban tendidos al sol en sus toallas. Me pregunté por qué ese lugar estaba tan desierto. Tal vez no fuera así, quizás hubiera por todas partes multitudes playeras y no reparé en ellas en virtud de mi sempiterna incapacidad para captar los detalles. Cerré los ojos, surgió una fantasía —una evocación, una imagen— y volvió a hundirse sin asomar a la superficie. Intenté atraparla antes de que desapareciera, pero solo tuve aquella visión fugaz: me parece que era una puerta que daba a una habitación a oscuras, y una misteriosa sensación de expectativa, de algo o de alguien a punto de aparecer. Entonces llegó el tren, un trueno lento y ondulante que vibró en mi pecho. Los pasajeros estaban instalados como maniqués delante de las amplias ventanillas y al pasar me miraron sin verme. Se me ocurrió que debía volver la cabeza: ahora cualquiera era un testigo potencial. Pensé que, de todas maneras, no tenía importancia. Pensé que al cabo de pocas horas estaría entre rejas. Miré a mi alrededor, aspiré grandes bocanadas de aire y me bebí la porción del mundo que muy pronto perdería. En los jardines del hotel apareció una pandilla formada por tres o cuatro chavales. Deambularon por el césped descuidado y se detuvieron a arrojar piedras al letrero que decía *En venta*. Me incorporé con un desanimado suspiro, abandoné la estación y volví a caminar por la carretera.

Tomé un autobús que iba a la ciudad. Era de un solo piso, hacía un recorrido poco habitual y venía de muy lejos. Los pasajeros parecían conocerse. En cada parada en la que subía alguien bromeaban entre ellos y se cruzaban burlas amistosas. Un viejo de gorra y muleta cumplía las funciones de anfitrión del reducido club de pasajeros. Estaba sentado en la primera fila, detrás del conductor, su rígida pierna izquierda asomaba en el pasillo y saludaba a los recién llegados con un salto de falsa sorpresa y el tamborileo de la muleta. ¡Mirad, aquí está!, decía, y nos miraba burlón a los demás por encima del hombro, como si quisiera alertarnos de la llegada de un personaje terrible, cuando quien estaba en el estribo era un joven con cara de hurón y un manoseado abono que sobresalía de su mano cual una lengua descolorida. Las chicas provocaban piropos, que las hacían sonreír con afectación, mientras otros dirigían guiños y pícaras alusiones a su rígida extremidad mirando con complicidad a las amas de casa que iban a hacer la compra al centro de la ciudad. De vez en cuando el viejo me dirigía una rápida mirada de tanteo, algo inquieta, como la de un actor de teatro que descubre a un acreedor en la primera fila. La verdad es que me pareció que

había algo histriónico en ese montaje. El resto de los pasajeros mostraban el recatado aplomo del público que asiste a los estrenos. Ellos también interpretaban un papel. Tras la cháchara, las bromas y la confianzuda familiaridad parecían preocupados y sus miradas estaban cargadas de incertidumbre y cansancio, como si se hubieran aprendido el texto de memoria pero aún no supieran en qué momento intervenir. Los examiné con sumo interés. Creía haber descubierto algo significativo, aunque no sabía a ciencia cierta de qué se trataba ni qué significaba. ¿Y qué papel desempeñaba yo entre ellos? Supongo que el de tramoyista que está entre bambalinas y envidia a los actores.

Cuando llegamos a la ciudad no supe dónde bajarme, cualquier parada me parecía buena. Debo decir algo sobre mis posibilidades en aquel momento. Tendría que haber temblado de miedo. Llevaba en el bolsillo un billete de cinco libras y algunas monedas, en su mayoría extranjeras; presentaba el aspecto y el olor de un vagabundo y no tenía adónde ir. No disponía de una tarjeta de crédito con la que farolear y alojarme en un hotel. Pero era incapaz de preocuparme, no conseguí sentir inquietud. Parecía flotar perplejo con un desapego onírico, como si me hubiesen administrado una buena dosis de anestesia local. ¿Será esto lo que significa estar conmocionado? No: supongo que fue la certeza de que en cualquier momento una mano me sujetaría del hombro al tiempo que una voz terrible lanzaría una advertencia. Seguramente a esas alturas tendrían mi nombre, habrían hecho circular una descripción de mi aspecto físico y hombres de mirada severa y chaqueta abultada recorrerían las calles buscándome. Sigue desconcertándome el hecho de que nada ocurriera por esos derroteros. Los Behrens debieron de saber en el acto quién se había llevado el cuadro, pero no abrieron la boca. ¿Y qué decir de la estela de pruebas que había dejado a mi espalda? ¿Qué decir de las personas que me habían visto, los Reck, la señorita del taller, el ferretero, la mujer que se parecía a mi madre y que me había abordado cuando permanecía como catatónico ante el semáforo? Señorita, no pretendo alentar a delincuentes potenciales, pero le aseguro que es más fácil de lo que se cree cometer un acto y lograr que quede impune, al menos durante un tiempo. Pasaron días decisivos —¿con qué facilidad adoptamos la jerga de los otros!—, pasaron *días decisivos* hasta que se enteraron de a quién buscaban. Si no hubiese seguido siendo tan irreflexivo como al principio, si me hubiera detenido a pensar y a evaluar cuidadosamente la situación, sospecho que ahora no estaría aquí, sino en una región más soleada, acunando mi culpa bajo un cielo despejado. Pero no me detuve a pensar. Bajé del autobús y caminé en la dirección en que miraba, ya que, estaba convencido, mi sino me aguardaba por los cuatro costados, en los brazos abiertos de la ley. ¡La captura! Mi corazón mimó esa palabra. Fue un consuelo. Era la garantía del reposo. Regateé como un borracho a las multitudes, sorprendido de que no se apartaran horrorizadas ante mí. Estaba rodeado por un infierno de prisas y sonidos. Una cuadrilla de hombres con los torsos desnudos perforaba la calle con martillos neumáticos. El tráfico se enredaba y chillaba, los rayos del sol parpadeaban como

cuchillos en los parabrisas y los palpitantes capós de los coches. El aire era una bruma azul, ardiente y ponzoñosa. Ya no estaba acostumbrado a las ciudades. Pero fui consciente de que, mientras forcejeaba por las calles, también avanzaba uniformemente en el tiempo; me pareció una especie de ejercicio natatorio sin esfuerzo. El tiempo, pensé con toda seriedad, el tiempo me salvará. Aquí está Trinity, el banco. Fox's, donde papá solía traerme de peregrinación anual, con grandes ceremonias, para comprar sus cigarros navideños. Era mi mundo y yo me sentía proscrito. Experimenté una profunda y desapasionada conmiseración por mí mismo, como la sentiría por una pobre criatura perdida y errante. El sol brillaba implacable, un ojo obeso clavado en medio de la bruma, por encima de los árboles. Compré una barra de chocolate y la devoré sin dejar de andar. Compré la primera edición de un periódico vespertino, pero no traía ninguna noticia. Lo tiré al suelo y seguí arrastrando los pies. Un golfillo lo recogió —¡Eh, señor!— y corrió detrás de mí. Le di las gracias, el chiquillo sonrió y estuve a punto de deshacerme en lágrimas. Estaba atascado y miré desconcertado a mi alrededor, como un objeto inanimado. La gente pasó a mi lado, pura cara y codos. Creo que aquel fue mi momento más depresivo, aquel instante de desvalimiento y sordo pavor. Decidí entregarme. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me pareció una perspectiva maravillosa y seductora. Imaginé que me recogían tiernamente en brazos y que, a través de una serie de habitaciones blancas y frescas, me llevaban hasta un sitio de calma y silencio, de fastuosa rendición.

Al final, empero, acudí al pub de Wally.

Estaba cerrado. No lo comprendí. Al principio pensé, a la desesperada, que tenía que ver conmigo, que acababan de descubrir que había estado allí y lo habían clausurado. Empujé la puerta hasta el hartazgo e intenté ver a través del culo de botella de los cristales, pero el interior estaba a oscuras. Retrocedí. Al lado había una diminuta tienda de modas, en la que un par de chicas rubias, frágiles e inmutables como flores permanecían inmóviles, mirando el vacío, hasta el extremo de que parecían formar parte del escaparate. Cuando hablé volvieron hacia mí, sin el menor interés, sus ojos bordeados de hollín. Es la hora sagrada, dijo una, y la otra sonrió lánguidamente. Retrocedí, sonreí con afectación, regresé al pub y aporreé la puerta con renovadas fuerzas. Un rato después sonaron pisadas y cerrojos que se abrían. Qué quieres, preguntó Wally medio cabreado, y entrecerró los ojos a causa de la cruda luz del sol que se colaba desde la calle. Vestía un batín de seda morada y zapatillas informes. Me miró de arriba abajo con cara de disgusto y reparó en la barba y en el jersey sucio. Le expliqué que mi coche se había averiado y que necesitaba hablar por teléfono. Soltó un bufido sardónico y exclamó: ¡Hablar por teléfono!, como si se tratara del comentario más jocoso que había oído en su vida. Se encogió de hombros. De todas formas, era casi la hora de abrir. Lo seguí al interior del pub. Sus pantorrillas eran

regordetas, blancas y sin pelos; me pregunté dónde había visto hacía poco otras parecidas. Wally encendió una lámpara con pantalla rosa situada detrás de la barra. Ahí tienes el teléfono, dijo, hizo un ademán y frunció los labios con gesto burlón. Le pedí que me sirviera una ginebra antes de hablar. Bufó, gratificado su corazón escéptico, y se permitió esbozar una sonrisilla. ¿Has sufrido un choque?, preguntó. En un primer momento no supe de qué hablaba. Ah, el coche, dije, no, nada de eso, simplemente..., se paró. Pensé con hosco regocijo: acabo de responder a la primera pregunta sin haber mentido. Se dio la vuelta para servirme el trago. Con su bata púrpura parecía un sacerdote. Dejó el vaso en la barra, se apoyó en el borde de su taburete y cruzó los gordos brazos. Supo que yo había hecho algo, lo noté en su mirada impaciente y desdeñosa a la vez, pero no fue capaz de preguntarme nada. Le sonreí, bebí y me divertí viendo cómo se debatía. Comenté que dormir la siesta era una buena idea. Wally enarcó las cejas. Señalé su batín. Una cabezada a mediodía es una buena idea, dije. No le causó gracia. De las sombrías extensiones que se abrían a mi espalda apareció un joven desgredado, sin más ropa que un calzoncillo caído. Me miró sin interés y preguntó a Wally si ya había llegado el periódico. Ten, toma el mío, dije. Debí de retorcerlo porque parecía una porra rígida. El joven lo abrió y leyó los titulares sin dejar de mover los labios. Condenados bomberos, dijo, malditos lunáticos. Wally le dirigió una mirada demoledora. El muchacho descartó el periódico y se alejó rascándose el culo. Extendí mi vaso para que lo volviera a llenar. Por si no lo sabes, aún cobramos la consumición, dijo Wally. Aceptamos dinero. Le entregué las cinco libras que me quedaban. Un delgado hilo de luz se colaba por un resquicio en los postigos y, empotrado en el suelo, formaba declive delante de mí. Observé la espalda regordeta de Wally mientras me volvía a llenar el vaso. Pensé en contarle lo que había hecho. Parecía plausible. Al fin y al cabo, nada, absolutamente nada sorprende a Wally. Casi me lo creí. Lo imaginé mirándome con la boca torcida y una ceja en alto, reprimiendo una sonrisa suspicaz mientras yo relataba mi horrorosa historia. La idea de la confesión me levantó el ánimo porque era esplendorosa por irresponsable. Hacía que todo pareciese ni más ni menos que el punto álgido de un jolgorio, una broma que había salido mal. Reí pesaroso con los labios apoyados en el vaso. Tienes una pinta de mierda, dijo Wally satisfecho de sí mismo. Le pedí otra ginebra, esta vez doble.

Con absoluta claridad la voz de ella volvió a decir en mi cabeza: No lo hagas.

El muchacho de pelo rizado regresó vestido con tejanos ceñidos y una ajustada camiseta verde brillante. Se llamaba Sonny. Wally lo dejó a cargo del bar y se contoneó hasta sus aposentos, agitando el batín tras de sí. Sonny se sirvió una generosa medida de *crème de menthe*, llenó el vaso de cubitos de hielo, se instaló en el taburete, acomodó sus nalgas prietas y me estudió sin mucho entusiasmo. Eres nuevo, comentó con un tono que semejaba una acusación. No, yo no, el nuevo eres tú, dije, y sonreí presuntuoso. Abrió desmesuradamente los ojos. Discúlpame, creí que lo eras. Wally regresó de punta en blanco, peinado y apestando a potingues.

Tomé otra ginebra doble. Se me tensó el rostro, que parecía una máscara de barro. Había alcanzado esa fase de la intoxicación ética en la que todo encaja en otra versión de la realidad. No parecía una borrachera sino una forma de esclarecimiento, casi, casi un desembriagarse. Entró un grupo de gente de la farándula haciendo cabriolas y graznando. Vieron mi aspecto y se miraron entre sí rebosantes de júbilo. Ya me hablarás de clientes difíciles, comentó uno, y Sonny rio con disimulo. Pensé: esto es lo que haré, convenceré a cualquiera de esos actores de que me lleve a su casa y me oculte, a la Lady Macbeth con la máscara y las uñas rojo sangre o a aquel sujeto con camisa de arlequín que no cesa de reír..., ¿por qué no? Sí, es lo que haré, a partir de este momento viviré entre actores, practicaré y estudiaré su oficio, el gesto ampuloso y el matiz sutil. Puede que con el tiempo aprenda a interpretar mi papel lo bastante bien, con la convicción suficiente para ocupar mi sitio entre los otros, los naturales, las personas del autobús y el resto de los mortales.

Solo me di cuenta de que estaba esperando a Charlie French cuando lo vi entrar. El buenazo de Charlie. Mi corazón se enterneció, tuve ganas de abrazarlo. Llevaba traje a rayas y portaba una cartera gastada que parecía contener documentos importantes. Aunque me había visto hacía tres días, al principio no dio señales de reconocermelo. Pero es probable que no me reconociese a causa de mi desaliño y de mi mirada desafortunada. Dijo que había entendido que yo iría a Coolgrange. Le dije que ya había vuelto y preguntó por mi madre. Le conté que había sufrido un ataque. Sospecho que cargué las tintas..., hasta es posible que derramase una lágrima. Charlie asintió, miró más allá de mi oreja izquierda e hizo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Hicimos una pausa durante la cual resollé y suspiré. Vaya, comentó a la ligera, vuelves a estar de viaje, ¿no? Me encogí de hombros. Wally explicó que mi coche estaba averiado y exhaló una risilla muy chocante. Charlie frunció el ceño como muestra de solidaridad. ¿De veras?, preguntó tranquilo, con soñadora atonalidad. De pronto el grupo de actores chilló tan agudamente a nuestras espaldas que hasta los vasos temblaron, pero fue como si él no los oyera porque ni siquiera parpadeó. Había perfeccionado una pose para sitios y ocasiones como aquellos, mediante la cual se las ingeniaba para estar y no estar. Permanecía muy erguido, con los gruesos zapatos negros bien juntos y la cartera apoyada en las piernas, con una mano en la barra —¡caray, aún lo veo!— y la otra sujetando el vaso de whisky a medio camino hacia los labios, como si hubiese entrado por error y fuera demasiado educado para cortar el rollo y largarse antes de compartir un trago y unas pocas cortesías con los desesperados parroquianos del pub. Era capaz de mantener esa actitud de quien está a punto de partir durante toda una noche de parranda. Ah, sí, Charlie era un actor consumado.

Cuanto más bebía, mayor era mi cariño por él, sobre todo porque pagaba las ginebras a la misma velocidad con que yo las bebía. Pero no solo por eso. Tenía —tengo— un profundo afecto por Charlie, creo que ya lo he apuntado. ¿He mencionado que me consiguió trabajo en el instituto? Estuvimos en contacto durante mis años de

universidad..., mejor dicho, *él* mantuvo el contacto *conmigo*. Gustaba de considerarse el sabio y constante amigo de la familia que vigila con ojo de tío al hijo único y genial de la casa. Me llevaba a pasear y me invitaba. Recuerdo los té en el Hibernian, el extraño paseo hasta el Curragh y la cena anual en Jammet's el día de mi cumpleaños. Esas celebraciones nunca funcionaron, eran demasiado forzadas. Siempre temí que alguien me viera con él, ya que Charlie se hundía en un estado de inquieta melancolía mientras yo me retorcí y fruncía el ceño. Cuando estábamos a punto de separarnos se producía un súbito estallido de cháchara alegre que no era más que un alivio mal disimulado, después nos separábamos y cada uno se alejaba cargado de culpa. Pero Charlie no se desanimó y un día después de regresar con Daphne de Estados Unidos me invitó a una copa en el Shelbourne y me preguntó si —y estas fueron sus palabras— no quería echar una mano a los tíos del instituto. Yo aún estaba mareado —tuvimos una horrorosa travesía invernal en una cáscara de nuez que era poco más que un vaporcillo— y Charlie se mostró tan apocado y adoptó actitudes despectivas tan rebuscadas que tardé un rato en darme cuenta de que me estaba ofreciendo trabajo. Se apresuró a añadir que el trabajo estaba en mi línea — casi no requería esfuerzos y suponía que para alguien como yo sería más bien una forma de juego—, el salario era decente y las posibilidades ilimitadas. Por su actitud suplicante y arisca al mismo tiempo, supe que su oferta se debía a las instigaciones de mi madre. Bueno, dijo, y mostró sus grandes dientes amarillentos en una sonrisa forzada, ¿qué te parece? Primero me sentí molesto y después divertido. Al final pensé: ¿y por qué no?

Si la sala está de acuerdo, abordaré por encima esta etapa de mi vida. Se trata de una época que aún suscita una inquietud imprecisa y no sé a qué se debe con exactitud. Tengo la impresión de que al aceptar ese trabajo hice algo absurdo. No era digno de mí, por supuesto, ni de mi talento, pero ese no es el único motivo de mi humillación. Tal vez fue el momento de mi vida en el cual..., pero qué estoy diciendo, los momentos no existen, ya lo he dicho. Solo hay esa deriva incesante, lenta y vehemente de las cosas. Si me quedaba alguna duda, el instituto las aclaró definitivamente. Ocupaba un enorme edificio de piedra gris del siglo pasado que con sus costados escarpados, sus contrafuertes, sus florituras y sus chimeneas ennegrecidas siempre me recordó un majestuoso y anticuado transatlántico. Nadie sabía a ciencia cierta cuáles eran nuestros objetivos. Realizábamos investigaciones estadísticas y producíamos abultados informes rebosantes de gráficos, diagramas y apéndices complicados, informes que el Gobierno recibía con serias palabras de encomio y que olvidaba con gran rapidez. El director era un individuo corpulento y frenético que chupaba ferozmente una enorme pipa negra, tenía un tic en un ojo y de cuyas orejas asomaban mechones de pelo. Deambulaba por el edificio, siempre de camino a otra parte. Recibía con risa brusca y vencida cuantas preguntas y peticiones le hacíamos. ¡Pídaselo al ministro!, gritaba por encima del hombro mientras se alejaba a grandes zancadas y a su paso dejaba densas ráfagas de humo y chispas.

Como era de esperar, existía un alto porcentaje de locura entre el personal. Al descubrir que no había obligaciones definidas, los empleados emprendían furtivamente sus proyectos personales. Había un economista, un hombre alto y demacrado, de cara verdosa y pelo revuelto, que se dedicó a diseñar un sistema infalible de apuestas hípicas. Un día se ofreció a revelarme el secreto, me aferró la muñeca con mano temblorosa y me susurró apremiante al oído, pero entonces pasó algo, no recuerdo qué, la desconfianza se instaló entre nosotros y al final no me dirigía la palabra, evitándome cada vez que nos cruzábamos en los pasillos. Fue lamentable pues formaba parte del selecto grupo de eruditos con los que yo tenía que tratar para acceder al ordenador. Esa máquina era el eje de nuestras actividades. Su uso obedecía normas muy estrictas y conseguir una hora sin interrupciones era un privilegio de dioses. Funcionaba las veinticuatro horas del día, zumbaba y crujía en la inmensa sala blanca del sótano. Por la noche estaba al cuidado de un trío misterioso y siniestro, supongo que un criminal de guerra y dos individuos extraños, uno de los cuales tenía la cara estropeada. Pasé tres años en aquel instituto. No fui tremendamente desgraciado. Solo me sentí y, como digo, me siento algo ridículo, algo incómodo. Y jamás se lo perdoné a Charlie French.

Era tarde cuando salimos del pub. La noche se componía de cristales. Yo estaba muy borracho. Charlie me ayudó. Estaba preocupado por su cartera y la sujetaba con firmeza bajo el brazo. Cada equis metros le obligaba a hacer un alto para decirle cuán bueno era. No, dije, y levanté el brazo con gesto imperativo, no, quiero decirlo, Charlie, eres un buen tipo, un buen tipo. Como es lógico, lloré como una Magdalena y en varias ocasiones tuve arcadas secas. Fue una especie de arrobamiento glorioso, desconsolado y tambaleante. Me acordé de que Charlie vivía con su madre y también lloré por ello. ¿Cómo está, Charlie, dímelo, cómo está esa santa mujer?, grité pesaroso. No quiso responder, hizo oídos sordos, pero machaqué tanto que al final meneó la cabeza irritado y exclamó: ¡Está muerta! Intenté abrazarlo y se alejó unos pasos. En la calle encontramos un hoyo rodeado por una cinta de plástico rojo y blanco. La cinta temblaba y chasqueaba a causa de la brisa. Aquí es donde ayer estalló el coche bomba, dijo Charlie. ¡Ayer! Me desternillé de risa, me arrodillé en la calle al borde del hoyo y reí cubriéndome la cara con las manos. Ayer, el último día del viejo mundo. Espera, dijo Charlie, tomaremos un taxi. Se alejó y yo seguí arrodillado, meciéndome y tarareando a *sotto voce*, como si entre los brazos acunara a un niño. Estaba cansado. El día había sido largo. Había llegado muy lejos.

Desperté en medio de la astillada luz del sol, al tiempo que un chillido sonaba en mis oídos. Cama grande y hundida, paredes pardas, olor a humedad. Pensé que estaba en el dormitorio de mis padres en Coolgrange. Estuve tendido unos instantes, con la mirada fija en las luces acuáticas que se deslizaban por el techo. Entonces recordé, cerré los ojos con fuerza y me tapé la cabeza con los brazos. La oscuridad era taladrante. Me levanté, me arrastré hasta la ventana y me sorprendí con la inocencia azul del mar y el cielo. Los veleros blancos viraban de bordada bahía adentro. Bajo la ventana se extendía un pequeño puerto de piedra y, más lejos, la curva de la carretera del litoral. Apareció una gaviota enorme, que chilló y se arrojó con violento aleteo sobre el cristal. Te toman por mamá, dijo Charlie a mi espalda. Estaba en la puerta, llevaba un delantal sucio y en la mano sostenía una sartén. Explicó que su madre tenía la costumbre de alimentar a las gaviotas. Tras Charlie había un resplandor blanco e impenetrable. Este es el mundo en el que a partir de ahora debo vivir, en medio de esa luz abrasadora e ineludible. Me miré y comprobé que estaba desnudo.

Me senté en la espaciosa cocina, bajo una ventana inmensa y sucia, y vi cómo Charlie preparaba el desayuno en medio de una nube de humo grasiento. A la luz del día Charlie no tenía buen aspecto, estaba ojeroso y de mal color, tenía escamas de jabón de afeitar en el mentón y bolsas amoratadas bajo sus ojos color flema. Además del delantal, llevaba un cárdigan de lana sobre una sucia camiseta de punto y holgados pantalones de franela. Solía esperar a que yo me fuera, explicó, para arrojarles comida por la ventana. Ladeó la cabeza y rio. Era una mujer tremenda, dijo, tremenda. Se acercó con un plato de lonchas de bacon, pan frito y un huevo baboso y lo dejó delante de mí. Ten, dijo, es lo único que alivia los males de cabeza. Lo miré sobresaltado. *¿Los males de cabeza?* ¿Acaso la noche anterior le había dicho algo, había hecho una confesión de borracho? Imposible, Charlie no haría bromas de esa índole. Regresó a los hornillos, encendió un cigarrillo y tuvo dificultades con las cerillas.

Mira, Charlie, dije, más vale que te lo diga, estoy metido en un lío.

Al principio supuse que no me había oído. No se inmutó y fue presa de una soñadora vacuidad, con la boca abierta y algo torcida y las cejas ligeramente

enarcadas. Entonces me percaté de que pretendía ser discreto. Bueno, si no quería saber nada, allá él. Pero, señoría, quiero que conste que se lo habría contado si hubiese estado dispuesto a escuchar. Tal como ocurrió, dejé estar el silencio y le pregunté si me podía prestar la maquinilla de afeitar, una camisa y una corbata. Naturalmente, dijo, naturalmente, pero no me miró a los ojos. De hecho, desde que me levanté revoloteó a mi alrededor con la mirada torcida, trajinando con la tetera y la sartén como temeroso de que, en el caso de hacer una pausa, surgiera algún conflicto incómodo al que no sabría cómo hacer frente. Supongo que algo sospechaba. No era tonto. (Al menos, no era un tonto redomado). También creo que se debió, simplemente, a que no supo cómo adaptarse a mi presencia. Se impacientó, cambió cosas de lugar, guardó otras en cajones y armarios y volvió a sacarlas hablando, distraído, para sus adentros. No era frecuente que recibiera gente en su casa. Recuperé parte del lacrimógeno respeto que la noche anterior había sentido por él. Me pareció casi maternal con su delantal y las gastadas zapatillas de fieltro. Me cuidaría. Bebí el té y miré con cara de pocos amigos el intacto huevo frito que se enfriaba en el plato. Afuera sonó un bocinazo. Charlie lanzó una exclamación, se quitó el delantal y salió a toda prisa de la cocina. Le oí corretear a tientas por la casa. En un tiempo sorprendentemente breve volvió a aparecer trajeado, con la cartera bajo el brazo y gastando un sombrero chulo que le confería el aspecto de un agobiado corredor de apuestas. ¿Dónde te has instalado?, preguntó, y miró un punto situado detrás de mi hombro izquierdo. ¿En Coolgrange o en...? No dije nada, me limité a mirarlo suplicante y Charlie exhaló un «ah», asintió despacio y se retiró despacio. De pronto no quise que se fuera —¡me quedaría solo, solísimo!—, corrí tras él, le obligué a regresar y le pedí que me explicara cómo funcionaba la cocina, dónde estaba la llave y qué decirle al lechero si aparecía. Noté que mi vehemencia lo desconcertó y lo alarmó ligeramente. Lo seguí hasta el vestíbulo y no dejé de hablarle mientras salía por la puerta principal, asintiendo cauteloso y con una sonrisa fija como si yo fuera..., ¡ja, ja!, estaba a punto de decir como si yo fuera un peligroso criminal. Subí a saltos la escalera hasta el dormitorio y le vi recorrer el sendero, una figura bufonescamente escorzada, con su sombrero y su traje holgado. Junto al bordillo esperaba un coche negro de grandes dimensiones cuyo doble tubo de escape exhalaba una discreta bruma azul claro. El conductor, un hombre fornido, de traje oscuro y cuello corto, se apeó con soltura y abrió la portezuela trasera. Charlie alzó la vista hasta la ventana donde me encontraba y el conductor siguió su mirada. Me vi a mí mismo tal como ellos me vieron: un rostro difuso que flotaba tras el cristal, de ojos legañosos y sin afeitar, la imagen de un fugitivo. El coche se alejó sin estruendo, recorrió el camino del puerto, giró en una esquina y desapareció. No me moví. Deseaba permanecer como estaba, con la frente apoyada en el cristal y el día de verano ante mis ojos. Todo me parecía singular: la mar coronada de blanco, las casas blancas y rosas y, a lo lejos, extraño y dichoso, el promontorio borroso, cual un mundo de juguete expuesto en un escaparate. Cerré los ojos y nuevamente emergió

de las profundidades un fragmento de recuerdo —la puerta, la habitación a oscuras y la sensación de algo inminente—, pero esta vez no tuve la impresión de recordar mi propio pasado.

A mi espalda, el silencio se inflamaba como un tumor.

Recogí deprisa mi plato con el huevo frito y las grisáceas lonchas de bacon, salí de la cocina, subí la escalera de tres en tres peldaños, regresé a la habitación, abrí la ventana y salí al estrecho balcón de hierro. Soplaban un viento fuerte y tibio que me cogió por sorpresa y que durante unos segundos me dejó sin aliento. Cogí los alimentos, los arrojé al aire y vi que las gaviotas se abalanzaban sobre esos bocados exquisitos, chillando roncamente de asombro y gula. Por detrás del promontorio un barco blanco, silencioso, apareció y relumbró en medio de la bruma. Cuando terminé de arrojar la comida también tiré el plato, no sé por qué; se deslizó como un disco por la carretera y el muro del puerto. Cayó al agua casi sin salpicar. Tenía hebras de grasa tibia entre los dedos y yema de huevo en las uñas. Entré en la habitación y me limpié las manos con la ropa de cama, el corazón alborotado de agitación y asco. No sabía lo que hacía ni lo que haría a continuación. No me conocía a mí mismo. Me había tornado en un desconocido antojadizo y peligroso.

Exploré la casa. Era la primera vez que estaba allí. Se trataba de una vivienda grande, lúgubre y oscura, con cortinas también oscuras, armatostes a modo de muebles y zonas raídas en las alfombras. Aunque no estaba sucia, olía a cerrado, a cosas que han permanecido demasiado tiempo en el mismo sitio, y el aire emitía una sensación gris y embotada, como si hiciera mucho tiempo que se había consumido una de sus esencias vitales. Olía a moho, a té y a periódicos viejos y por todas partes se percibía algo insípido y ligeramente dulzón que interpreté como el resplandor crepuscular de Mamá French. Sospecho que se desternillarán de risa cuando me oigan decir que soy quisquilloso, pero lo cierto es que lo soy. Ya estaba afligido cuando empecé a husmear entre las pertenencias de Charlie, temeroso de lo que podría encontrar. Sus lamentables secretillos no eran peores que los míos ni que los de cualquiera, pero cada vez que removía una piedra y salían disparados, me estremecía y me avergonzaba de él y de mí mismo. Me acoracé, perseveré y al final tuve mi recompensa. En su dormitorio había un escritorio de tapa corrediza, que tardé diez minutos en abrir con gran esfuerzo y la ayuda de un cuchillo de cocina, acuclillado y sudando alcohol puro a mares. En su interior encontré varios billetes y un portatarjetas de plástico. También contenía cartas..., créase o no de mi madre, escritas hacía treinta, cuarenta años. No sé por qué no las leí; las guardé respetuosamente, junto a las tarjetas de crédito y el efectivo, y volví a echarle llave al escritorio. Al salir crucé una sonrisilla avergonzada con mi imagen en el espejo del ropero. Aquel alemán cuyo nombre no recuerdo tenía razón: el dinero es la felicidad abstracta.

El cuarto de baño estaba en el recodo del primer piso y era una especie de cobertizo de madera con calentador de gas y una bañera gigantesca con patas en

forma de garras. Me incliné sobre el lavamanos y me rasuré la barba de dos días con la maquinilla de Charlie, incrustada de jabón. Aunque pensaba dejarme la barba para cambiar mi aspecto habitual, ya me había perdido bastante a mí mismo y no quería que también desapareciese mi cara. El espejo poseía una superficie cóncava y plateada en la que mis rasgos ampliados —la mandíbula ancha y picada de viruelas, una fosa nasal negra y con pelos, un globo ocular único y rodante— se balanceaban y mecían de manera alarmante, cual cosas que aparecen por la ventana de un batiscafo. Cuando terminé me metí en la bañera y permanecí con los ojos cerrados mientras el agua me caía en cascada desde el calentador de gas. Me hizo bien, fue a la vez solaz y castigo hirviente; si el gas no se hubiese acabado, me habría quedado todo el día, perdido para mí mismo y para todo lo demás en medio de esa penumbra rugiente y sepulcral. Cuando abrí los ojos, delante de mí silbaron y explotaron estrellas minúsculas. Me arrastré empapado hasta la habitación de Charlie y dediqué largo rato a decidir qué me pondría. Al final elegí una camisa de seda azul marino y una corbata de lazo, floreada y algo llamativa. Calcetines negros, por supuesto —también de seda: Charlie no se priva de nada—, y pantalón oscuro, holgado pero de excelente corte, de un estilo lo bastante antiguo para estar nuevamente de moda. De momento me arriesgaría sin ropa interior: hasta un asesino tiene principios y los míos me impedían ponerme los calzoncillos de otro. Amontóné mi ropa —qué extraño aspecto tenía desparramada en el suelo del dormitorio, como esperando a que alguien la perfilara con tiza— y, apartando la cara, la llevé a la cocina y la metí en una bolsa de basura. A continuación lavé y sequé la vajilla del desayuno y estaba en mitad de la cocina, con un trapo sucio en la mano, cuando la imagen de su rostro ensangrentado se me apareció como un elemento de un tenderete del parque de atracciones. Tuve que sentarme porque estaba sin aliento y temblando. Verá, no hacía más que olvidar, lo olvidaba todo durante prolongados períodos. Supongo que mi mente necesitaba un respiro para hacer frente a la situación. Agotado, paseé la mirada por la cocina grande y húmeda. Me pregunté si Charlie se enteraría de que faltaba un plato. ¿Por qué lo arrojé al mar, por qué? Aún no habían dado las doce. El tiempo abrió sus fauces negras delante de mi cara. Entré en una de las habitaciones principales —cortinas de red, inmensa mesa de comedor, un búho disecado dentro de una caja de cristal—, me detuve junto a la ventana y me puse a mirar el mar. Tanto azul intimidaba. Caminé de aquí para allá, me detuve, agucé el oído con el alma en vilo. ¿Qué esperaba oír? No sonaba nada, solo el ruido distante de otras vidas, un tictac y un movimiento ínfimos, como el sonido de un motor al enfriarse. Recordé días semejantes de la infancia, días extraños y vacíos en los que deambulaba de puntillas por la casa en silencio y en los que me sentía una especie de espectro, apenas presente, un recuerdo, una sombra de otra versión más sólida de mí mismo que vivía, oh, que vivía maravillosamente en otra parte.

Debo parar. Estoy harto de mí mismo, harto de todo.

El tiempo. Los días.

Adelante, adelante.

La repugnancia es algo que conozco a fondo. Diré una o dos palabras sobre la repugnancia. Aquí estoy, desnudo bajo las vestiduras carcelarias, tacos de carne pálida atada y embolsada como ternera mal empaquetada. Me incorporo y camino sobre las patas traseras, como un animal con correa, depositando una invisible nevada de caspa dondequiera que voy. Los ácaros viven de mí, lamen mi sudor, hunden el morro en mis poros y devoran cuanto encuentran. Después la piel agrietada, las hendiduras, los huecos. Y el pelo: no quiero ni pensar en el pelo. Y eso es solo la superficie. Más vale no imaginar lo que pasa adentro, la bomba roja que se estremece y chapotea, los pulmones que salpican y, allá abajo y a oscuras, la fábrica de pegamento que trabaja sin cesar. Carroña animada, resbaladiza por la blenorragia crónica, que aún no está lo bastante madura para los gusanos. Puaj, debería...

Calma, Frederick, calma.

Hoy vino mi esposa. No es extraordinario, lo hace todas las semanas. En tanto que detenido pendiente de juicio, tengo derecho a visitas ilimitadas, pero no se lo he dicho y, si ella lo sabe, no ha hecho el menor comentario. Preferimos que sea así. Incluso en el día más tranquilo, la hora de visita de los jueves, se convierte en un ritual estafalario, por no decir misterioso. Tiene lugar en una estancia grande, cuadrada y alta, con escuetas ventanas abiertas muy cerca del techo. Un tabique de madera contrachapada y cristal —un artilugio de lo más desagradable— nos separa de nuestros seres queridos, con los que charlamos lo mejor que podemos a través de una desinfectada rejilla de plástico. Esta situación de casi cuarentena es una imposición reciente. Nos han dicho que es para impedir la entrada de drogas, pero creo sinceramente que es el modo de mantener *dentro* los virus interesantes que en los últimos tiempos hemos empezado a incubar. La habitación semeja un acuario con la pared de cristal verdoso, la luz que cae y las voces que, a través del enrejado de plástico, nos llegan como burbujeadas en medio del agua. Los reclusos nos sentamos con los hombros hundidos, nos apoyamos con gesto serio en los brazos cruzados y estamos pálidos, abotargados y con la mirada perdida, cual crustáceos desarraigados y agazapados en el lecho de la pecera. Nuestras visitas existen en un elemento distinto al nuestro, están más claramente definidas que nosotros, más intensamente presentes en su mundo. A veces percibimos sus miradas, mezcla de curiosidad, compasión y también de leve repugnancia, miradas que nos atraviesan el alma. Tienen que percibir la fuerza de nuestro anhelo, casi deben de oírlo, el canto de los tritones, una nota aguda de puro dolor que retintinea en el cristal que nos separa de ellos. Su inquietud por nuestra situación no supone un consuelo, más bien nos aflige. Es el momento más tierno de la semana, deseamos tranquilidad, decoro, voces

asordinadas. Estamos con los nervios de punta, preocupados por que la esposa o la amiga de alguno monte una escena allí afuera, grite y patalee, dé puñetazos en el tabique y llore. Cuando estas cosas ocurren es espantoso, realmente espantoso, y después aquel al que le ocurrió es objeto de solidaridad y respeto entre nosotros, como si acabara de sufrir una pérdida.

No existe riesgo de que Daphne monte un numerito. En todo momento mantiene una pose encomiable. Hoy, por ejemplo, al hablarme del niño lo hizo con serenidad, apartando su mirada de mí con su aire habitual de ligera abstracción. Confieso que me sentí molesto, no pude disimularlo. Tenía que haberme contado que pensaba someterle a una batería de pruebas en lugar de caerse con un diagnóstico para mí llovido del cielo. Me miró extrañada, inclinó la cabeza y estuvo a punto de sonreír. ¿Te sorprende?, preguntó. Me volví enfadado y no respondí. Claro que no estaba sorprendido. Sabía que el niño tenía algún problema, siempre lo supe..., se lo había dicho a Daphne mucho antes de que estuviese en condiciones de aceptarlo. Desde el principio hubo algo en su modo de moverse, con cautela, temblando sobre sus piernecillas flacuchas como si hiciera esfuerzos por no dejar caer algo grande e inmanejable que le habían puesto en los brazos, mirándonos con desconcierto y súplica, como un animal que mira desde un hoyo en el suelo. ¿Adónde lo llevaste, a qué hospital, qué te dijeron exactamente?, pregunté. Daphne se encogió de hombros. Respondió que fueron muy amables y muy comprensivos. El médico habló largo rato con ella. Es una enfermedad muy rara, el síndrome de no sé quién, ya he olvidado el nombre, es un maldito suizo o sueco..., ¿qué importancia tiene? El niño nunca hablará correctamente. Por lo que parece, nunca hará nada correctamente. Algo falla en su cerebro, falta algo, un fragmento fundamental. Daphne me lo explicó todo y repitió lo que el médico le había dicho, pero apenas la escuché. Una especie de fatiga, una especie de cansancio había hecho mella en mí. Se llama Van, ¿ya lo he dicho? Van. Tiene siete años. Cuando yo salga probablemente tendrá, ¿cuántos años, treinta y pico? Cristo, tendrá casi la misma edad que yo ahora. Un chico grande, así lo llamarán con cierta ternura los campesinos de Coolgrange. Un chico grande.

Claro que no, no lloraré. Si ahora empiezo, no pararé nunca.

Por la tarde volví a abrir el escritorio de Charlie, saqué dinero y me atreví a ir hasta el quiosco de periódicos del puerto. Experimenté un extraño y ardiente escalofrío de entusiasmo al entrar, se me revolvió el estómago y tuve la impresión de que atravesaba lentamente un caldo de cultivo denso y resistente. Creo que una parte de mí se hacía ilusión —no, abrigaba la esperanza— de que de alguna manera me salvaría, de que como en los cuentos de hadas todo se invertiría por arte de magia, la bruja malvada desaparecería, el maleficio se rompería y la doncella despertaría de su

sueño encantado. Al recoger los diarios, durante unos segundos pareció que la magia había dado resultado, porque al principio no leí nada salvo comentarios sobre el atentado del coche bomba y sus consecuencias. Compré tres periódicos de la mañana y una edición de primera hora de la tarde y reparé (¿o acaso solo es percepción retrospectiva?) en la severa mirada que me dirigió la muchacha granujienta situada detrás del mostrador. Regresé corriendo a la casa y mi corazón latió al galope, como si lo que llevaba bajo el brazo fuese una selección de literatura erótica. Nuevamente de puerta para adentro, dejé la prensa sobre la mesa de la cocina y corrí al baño, en el que, dada mi agitación, me las ingeníé para mearme un pie. Después de una búsqueda prolongada y febril encontré un cuarto de botella de ginebra y me eché un buen trago al colete. Intenté encontrar otra cosa en la que ocupar el tiempo, pero no sirvió de nada y con pasos pesados regresé a la cocina. Me senté despacio a la mesa y abrí los diarios. Allí estaba, unos pocos párrafos en uno de los matutinos, encajados bajo la foto de un vendado superviviente del atentado, que descansaba en una cama de hospital. En la edición de la tarde publicaban un artículo más extenso, con una foto de los chicos que yo había visto jugar en el jardín del hotel. Fueron ellos los que la encontraron. También había una foto de ella, luciendo una mirada solemne desde un fondo difuso, debía de ser una ampliación de una foto de grupo de una boda o de un baile, ya que llevaba un horrible vestido largo de cuello rebuscado y sostenía algo en las manos, quizá flores. Se llamaba Josephine Bell. En las páginas interiores había más información, una foto de archivo de Behrens y una panorámica de Whitewater, así como un artículo sobre la colección Behrens, plagado de erratas y de datos confusos. Habían enviado a un redactor para que hablara con su madre, la señora Brigid Bell. Era viuda. Publicaban una foto de la mujer torpemente de pie delante de su casa; era una señora fornida y de cara tosca, con delantal y un viejo cárdigan, que miraba a la cámara con una especie de impasible consternación. Decía que su Josie era una buena hija, una chica decente, que no entendía por qué alguien había querido matarla. De repente volví a estar allá, la vi sentada en medio de las salpicaduras de su propia sangre, mirándome, con una burbuja de saliva rosa a punto de estallar en sus labios. *Mami* fue lo que dijo, esa fue la palabra, no Tommy. Acabo de darme cuenta en este preciso momento. *Mami* y después: *Amor*.

Creo que la temporada que pasé en casa de Charlie French fue el período más extraño de mi vida, aún más raro y desorientador que mis primeros días aquí. En medio de la penumbra pardusca de aquellas habitaciones y con esa brillante luz marina en el exterior, tuve la impresión de que permanecía colgado en el aire, en un frasco cerrado a cal y canto, aislado de todo. El tiempo se escindió: estaba el tiempo del reloj, que se movía con abrumadora lentitud, y la carrera febril en mi cerebro, como si el muelle real se hubiera averiado y todos los mecanismos girasen a su aire. Entré y salí de la cocina haciendo de centinela durante infinidad de horas, con los hombros hundidos y las manos metidas en los bolsillos, conspirando con ardor, ignorante de que la distancia entre giro y giro decrecía cada vez más hasta que al final me detenía con brusquedad y miraba desconcertado a mi alrededor como un animal que cae en una red. Montaba guardia en el dormitorio principal de la planta alta, junto a la ventana, con la espalda pegada a la pared, y a veces vigilaba tanto tiempo la carretera que olvidaba que era a mí a quien debían vigilar. En aquel barrio apartado había muy poco tráfico y enseguida reconocí a los transeúntes habituales: la chica de pelo color zanahoria que ocupaba un piso en la casa de al lado, el individuo lampiño y de aspecto dudoso que portaba un muestrario de viajante, los cuatro vejetes que paseaban a sus perros todos los días, a la misma hora, o arrastraban los pies hasta la tienda. Pero no habría modo de confundir a los otros, a los siniestros, cuando se presentasen. Lo más probable es que ni siquiera los viera llegar. Rodearían la casa, abrirían la puerta de una patada y esa sería la primera señal que de ellos recibiría. Pero permanecí allí, vigilando y vigilando como un amante consumido más que como un fugitivo.

Todo había cambiado, todo. Estaba alienado de mí mismo y de lo que otrora había supuesto que era. Mi vida hasta entonces solo había tenido la ingrátida densidad de un sueño. Si pensaba en mi pasado, era como meditar sobre lo que otro había sido, alguien a quien nunca conocí pero cuya historia me sabía al dedillo. Todo semejaba una ficción gráfica. Y no es que el presente fuese más sólido. Me sentía delirante, voluble, en la cuerda floja ante cualquier situación. Bajo mis pies el suelo se tensaba como una cama elástica, debía quedarme quieto por temor a altibajos inesperados, saltos y rebotes peligrosos. Y encima estaba rodeado por todo ese aire azul y vacío.

No podía pensar directamente en lo que había hecho. Habría equivalido a clavar

la mirada en una luz cegadora. Era demasiado grande y brillante para evaluarlo. Resultaba incomprensible. A pesar de todo, cuando digo *lo hice* no estoy seguro de a qué me refiero. No se me entienda mal. No es mi intención vacilar, titubear y arrojar hojas secas sobre las pruebas. La maté, lo reconozco libremente. Y sé que si hoy volviera a estar allí, volvería a hacerlo, no porque quisiera, sino porque no me quedaría otra opción. Sería igual que entonces, con la araña, la luz de la luna entre los árboles y todo, todo lo demás. Tampoco puedo decir que no pretendía matarla...; solo puedo afirmar que no tengo claro en qué momento me lo tomé en serio. Estaba nervioso, impaciente y colérico, ella me atacó, le di un tortazo, el tortazo se convirtió en golpe, este en preludio de un segundo golpe —en su apogeo, por así decirlo, o quizá me estoy refiriendo a su perigeo— y así al infinito. A lo largo de ese proceso no existe un momento del cual pueda decir con certeza: ahí, entonces, decidí que debía morir. ¿Decidir? No creo que se tratara de una decisión. Ni siquiera creo que fuera una cuestión de pensamiento. El monstruo gordo que hay dentro de mí vio su oportunidad y salió soltando espumarajos y golpes. Tenía cuentas que ajustar con el mundo y en aquel momento ella fue suficiente mundo para él. No pude impedirselo. ¿O tal vez sí? Al fin y al cabo, él es yo y yo soy él. Pero no, la situación había llegado demasiado lejos. Es posible que esa sea la esencia de mi crimen, de mi culpabilidad, permitir que las cosas llegasen a esos extremos, no haber sido lo bastante vigilante y simulador, dejar que Bunter se las arreglase solo y de este modo permitirle creer, fatalmente, que era libre, que la puerta de la jaula estaba abierta, que nada estaba prohibido, que todo era posible.

Después de mi primera comparecencia ante el tribunal, la prensa dijo que no di muestras de remordimiento cuando leyeron las acusaciones. (¿Qué esperaban, que llorara y me rasgara las vestiduras?). Con su cegata agudeza estaban detrás de algo. El remordimiento supone la esperanza del perdón y yo sabía que lo que había hecho era imperdonable. Pude fingir pesar, dolor, culpa, todas esas cosas, pero ¿para qué? Aunque hubiese experimentado sinceramente esas emociones en las profundidades más recónditas de mi corazón, ¿qué habría cambiado? El acto estaba cumplido y los gritos de angustia y arrepentimiento no lo revocarían. Cumplido, sí, consumado, como nunca antes en mi vida había consumado ni cumplido nada..., y al mismo tiempo no tenía fin, no había más vueltas que darle. Con todo el peso que la palabra implica, me consideré responsable de mi acto. Al matar a Josie Bell destruí una parte del mundo. Los martillazos destrozaron un complejo de recuerdos, sensaciones y posibilidades —una vida, en suma— que era irremplazable y que, de alguna manera, había que reemplazar. Sería atrapado y encerrado por el delito de asesinato, lo supe con la serenidad y la certidumbre que solo el sentirse ajeno inspira; después dirían que había pagado mis deudas, convencidos de que al emparedarme en vida habían restituido cierto equilibrio. Según las leyes del justo castigo y la venganza, tendrían razón; empero, dicho equilibrio sería, en el mejor de los casos, negativo. No, no. Lo que se imponía no era mi muerte simbólica —lo reconocí a pesar de que no

comprendí su significado—, sino que ella recobrase la vida. Eso, ni más ni menos.

Aquella noche, al regresar, Charlie asomó cauteloso la cabeza por la puerta como si temiera que en lo alto hubiese un cubo de agua. Lo miré de reojo y me tambaleé. Había liquidado la ginebra y pasado, a regañadientes, al whisky. No estaba borracho, borracho como se entiende al pie de la letra, sino dominado por una especie de embotada euforia, como si acabara de regresar de una prolongada y exquisitamente tormentosa visita al dentista. La vieja resaca acechaba bajo el nuevo murmullo, esperando el momento oportuno. Notaba la piel caliente y seca y los ojos chamuscados. ¡Salud!, grité, reí con fatuidad y los cubitos de hielo tintinearón en el vaso. Charlie miraba de soslayo mi vestimenta. Espero que no te moleste, dije. Jamás imaginé que tuviéramos la misma talla. Ah, dijo, sí, verás, creo que con los años he encogido. Lanzó una risa sepulcral. Me di cuenta de que había abrigado la esperanza de no encontrarme al regresar a casa. Lo seguí al vestíbulo, donde se quitó el sombrerito de corredor de apuestas y lo dejó, junto con la cartera, en el mueble de roble oscuro. Fue al comedor, se sirvió una moderada medida de whisky y le agregó un chorro de soda que había perdido el gas de una botella con tapón de rosca. Bebió un sorbo y se quedó como atascado, con una mano en el bolsillo, mirándose los pies con seriedad. Mi presencia estorbaba sus rituales vespertinos. Guardó la botella de whisky sin convidarme. Regresamos a la cocina, donde Charles se puso el delantal y revolvió armarios y oscuros cajones en busca de los ingredientes para preparar un guiso. Mientras trabajaba, hablaba distraídamente por encima del hombro, con un cigarrillo colgado de su boca torcida y un ojo cerrado para que no le entrase el humo. Me hablaba de una venta que había realizado, de un cuadro que acababa de comprar o de algo por el estilo. Sospecho que solo hablaba por temor al silencio. De todas maneras, no le presté mucha atención. Le vi verter en el guiso más de la mitad de una botella de Pommerol que costaba cincuenta libras. Tres centímetros de ceniza de cigarrillo fueron a parar a la cazuela e intentó retirarlos sin éxito con una cuchara, sonriendo fastidiado. ¡Puedes imaginarte lo que para mí supone separarme de los cuadros!, exclamó. Asentí solemnemente. De hecho, me imaginaba a Charlie en su diminuta galería, haciendo zalemas y frotándose las manos delante de una mala puta con abrigo de piel, que apestaba a polvos para la cara y sudor, cuyo marido le había dado cuatro perras para que se comprase una chuchería por su cumpleaños. De pronto me sentí deprimido y cansado.

Sirvió el guiso y derramó un poco en el suelo. No era hábil con los utensilios, se volvían traidores en sus manos, se tambaleaban, giraban y resbalaban. Llevamos nuestros platos al comedor y nos sentamos a la mesa, bajo la mirada virulenta y vidriosa del búho disecado. Bebimos el resto del Pommerol y Charles trajo otra botella. Siguió esforzándose por eludir mi mirada y sonrió al suelo, a los muebles y a los atizadores de la chimenea, como si de repente lo vulgar llamase su atención con

un encanto nuevo e inesperado. El sol de poniente me daba de lleno a través de la alta ventana situada a mi espalda. El guiso sabía a pellejo quemado. Aparté el plato, me volví y contemplé el puerto. En el cristal de la ventana había una grieta brillante. Algo me llevó a pensar en California, algo relacionado con la luz, con los yates pequeños y con el dorado mar vespertino. Estaba cansado, tan cansado que en aquel momento me habría entregado, salido a la deriva hacia el crepúsculo estival con la misma facilidad que la brisa, ignorado, sin planes, libre. Charlie aplastó una colilla empapada en el borde del plato. ¿Has leído lo que dice el periódico sobre Binkie Behrens?, preguntó. Me serví otra copa de vino. No, Charles, respondí, ¿qué dice?

A propósito, ¿qué habría hecho a lo largo de toda esta historia sin el solaz de la bebida y sus efectos embotadores? Creo que superé aquellos días mediante una sucesión de temblorosas sacudidas de un fugaz estado de ebrio equilibrio a otro, como un fugitivo que huye a través de un zigzag de pasaderas cubiertas de cieno. Hasta los colores, azul ginebra y rojo clarete..., ¿acaso no son los emblemas de mi caso, los colores tribunalicios de mi testimonio? Ahora que estoy sobrio para siempre recuerdo no solo aquella época sino toda mi vida como una juerga achispada pero no demasiado feliz, de la que siempre supe que, tarde o temprano, saldría con un espantoso dolor de cabeza. Este, ah, sí, este es el tiempo de la resaca con venganza.

El resto de la velada, según recuerdo, fue una sucesión de sorpresas definidas y amortiguadas, como cuando en un sueño caemos lentamente escaleras abajo. Fue entonces cuando me enteré de que mi padre había tenido una amante. Al principio me sorprendí y luego me indigné. ¡Yo había sido su coartada, su camuflaje! Los domingos por la tarde, mientras yo pasaba horas sentado en el asiento trasero del coche frente al susodicho club náutico de Dun Laoghaire, mi padre se largaba a joder con su querida. Se llamaba Penélope... ¡Penélope, por amor de Dios! ¿Dónde se reunían?, indagué. ¿La tenía en un nidito secreto, un escondite pequeño y precioso con rosas alrededor de la puerta y espejo en el techo del dormitorio? Charlie se encogió de hombros. Bueno, dijo, solían venir aquí. En un primer momento no fui capaz de asimilarlo. ¿Aquí?, grité. ¿Aquí? ¿Y qué pasaba con...? Volvió a encogerse de hombros y esbozó una sonrisilla. Al parecer, a Mamá French no le importaba. En varias ocasiones incluso tomó el té con aquella pareja de amantes. Penélope y ella intercambiaban muestras de punto. Verás, ella lo sabía..., empezó a decir Charlie, pero se interrumpió, un manchón de color apareció en la piel agrietada de cada pómulo y se pasó rápidamente el dedo por el interior del cuello de la camisa. Esperé. Ella sabía que yo estaba enamorado de tu..., de Dolly, dijo al fin. A esa altura la cabeza me daba vueltas. Antes de que pudiese decir esta boca es mía, Charlie me contó que Binkie Behrens también le había ido detrás a mi madre, que los invitaba a Whitewater y llenaba de alcohol a mi padre para que no reparase en sus miradas salaces y en sus manos traviesas. Después mi madre iba a ver a Charlie, se lo contaba todo y juntos se reían. En ese momento Charlie meneó la cabeza y suspiró. Pobre Binkie, dijo. Yo estaba pasmado y perplejo e intentaba mantener firme la copa de

vino. Me sentí como un niño al que hablan por primera vez de los actos de los dioses: esas figuras tremebundas, arcaicas e imperfectas se apiñaron en mi mareada cabeza con sus maquinaciones, sus rivalidades y sus amores imposibles. Charlie fue muy prosaico, soñador y divertido a partes iguales. Casi hablaba como si yo no estuviese presente y de vez en cuando alzaba la mirada apenas sorprendido ante mis bufidos y soplidos de asombro. Y tú, dije, ¿qué hay de ti y de mi...? No me atreví a expresarlo. Me dirigió una mirada maliciosa y furtiva a la vez.

Ten, dijo, acaba la botella.

Creo que me dijo algo más acerca de mi madre, pero no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que aquella noche la telefoneé, sentado con las piernas cruzadas en la penumbra del vestíbulo, con los ojos llenos de lágrimas y el aparato apoyado en mis piernas como si fuese un sapo. Me pareció enormemente lejana, una voz en miniatura como un retumbo metálico en medio de un vacío tamborileante. Freddie, dijo, estás como una cuba. Me preguntó por qué no había vuelto, aunque solo fuese para recoger mi bolsa. Tuve ganas de decirle: Mamá, ¿cómo quieres que vuelva a casa ahora? Estuvimos unos segundos en silencio y agregó que Daphne la había llamado para preguntar dónde estaba yo y qué hacía. ¡Daphne! Hacía días que no pensaba en ella. A través de la puerta del final del pasillo vi que Charlie se ocupaba de nimiedades en la cocina, cambiaba de lugar cazos y cacerolas y simulaba que no intentaba oír mi conversación. Suspiré y el sonido se convirtió en un leve gemido. Mamá, dije, estoy metido en un buen lío. Había parásitos en la línea, o tal vez estaban en mi cabeza, semejaban una especie de aleteo ensordecedor. ¿Cómo?, preguntó, no te oigo... ¿Cómo has dicho? Reí y dos lagrimones rodaron por los costados de mi nariz. Nada, grité, nada, olvídalo. Añadí: Oye, ¿sabes quién es..., quién era Penélope? ¿Estás enterada de su existencia? Me escandalicé de mí mismo. ¿Por qué dije semejante cosa, por qué quise herirla? Guardó silencio unos segundos y luego rio. ¿Esa puta?, preguntó. Claro que estoy enterada de su existencia. Charlie se había asomado a la puerta y me observaba con un paño de cocina en una mano y un plato en la otra. La luz le daba por detrás y yo no veía su rostro. Se produjo otra pausa. Eres muy duro contigo mismo, Freddie, dijo mi madre finalmente con aquella voz lejana y reverberante, logras que todo se te haga muy cuesta arriba. No supe a qué se refería. Sigo sin saberlo. Esperé unos instantes, pero ella no dijo nada más y yo no estaba en condiciones de hablar. Fueron las últimas palabras que intercambiamos. Colgué con cuidado y me puse en pie con dificultades. Se me había dormido una rodilla. Anduve cojeando hasta la cocina. Charlie estaba inclinado sobre la pila y fregaba los platos con un cigarrillo colgado del labio, las mangas arremangadas y el chaleco desabrochado a la espalda. El cielo era de color añil claro en la ventana que Charlie tenía delante, pensé que nunca en mi vida había visto algo tan hermoso.

Charlie, dije, y me balanceé, necesito un préstamo.

Siempre he sido llorón, pero ahora el menor gesto de amabilidad me hace gimotear como un crío. Cuando en aquel momento se sentó a la mesa de la cocina y

preparó un cheque —aún lo tengo: garabatos negros, firma ilegible y sucia huella del pulgar en un ángulo—, intenté aferrar su mano con manchas hepáticas, creo que tenía la intención de besarla. Pronunció un breve discurso que no recuerdo bien. Incluía a mi madre y a Daphne. Creo que hasta mencionó a Penélope. ¿Estaría borracho? Su imagen se centraba y se diluía, pero no me pareció consecuencia de mi visión difusa sino, más bien, de una especie de indecisión por su parte. Ay, Charlie, debiste hacer caso de aquella punzada de recelo, debiste echarme aquella noche por muy borracho e indefenso que estuviera.

Lo que a continuación recuerdo es que estaba arrodillado delante del retrete, echando un torrente ferruginoso de vino mezclado con trozos de carne fibrosa y rodajas de zanahoria. El aspecto de esa sustancia que manaba de mí me llenó de asombro, como si no fuera vómito sino algo rico y extraño, un oscuro torrente de mineral que brotaba de la mina profunda de mis entrañas. Luego surgió la impresión de que todo se balanceaba, una impresión de brillante oscuridad y de que las cosas que contenía giraban a mi lado, como si me hicieran dar vueltas y más vueltas, lentamente, en un bamboleante tiovivo de cristal. Después estaba tendido boca arriba en la cama grande y revuelta de la planta alta, temblando y sudando. Había una luz encendida y la ventana era una caja de profunda y vibrante oscuridad. Me dormí y después de lo que me pareció un instante desperté con el sol dándome en pleno rostro. La casa estaba en silencio y percibí, más que oí, un pitido frágil y perseverante. Las sábanas eran una maraña empapada. No quería moverme, me sentía frágil como el cristal. Hasta mi pelo parecía quebradizo, una descarga de filamentos erguidos y minúsculos que rebosaban estática. Oía la sangre que corría por mis venas, veloz y pesada como el mercurio. Tenía la cara hinchada, hirviendo y extrañamente sensible al tacto: un rostro de muñeca. Al cerrar los ojos una figura carmesí latió, se desvaneció y volvió a palpar dentro de mis párpados, como la imagen duplicada de un proyectil que estalla en la oscuridad. Al tragar, el pitido que resonaba en mis oídos cambió de tono. Dormité y soñé que iba a la deriva por un lago caliente. Cuando desperté era por la tarde. La luz que se colaba por la ventana, una luz densa, serena y clara, llegaba directamente desde el pasado. Tenía la boca seca e hinchada y la sensación de que mi cabeza estaba llena de aire. Desde la niñez no había vuelto a vivir ese estado peculiar de voluptuosa aflicción. No era realmente una enfermedad, sino una especie de respiro. Pasé muchas horas en la cama, casi sin moverme, viendo cambiar el día, atento a los más leves sonidos del mundo. La luz broncea se apagó, poco a poco, el cielo pasó de lila a malva y asomó una estrella solitaria. De pronto era muy tarde, yo estaba soñoliento, embotado en la suave oscuridad del verano, y no me habría sorprendido en absoluto si mi madre, joven y sonriente, hubiese aparecido en medio de un sedoso frufrú, llevándose un dedo a los labios para darme las buenas noches antes de irse. Pero no fue mamá la que vino, sino Charlie; giró cuidadosamente la puerta sobre los goznes quejumbrosos y me observó estirando su cuello de tortuga, pero como yo cerré los ojos se retiró sin hacer ruido y bajó la

escalera de puntillas. Con la imaginación vi otra puerta y otra oscuridad —aquel fragmento del recuerdo que, una vez más, tampoco me pertenecía— y esperé, casi sin respirar, a que algo o alguien apareciese. Pero no hubo nada.

Creo que aquel fugaz acceso de fiebre intermitente marcó el final de la etapa inicial y definida de mi vida como asesino. Por la mañana del segundo día la fiebre había bajado. Yacía en medio de la maraña húmeda y pegajosa de las sábanas con los brazos extendidos, simplemente respirando. Me sentía como si, frenético, hubiese vadeado el agua que me cubría hasta la cintura y ahora por fin hubiera llegado a la orilla, exhausto, tembloroso de pies a cabeza pero casi en paz. Había sobrevivido. Había retornado a mí mismo. Al otro lado de la ventana chillaban las gaviotas, buscaban a Mamá French, se elevaban y descendían con las alas rígidas totalmente abiertas, como si colgaran de elásticos. Me levanté temblequeante y crucé el dormitorio. Había viento y sol y el mar resplandecía con un tono azul denso y peligroso. Más abajo, en el pequeño puerto de piedra, los yates cabeceaban, viraban y tironeaban de las amarras. Me aparté. Esa escena alegre y luminosa contenía algo que parecía regañarme. Me puse el batín de Charlie y bajé a la cocina. Silencio por todas partes. Bajo la serena luz matutina todo estaba inmóvil, como hechizado. La idea de comer me resultó insoportable. En la nevera encontré una botella abierta de Apollinaris y me la bebí. Le faltaba gas y sabía ligeramente a metal. Me senté a la mesa y apoyé la frente en las manos. Mi piel estaba granulosa, como si la epidermis se hubiese convertido en una especie de polvo adherido. Los platos del desayuno de Charlie seguían en la mesa, también vi ceniza de cigarrillos y un platillo con colillas aplastadas. Los periódicos que yo había comprado el jueves estaban en el cubo de basura. Era sábado. Me había perdido cerca de dos días, dos días de acumulación de pruebas. Busqué la bolsa de plástico en la que había metido mi ropa, pero no la encontré. Charlie debió de sacarla para que la recogieran los basureros, para entonces probablemente estaría en un vertedero. Tal vez en ese mismo instante un trapero la estuviera revisando. Me dominó un espasmo de horror. Di un salto y caminé de un extremo a otro de la cocina, con las manos cruzadas para que no me temblaran. Tengo que hacer algo, lo que sea. Corrí escaleras arriba y fui de cuarto en cuarto como un rey loco, con el faldón del batín volando a mi espalda. Me afeité, mirándome frenético en el espejo de ojo de pez, volví a ponerme la ropa de Charlie, abrí su escritorio, saqué el efectivo y la tarjeta de crédito, bajé la escalera de tres en tres peldaños y salí al mundo hecho una furia.

Y me detuve. Todo estaba en su sitio: las embarcaciones en el puerto, la carretera, las casas blancas que bordeaban la costa, el promontorio lejano, las nubecillas en el horizonte y, sin embargo..., sin embargo, todo era distinto de lo que yo esperaba, de lo que algo en mi interior esperaba, una agradable sensación de la forma en que debían ordenarse las cosas. Entonces me di cuenta de que era yo, por supuesto, el que

estaba fuera de sitio.

Fui al puesto de periódicos con el mismo ramalazo de temor y exaltación que había experimentado la primera vez. Cuando recogí la prensa la tinta me manchó las manos y las monedas resbalaron por mis dedos sudorosos. La chica granujienta volvió a observarme. Tenía una mirada curiosa y grasienta, parecía pasar de mí y, al mismo tiempo, reparaba en mí. Por sus modales, por esa actitud tensa e irascible deduje que estaba con la tensión premenstrual. Le di la espalda y hojeé los diarios. El caso se había corrido, como una mancha, del pie de página a los titulares, al tiempo que mermaban los informes sobre el atentado del coche bomba porque los heridos habían dejado de morir. Publicaban una foto del coche, que parecía un hipopótamo herido, con un estólido policía al lado y un detective con botas de lluvia que señalaba algo. Habían entrevistado a los chicos que lo encontraron. ¿Me recordaban, se acordaban del pálido desconocido que soñaba despierto en el banco de la estación abandonada? Me recordaban y dieron mi descripción: un hombre mayor, de pelo negro y barba espesa. La mujer del semáforo estaba convencida de que yo era un veinteañero bien vestido, de bigote y mirada penetrante. También figuraban los turistas de Whitewater, que me vieron largarme con el cuadro, y Reck y su mamá, por descontado, así como el idiota y la mujer del taller donde alquilé el coche: de cada una de sus declaraciones iba surgiendo una nueva versión de mí, más estrafalaria que la anterior, hasta que por multiplicación me convertí en una banda de asesinos bigotudos, que corría con mirada furibunda y emitía ruidos amenazadores, como un coro de bandidos de una ópera italiana. Estuve a punto de echarme a reír. Y, al mismo tiempo, me sentí decepcionado. Pues sí, es verdad, decepcionado. ¿Quería que me descubrieran, abrigaba la esperanza de ver mi nombre escrito con letras de molde en todos los titulares? Creo que sí. Sospecho que en lo más hondo de mí deseaba que me pusieran delante del jurado y me obligaran a revelar mis sórdidos secretillos. Sí, que me descubrieran, que de repente se precipitaran sobre mí, me golpearan, me desnudaran y me expusieran a la multitud aullante, ese era mi deseo más profundo y ardiente. Me figuro a la sala que, sorprendida e incrédula, contiene el aliento. Y acaso ustedes, damas y caballeros del jurado, ¿acaso no lo anhelan desde el fondo de su corazón? Ser calado. Notar cómo esa mano pesada cae sobre tu hombro y oír la tronante voz de la autoridad cuando te dice que el juego ha tocado a su fin. En síntesis, ser desenmascarado. Pregúntense a sí mismos. Confieso (¡confieso!) que los días transcurridos mientras esperaba a que me encontraran fueron los más estimulantes que he vivido y que, supongo, viviré. Terribles, pero también estimulantes. El mundo nunca me había parecido tan inestable ni mi sitio en él tan emocionantemente precario. Tenía una descarnada y lasciva conciencia de mí mismo, una cosa grande, tibia y húmeda en las ropas de otro. Podían atraparme en cualquier momento, incluso era posible que en ese mismo instante me vigilaran, hablaran en voz baja por los transmisores e hicieran señas a los tiradores apostados en el tejado. Primero surgiría el pánico y a continuación el dolor. Y en cuanto todo desapareciese,

hasta la última miaja de dignidad y simulación, ¡qué libertad, qué ligereza sentiría! Pero no, qué digo, de ligereza nada, todo lo contrario: peso, gravedad, por fin la sensación de estar firmemente arraigado. Por fin sería yo, dejaría de ser esa pobre personificación de mí mismo que toda la vida había interpretado. Sería auténtico. Sería, sobre todo, humano.

Tomé el autobús a la ciudad, me apeé en la calle donde años atrás había vivido, cuando era estudiante, y caminé junto a la verja del parque, mientras el viento tibio agitaba los árboles, con el corazón plagado de nostalgia. Un hombre de gorra y aterradores ojos sucios estaba en la acera, agitaba el puño y lanzaba improperios a los coches que pasaban. Lo envidié. Me habría gustado chillar de esa manera, expulsar toda esa ira, dolor e indignación. Seguí caminando. Un trío de muchachas ligeras de ropa salió riendo de una librería y durante un segundo me vi rodeado por ellas, mostrando los dientes en una sonrisa temerosa, como una bestia entre las Gracias. En una tienda recién inaugurada compré una chaqueta, un pantalón, dos camisas, varias corbatas, ropa interior y, en un alarde de desafío, un sombrero bonito y algo ostentoso. Creí detectar un ligero endurecimiento de la atención cuando saqué las tarjetas de crédito de Charlie —Dios mío, ¿lo conocían, era cliente de ellos?—, pero puse de relieve todo mi acento, hice su firma con aplomo y todos se serenaron. No estaba preocupado de verdad. De hecho, me sentía ridículamente entusiasmado y feliz, como un niño que sale de juerga por su cumpleaños. (¿Qué tiene el mero acto de comprar que me permite experimentar un placer tan sencillo?). Tuve la sensación de que nadaba calle arriba, erguido como un hipocampo, arrojando el aire. Sospecho que aún tenía unas décimas de fiebre. Las personas entre las que me movía me resultaban ajenas, quiero decir más ajenas que de costumbre. Tuve la impresión de que ya no formaba parte de su especie, de que algo había ocurrido desde la última vez que las había encontrado reunidas, de que en mí había tenido lugar un ajuste, un acontecimiento evolutivo sorprendentemente veloz y trascendental. Pasé entre ellas como un niño cambiado por otro, como un mutante. Estaban más allá de mí, no llegaban a rozarme..., ¿me veían o ya me encontraba fuera de su campo de visión? Con cuánta avidez, con qué hambre y asombro las observé. Esos seres se movían a trompicones a mi alrededor, con los ojos embotados y confusos, como refugiados. Me vi a mí mismo, balanceando la cabeza y los hombros por encima de ellos, disfrazado y solitario, albergando mi enorme secreto. Yo era su sueño no reconocido y desconocido..., era su Moosbrugger.^[3] Llegué al río y holgazaneé en el puente, entre los mendigos, los fruteros y los vendedores ambulantes de bisutería barata, admirando la luz que el viento agitaba sobre las aguas y saboreando con los labios el aire. ¡El mar! ¡Estar lejos, allá afuera, a incontables brazas de distancia, perdido en medio de tanto azul!

Entré —todo era tan fácil—, entré en un bar y pedí un trago. Cada sorbo fue gélido y liso como una astilla metálica. Era un local cavernoso y muy oscuro. La luz procedente de la calle brillaba con toda su blancura a través de la puerta abierta.

Podría haber estado en cualquier lugar del sur, en uno de esos puertos húmedos y aburridos que conocía tan bien. En el fondo, en un sector iluminado como un escenario, varios jóvenes de cabeza rapada y enormes botas con cordones jugaban al billar. Las bolas silbaban y chocaban, los muchachos soltaban tacos en voz baja. Parecía obra de Hogarth, por ejemplo, un grupo de cirujanos sin peluca inclinados sobre la mesa de disección. Con los brazos cruzados y la boca abierta, el camarero miraba una carrera de caballos en la televisión instalada en el estante alto de una esquina. Un joven tuberculoso de corto abrigo negro entró y permaneció de pie a mi lado, bufando y sin estarse quieto. Por la tensión que irradiaba me percaté de que tramaba algo y durante unos segundos me sentí placenteramente inquieto. Podía hacer cualquier cosa, de todo. Pero se limitó a hablar. *He vivido aquí treinta y tres años*, dijo con tono de amarga indignación, *y todo el mundo tiene miedo*. El camarero lo miró con aletargado desdén y volvió a concentrarse en la tele. Los caballos azules galopaban en silencio sobre el césped verde brillante. *Yo tengo miedo*, añadió el joven, ahora resentido. Sufrió una tremebunda contorsión, hundió los hombros, bajó la cabeza y levantó un brazo como si un bicho le hubiera picado en el cuello. Se volvió y salió deprisa, aferrado al abrigo. Lo seguí, abandonando mi vaso por la mitad. Afuera imperaba una luz cegadora. Lo vi bastante lejos, esquivando al gentío con los codos pegados a los lados del cuerpo, dando pasitos veloces y rígidos, con la agilidad de un bailarín. Nada podía detenerle. Enseguida encontraba un resquicio en la oleada más densa de cuerpos, se erguía con destreza desde la cintura y se zambullía sin cambiar el ritmo. Qué pareja habríamos formado si a alguien se le hubiese ocurrido vincularnos, él con su abrigo ceñido y raído y yo con mi sombrero petulante y mis bolsas de lujoso aspecto. Me costó mucho seguirle y al cabo de uno o dos minutos estaba sin aliento y sudando. Experimenté una inexplicable sensación de regocijo. El joven hizo un alto y se quedó mirando el escaparate de una farmacia. Hice tiempo en la cola del autobús, sin dejar de vigilarlo con el rabillo del ojo. Estaba tan concentrado y temblaba tanto que llegué a la conclusión de que iba a cometer un acto violento, tal vez volverse y atacar a cualquiera o dar una patada al escaparate y moverse entre las cámaras fotográficas y los expositores de cosméticos. Pero el muchacho solo esperaba a que se le pasara el temblor. Esta vez, al levantar el brazo extendió la pierna, como si el codo y la rodilla estuvieran conectados por un hilo invisible, y un segundo después su tacón dio contra la acera con un golpe resonante. Dirigió una rápida mirada a su alrededor para comprobar si alguien lo había visto, se sacudió con rapidez y disimulo, como si de ese modo demostrara que el espasmo anterior también había sido intencionado, y reemprendió la marcha como un lebre. Sentí el deseo de darle alcance y hablarle. Ignoraba qué podría decirle. No le demostraría solidaridad, desde luego. No lo compadecí, no vi en él nada que mereciera mi conmiseración. No, lo que acabo de decir es falso porque era un ser patético, un infeliz tullido y chiflado. Pero no le tuve lástima, mi corazón no se conmovió. Lo que experimenté fue, ¿cómo expresarlo?, sentí una especie de

consideración fraterna, un sentimiento fuerte, protector y casi gozoso de comunión con él. En ese momento me pareció la cosa más simple del mundo acercarme, apoyar la mano en su delgado hombro y decir: *¡Compañero de sufrimientos, querido amigo, compagnon de misères!* Con profunda desilusión y contrariedad me detuve en la siguiente esquina, miré hacia el gentío que se empujaba y comprendí que lo había perdido de vista. Casi en el acto encontré un sustituto: una chica alta y gorda, de hombros anchos, trasero enorme y fornidas piernas tubulares que acababan en un par de pies minúsculos, como las manos de cerdo, encajados en zapatos blancos de tacón. Había ido a la peluquería, se había cortado el pelo con un estilo masculino y a la moda que, en ella, resultaba grotesco. Su nuca velluda, con su pliegue de grasa, aún mostraba el colérico tono rojo provocado por el secador, parecía ruborizarse por ella. Me pareció tan valiente y apenada chapoteando con sus horribles zapatos que sospecho que la habría seguido todo el día, pero un rato después también la perdí de vista. Luego me dio por un hombre con una enorme mancha de fresa en la cara; a continuación por una mujer menuda que trasladaba un perro minúsculo en un cochecito de muñecas, y después por un individuo joven que avanzaba decidido, como si no viera a nadie, con la mirada severa y fija de los visionarios, un joven que balanceaba los brazos y refunfuñaba para sus adentros. En una ajetreada vía peatonal repentinamente me vi rodeado por una pandilla de chaboleras, a las que mi madre habría llamado *pobretonas* —muchachas de pelo rojo, pecas y extraordinarios ojos de color verde botella—, que me arrinconaron con súplicas agresivas, me tironearon de la manga y gimieron. Fue como si me atacara una bandada de grandes aves silvestres y fastidiosas. Cuando intenté ahuyentarlas, una de las chicas me quitó el sombrero mientras otra arrebatava hábilmente de mi mano la bolsa con la chaqueta nueva. Huyeron empujándose entre risas estridentes, al vuelo sus talones despellejados y encarnados. Yo también reí, recogí el sombrero de la acera e ignoré las miradas de los transeúntes, a quienes mi divertimento les parecía indecoroso. La chaqueta me tenía sin cuidado —a decir verdad, su pérdida concordaba de una manera curiosa y afín con la de su predecesora desechada—, pero me habría gustado ver adónde iban las chicas. Me figuré que a un cobertizo de harapos y restos de hierro galvanizado montado en un vertedero polvoriento, con un perro famélico, críos llenos de mocos y una bruja alcoholizada inclinada sobre el perol humeante. O quizás en alguna parte las esperaba Fagin, acechando en las sombras de una vivienda abandonada, en la que la luz del verano tocaba los postigos, las motas de polvo se deslizaban bajo los techos altos y las garras de las ratas en el zócalo arañaban el silencio, arañaban, cesaban y volvían a arañar. Seguí paseando feliz un rato, soñando con otras vidas, hasta que divisé un gigante de cara pálida y piernas de goma que avanzaba sobre dos muletas y lo perseguí con verdadera avidez.

¿Qué hacía, por qué seguía a esas personas..., qué esclarecimiento buscaba? Ni lo sabía ni me importaba. Me sentía desconcertado y feliz, como un niño al que permiten participar en un juego de adultos. Durante horas estuve zigzagueando por

calles y plazas con la embotada perseverancia de un borracho, como si en la cara de la ciudad dibujase un letrero enorme y complejo para que alguien lo leyera desde el cielo. Di con sitios cuya existencia desconocía, callejones sinuosos, espacios repentinos, anchos y abandonados, y calles sin salida bajo los puentes del ferrocarril, donde los coches aparcados disfrutaban con fruición del sol de la tarde, incendiados sus techos de colores de juguete. Comí una hamburguesa en un café acristalado, con sillas de plástico moldeado y ceniceros de hojalata, donde las personas se sentaban solas y mordisqueaban sus alimentos como niños atemorizados y abandonados. La luz del día murió lentamente, dejó en el cielo una mancha crepuscular de rayas rojas y doradas y al avanzar tuve la impresión de que caminaba bajo la superficie de un río ancho y en llamas. Salió a la calle la gente de la noche: muchachas de pantalones ceñidos y tacones, y jóvenes musculosos de peinado desafiante. En medio del anochecer cálido y neblinoso las calles parecían más anchas, aplastadas, y los coches corrían lustrosos como focas bajo el resplandor de las lámparas de vapor de sodio. Volví tarde a casa de Charlie, con los pies doloridos, acalorado, desaliñado y con el sombrero ladeado, pero pletórico de una extraña sensación de haber realizado una proeza. Y aquella noche soñé con mi padre. Era una versión en miniatura de sí mismo, un niño arrugado y de bigote, vestido con traje de marinero, con su carita apretada muy limpia y el pelo perfectamente peinado, e iba de la mano de una matrona grande, alta, de ojos oscuros y ataviada con una túnica griega y corona de mirto, una matrona que me dedicó una sonrisa lasciva e indulgente.

He sufrido una conmoción. Hoy ha venido a verme mi abogado y ha traído una noticia extraordinaria. Por lo general disfruto, de una manera lúgubre, de nuestros coloquios. Nos sentamos a una mesa cuadrada de un cuarto pequeño, sin ventilación y sin ventanas. Las paredes están pintadas de color gris archivador. La iluminación del tubo de neón que cuelga sobre nuestras cabezas cae como niebla de grano fino. La luz emite un sonido débil y constante. Al principio Maolseachlainn se muestra rebosante de energía, busca en su cartera, revuelve los papeles y masculla. Parece un oso grande y preocupado. Se esfuerza en buscar temas de los que hablar conmigo, nuevos enfoques del caso, oscuros tecnicismos legales que podría plantear, las posibilidades de que nos toque un juez comprensivo, ese tipo de asuntos. Habla a demasiada velocidad y tropieza con las palabras como si fuesen piedras. Poco a poco la atmósfera de la prisión le domina como la humedad y calla. Se quita las gafas, se acomoda y me mira parpadeante. Su modo de pellizcarse el caballete de la nariz con el pulgar, el índice y el corazón resulta de verdad enternecedor. Le compadezco. Creo que me aprecia sinceramente. Este hecho le desconcierta y, sospecho, le perturba. Cree que me deja en la estacada cuando pierde moral de esta forma, pero en realidad ya no queda nada por decir. Ambos sabemos que me condenarán de por vida. La ecuanimidad que muestro frente a mi destino le resulta incomprensible. Le digo que me he consagrado al budismo. Sonríe precavido, pues no está seguro de que sea una broma. Le entretengo con anécdotas de la vida carcelaria, a las que doy cuerpo con imitaciones —personifico convincentemente a nuestro director—. Cuando Maolseachlainn ríe, no se oye sonido alguno, solo hay un lento movimiento de los hombros y una sonrisa estirada y brillante.

A propósito, vaya formulación peculiar: condenado de por vida. Las palabras casi nunca significan lo que enuncian.

Hoy me percaté enseguida de que se encontraba en un estado especial. No hacía más que tironear el cuello de la camisa y carraspear, quitarse las gafas de media luna y volver a ponérselas. Además, sus ojos estaban empañados. Vaciló, habló del concepto de justicia, de los criterios de los tribunales y de otras tonterías por el estilo. Apenas le presté atención. Mientras movía su gran trasero en la silla de la cárcel y miraba a cualquier parte salvo a mí, estaba tan pesaroso e incómodo que estuve a punto de reír. Empero, agucé el oído cuando masculló algo sobre la posibilidad de

que me declarase culpable... después de todo el tiempo y las energías que, al principio, dedicó a convencerme de que me declarase inocente. Cuando le interrumpí, reconozco que bastante bruscamente, se desvió de inmediato del tema y puso expresión de alarma. Me gustaría saber qué está tramando. Debí dejarle hablar y arrancárselo. Como táctica de distracción revolvió su cartera y sacó una copia del testamento de mi madre. Yo aún no conocía su contenido y, huelga decirlo, estaba muy interesado. Noté que para Maolseachlainn este tema era tan conflictivo como el anterior. Tosió sin cesar, arrugó el entrecejo, leyó los párrafos destinados a donaciones, contratos y legados secundarios y tardó una eternidad en ir al grano. Aún no me lo puedo creer. La vieja puta le ha dejado Coolgrange a la moza de cuadra, ¿cómo se llama?, a Joanne. Hay un poco de dinero para Daphne y para los estudios de Van, pero para mí, nada. Supongo que no debería sorprenderme, pero lo estoy. Aunque no fui un buen hijo, soy el único que tuvo. Maolseachlainn me contemplaba con mirada compasiva. Lo siento, dijo. Sonreí y me encogí de hombros, aunque no fue fácil. Deseé que se largara en ese mismo instante. Bueno, dije, al fin y al cabo es comprensible que redactase un nuevo testamento. Mi abogado no hizo ningún comentario. Se impuso un silencio peculiar. Después, casi con ternura, me pasó el documento. Consulté la fecha. El testamento tenía siete, casi ocho años de antigüedad. Me había desheredado mucho tiempo atrás, antes incluso de que regresase para deshonorar su persona y su apellido. Recordé con asombrosa claridad la forma en que aquel día me había mirado en la cocina de Coolgrange y volví a oír las estridentes carcajadas. Está bien, me alegro de que el chiste le hiciera gracia. Es muy bueno. Descubro que en mi corazón hay una sorprendente ausencia de amargura. Sonrío, aunque probablemente parece una mueca de dolor. Esa es la contribución de mi madre al largo curso de lecciones que debo aprender.

Maolseachlainn se puso en pie y, como siempre, adoptó su actitud más campechana en un intento por disimular su alivio ante la perspectiva de irse. Le vi ponerse con dificultad el abrigo azul marino y anudarse alrededor del cuello la bufanda de lana roja. A veces, cuando llega, su ropa despide leves ráfagas y soplos del aire de afuera; la olisqueo con subrepticio placer, como si fuese el perfume más exquisito. ¿Cómo es el afuera?, pregunté en ese momento. Maolseachlainn se detuvo y parpadeó inquieto. Pensó que le pedía una imagen global, como si yo hubiese olvidado el aspecto del mundo. El día, puntalicé, el tiempo. Desarrugó la frente. Se encogió de hombros. Ah, dijo, gris, simplemente gris, ya me entiende. Con una punzada de dolor vi en el acto la tarde de finales de noviembre, el opaco brillo de las calles húmedas, los niños que se rezagaban al volver a casa de la escuela, los grajos que daban vueltas y se encumbraban en medio de las nubes hechas jirones y el matiz deslustrado del cielo tras las ramas peladas y ennegrecidas. Aquellos eran los momentos que solía amar, los momentos irreflexivos del tiempo, cuando el inmenso ajeteo del mundo transcurre serenamente por su cuenta, como si no existiera nadie para verlo o no le importase. Me veo como un niño allá afuera, holgazaneando por la

calle mojada, pateando una piedra y soñando el enorme sueño del futuro. Recuerdo que había una senda que, a través del robledal, acertaba camino unos dos kilómetros, senda que yo sabía que finalmente desembocaba en Coolgrange. Qué verdes las sombras, honda la rodada e inquietante el silencio de aquella vía. Siempre que pasaba por allí subiendo desde el cruce me decía: la próxima vez, la próxima vez. Y cada vez que llegaba la próxima vez, tenía prisa, estaba a punto de anochecer o no estaba de humor para emprender un nuevo camino, de modo que seguía la ruta de siempre, a la vera de la carretera. Al final nunca abrí aquella senda ignota y ahora, evidentemente, es demasiado tarde.

He hecho cálculos mentales —lo que me ayuda a no pensar en otras cosas— y compruebo sorprendido que en total no pasé más de diez días en casa de Charlie, desde el día del solsticio de verano, mejor dicho, desde la noche, hasta la última y trascendental jornada de junio. Eso *son* diez días, ¿no? Treinta días trae septiembre con abril, junio y..., sí, diez días. O tal vez hayan sido nueve. De lo que no hay duda es de que fueron nueve noches. ¿Y dónde acaba el día y comienza la noche o a la inversa? ¿Y por qué considero que la noche es una entidad más fácilmente cuantificable que el día? Nunca he servido para este tipo de cosas. Cuanto más simples son los números, más me desconciertan. Alrededor de diez días, más o menos, es el tiempo de mi estancia con Charlie French, cuya hospitalidad y amabilidad no pretendía traicionar. Me había parecido más largo. Pensé que eran semanas y semanas. No fui infeliz en su casa. Quiero decir que no fui más infeliz de lo que habría sido en otra parte. ¡Infeliz! ¡Qué palabra! A medida que pasaban los días me sentía cada vez más inquieto. Tenía los nervios a flor de piel y en la boca del estómago sentía un nudo permanente de dolor. Sufrí ataques súbitos y frenéticos de impaciencia. ¿Por qué no iban a buscarme, a qué esperaban? Me molestó, sobre todo, el silencio de los Behrens, llegué a la conclusión de que estaban jugando un juego cruel conmigo. En todo momento, tras esa agitación acechaba una sensación persistente, sorda y apagada. Me sentí defraudado. Me sentí abandonado. Lo menos que esperaba de las atrocidades de las que era culpable era que me cambiasen la vida, que hicieran ocurrir cosas por muy espantosas que fuesen, que se produjera una sucesión constante de hechos que paralizan el corazón, de alarmas, miedos súbitos y escapadas por los pelos. No sé cómo logré pasar aquellos días. Todas las mañanas despertaba con un sobresalto de angustia, como si en mi frente se desplomara una gota de dolor puro y destilado. Aquella enorme casona, con sus olores y sus telarañas, era asfixiante. Bebí mucho, desde luego, pero no lo suficiente para volverme insensible. Dios sabe que intenté conquistar el olvido, que le di al alcohol hasta que mis labios se entumecieron y las rodillas apenas me sostuvieron, pero no sirvió de nada, no pude escapar de mí mismo. Esperaba las noches con la expectación embelesada del amante, ya que entonces me ponía el sombrero y mis ropas nuevas —

¡mi nueva máscara!— y salía cauteloso, como un tembloroso doctor Jekyll, dentro del cual se enfadaba y pugnaba por salir ese otro ser terrible que anhelaba experiencias. Sentí que hasta entonces no había visto el mundo corriente y maloliente que me rodeaba: las personas, los lugares, las cosas. Qué inocente me pareció todo, inocente y condenado. ¿Cómo expresar la maraña de emociones que se agitaron en mi interior mientras recorría las calles de la ciudad, haciendo que mi monstruoso corazón se atiborrara de las vistas y los sonidos de lo vulgar? Por ejemplo, ¿cómo puedo comunicar la sensación de poder? No surgía de lo que había hecho, sino del hecho de que lo había hecho y *nadie lo sabía*. Fue el secreto, el secreto mismo, *eso* fue lo que me situó por encima de los de mirada embotada entre los que me movía a medida que moría el largo día, las farolas se encendían y el tráfico se deslizaba de regreso a casa, dejando en el aire a oscuras una bruma azul que pendía como el humo de las armas de fuego. Y también existía aquella excitación constante y ardiente, como la fiebre en la sangre, que era a medias temor de ser desenmascarado y a medias anhelo de serlo. Sabía que en alguna parte, en despachos y en oficinas modestas y llenas de humo, incluso en ese momento hombres anónimos montaban escrupulosamente las pruebas en mi contra. Pensaba en ellos por la noche, cuando me acostaba en la cama grande y llena de bultos de la madre de Charlie. Era extraño ser objeto de una atención tan meticulosa, extraño y no del todo desagradable. ¿Suena a perverso? Pero si yo ya estaba en otro país donde las viejas reglas no contaban.

Me costaba trabajo conciliar el sueño, por supuesto. Supongo que no quería dormir pues temía lo que pudiera encontrar en mis sueños. En el mejor de los casos lograba una o dos horas de descanso espasmódico en la oscuridad que precede al alba y despertaba extenuado, con dolor en el pecho y los ojos irritados. Charlie también estaba insomne, a todas horas oía su paso crujiente en la escalera, el tamborileo de la tetera en la cocina, el tintineo trabajoso e irregular cuando vaciaba en el retrete su vejiga de viejo. Apenas nos veíamos. La casa era lo bastante grande para que ambos estuviéramos solos. Me había eludido desde aquella primera noche de borrachera. Al parecer, no tenía amigos. El teléfono nunca sonaba, nadie visitaba la casa. Una noche regresé temprano de mis callejeos por la ciudad y me sorprendí, para a continuación alarmarme espantosamente, al encontrar tres cochazos negros aparcados en la carretera y a un policía de uniforme holgazaneando en compañía de dos individuos de anorak y vigilantes a la altura del muro del puerto. Me obligué a caminar despacio, como un honrado ciudadano que sale a dar un paseo al final del día, a pesar de que mi corazón martilleaba y de que tenía empapadas las palmas de las manos. Me colé por la parte de atrás y entré en medio de los chillidos de las gaviotas. En pleno jardín agreste tropecé, caí y me arañé la mano izquierda con un rosal desmadrado. Me tendí entre las hierbas altas y agucé el oído. Olía a mantillo, a hojas y al espesor de la sangre en mi mano herida. La luz amarilla de la cocina convirtió el crepúsculo que me rodeaba en el más apacible de los azules. Dentro había una desconocida, con delantal blanco, cocinando en el fogón. Cuando abrí la puerta trasera se volvió

deprisa y lanzó un grito. Santo Dios, dijo, ¿quién es usted? Era una persona mayor, de peluca horrible, dentadura postiza que no encajaba y aire de despistada. Como enseguida sabremos, se llamaba Madge. Están todos arriba, dijo a modo de despedida, y volvió a ocuparse de las ollas humeantes.

Había cinco, seis, contando a Charlie, aunque al principio me pareció que sumaban el doble. Estaban en el lúgubre salón del primer piso, de pie junto a las ventanas, con la copa en la mano, eludiéndose y meneándose como cigüeñas nerviosas y parloteando como si en ello les fuese la vida. Detrás relumbraban las luces del puerto y en el lejano cielo un inmenso banco de nubes color pizarra se cerraba como una tapa sobre la última y humeante veta de fuego crepuscular. Cuando entré la charla se interrumpió. Solo había una mujer, alta, delgada, de cabellera rojiza y con un extraordinario y rígido rostro pálido. Charlie, que se encontraba de espaldas a mí, me vio reflejado en las miradas que sus invitados me dirigieron. Se volvió con dolida sonrisa. Ah, ya estás aquí, dijo. Su pelo alado brillaba como un yelmo bruñido. Lucía corbata de lazo. ¡Vaya, vaya, podrías habérmelo dicho!, me oí comentarle con tono de animada truculencia. Me temblaban las manos. Hubo un instante de silencio incierto y la charla se reanudó bruscamente. La mujer seguía observándome. La piel clara, el pelo leonado y el cuello largo y esbelto la dotaban de una expresión de permanente sorpresa, como si en el pasado le hubiesen transmitido un secreto escandaloso y aún no lo hubiera asimilado. Charlie se disculpó con un murmullo, me tomó del codo con mano vieja y tembleque y me hizo retroceder delicada pero firmemente para sacarme de la estancia. El temor que yo había experimentado minutos antes se convirtió en malestar. Tuve ganas de propinarle un tortazo y de hacer mella en ese ridículo casco pretoriano de pelo. Dile a Madge, me decía, dile a Madge que te dé algo de comer, enseguida bajo. Le vi tan preocupado que pensé que iba a echarse a llorar. Permaneció en el último peldaño y me vio bajar la escalera como si temiera que, si dejaba de mirarme, yo volviera a colarme. Charlie solo regresó al salón y a ocuparse de sus invitados cuando yo llegué sano y salvo abajo y me dirigí a la cocina.

La cocina estaba llena de vapor y Madge, con la peluca torcida, parecía aún más acalorada y acosada que antes. ¡Por Dios, este sitio es imposible!, exclamó con amargura. Tal como dijo tan gráficamente, era la mujer ocasional del señor French y acudía toda vez que había una cena u otro tipo de celebraciones. Ese dato era interesante. ¡Joder con las cenas! La ayudé descorchando el vino y me senté a la mesa con una botella para mí. Había bajado la mitad cuando en la puerta principal se oyó una llamada tan estentórea que el corazón me dio un vuelco. Fui al vestíbulo, pero Charlie ya bajaba la escalera apresuradamente. Cuando abrí la puerta, vi que los dos anoraks de afuera custodiaban el paso de un hombre fornido y de una mujer alta y esbelta, que entraron en el vestíbulo con actitud regia. Ah, Max, eres tú, dijo Charlie, y se adelantó con torpe impaciencia. Ignoró a la mujer. Max le estrechó fugazmente la mano, recuperó la suya y la pasó deprisa por su frente baja y agresiva. Jesús, dijo,

vives tan lejos que pensé que nunca llegaríamos. Caminaron hacia la escalera, Charlie y Max delante y la mujer en segundo plano. Esta lucía un horrible vestido azul y triple sarta de perlas. Contempló el vestíbulo, vio mi mirada y me la sostuvo hasta que desvié la cabeza. Madge había salido de la cocina y revoloteaba por encima de mi hombro. Este sí que está pagado de sí mismo, susurró, y ni hablemos de la parienta.

Esperé a que subieran y en cuanto Madge volvió a los pucheros, los seguí y me colé nuevamente en el salón. Charlie, Max y la señora de Max admiraban la panorámica desde una de las ventanas mientras los demás se agitaban, reían entre dientes y hacían esfuerzos por no mirarlos con excesivo descaro. Saqué una brazada de botellas de la repisa de la chimenea y pasé entre ellos, llenando sus vasos. Los hombres exhibían una actitud estirada, impaciente y ligeramente ansiosa, como la de esos grandes escolares de traje azul que salen a dar su primer paseo de adultos, con la excepción de un hombre mayor con la nariz como una naranja sanguina y manchas en la pechera del chaleco, que permanecía solitario a un lado, desanimado y con los ojos vidriosos. Los otros me ignoraron olímpicamente, pero el viejo se animó de inmediato y se mostró dispuesto a charlar. De todos modos, ¿qué opina, ganaremos o no?, preguntó a voz en cuello. Me di cuenta de que era una pregunta retórica. Ganaremos, respondí con desparpajo, y le guiñé el ojo. Enarcó las cejas, retrocedió un paso y me miró dubitativo. Por Dios, ahora sí que no lo sé, dijo. Me encogí de hombros y seguí afablemente mi camino. Charlie me había descubierto y en su rostro estaba clavada una sonrisa de alarma. Mi copa es de vodka, dijo en tono desabrido la señora de Max cuando le ofrecí ginebra. Yo estaba ocupado estudiando a su marido. Su aspecto era descamado, como si hubiese estado expuesto mucho tiempo a un tipo de luz y de clima mucho más severo que el que conocían los demás invitados. También sus movimientos, la forma en que se mantenía erguido, el modo lento y deliberado en que volvía la mirada o se llevaba la mano a la frente, todos sus gestos tenían un sello singular y estaban cargados de una especie de conciencia teatral. Su voz era lenta y gutural y hablaba de una manera violenta que resultaba impresionante y, aunque parezca extraño, seductora. Era la voz de un hombre que avanzaba inexorablemente a través de un bosque de pequeños obstáculos. Le imaginé aplastando al desgaire cuanto se ponía bajo sus pies: flores, caracoles o los empeines de sus enemigos. Vaya, Charlie, estaba diciendo, ¿sigues comprando barato y vendiendo caro? Charlie se ruborizó y me miró. Lo que faltaba, intervino la señora de Max, pondrás en ridículo a todo el mundo. Había hablado en voz alta, con sordo énfasis, y sin mirarle. Era como si, por encima del hombro de su marido, arrojara comentarios a un aliado irónico. Él tampoco la miró, dio la impresión de que había hablado una voz incorpórea. Max soltó una risa chillona. ¿Ya me has conseguido esa obra holandesa?, preguntó. Charlie sonrió preocupado y meneó la cabeza sin poder articular palabra. Su párpado izquierdo empezó a temblar, como si de repente una polilla hubiese cobrado vida por debajo. Le ofrecí la botella de whisky, pero se

apresuró a cubrir el vaso con la mano. Max también rechazó mi ofrecimiento. La mujer de cabellera rojiza estaba a mi espalda. Su mano, dijo, se ha hecho daño. Todos guardamos silencio unos instantes, Max y su señora, Charlie, Rojiza y yo. Contemplamos el arañazo cubierto de gotas que tenía en los nudillos. Sí, dije, me caí sobre un rosal. Reí. La media botella de vino se me había subido a la cabeza. Charlie pasaba sigilosamente el peso del cuerpo de un pie a otro y supongo que le asustaba la posibilidad de que yo la liase. Por primera vez me di cuenta de lo asustado que estaba. Pobre Charlie. Un yate iluminado se desplazaba en silencio por el puerto negro como la tinta. Una panorámica maravillosa, comentó Max ceñudo.

En el comedor, desde su campana de cristal, el búho disecado contemplaba a la compañía con expresión de sorpresa y cierta consternación. A esa altura, Peluca, quiero decir Madge, era presa del pánico. Llevé platos y fuentes en su lugar y los dejé caer sobre la mesa con extravagantes floreos de camarero. Reconozco que lo estaba pasando muy bien. Me sentía delirante y rebosaba alegría maniaca, como un niño en carnaval. Tenía la impresión de que me movía bajo el influjo de un hechizo mágico, ignoro cómo funcionaba pero durante un rato, a lo largo de una o dos horas en que posé como factótum de Charlie, me sentí liberado de mí mismo y de los terrores que durante días me habían perseguido implacablemente. Incluso me inventé una historia personal a medida que actuaba, quiero decir que —¿cómo explicarlo?—, que adopté cierta actitud que no me pertenecía y que al mismo tiempo hasta a mí no me pareció menos auténtica ni plausible que mi yo real. (¡Mi yo real!). Me convertí en Frederick el Indispensable, en el célebre hombre del señor French, sin el cual ese solterón desabrido y adinerado sería incapaz de sobrevivir. Me había salvado de circunstancias desagradables cuando yo era joven —por ejemplo, de atender la barra en un sórdido pub del centro— y ahora le era fiel y leal hasta las últimas consecuencias. Yo también le tiranizaba, desde luego, y podía convertirme en el terror de la casa cuando recibía invitados. (¿Celos? En ocasiones los conocidos especularon sobre el tema, pero no, concluyeron, Charlie no tenía esas debilidades: ¿os acordáis de aquella mujer caballuna que vivía en el campo, el amor perdido de su vida?). En realidad, éramos como padre e hijo, aunque hay que reconocer que ningún hijo sería tan constante ni ningún padre tan indulgente con mis traspies. Por momentos resultaba difícil distinguir entre el amo y el hombre. Aquella noche, por ejemplo, al acabar el plato principal, me senté entre los invitados y me serví una copa de vino como si fuese lo más natural del mundo. El silencio se instaló entre nosotros, Charlie frunció el ceño, arrastró unas migas por el mantel y simuló pensar en otra cosa, Max miró tétricamente por la ventana las luces del puerto mientras sus secuaces no se estaban quietos a su alrededor y se miraban nerviosos, hasta que al final alcé mi copa, me puse en pie, dije: ¡Bueno, será mejor que las señoras nos retiremos!, y salí enfadado del comedor. Como era de esperar, en el pasillo me apoyé en la pared y me desternillé de risa. De todos modos, las manos me temblaban. Supongo que es el miedo al público. ¡Qué actor se ha perdido el mundo!

¿Y ahora qué hago?

Subí hasta el salón. No, me dirigí a la cocina. Madge: peluca, dentadura postiza, delantal blanco, ya está todo dicho. Volví a salir. En el pasillo me topé con Rojiza. Había abandonado el comedor. Bajo la escalera había un escondite y allí nos encontramos. Vislumbré su rostro en medio de la penumbra y sus ojos solemnes y temerosos me observaron. ¿Por qué está triste?, inquirí, y durante unos segundos no supe qué hacer con las manos. Las cruzó a la espalda, dobló una rodilla y balanceó débilmente los hombros y las caderas, como una escolar que coquetea. ¿Quién dice que estoy triste?, preguntó. No lo estoy. Pensé que se iba a echar a llorar. ¿Vio en mí el terror y la vergüenza, los vio desde el primer momento? Porque fue ella la que me buscó, de eso estaba seguro. Me estiré tras ella, abrí una puerta y súbitamente entramos en el suelo de madera de una habitación vacía. Había un olor seco y como a cebolla, el mismo olor de cierto desván de Coolgrange. Sobre una pared reposaba un paralelogramo de luna semejante a un espejo quebrado. Aún sostengo esos puñeteros platos. Los dejé en el suelo, a nuestros pies, y mientras estaba agachado ella me rozó el hombro y dijo algo que no entendí. Rio suavemente, al parecer sorprendida, como si el sonido de su propia voz fuese inesperado. No he dicho nada, dijo, nada. Tembló en mis brazos. Era puro dientes, aliento, dedos que apretaban. Sostuvo mi cabeza con sus manos como si quisiera aplastarla. De un puntapié se quitó los zapatos, que hicieron ruido al chocar contra el suelo. Levantó un pie por detrás y lo apoyó en la puerta, apretó y apretó. Tenía los muslos fríos. Lloró y sus lágrimas rodaron sobre mis manos. Le mordí el cuello. Fuimos como..., no lo sé. Fuimos como dos mensajeros que se encuentran en las tinieblas para intercambiar sus terribles noticias. Dios mío, dijo, Dios mío. Apoyó la frente en mi hombro. Nuestras manos estaban manchadas. Retornó la habitación, la luz de la luna, el olor a cebolla. Ningún pensamiento salvo: su cara blanca, su pelo. Perdón, dije. No sé por qué reí. De todos modos, no fue una auténtica risa.

Qué pacíficos son los días aquí y ahora, en el callejón sin salida del año. En la fortaleza de este cuarto gris a veces imagino que estoy totalmente solo, que no hay nadie en varios kilómetros a la redonda. Es como encontrarse en la profunda bodega de un gran buque gris. El aire es denso e inmóvil, presiona en mis orejas, en mis ojos, en la base de mi cráneo. Por fin han fijado fecha para la vista. Sé que ese hecho debería permitir que me concentrara, debería darme un objetivo y esas cosas, debería entusiasmarme o asustarme, pero no es así. Algo le ha pasado a mi sentido del tiempo, ahora pienso en eones. Los días, las semanas de este trivial y breve drama en un tribunal solo quedarán registrados como un pinchazo. Me he convertido en un condenado a cadena perpetua.

Hoy Maolseachlainn volvió a plantear el tema de qué debo declararme. Le dejé desvariar un rato, pero me harté y le dije que prescindiría de sus servicios si no iba

derecho al grano y expresaba qué estaba pensando. Fue una falsedad de mi parte porque desde su última visita tuve claro que apuntaba a la posibilidad de un acuerdo —por las conversaciones celebradas aquí dentro me doy cuenta de que prácticamente no se dicta una sola sentencia que antes no haya sido acordada entre los abogados—. Me interesaba saber qué esperaba de mí el tribunal. Al ver retorcerse y sudar al pobre Mac creí entenderle: Charlie, por supuesto; intentaban salvar parte de la reputación de Charlie. (¿Cómo podía imaginar que Charlie o su reputación les importara un comino?). Huelga decir que haría cuanto pudiera por Charlie, aunque me parecía que era un poco tarde. De acuerdo, Mac, dije, y levanté la mano, me declararé culpable... y después, ¿qué? Me miró por encima de las gafas. Después será un caso abierto y cerrado, ¿no?, dijo. Segundos más tarde me di cuenta de que ese comentario pretendía ser una ocurrencia. Maolseachlainn sonrió melancólico. Quería decir que se abriría la vista, yo rechazaría los cargos que me imputaban, me declarararía culpable de homicidio involuntario o alguna cosa por el estilo, el juez dictaría sentencia algo recortada gracias a mi colaboración y así acabaría todo, la vista tocaría a su término y el caso se cerraría. Dijo que no podía garantizarme nada, pero que tenía el deber de conseguirle a su cliente el mejor juicio posible dentro del marco legal. Es muy encantador cuando se pone pomposo. ¿Qué sentido tiene, cuál es el truco?, pregunté. Se encogió de hombros. El truco es que nadie prestará declaración. Así de simple. Guardamos silencio unos segundos. ¿Y servirá de algo, eso lo salvará?, pregunté. Maolseachlainn frunció el ceño desconcertado y en el acto me di cuenta de que me había equivocado, de que Charlie y sus apuros no eran el tema en cuestión. Reí. Ya lo he dicho, en ocasiones creo que soy redomadamente inocente. Maolseachlainn miró por encima de su hombro —lo hizo, de verdad que lo hizo— y se inclinó sobre la mesa con actitud conspiradora. Nadie se preocupa por Charlie French, dijo, nadie se preocupa *por él*.

Su señoría, esto no me gusta, no me gusta nada. Me declararé culpable, por descontado —¿acaso no he dicho en todo momento que lo soy?—, pero no me gusta dejar de testimoniar, no, no me gusta un ápice. No es justo. Hasta un perro como yo debe tener su oportunidad. Siempre me he visto en el estrado de los testigos, mirando en línea recta hacia delante, tranquilo y vestido con atuendo deportivo, como le gusta a la prensa. Y después esa voz autorizada que narra los hechos desde mi perspectiva, con mis propias palabras. Y ahora me niegan mi instante dramático, seguramente el último de ese tipo que conoceré en esta vida. No, no es justo.

Escuche, lo cierto es que apenas me acuerdo de aquella velada en casa de Charlie French. Quiero decir que recuerdo aquella noche, pero no a la gente, al menos con claridad. Recuerdo las luces del puerto, las últimas vetas del ocaso y el oscuro banco de nubes con mucha más claridad que los rostros de esos chicos-hombres campechanos. En mi evocación, Max Molyneaux es poco más que un traje caro y cierta bestialidad elegante. Por amor de Dios, ¿qué me importan Max y los de su calaña? Que se guarden sus reputaciones, a mí no me interesan ni en un sentido ni en

otro, no pretendo desencadenar un escándalo. La ocasión transcurrió ante mis ojos cual un manchón vidrioso, como tantas otras cosas a lo largo de aquellos diez días. Vaya, si en mi estado de frenesí hasta la pobre Rojiza fue poco más que un accesorio para una polución nocturna. No, un momento, retiro lo dicho. Por mucho clamor y risas impúdicas que provoque, debo declarar que a ella la recuerdo con claridad, ternura y compasión. Es y probablemente seguirá siendo la última mujer con la que hice el amor. ¿Amor? ¿Puedo llamarlo amor? De qué otro modo podría llamarlo. Confió en mí. Olió la sangre y el horror y en lugar de recular se abrió como una flor y me permitió descansar en ella unos segundos, con mi corazón tembloroso, mientras intercambiábamos nuestros secretos sin palabras. Sí, la recuerdo. Yo estaba cayendo y ella, mi Gretchen, me sujetó.

En realidad, se llamaba Marian, pero no tiene la menor importancia.

Con excepción de la señora de Max, que se marchó inmediatamente después de la cena, se quedaron hasta muy tarde. Vi cómo se la llevaban, sentada muy tiesa en el asiento trasero de una de las limusinas negras, cual una Nefertiti devastada. Max y sus amigos subieron y estuvieron de juerga hasta que clareó el día. Pasé la noche en la cocina, jugando a las cartas con Madge. ¿Dónde se había metido Marian? No lo sé... Como de costumbre, me ahogué en alcohol. De todos modos, nuestro momento había pasado, si nos hubiésemos vuelto a encontrar nos habríamos sentido incómodos. Pero supongo que fui a buscarla, ya que recuerdo haber recorrido a trancas y barrancas los dormitorios de la planta alta y caído varias veces en la oscuridad. También recuerdo estar ante la ventana abierta de par en par, muy alto, oyendo los sonos de la música transportada por el aire, cascabeleos y trompeteos misteriosos que parecieron moverse y desaparecer, como si en medio de la noche partiera una clamorosa cabalgata. Supongo que procedía de una sala de baile o de fiestas del puerto. Empero, pienso que es el ruido que el dios y su séquito hicieron cuando me abandonaron.

El tiempo cambió al día siguiente. A media mañana, cuando mi resaca y yo nos levantamos, el sol brillaba tan alegre e inhumanamente como lo había hecho a lo largo de la semana, y las casas que bordeaban la costa relumbraban en medio de la bruma azul claro, como si el cielo hubiese adquirido una geometría etérea. Me detuve en calzoncillos delante de la ventana, me rasqué y desperecé. Me sorprendió el hecho de estar casi habituado a ese extraño estilo de vida. Era como si, después de la fase inicial de estremecimientos y escalofríos, me adaptara a la enfermedad. Oí los tañidos de las campanas de una iglesia. Domingo. Los paseantes ya habían salido con sus perros y sus hijos. Al otro lado de la carretera, junto al muro del puerto, un hombre en impermeable permanecía de pie con las manos cruzadas a la espalda contemplando el mar. Oí voces abajo. Madge estaba en la cocina y fregaba los platos de la noche anterior. Me miró sorprendida. Yo llevaba puesto el batín de Charlie. Me pregunto cómo no me di cuenta entonces, cómo no percibí el nuevo tono especulativo de su voz, tono que debió alertarme. Esa mañana contaba con una ayudante, su sobrina, una cría torpe de unos doce años con... con qué, qué importa qué tenía, cuál era su aspecto. Estos testigos secundarios jamás serán llamados a declarar. Me senté a la mesa, bebí té y las observé trabajar. Noté que la niña me tenía miedo. Tararí, tarará. Por si no lo sabe, se ha ido, dijo Madge con los brazos hundidos en agua jabonosa, el señor French salió justo cuando yo entraba. Su tono era inexplicablemente acusador, como si Charlie hubiese huido de casa por mí. Y así era.

Por la tarde una nube enorme escaló el horizonte, una nube gris y granulosa, como un depósito de lógamo, y el mar se agitó, un azul negruzco salpicado de blanco. Contemplé la ondulante cortina de lluvia que soplaba lentamente desde el este. El hombre instalado junto al muro del puerto se abotonó el impermeable. La gente del domingo por la mañana se había ido, pero él, *él* seguía allí.

Qué extraño me sentí ahora que por fin había llegado. Esperaba que me dominasen el terror, el pánico, los sudores fríos o los temblores, pero de eso nada. Más bien se apoderó de mí una especie de euforia de ojos desorbitados. Deambulé por la casa como el ebrio capitán de una nave sacudida por las tormentas. Por mi cabeza cruzaron todo tipo de ideas delirantes. Levantaría barricadas ante puertas y ventanas.

Tomaría como rehenes a Madge y a su sobrina y las cambiaría por un helicóptero que me condujese a la libertad. Esperaría el regreso de Charlie, lo utilizaría como escudo humano y lo obligaría a marchar delante de mí con un cuchillo pegado al cuello...; incluso bajé a la cocina a buscar el instrumento adecuado. Madge había terminado de fregar y se había sentado a tomar una taza de té mientras leía un dominical sensacionalista. Me observó con aprensión cuando revolví el cajón de los cubiertos. Me preguntó si quería el almuerzo o si esperaría al señor French. Reí como un desafortunado. ¡El almuerzo! La sobrina también rio, soltó un graznido de loro y se le levantó el labio superior, dejando al descubierto un centímetro de encía blancuzca y brillante. Cuando la miré, cerró la boca bruscamente, fue como si cayera una persiana. Jacintha, dijo Madge con acento desabrido, vuelve a casa. ¡Quédate donde estás!, grité. Ambas se asustaron y a Jacintha le tembló la barbilla y los ojos se le llenaron de lágrimas. Renuncié a la búsqueda del cuchillo y me lancé escaleras arriba. El hombre del impermeable ya no estaba. Solté un gran suspiro de alivio, como si todo el rato hubiese contenido el aliento, y me dejé caer contra el marco de la ventana. La lluvia arreció, sobre la calzada bailaron grandes gotas y dio la impresión de que la superficie del agua hervía en el puerto. Oí un portazo en la entrada principal, Madge y la chica aparecieron a mis pies y corrieron calle arriba cubriéndose las cabezas con los abrigos. Me causaron gracia, la niña esquivaba los charcos de un salto y Madge trastabillaba tras ella. En ese momento divisé el coche, aparcado carretera arriba, en la acera de enfrente, y a dos figuras grandes, inmóviles e imprecisas sentadas en el asiento delantero, con los rostros difuminados tras el parabrisas chorreante.

Me instalé en un sillón del salón, mirando al frente, sujetando los reposabrazos con las manos y con los pies firmemente clavados en el suelo. Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, en aquel espacio gris y reverberante. Tengo la impresión de que transcurrieron horas, pero no creo que haya sido así. Olía a tabaco y a bebida abandonada la noche anterior. La lluvia emitía un sonido sedante. Me hundí en una especie de trance, de duermevela. Me vi cuando de pequeño paseaba por la colina boscosa próxima a Coolgrange. Supongo que corría marzo y era uno de esos días holandeses de ventolera bramante, con el cielo de color azul porcelana y nubes acrobáticas y cenicientas. Sobre mi cabeza los árboles se balanceaban y gemían a causa del viento. De repente hubo un veloz e intenso sonido impetuoso, el aire se oscureció y algo se derrumbó a mi alrededor, sacudiéndose y revolviéndose como las alas enormes de un pájaro. Era una rama caída. Aunque no sufrí daño alguno, no podía moverme y permanecí azorado, pasmado y tembloroso. La fuerza y la velocidad de la caída me espeluznaron. Más que miedo, experimenté una profunda sensación de sorpresa ante lo insignificante de mi presencia. Yo podría haber sido, simplemente, un cabello en el aire. El suelo, la rama, el viento, el cielo y el mundo eran las coordenadas exactas y necesarias del acontecimiento. Solo yo estaba fuera de lugar, solo yo no tenía papel alguno que jugar. Y nada importaba. Si hubiese muerto,

habría caído ahí mismo, boca abajo entre las hojas secas, y el día habría continuado como antes, como si no hubiera pasado nada. Porque no habría pasado nada o, al menos, nada extraordinario. Se habrían producido adaptaciones. Las cosas habrían tenido que retorcerse para salir de debajo de mí. Cabía la posibilidad de que una hormiga extraviada explorase la cámara ensangrentada de mi oído. Pero la luz habría sido la misma, el viento habría seguido soplando como soplaba y la flecha del tiempo no habría vacilado un segundo en su recorrido. Quedé pasmado. Jamás olvidé aquel instante. Y ahora estaba a punto de caer otra rama, oí sobre mi cabeza el mismo sonido impetuoso y experimenté el descenso de la misma ala oscura.

Sonó el teléfono con un campanilleo semejante al del cristal que se hace añicos. La línea transmitía una algarabía de estática. Al parecer, alguien preguntaba por Charlie. ¡No, no, no está en casa!, grité, y colgué violentamente. Casi en el acto el aparato volvió a sonar con estridencia. Espera, espera, no cuelgues, dijo la voz, soy Charlie. Reí, por supuesto. Estoy carretera abajo, dijo, carretera abajo. Yo no dejaba de reír. Luego se hizo un silencio. Freddie, la policía está aquí, dijo, quiere hablar contigo, se ha producido un malentendido. Cerré los ojos. Comprendí que, contra toda esperanza, una parte de mi ser se había hecho ilusiones porque era incapaz de creer que el juego había terminado. El zumbido de la comunicación semejaba el sonido mismo de la angustia y la turbación de Charlie. Charlie, dije, Charlie, Charlie, ¿por qué te ocultas en una cabina, qué crees que sería capaz de hacerte? Colgué antes de que me respondiera.

Tenía hambre. Bajé a la cocina, preparé una tortilla enorme y devoré media barra de pan y medio litro de leche. Me senté encogido sobre la mesa, con los codos clavados a ambos lados del plato y la cabeza colgante, atiborrándome con indiferencia animal. La luz de la lluvia produjo una especie de atardecer en la cocina. Oí a Charlie en cuanto entró en casa: nunca fue hábil para abrirse camino en medio de las dificultades de la vida. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina e intentó sonreír, pero sin éxito. Le mostré la silla de enfrente y, puntilloso, tomó asiento. Yo había atacado los restos fríos de las patatas hervidas de la noche anterior. Estaba famélico, nada me parecía suficiente. Charles, dije, tienes muy mala cara. Era verdad. Estaba gris, encogido y con ojeras plomizas. Aunque no llevaba corbata, se había abotonado el cuello de la camisa. Se pasó la mano por el mentón y oí el roce de la barba. Explicó que se había levantado temprano, lo habían abordado y pedido que fuese a la comisaría. No apartaba la vista de mi plato, del revoltijo de patatas. Algo le había pasado al silencio que nos rodeaba. Me percaté de que había dejado de llover. Santo Dios, Freddie, dijo en voz baja, ¿qué has hecho? Parecía perplejo, más que escandalizado. Saqué del fondo de la nevera otra botella de leche que estaba por la mitad. Charlie, ¿recuerdas los honores que solías hacerme en Jammet's y en el Paradiso?, pregunté. Se encogió de hombros. No estoy muy seguro de que me escuchase. La leche estaba cortada. A pesar de todo, la bebí. Disfruté en aquellas ocasiones, dije, me divertí aunque no lo demostrase. Fruncí el ceño. Algo va mal,

algo está agrio como la leche. Los embustes hacen que mi voz suene extrañamente apagada, un berrido ronco que surge del fondo de la garganta. ¿Para qué resucitar en aquel momento una mentira caduca y carente de importancia? ¿Acaso ocultaba mis cartas, me preparaba para el gran torneo que me aguardaba? No, es demasiado fuerte. Pretendía pedir disculpas, quiero decir en un sentido amplio, y no podía hacerlo sin mentir. Parecía tan viejo hundido en esa silla, con la cabeza ladeada sobre el cuello correoso, la boca torcida y los ojos legañosos clavados vagamente ante sí. Qué mierda, Charlie, dije, lo siento tanto.

Me pregunto si fue una coincidencia que el policía actuara en aquel preciso instante o si había estado escuchando al otro lado de la puerta. He notado que en el cine el individuo armado siempre espera en el pasillo, con la espalda pegada a la pared y el blanco de los ojos encendido hasta que los que están dentro han pronunciado su parlamento. Supongo que este sujeto era un aventajado estudioso del cine. Tenía el rostro afilado, pelo negro y lacio, y gastaba una especie de chaqueta militar acolchada. La metralleta que portaba —un modelo contundente y casi cuadrado cuyo cañón apenas alcanzaba los tres centímetros— se parecía extraordinariamente a un juguete. De los tres, él pareció el más sorprendido. Me admiré de la destreza con que abrió de una patada la puerta trasera. Esta colgó quejumbrosa de los goznes y el cerrojo roto se balanceó como la lengua de un sabueso. Charlie se puso de pie. Todo está en orden, agente, dijo. El policía franqueó el umbral y me miró airado. Maldita sea, queda detenido, dijo. Tras él, en el patio, el sol asomó de repente y todo brilló y relució lleno de humedad.

Después entraron más policías por la puerta principal, me pareció un grupo numeroso a pesar de que solo eran cuatro. Entre ellos figuraba el sujeto a quien por la mañana había visto junto al muro del puerto, reconocí el impermeable. Todos portaban armas de formas y tamaños diversos. Quedé impresionado. Se alinearon junto a las paredes y me observaron con reprimida curiosidad. La puerta del vestíbulo estaba abierta. Charlie intentó moverse en esa dirección y uno de los policías dijo tajantemente: Espere. Reinaba el silencio si exceptuamos el ligero charloteo metálico de las radios de la policía en la calle. Daba la impresión de que aguardábamos la llegada del soberano. La persona que entró en último término supuso una sorpresa. Era un hombre de unos treinta años menudo y juvenil, de pelo rubio rojizo y ojos azules casi transparentes. Reparé de inmediato en sus manos y en sus pies porque eran pequeños, casi delicados. Se acercó a mí en ángulo, mirando el suelo con sonrisilla peculiar. Dijo ser Haslet, el inspector Haslet de la brigada de detectives. (Hola, Gerry, espero que no te molestes si menciono tus manos exquisitas; sabes que lo son, es verdad). Me di cuenta de que la singularidad de su actitud —la sonrisa, la mirada indirecta— era producto de la timidez. ¡Un poli tímido! No era lo que esperaba. Miró a su alrededor. Se produjo un instante de malestar. Al parecer, nadie sabía lo que había que hacer. Volvió de nuevo a mí su mirada cabizbaja. Bueno, ¿la cosa va bien?, preguntó sin dirigirse a nadie en particular. De pronto todo fue

actividad. El de la metralleta —digamos que se llama sargento Hogg— dio un paso al frente, dejó el arma sobre la mesa y me puso con destreza las esposas. (A propósito, no son tan incómodas como parecen; en realidad, había algo sedante en el hecho de estar maniatado, como si fuese un estado más natural que el de la libertad sin límites). Charlie puso cara de pocos amigos. Inspector, ¿es imprescindible?, preguntó. Era una frase antigua tan trillada, pronunciada tan genialmente y con el grado tan exacto de solemne grandeza, que durante un segundo pensé que provocaría una salva de aplausos. Lo miré con renovada admiración. Se había quitado de encima el aire enfermizo de pocos minutos antes y de verdad estaba impresionante con su traje oscuro y sus mechones de pelo plateado. Hasta la barba sin afeitar y el cuello sin corbata le conferían el aspecto de un estadista arrancado de la cama para hacer frente a una grave crisis en los asuntos nacionales. Juro que soy sincero cuando afirmo que admiro su pericia como transformista. Ahora me parece que depositar toda la fe en la máscara es el auténtico sello de la naturaleza humana perfeccionada. ¿Lo he dicho yo u otro? ¡Es igual! Con una mirada llamé su atención para demostrarle mi aprecio y para pedirle..., bueno, supongo que para pedirle perdón. Después me preocupó que mi mirada le hubiese parecido irrisoria más que de disculpa, porque sospecho que puse una mueca afectada a lo largo de esa grotesca comedia de cocina. Tenía la boca firmemente apretada y un nervio le contorsionaba la barbilla —tenía todo el derecho del mundo a estar furioso—, pero en sus ojos solo percibí una especie de pena soñadora. Después Hogg me empujó, avancé a paso rápido por el pasillo y salí a la luz deslumbrante de la tarde.

Hubo un momento de confusión en el que los policías se apiñaron en la acera, estiraron sus cuellos rechonchos y aguzaron la vista puerto arriba y abajo. ¿Qué esperaban, la aparición de un comando de rescate? Noté que todos llevaban zapatillas deportivas salvo Haslet, el buen chico de origen rural con sus fuertes y pesados zapatos marrones. Uno de los hombres chocó con él. Demasiados policías echan a perder la presa, comenté con humor. Nadie rio y Haslet no se dio por aludido. A mí me pareció de un ingenio subido, por supuesto. Seguía dominado por un estado de delirante solaz, no sé cómo explicarlo. Más que caminar, tenía la impresión de dar saltos rebosante de feroz energía. Todo resplandecía bajo el despejado aire marino. La luz del sol poseía una cualidad parpadeante y alucinante, tuve la impresión de que veía el proceso mismo, de que atrapaba los fotones al vuelo. Cruzamos la carretera. El coche que había visto desde la ventana de la planta alta seguía allí, con el parabrisas punteado de gotas de lluvia. Cuando pasamos, las dos figuras sentadas en el asiento delantero nos observaron con precavida curiosidad. Reí: no eran policías, sino un hombre fornido y su gruesa esposa que habían salido a dar el paseo del domingo. La mujer, que chupaba lentamente un caramelo, miró boquiabierta las esposas y alcé las muñecas hacia ella en un gesto amistoso. Hogg volvió a darme un empellón entre los omóplatos y estuve a punto de caer. Me di cuenta de que tendría problemas con él.

Había dos coches anodinos y sin identificar, uno azul y el otro negro. La comedia de apertura de las portezuelas, cual si fueran alas de escarabajos. Me metieron en el asiento trasero con el sargento Hogg a un lado y, del otro, un matón fornido, pelirrojo y con cara de bebé. Haslet se apoyó en la portezuela. ¿Se lo habéis dicho?, preguntó en voz baja. Reinó el silencio. Los dos detectives del asiento delantero se quedaron rígidos, como temerosos de soltar la carcajada si se movían. Hogg, impassible, miró hacia delante y en su boca se dibujó una línea delgada. Haslet suspiró y se alejó. El conductor puso el motor en marcha. Tiene derecho a permanecer en silencio, bla, bla, bla, dijo Hogg malévolamente y sin mirarme. Gracias, sargento, respondí. Me pareció otra réplica impagable. Nos apartamos del bordillo con un chirrido y a nuestras espaldas dejamos una bocanada de humo de neumáticos. Me pregunté si Charlie estaba asomado a la ventana. No volví la vista atrás.

Hago un alto para consignar que Helmut Behrens ha muerto. De un ataque cardíaco. Santo cielo, esto se está convirtiendo en el Libro Tibetano de los Muertos.

Con cuánta claridad recuerdo aquel trayecto. Jamás me desplazé con tanta velocidad en un coche. Casi volábamos, nos abrimos paso en medio del pesado tráfico dominguero, rugimos por los carriles interiores, giramos en las esquinas sobre dos ruedas. Como las ventanillas estaban subidas, hacía mucho calor e imperaba un hedor almizclero. La atmósfera despedía chispas. Me sentía extasiado, pletórico de terror y de una especie de júbilo al avanzar como un rayo, embutido en medio de esos hombres fornidos, sudorosos y callados, que miraban la calzada con los brazos firmemente cruzados, guardando para sí su agitación y su ira contenida. Los oía respirar. La velocidad los serenaba: la velocidad era violencia. El sol nos daba de lleno en los ojos, un resplandor enorme y espeso. Supe que a la más ligera provocación se lanzarían sobre mí y me dejarían medio muerto, era lo que estaban esperando. Y hasta esa certeza fue reconfortante. Nunca en mi vida había sido hasta tal extremo el centro de atención. A partir de ese momento sería vigilado, sería atendido, alimentado y escuchado como si fuese un niño grande y peligroso. Basta de escapadas, basta de esconderse y esperar, ya no tenía que tomar más decisiones. Me acomodé entre quienes me habían apresado y gocé con el roce ardiente del metal en mis muñecas. Entre tanto, otra parte de mi mente registraba otra versión de las cosas: pensaba, por ejemplo, en todo lo que estaba a punto de perder. Miré las calles, los edificios y la gente como si los viera por última vez. Yo, que en el fondo soy hombre de campo —sí, sí, es verdad— y que nunca conocí la ciudad ni me importó, ni siquiera cuando viví en ella, había terminado por amarla. ¿Amarla? No es una palabra que emplee a menudo. Tal vez me refiero a otra cosa. Fue la pérdida, sí, la pérdida inminente de..., no lo sé. Estaba a punto de decir *de la comunidad humana*, una frase

solemne y grandiosa como esa, pero ¿cuándo formé parte de *esa* tribu? De todos modos, a medida que avanzábamos, una honda caverna de mi corazón se llenaba con el dolor de la renuncia y la partida. Recuerdo sobre todo un sitio próximo al río, donde un semáforo averiado nos retuvo un minuto. Era una calle de casas pequeñas acunadas entre edificios grises y monótonos, almacenes e inmuebles por el estilo. Un viejo estaba sentado en el alféizar de una ventana, un mocoso jugaba en la cuneta con un cachorro mugriento. Las hileras de brillante colada se veían ensartadas como banderines a lo ancho de un callejón. Todo estaba inmóvil. El semáforo seguía en rojo. Poco después, como si en alguna parte hubiesen accionado una palanca secreta, la terrible escena cobró vida lenta y tímidamente. Primero un tren verde cruzó un puente de metal rojo. Luego las puertas de dos casas se abrieron a la vez y dos muchachas engalanadas con sus mejores ropas de domingo salieron a la calle soleada. El crío balbuceó y el perrito aulló. Un avión surcó el cielo y un instante después su sombra cubrió la calle. Con sorprendente agilidad el viejo se apeó de un salto del alféizar. Hubo una pausa que pareció efectista y entonces, con una escalofriante ráfaga de la sirena antiniebla, por encima de los tejados asomó el puente blanco y la chimenea negra de un barco enorme y majestuoso. Fue todo tan extraño, tan inocente y vehemente —como la ilustración de la cubierta de un libro de geografía para niños— que tuve ganas de reír, aunque creo que si hubiese reído, habría sonado a sollozo. El conductor soltó una palabrota y se saltó la luz roja. Volví la cabeza deprisa y vi que todo se alejaba, las muchachas domingueras y el barco, el niño y el perro, el viejo, el puente rojo, todo se alejaba hacia el pasado.

La comisaría era una especie de falso palacio renacentista con alta fachada de piedra gris, muchas ventanas y una arcada que desembocaba en un patio pequeño y oscuro donde seguramente antaño había habido una horca. Me sacaron del coche de mala manera y me guiaron por puertas bajas y a lo largo de sombríos pasillos. Imperaba la atmósfera de letargo del domingo por la tarde y olía a internado. Confieso que esperaba que la comisaría en pleno estuviera intrigada por mi llegada, que funcionarios, secretarias y policías de tirantes se apiñaran en la entrada para verme, pero casi no había un alma y los pocos con que me crucé apenas se tomaron la molestia de mirarme, cosa que hizo que me sintiera algo ofendido. Nos detuvimos en un cuarto lúgubre y desagradable y el inspector Haslet tardó unos minutos en llegar. Al patio daban dos altas ventanas muy sucias y con los cristales inferiores reforzados con tela metálica. Había un escritorio lleno de inscripciones y varias sillas de madera. Nadie tomó asiento. Arrastramos los pies y miramos el techo. Alguien carraspeó. Apareció, en mangas de camisa, un policía con unos cuantos años auestas. Era calvo y tenía una sonrisa tierna, casi infantil. Vi que llevaba gruesas botas negras, lustradas, con los cordones muy apretados. Esas botas fueron una visión reconfortante. A lo largo de los días siguientes calaría a mis guardianes por su calzado. Tuve la impresión de que podía confiar en zapatos gruesos y en botas, y que las zapatillas deportivas eran siniestras. El coche del inspector Haslet paró en el patio.

De nuevo aguardamos su llegada. Entró igual que antes, con la misma sonrisa tímida. Permanecí de pie delante del escritorio mientras leía las acusaciones. Fue una ceremonia extrañamente formal. Me acordé del día de mi boda y tuve que disimular una sonrisa. El policía viejo y calvo mecanografió la hoja de los cargos en una antigua y negra máquina de escribir vertical, como si hiciese laboriosos esfuerzos por tocar de oído una melodía al piano, con la punta de la lengua encajada en la comisura de los labios. Cuando el inspector Haslet me preguntó si quería añadir algo, negué con la cabeza. No habría sabido por dónde empezar. Así concluyó el ritual. Se produjo una especie de relajamiento general y, con excepción de Hogg, los detectives salieron. Fue como el fin de la misa. Hogg sacó un paquete de cigarrillos y convidó a Haslet, al agente de la máquina de escribir y, tras unas breves vacilaciones, a mí. Me sentí en la obligación de aceptar. Procuré no toser. Dígame, ¿cómo me encontró?, pregunté a Haslet. Se encogió de hombros. Parecía un estudiante que ha obtenido una puntuación tan alta en los exámenes que se siente perturbado. Por la chica del puesto de periódicos, replicó. Usted iba todos los días y solo leía la misma noticia. Ah, sí, claro, dije. De todos modos, me pareció muy poco convincente. ¿Le estaba cubriendo las espaldas a Binkie Behrens, incluso a Anna? (No fue así. Los Behrens guardaron silencio hasta el final). Fumamos como si estuviéramos de tertulia. Por las ventanas entraban rayos gemelos de sol. En alguna parte canturreaba una radio. De pronto me sentí profundamente aburrido.

Oiga, dijo Hogg, cuéntenos por qué lo hizo.

Lo miré estupefacto y desconcertado. Era la única pregunta que jamás me había planteado, al menos con una fuerza tan directa e inevitable. Sargento, le aseguro que es una pregunta excelente, dije. No cambió de expresión y me pareció que no se movía, a pesar de que subió y bajó un mechón de pelo y durante un segundo tuve la impresión de que yo tenía un ataque, de que algo en mi interior, el hígado o un riñón, reventaba por decisión propia. Sentí, sobre todo, desconcierto..., desconcierto y una satisfacción rara y perversa. Caí de rodillas en medio de una bruma abrasadora. Me faltaba el aliento. El agente viejo salió de detrás del escritorio, me ayudó a levantarme —¿dijo ¡caramba! o me lo imaginé?—, y a cruzar la puerta trastabillante, me acompañó por el pasillo y me hizo entrar en un retrete fétido y exiguo. Me incliné sobre la taza y vomité tacos de huevo, patatas grasientas y una ristra de leche cortada. El dolor de mis entrañas era extraordinario, me parecía increíble, yo, que debería haberlo sabido todo sobre estas cuestiones. Cuando ya no quedó nada que vomitar, me senté con los brazos alrededor de las rodillas. Ah, sí, pensé, esto está mejor, se parece a lo que esperaba, mientras me retorcí en el suelo del mugriento excusado con el estómago en llamas. El agente llamó a la puerta y me preguntó si había terminado. Otra vez me ayudó a ponerme en pie y regresamos despacio por el pasillo. Siempre pasa lo mismo, dijo con tono coloquial, suben cosas que uno no recuerda haber comido.

Hogg estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, y miraba el

patio. Me observó por encima del hombro. ¿Se siente mejor?, preguntó. El inspector Haslet estaba sentado al escritorio, absorto y tamborileando los dedos sobre una mezcolanza de papeles. Señaló la silla que tenía a su lado. Me senté con cautela. Cuando se volvió para mirarme, nuestras rodillas estuvieron a punto de tocarse. Fijó la mirada en un rincón del techo. Bien, dijo, ¿quiere hablar conmigo? Ay, claro que quería, quería, quería hablar y hablar, confiar en él, lanzar en tropel todos mis secretillos. Pero ¿qué podía decir? ¿Qué secretos? El agente calvo volvía a estar ante la máquina de escribir, con los dedos despuntando sobre las teclas y la mirada clavada en mis labios con animada expectación. Hogg también esperaba, junto a la ventana, y hacía sonar las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Lo que les dijera me importaba un bledo, para mí ellos no contaban. El inspector era harina de otro costal. Me recordaba a alguien que tal vez conociera de estudiante, uno de esos héroes modestos y poco expresivos que no solo eran buenos en deportes sino en matemáticas, y que restaban importancia a los elogios, pues su propio éxito y popularidad los volvía tímidos. No tuve valor para confesarle que no había nada que confesar, que no había elaborado un plan que mereciera ese nombre, que casi desde el principio había actuado irreflexivamente. Por eso me inventé una sarta de disparates y dije que había pretendido que el robo pareciera obra de terroristas y otro montón de sandeces que por vergüenza no me atrevo a repetir. Y entonces la chica, dije, la mujer —¡durante un segundo me resultó imposible recordar su nombre!—, y entonces *Josie*, dije, lo echó todo a perder al intentar impedir que me llevase el cuadro, al atacarme, al amenazarme con..., con...; me quedé sin palabras, continué sentado y lo miré sin esperanza, retorciendo las manos. Estaba tan necesitado de que me creyera. En ese momento el hecho de que diera crédito a mis palabras me pareció casi tan deseable como el perdón. Reinó el silencio. Seguía mirando un rincón del techo. Daba la impresión de que no me escuchaba. Jesús, dijo Hogg sin excesivo ardor, y el agente sentado al escritorio carraspeó. Haslet se puso en pie, retrocedió un paso, dobló una rodilla, abandonó el cuarto y cerró con suavidad la puerta al salir. Lo oí caminar pasillo abajo con el mismo andar tranquilo. Sonaron débiles voces, la suya y otras. Hogg me miraba por encima del hombro con cara de asco. Es usted un payaso de tomo y lomo, dijo. Pensé contestarle, pero me decanté por la prudencia. Pasó el tiempo. Alguien rio en una habitación cercana. En el patio se encendió el motor de una moto. Estudié el cartel amarillo colgado de la pared, que advertía sobre los peligros de la rabia. Sonreí. Por fin habían capturado al perro rabioso de Montgomery.

El inspector Haslet regresó, mantuvo abierta la puerta e hizo pasar a un hombre corpulento, sudoroso, de cara roja y camisa a rayas, y a otro sujeto más joven, de aspecto peligroso, uno de los miembros de la estirpe de Hogg. Se congregaron a mi alrededor y me miraron, se inclinaron muy concentrados y respiraron con las manos apoyadas en el escritorio. Volví a contar mi historia y procuré recordar los detalles para no contradecirme. En esta ocasión sonó aún más inverosímil. Cuando acabé

reinó el silencio. Empezaba a acostumbrarme a esas pausas interrogativas y, en mi opinión, profundamente escépticas. El hombre de cara roja, del que deduje era una persona de gran autoridad, parecía presa de una ira que le costaba gran esfuerzo dominar. Lo llamaremos... Barker^[4]. Me observó unos instantes con atención. Vamos, Freddie, dijo, ¿por qué la mató? Le clavé los ojos. No me gustaba nada ese tono desdeñosamente confianzudo —¡vaya con *Freddie!*—, pero lo dejé correr. Reconocí en él a un ejemplar de mi misma especie, a una de las personas corpulentas, de mal genio y respiración resollante que habitan este mundo. Además, ya estaba harto de la parodia. La maté porque pude hacerlo, respondí, ¿qué más puedo añadir? Todos nos sorprendimos con esa frase, yo tanto como ellos. El más joven, Hickey..., no, Kickham^[5], lanzó una especie de risilla. Poseía una voz suave, aguda y casi musical que contrastaba enormemente con su aspecto y su actitud amenazadoras. No me acuerdo de cómo se llama, dijo, pero es marica, ¿no? Lo miré desamparado. No sabía de quién hablaba. No lo entiendo, dije. French, dijo con impaciencia, ¿es de la acera de enfrente? Me reí, era inevitable. No supe si la idea de Charlie entrando a saltos en el pub de Wally y pellizcando los traseros de los jovencitos era cómica o absurda. (Al parecer, el niño de Wally, Sonny el de los matices esmeralda, había lanzado calumnias sobre las predilecciones del pobre Charlie. Francamente, este mundo es siniestro). Oh, no, dije, no..., tiene una mujer ocasional. El nerviosismo y la sorpresa me llevaron a pronunciar esa frase, no pretendía hacer un chiste. Nadie rio. Siguieron mirándome mientras el silencio se tensaba como algo que se atornillaba y luego, como si hubiesen recibido una señal, se dieron la vuelta, salieron con un portazo y me quedé a solas con el policía entrado en años, que sonrió con ternura y se encogió de hombros. Le dije que las náuseas volvían a dominarme y salió a buscarme una taza de té empalagoso y un trozo de pan. ¿Por qué será que el té, el mero hecho de verlo, me hace sentir desdichado, como un niño abandonado? Cuán perdido y solitario parecía todo: el cuarto con olor a cerrado, los ruidos difusos de la gente que hacía su vida en otra parte, la luz del sol en el patio, esa misma luz densa y brillante que, atravesando los años, brilla hasta en los rincones más recónditos de la infancia. Había desaparecido la euforia de un rato antes.

Haslet retornó, esta vez solo, y como antes se sentó a mi lado. Se había quitado la chaqueta y la corbata y remangado la camisa. Llevaba el pelo revuelto. Parecía más joven que nunca. También portaba una taza de té que parecía enorme en su mano pequeña y blanca. Me lo imaginé de niño, en cualquier pantano de los yermos de la zona central de Inglaterra, amontonando turba en compañía de su padre: temblor de agua en los cortes, olor a humo y a patatas asadas, las lejanas distancias del color del pellejo de una liebre y el cielo inmenso y vertical atiborrado de manojos de nubes luminosas.

Muy bien, dijo, empecemos de nuevo.

Estuvimos horas hablando. Me sentí casi feliz sentado en su compañía, sacando a raudales la historia de mi vida mientras la luz que se colaba por la ventana se alargaba

y se desvanecía el día. Mostró una paciencia infinita. Me dio la impresión que no había nada, ningún detalle por muy nimio o enigmático que pareciese, que dejara de interesarle. No, no es exactamente así. Fue como si, en realidad, nada le interesase. Lo escuchó todo, cada mechón y nudo de mi historia, con el mismo y pasivo aire de tolerancia, con la misma sonrisilla débil y perpleja. Le dije que conocía a Anna Behrens, a su padre, sus minas de diamantes, sus empresas y su inapreciable colección de obras de arte. Lo observé con atención e intenté deducir hasta qué punto mis palabras eran una novedad para él, pero no sirvió de nada, no dejó traslucir absolutamente nada. Sin embargo, debía de haber hablado con ellos, debía de haberles tomado declaración y todo lo demás. Sin duda le habían hablado de mí, sin duda ya habían dejado de protegerme. Se rascó la barbilla y volvió a mirar un rincón del techo. El tal Behrens es un hombre que se ha hecho a sí mismo, ¿no?, preguntó. Vamos, inspector, dije, ¿acaso no lo somos todos? Al oírme me miró extrañado y se levantó. Volví a percibir una fugaz mueca de dolor. Sufría de la rodilla. Jugaba al fútbol. Los domingos por la tarde, los gritos amortiguados por el aire gris, el golpe seco del cuero sobre el cuero. Pregunté: Y ahora, ¿qué pasará? No quería que me dejase. ¿Qué haría cuando llegara la oscuridad? Respondió que diera al agente el nombre de mi abogado para que le comunicase que estaba detenido. Asentí. Yo no tenía abogado, pero sentí que no podía decirlo: todo era muy sosegado y amistoso y no deseaba provocar el menor contratiempo. Además, estaba decidido a acometer mi propia defensa y ya me veía pronunciando arengas geniales y apasionadas desde el banquillo de los acusados. ¿Hay algo más que deba hacer?, pregunté, y lo miré con seriedad. ¿Hay alguien más a quien deba comunicárselo? (Oh, fui tan bueno, tan conciliador, qué cálido estremecimiento de conformidad sentí al ser tan respetuoso con el buen chico). Volvió a dedicarme una mirada peculiar, cargada de irritación e impaciencia, pero también de cierto divertimento irónico, incluso de un atisbo de complicidad. Lo que puede hacer es contar su historia tal como ocurrió, sin adornos ni fantasías, dijo. ¿Qué quiere decir?, pregunté, ¿qué quiere decir? Me sentí consternado. De repente Bob Cherry se puso serio, durante un instante casi se convirtió en el señor Quelch^[6]. Sabe perfectamente a qué me refiero, respondió. Salió y volvió Hogg, Hogg volvió con el agente entrado en años —por amor de Dios, hay que darle un nombre—, Hogg volvió con Cunningham, el viejo Cunningham, el sargento de recepción, y me bajaron a los calabozos.

¿Sigo esposado?

No sé por qué digo que me *bajaron* (bueno, claro que lo sé), ya que nos limitamos a caminar por el pasillo, pasar por delante del rerete y atravesar una puerta de acero. Confieso que experimenté cierta aprensión, rápidamente reemplazada por la sorpresa: ¡todo era tal como esperaba! De verdad hay barrotes, de verdad hay un cuenco, un jergón, colchón con forro de rayas y plagado de bultos, e inscripciones en las sucias paredes. Incluso había un veterano barbudo, con los nudillos blancos a la puerta de su celda, que me observó con mofa muda y colérica. Me entregaron una pastilla de

jabón, una toalla diminuta y tres trozos de brillante papel higiénico. A cambio entregué el cinturón y los cordones de los zapatos. En el acto me percaté de la importancia del ritual. Acobardado, con las lengüetas de los zapatos salidas, aferrando con una mano la pretina del pantalón y sujetando con la otra, a la vista de todos, los accesorios fundamentales de mis funciones más privadas, ya no era plenamente humano. Me apresuro a añadir que me pareció muy correcto, en verdad una especie de ajuste de cuentas, una definición oficial y exterior de lo que en todo momento había sido el caso en mi caso. Había alcanzado mi apoteosis. Hasta el viejo Cunningham y el sargento Hogg parecieron reconocerlo porque a partir de ese momento me trataron secamente, con una especie de consideración airada y abstraída, como si fueran mis guardianes en lugar de mis carceleros. Yo podría haber sido un león viejo, enfermo y desdentado. Hogg se metió las manos en los bolsillos y se alejó silbando. Me senté en el borde del jergón. Pasó el tiempo. Todo estaba en paz. El veterano de la celda de al lado me preguntó mi nombre. No le respondí. Que te den por el culo, dijo entonces. Cayó la tarde. Siempre he amado esa hora en la que la luz suave y de muselina asciende, como si saliera de la tierra misma, y todo parece tornarse pensativo y apartarse. Era de noche cuando se presentó el sargento Hogg y me entregó un papel sucio. Por su aliento supe que había comido patatas fritas de bolsa. Miré desconcertado la hoja mal mecanografiada. Es su confesión, dijo Hogg. ¿Por qué no la firma? El preso de al lado rio torvamente. ¿Qué dice?, pregunté. Estas no son mis palabras. Hogg se encogió de hombros y eructó tapándose la boca con la mano. Como quiera, dijo, de todos modos le caerá la perpetua. Se fue. Me senté y examiné el insólito documento. ¡Cunningham se las sabía todas! Tras la máscara de vejete calvo se ocultaba un artista trabajador y endemoniado, el tipo de artista que yo jamás llegaría a ser, directo y sutil, maestro del estilo parco, del arte que oculta el arte. Me maravilló la forma en que lo había puesto todo a su servicio, las faltas de ortografía, la torpe síntesis, incluso el atroz mecanografiado. Tanta humildad, tanta deferencia, qué implacable represión del yo en bien del texto. Había tomado mi historia, con todos sus —¿cómo lo había expresado Haslet?—, con todos sus adornos y fantasías, y la había reducido a los elementos básicos absolutos. Era un relato de mi crimen que apenas reconocía, pero me lo creí. Cunningham me había convertido en asesino. Lo habría firmado, pero no tenía con qué escribir. Incluso registré mis ropas en busca de algo afilado, un alfiler o cualquier cosa parecida, con lo cual pincharme y estampar mi firma en sangre. Pero daba lo mismo, no hacía falta que lo avalara. Doblé reverentemente la hoja en cuatro y la puse bajo el colchón, en el extremo donde apoyaría la cabeza. Después me desvestí, me acosté desnudo en la oscuridad, crucé las manos sobre el pecho como un caballero de mármol en la tumba y cerré los ojos. Había dejado de ser yo mismo. No sé cómo explicarlo, pero es verdad. Había dejado de ser yo mismo.

La primera noche en cautiverio fue turbulenta. Dormí a rachas, no se puede decir que durmiera, fue más bien como sacudirse y deslizarse desvalidamente sobre la superficie de un mar oscuro. Percibí las profundidades debajo de mí, las honduras negras e insondables. Como siempre, la hora que precede al alba fue la peor. Me masturbé sin cesar —más vale pasar por alto los detalles sórdidos—; más que por placer, para agotarme. Qué abigarrado grupo de maniqués evoqué para que participaran conmigo de esos roces melancólicos. Daphne estuvo presente, por supuesto; y Anna Behrens, divertida y algo escandalizada por lo que le hice hacer; y también la pobre Rojiza, que volvió a llorar en mis brazos cuando yo, mudo y sigiloso mientras cumplía mi crimen, la apretaba y volvía a apretarla contra la puerta de la habitación vacía y con claro de luna de mi imaginación. También hubo otras a las que no esperaba: por ejemplo, la sobrina de Madge —¿se acuerdan de la sobrina de Madge?—, la chica corpulenta de nuca roja que había seguido por las calles de la ciudad —¿se acuerdan de *ella*?— e incluso, que Dios me perdone, mi madre y la moza de cuadra. Al final, cuando todas llegaron y se fueron y yací vacío en el jergón del calabozo, volvió a surgir una vez más, cual el espectro de una tarea onerosa e ineludible, la imagen de esa puerta misteriosa y oscura y la presencia invisible que contenía, anhelando aparecer, estar presente. Anhelando vivir.

Lunes por la mañana. Ah, lunes por la mañana. La luz cenicienta, el ruido, la sensación de prisa insustancial pero coercitiva. Creo que un lunes por la mañana seré recibido en el infierno. Me despertó temprano un policía que traía otra taza de té y otro trozo de pan. Había estado dormitando, fue como si un animal grande, caliente y maloliente me sostuviera con fuerza entre sus brazos. En el acto supe exactamente dónde estaba: no había error posible. El policía era joven, un muchacho enorme de cabeza minúscula, y cuando abrí los ojos y lo miré me dio la impresión de que se elevaba casi hasta el techo. Dijo algo ininteligible y se alejó. Me senté en el borde del jergón y me sujeté la cabeza con las manos. Tenía la boca empastada, sensación de dolor detrás de los ojos y de temblor en la zona del diafragma. Me pregunté si la náusea me acompañaría durante el resto de mi vida. La pálida luz del sol entraba en declive a través de los barrotes del calabozo. Tenía frío. Me cubrí los hombros con una manta y me agaché sobre el cubo, con las rodillas temblorosas. No me habría sorprendido que una multitud se apiñase en el pasillo para cachondearse de mí. No hacía más que pensar que sí, esto es todo, así serán las cosas desde ahora. Fue horrible, pero casi grato.

El sargento Cunningham vino a buscarme para la primera sesión de interrogatorios de la jornada. Me había lavado lo mejor que podía en la mugrienta pila del rincón. Le pregunté si me podía dejar una maquinilla de afeitar. Se rio y meneó la cabeza como si la idea le pareciese de fábula. Me consideraba de verdad un bicho raro. Admiré su excelente humor: había estado en pie toda la noche, su turno estaba a punto de concluir. Me arrastré tras él por el pasillo, sujetándome el pantalón para que no se me cayera. El despacho estaba poblado por un arisco pandemonio. Tecleaban las máquinas de escribir, las radios de onda corta lloriqueaban ráfagas adenoideas y la gente entraba y salía, hablando por encima del hombro, se arrinconaba en los escritorios o gritaba por los teléfonos. Cuando pasé se hizo el silencio..., no, no fue exactamente silencio, sino una modulación descendente del ruido. Era evidente que se había corrido la voz. No me miraron, supongo que porque habría sido poco profesional, aunque de todos modos asimilaron mi presencia. Me vi en sus ojos: un ser grande y confuso, como un oso danzarín, que arrastraba los pies tras los tacones con punta metálica de las botas amistosas de Cunningham. Abrió una puerta y me hizo pasar a una estancia cuadrada y gris. Había una mesa con tablero de

plástico y dos sillas. Bueno, dijo, ya nos veremos, me guiñó un ojo, apartó la cabeza y cerró la puerta. Me senté despacio y apoyé las palmas de las manos sobre la mesa. Pasó el tiempo. Me sorprendió la serenidad con que me había dispuesto a esperar. Era como si no estuviese plenamente presente, como si de alguna forma me hubiese separado de mi yo físico. La habitación semejaba el interior de un cráneo. Daba la impresión de que el vocerío del despacho me llegaba desde otro planeta.

Barker y Kickham fueron los primeros en presentarse. Hoy Barker lucía un traje azul cortado en bandas grandes y anchas, como si su destino no fuera ponérselo sino albergar una colección de cosas, tal vez de cajas. Ya estaba rojo y sudando. Kickham llevaba la misma chaqueta de piel y la misma camisa oscura del día anterior —me pareció que no era un hombre muy propenso a mudar de ropa—. Querían saber por qué no había firmado la confesión. La había olvidado y dejado bajo el colchón, pero, sin saber por qué, respondí que la había roto. Se produjo otro de esos silencios breves y estentóreos mientras se cernían sobre mí, apretando los puños y bufando enérgicamente. La atmósfera rebosaba violencia reprimida. Salieron en fila y volví a quedar a solas. Después aparecieron un tipo mayor con traje de sarga de caballería y un sombrerito elegante, y un joven musculoso y de ojos entrecerrados que parecía el hijo contrariado del más viejo. Se quedaron junto a la puerta y durante un buen rato me observaron con atención, como si me midieran. Después el detective Sarga avanzó, se sentó frente a mí, cruzó las piernas y se quitó el sombrero, dejando al descubierto una calva aplastada, cerosa y sorprendentemente picada de viruelas, como la de un bebé enfermizo. Sacó la pipa, la encendió con rigurosa deliberación, descruzó las piernas, se repantigó y soltó una retahíla de preguntas enigmáticas que, comprendí al cabo de un rato, pretendían averiguar qué sabía yo de Charlie French y sus conocidos. Respondí con la mayor circunspección que pude porque no sabía qué era lo que querían averiguar... y sospecho que ellos tampoco. Les sonreí para demostrar lo bien dispuesto que estaba, lo sumiso que era. El más joven, que permanecía de pie junto a la puerta, tomaba notas. O al menos ejecutaba los movimientos de escribir en una libreta, ya que experimenté la curiosa sensación de que se trataba de una impostura que pretendía distraerme o intimidarme. Lo único que ocurrió fue que me harté —me resultó imposible tomármelo en serio—, me embrollé y empecé a contradecirme. Un rato más tarde ellos también se desalentaron y se largaron. Entonces apareció mi compañero, el inspector Haslet, que se acercó furtivamente con su tímida sonrisa y la mirada baja. Dios mío, dije, ¿quiénes son esos? Son de la división, respondió. Tomó asiento, miró el suelo y tamborileó los dedos sobre la mesa. Escuche, dije, estoy preocupado, mi esposa, yo... No escuchaba, no le interesaba. Sacó el tema de mi confesión. ¿Por qué no la había firmado? Habló con serenidad, como si se refiriera a las condiciones meteorológicas. Le aseguro que se evitaría muchos problemas, dijo. De repente la cólera me dominó, no sé qué se apoderó mí. Di puñetazos sobre la mesa, pegué saltos y grité que no haría nada, que no firmaría nada a menos que me dieran algunas respuestas. De

verdad que lo dije: *¡A menos que me den algunas respuestas!* La ira se desvaneció en el acto, volví a sentarme sumisamente y me mordí los nudillos. El aire agotado se aposentó. Su esposa, dijo Haslet sin inmutarse, está cogiendo un avión —miró el reloj— justo en este momento. Lo miré. Ah, dije. Me sentí aliviado, como es obvio, pero no sorprendido. Siempre había sabido que el señor como se llame era demasiado caballeroso para prohibirle venir.

Era mediodía cuando llegó Maolseachlainn, con el aspecto desaliñado de quien acaba de saltar de la cama. Siempre tiene esa pinta, es otra de sus conmovedoras características. Ante todo me sorprendió lo mucho que nos parecíamos físicamente: dos hombres corpulentos, delicados, anchos y pesados. La mesa gemía cada vez que nos apoyábamos en ella y las sillas lanzaban chillidos de alarma bajo nuestros gordos traseros. Me cayó bien apenas lo vi. Dijo que tal vez no quisiera saber quién lo había contratado en mi nombre. Asentí con firmeza, aunque lo cierto es que semejante idea ni se me pasó por la cabeza. Le dio vueltas al asunto, masculló algo acerca de mi madre y afirmó que había trabajado para ella en algún momento impreciso del pasado. Yo tardaría mucho tiempo en averiguar, con gran sorpresa y bastante consternación, que de hecho había sido Charlie French quien lo había organizado todo, el que aquel domingo por la noche había llamado a mi madre, le había comunicado la noticia de mi detención y le había dicho que se pusiera inmediatamente en contacto con su buen amigo Maolseachlainn Mac Giolla Gunna, el célebre letrado. Fue Charles quien pagó y aún paga los nada insignificantes honorarios de Mac. Deposita el dinero en el banco y mi madre —supongo que ahora debe de hacerlo la moza de cuadra— lo envía como si procediera de Coolgrange. (Mac, lamento haberte ocultado este dato, pero así lo quiso Charlie). Si no me equivoco, ha presentado una confesión, ¿verdad?, dijo Maolseachlainn. Le hablé del maravilloso documento de Cunningham. Mis comentarios debieron de alterarme, ya que el abogado torció el gesto, cerró los ojos tras las gafas de media luna como si le doliera algo y alzó la mano para hacerme callar. No firme nada, dijo, absolutamente nada..., ¿se ha vuelto loco? Bajé la cabeza. Pero si soy culpable, dije con tono sereno, soy culpable. Hizo oídos sordos. Escúcheme, dijo, preste atención: no firme nada, no diga nada, no haga nada. Presentará una declaración de inocencia. Abrí la boca para protestar, pero no hubo modo de interrumpirlo. Presentará una declaración de inocencia, repitió, y cuando yo considere que ha llegado el momento oportuno, la cambiará y se declarará culpable de homicidio involuntario. ¿Me ha entendido? Me miraba fríamente por encima de las lentes. (Eso ocurrió en los primeros tiempos, antes de que se convirtiese en mi amigo). Negué con la cabeza. Dije que no me parecía correcto. Soltó una carcajada. ¡Correcto!, exclamó, pero no añadió: Me parece genial viniendo de usted. Permanecimos unos instantes en silencio. Mi estómago emitió un sonido corto y metálico. Me sentí nauseabundo y hambriento a

un tiempo. A propósito, dije, ¿ha hablado con mi madre, vendrá a verme? Simuló no oírme. Guardó los papeles, se quitó las gafas y se pellizcó el caballete de la nariz. Me preguntó si necesitaba algo. En ese momento me tocó a mí reír disimuladamente. Quiero decir, si hay algo que yo pueda hacer que ellos consigan para usted, añadió con tono remilgado y reprobador. Una maquinilla de afeitar, respondí, y que me devuelvan el cinturón, no tengo la menor intención de ahorcarme. Se puso en pie a punto de marcharse. De pronto quise retenerlo. Muchísimas gracias, dije con tanto fervor que se detuvo y me miró atentamente. Por si no lo sabe, tuve intención de matarla, dije, carezco de explicaciones y de excusas. Maolseachlainn se limitó a suspirar.

Por la tarde me llevaron a la sala. Me acompañaron el inspector Haslet y dos agentes de uniforme. Se me había infectado la herida de la mano donde me arañé con el rosal. Oh, Frederick, qué enfermo estás. Tengo un recuerdo extrañamente impreciso de la primera comparecencia. Esperaba que el tribunal fuera grandioso, semejante a una iglesia pequeña, con bancos de roble, techo artesonado y atmósfera de pompa y seriedad, pero se me cayó el alma a los pies cuando vi que era poco más que un mísero despacho, el tipo de lugar donde administrativos incompetentes expiden oscuros permisos. Cuando me hicieron entrar se produjo un irritado revuelo de actividad que tomé por los preparativos generales y que, como comprobé sorprendido, era la vista propiamente dicha. No duró más de uno o dos minutos. El juez, vestido con un vulgar traje de calle, era un vejete alegre, patilludo y de nariz roja. Debía de tener fama como hombre ingenioso porque cuando me miró jubiloso y dijo: Adelante, señor Montgomery, la sala entera se balanceó divertida. Sonreí con amabilidad para demostrarle que sabía encajar una broma aunque no la entendiese. Un agente me dio un golpe en la espalda, me puse en pie, me senté, volví a levantarme y todo acabó. Miré sorprendido a mi alrededor. Tenía la impresión de que me había perdido algo. Maolseachlainn reclamaba la libertad bajo fianza. El juez Fielding meneó afablemente la cabeza, como si regañase a un niño atrevido. Ah, no, señor, dijo, me parece que no la concederé. Esas palabras provocaron otra andanada de regocijo en la sala. Y me alegré de que lo estuvieran pasando tan bien. El policía situado detrás de mí estaba diciendo algo, pero no pude concentrarme en sus palabras porque tenía una horrorosa sensación de vacío en el pecho y me di cuenta de que estaba a punto de llorar. Me sentía como un niño o como un anciano muy viejo. Maolseachlainn me tomó del brazo. Me aparté desvalido. Vamos, dijo el policía con amabilidad, y caminé tras él a trompicones. Todo me daba vueltas. Haslet iba detrás de mí, a esas alturas ya conocía sus pasos. En la calle había una pequeña aglomeración. ¿Cómo sabían quién era yo, en qué sala me juzgarían, a qué hora comparecería? Cuando me vieron lanzaron un grito, una especie de gemido ululante de respeto y abominación que me puso la piel de gallina. Estaba tan confuso y

aterrado que me olvidé de todo y saludé..., ¡los saludé con la mano! Dios sabe en qué estaría pensando. Supongo que pretendía ser un gesto apaciguador, una señal animal de sometimiento y retirada. Como cabía esperar, eso los enardeció aún más. Esgrimieron los puños y chillaron. Uno o dos parecían a punto de separarse del grupo y arrojarse sobre mí. Una mujer lanzó un escupitajo y me tildó de sucio cabrón. Seguí de pie, asintiendo y saludando como un muñeco, con una sonrisa de terror clavada en el rostro. Fue entonces cuando me percaté por primera vez de que había matado a *uno de los suyos*. Había llovido mientras estaba en la sala y ahora había salido el sol. Recuerdo el brillo del asfalto húmedo, una nube que se alejaba sigilosamente por encima de los tejados y un perro que bordeó a la colérica multitud con mirada preocupada. Como puede ver, siempre las cosas secundarias, las pequeñeces. Entonces me cubrieron con la manta, me arrojaron de cabeza dentro del coche patrulla y partimos a toda velocidad, haciendo chirriar las ruedas. Ja-ja, ja-ja. Lloré hasta el hartazgo en medio de aquella oscuridad ardiente y lanuda.

La cárcel. Este sitio. Ya lo he descrito.

La primera visita que recibí fue toda una sorpresa. Cuando me dijeron que se trataba de una mujer, supuse que era Daphne, recién llegada al aeropuerto, o mi madre, y de primeras, cuando entré en la sala de visitas, no la reconocí. Parecía más joven que nunca con su jersey deforme, su falda escocesa y sus cómodos zapatos. Presentaba el aspecto informe y pecoso de una escolar, la burra de la clase, la que por la noche llora en el dormitorio y se pirra por los ponis. Solo su maravilloso pelo color fuego proclamaba su femineidad. ¡Jenny!, exclamé, y se ruborizó. La tomé de las manos. Estaba absurdamente contento de verla. Ignoraba que pronto se convertiría en mi usurpadora. En realidad me llamo Joanne, masculló, y se mordió el labio. Reí incómodo. Joanne, repetí, tienes razón, discúlpame, estoy muy confundido. Nos sentamos. Yo sonreía sin cesar. Me sentía voluble, casi frívolo. Podría haber sido el visitante, el viejo solterón amigo de la familia que va a visitar al patito feo el primer día de clase. Joanne había traído mi bolso de Coolgrange. Me resultó ajeno, familiar y sin embargo desconocido, como si desde la última vez que lo había visto hubiese emprendido un viaje extraordinario y transfigurador a otro planeta, a otra galaxia. Pregunté por mi madre. Tuve la discreción suficiente para no preguntar por qué no había venido. Dile que lo siento, dije. Sonó ridículo, como si me disculpara por faltar a una cita, y ambos desviamos furtivamente la mirada e, incómodos, guardamos silencio largo rato. Aquí ya me han puesto mote, añadí, como era de prever me llaman Monty. Sonrió y me alegré. Cuando esboza una sonrisa y se muerde el labio de esa manera tan peculiar, se parece más que nunca a una niña. Me cuesta creer que sea una intrigante. Supongo que se sorprendió tanto como yo al conocer el

testamento. Es difícil verla convertida en la señora de Coolgrange. Quizá sea eso lo que mi madre pretendía: tras *ella*, la tonta. Ah, este comentario no es digno de mí, ni de mi nueva seriedad. No la odio porque me haya desheredado. Me parece que, a su manera, intentó darme una lección, hacerme mirar las cosas más de cerca, quizá, prestar más atención a las personas como esta pobre chica desmañada, con sus pecas, su sonrisa tímida y sus cejas invisibles. Recuerdo lo que ayer me dijo Daphne, en medio de un mar de lágrimas, se ha clavado como una espina en mi mente. *¡No sabías nada de nosotras, nada!* Sin duda tiene razón. Hablaba de Estados Unidos, de sí misma, de Anna Behrens y de todas esas cosas, pero es verdad en sentido general: no sé nada. Y, sin embargo, lo intento. Miro, escucho y medito. De vez en cuando se me permite entrever algo que me parece un nuevo mundo, pero comprendo que siempre estuvo presente sin que yo me enterase. Mi amigo Billy resulta un guía valioso para estas exploraciones. Creo que no había mencionado a Billy, ¿eh? Se me pegó desde el principio, creo que está un poco enamorado de mí. Tiene diecinueve años: músculos, pelo negro y graso, manos de asesino bien proporcionadas, como las mías. Nuestros juicios se celebrarán el mismo día y Billy lo considera una señal de buena suerte. Está acusado de asesinato y de violación múltiple. Aunque insiste en que es inocente, no puede disimular una sonrisilla de culpabilidad. Creo que está íntimamente orgulloso de sus crímenes. De todas maneras, exhala una especie de inocencia, como si en su fuero interno hubiera algo, una parte minúscula y preciosa, que nada puede mancillar. Cuando pienso en Billy casi llego a creer en la existencia del alma. Desde niño ha estado detenido con cierta frecuencia y es una fuente inagotable de jerga carcelaria. Me cuenta los diversos e ingeniosos métodos que existen para introducir drogas. Por ejemplo, antes de que montaran las mamparas de cristal, esposas y amigas ocultaban en la boca bolsitas de plástico con heroína, que pasaban mediante largos besos, los presos las tragaban y luego las vomitaban en las letrinas. La idea me conmovió, me afectó profundamente. Qué necesidad, qué pasión, qué comprensión y osadía... ¿he conocido alguna vez sentimientos semejantes?

¿Qué estaba diciendo? Puras vaguedades. Aquí dentro nos ocurre a todos. Esta distracción que todo lo domina, esta apatía es una especie de defensa que en el acto, en cualquier momento y en cualquier lugar, nos permite borrarlos, caer en rachas de sueño breves y embotadas.

Joanne. Vino a verme, me trajo mi bolso. Me alegré de recuperarlo. Las autoridades de la cárcel habían confiscado la mayor parte de su contenido, aunque había algunas camisetas, una pastilla de jabón —su perfume me golpeó como un puñetazo—, un par de zapatos, mis libros. Abracé esas cosas, esos iconos, contra mi corazón y lloré por el pasado muerto.

El dolor, ese tipo de dolor es el gran peligro que corremos aquí dentro. Socava la voluntad. Los que ceden a ese dolor se tornan desvalidos, los domina un letargo devastador. Semejan personas de luto para las cuales el duelo no acaba nunca. Fui consciente de ese peligro y decidí evitarlo. Trabajaría, estudiaría. El tema estaba

presente, al alcance de la mano. Pedí a Daphne que me trajese sesudos tratados sobre pintura holandesa, no solo de historia, sino sobre las técnicas, los secretos de los maestros. Estudié informes sobre los métodos para preparar colores, sobre el comercio de aceites y pinturas, sobre la industria del lino en Flandes. Leí las biografías de los pintores y de sus mecenas. Me convertí en un experto de segunda fila en la república holandesa del siglo XVII. Pero a la larga no sirvió de nada: todo ese saber, esa información, creció y se petrificó como el coral que se adhiere a un barco hundido. ¿Cómo comparar los hechos con el sorprendente conocimiento que había resplandecido en mí mientras clavaba los ojos en el cuadro que yacía de canto en la cuneta donde lo dejé caer? No podría haber vivido con ese conocimiento, con esa certeza. Miro la reproducción clavada con chinchetas en la pared de mi celda, pero tiene algo muerto. Tiene algo muerto.

Con el mismo espíritu de bulliciosa exploración estudié detenidamente durante muchas horas los archivos de prensa de la biblioteca de la cárcel. Leí hasta la última palabra dedicada a mi caso, leí y releí, masqué las frases hasta que en mi mente se convirtieron en papilla insípida. Conocí la infancia de Josie Bell, sus años de escuela —lamentablemente fugaces—, su familia y sus amigos. Los vecinos hablaban bien de ella. Era una muchacha tranquila. En una ocasión había estado a punto de casarse, pero algo salió mal, su prometido se fue a Inglaterra y no volvió. Al principio Josie trabajó de dependienta en su pueblo. Antes de trasladarse a Whitewater, pasó una temporada en Dublín, trabajando de camarera en el Southern Star Hotel. ¡El Southern Star! ¡Dios mío, cuando estuve en casa de Charlie podría haber ido a ese hotel, reservado una habitación, dormido en la cama que ella había hecho alguna vez! Me reí de mí mismo. ¿Qué habría aprendido? Para mí, de ella no habría habido más que lo que hubo en los artículos de prensa, que lo que hubo aquel día en que me volví y la vi por primera vez en la puertaventana abierta, con los azules y los dorados del verano a su espalda, que lo que hubo cuando se agazapó en el coche y yo la golpeé y volví a golpearla y la sangre salpicó la ventanilla. Creo que esto es lo peor, el pecado esencial para el cual no hay absolución: nunca la imaginé lo bastante gráficamente, nunca le hice estar suficientemente presente, no la hice vivir. Sí, ese fracaso de la imaginación es mi verdadero crimen, el que dio lugar a todos los demás. Lo que le dije a aquel policía es verdad: la maté porque pude hacerlo y pude matarla porque, para mí, no estaba viva. Ahora mi tarea consiste en devolverle la vida. No estoy muy seguro de lo que esta frase significa, pero me golpea con la contundencia de un imperativo ineludible. ¿Cómo haré que se produzca este acto de parir? ¿Debo imaginarla desde el principio, desde la niñez? Estoy desconcertado y un poco asustado, pero algo se revuelve en mi interior y siento una extraña agitación. Tengo la impresión de haber adquirido nuevo peso y densidad. Me siento alegre y, a un tiempo, prodigiosamente serio. Estoy preñado de posibilidades. Estoy viviendo por dos.

Lo he decidido: no me dejaré influir, me declararé culpable de asesinato. Me parece justo. Cuando se lo comuniqué, Daphne se deshizo en lágrimas. Quedé azorado y espantado. ¿Y qué será de mí, qué será del niño?, gimió. Con toda la moderación de que fui capaz respondí que me parecía que ya había destruido sus vidas y que lo mejor que podía hacer era mantenerme apartado de ellos el mayor tiempo posible — incluso para siempre— a fin de que Daphne tuviese la oportunidad de rehacer su existencia. Parece que mis palabras no fueron de recibo. Lloró y lloró sentada al otro lado del cristal, sujetando con la mano un pañuelo de papel empapado y sacudiendo los hombros. Después salieron la cólera y la vergüenza, no entendí ni la mitad a causa de los sollozos. Daphne retrocedió en el tiempo. Lo que yo había hecho y dejado de hacer. Lo poco que sabía, lo poco que comprendía. La miré pasmado y boquiabierto. No pude pronunciar palabra. ¿Era posible que siempre hubiese estado tan errado con respecto a ella? ¿Cómo no me di cuenta de que tras su reticencia anidaba tanta pasión, tanto sufrimiento? Pensé en un pub por el que había pasado a última hora en uno de mis callejeos nocturnos por la ciudad la semana anterior a mi captura. Caía por, no estoy seguro, por Stoney Batter o algo parecido, era un pub de clase obrera con tela metálica de protección en las ventanas y antiguas manchas de vómito en la entrada. Cuando pasé, un borracho salió a trompicones y entreví el local unos segundos, antes de que la puerta volviera a cerrarse. Seguí mi camino sin detenerme, con la escena en la cabeza. Era digna de Jan Steen: la luz ahumada, la aglomeración de bebedores carirrojos, los viejos apoyados en la barra, la gorda que cantaba y exhibía su boca de dientes irregulares. Se apoderó de mí una especie de lento desconcierto, asombro y dolor por la fuerza con que me sentía excluido de aquel mundo simple, horrible y bullanguero. Tengo la impresión de haber pasado la vida así, cruzando por delante de puertas abiertas y ruidosas y siguiendo de largo hacia las penumbras. Sin embargo, también hay momentos que me llevan a pensar que no estoy definitivamente perdido. El otro día, sin ir más lejos, de camino a otra comparecencia como detenido, compartí el furgón policial con un viejo borracho al que habían arrestado la noche anterior por matar, según me contó, a su amigo. No fui capaz de imaginarlo con un amigo, menos aún matándolo. Habló sin parar mientras rodábamos, pero casi todo lo que dijo fue un galimatías. Tenía un ojo a la funerala y una herida supurante y enorme en la boca. Por la ventanilla con barrotes contemplé el paso de las calles por la ciudad e hice lo imposible por ignorar al borracho. Cuando tomamos una curva cerrada, se cayó del asiento encima de mí y descubrí que sostenía con mis brazos a la vieja bestia. Su olor era insoportable y los harapos que llevaba tenían un tacto resbaladizo que me obligó a apretar los dientes, pero de todas formas lo sostuve, no habría permitido que cayera al suelo y creo que incluso —me parece que estoy rizando el rizo— lo habría abrazado en un gesto de, no estoy seguro, de simpatía, de camaradería, de solidaridad, de algo por el estilo. Sí, lo que soy es un

explorador que atisba un nuevo continente desde la proa de un barco a punto de naufragar. No quiero dar lugar a error: considero que episodios como este, que dichas incursiones en el nuevo mundo, no disminuyen un ápice mi culpa. Pero tal vez tengan significado en el futuro.

¿Debería destruir el último párrafo? No, da lo mismo, que se quede.

Daphne me trajo un dibujo de Van. Lo he clavado con chinchetas en la pared. Según ha dicho, es mi retrato. Un pie enorme y con forma de garrote, dedos asalchichados, un ojo de cíclope extrañamente sereno. Si lo pienso, es en realidad de una semejanza asombrosa. También me ha dado una noticia sorprendente. Joanne ha invitado a Daphne y al niño a que vayan a vivir a Coolgrange. Mi esposa y la moza de cuadra montarán juntas la casa. (¡De qué rara manera las circunstancias se las ingenian para crear algo que parece un desenlace!). No estoy insatisfecho, lo cual me sorprende. Por lo visto, yo también viviré allí cuando salga. Oh, me imagino con botas de lluvia y sombrero limpiando las cuadras. Pero no he dicho nada. Pobre Daphne, si solo..., ah, sí, si solo...

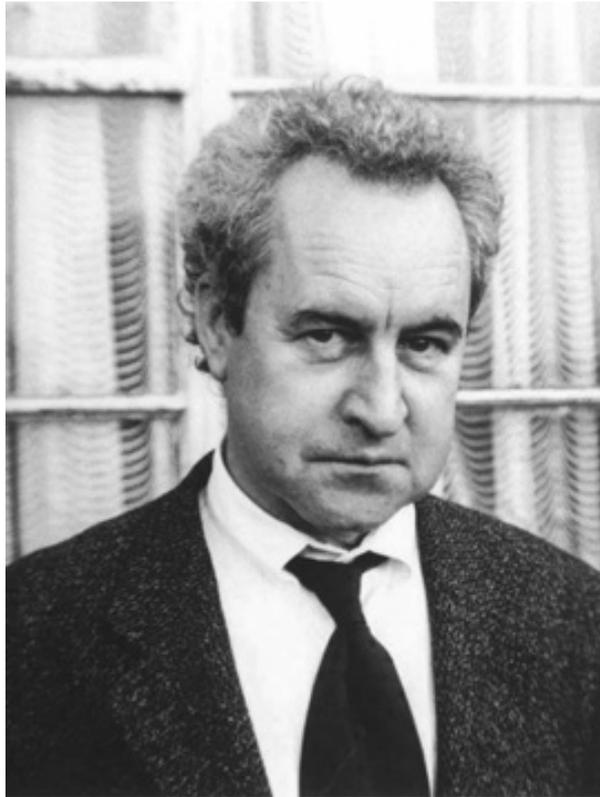
Maolseachlainn también se horrorizó cuando le comuniqué mi decisión. No padezca, dije, me declararé culpable y no quiero concesiones. No lo entendió y no tuve fuerzas para explicárselo. Lisa y llanamente, es lo que quiero. Es lo que debo hacer. El barco de Apolo ha zarpado hacia Delos, con la popa coronada de laurel, y yo debo cumplir mi condena. A propósito, Mac, dije, le debo un plato a Charlie French. Aunque no entendió la broma, sonrió. ¿Sabe una cosa? Cuando la dejé no estaba muerta, dije. No fui lo bastante hombre para rematarla. Hubiera hecho lo mismo con un perro. (Es verdad..., ¿no tienen fin las cosas que he de confesar?). Asintió e hizo esfuerzos por no mostrar su repugnancia, aunque tal vez solo pretendía disimular su sorpresa. La gente robusta no muere con facilidad, dijo. Recogió sus papeles y se dispuso a salir. Nos dimos la mano. La ocasión parecía exigir una formalidad tan nimia.

Ah, antes de que se me olvide, la trama: estuvo a punto de escabullirse de mi mente. Charlie French le compró los cuadros a mi madre por un precio irrisorio y se los vendió caros a Binkie Behrens, después se los compró baratos a Binkie y se los vendió a Max Molyneaux. O algo por el estilo. ¿Qué importa? Actos oscuros, oscuros actos. Ya está bien.

Pasa el tiempo. Devoro el tiempo. Imagino que soy una especie de gusano que consume el futuro serena y metódicamente, lo que el mundo exterior llama futuro. Debo estar alerta y no ceder a la desesperación, a esa abulia que siempre fue una amenaza contra todo lo que intenté hacer. He mirado tanto tiempo el fondo del abismo que a veces pienso que es el abismo el que mira en mi interior. He tenido días

buenos y malos. Pienso en los monstruos de cuyo lado me ha situado mi crimen —los asesinos, los torturadores, las sucias bestezuelas que contribuyen a que suceda— y me pregunto si no sería mejor acabar con todo. Pero tengo mi tarea, mi condena. Hoy, en el taller, percibí el olor de ella, un olor penetrante, metálico e inconfundible. Es el olor del limpiametales; seguramente aquel día estuvo limpiando la platería. ¡Me sentí tan dichoso cuando lo identifiqué! Todo parecía posible. Incluso me pareció que algún día despertaría y, avanzando desde la habitación a oscuras hacia el marco de la puerta que ahora está siempre en mi mente, vería a una niña, una muchacha a la que de inmediato reconocería sin el menor atisbo de duda.

Es primavera. Hasta aquí dentro lo notamos, en la vivificación del aire. Tengo algunas plantas en la ventana, me gusta ver cómo se alimentan de luz. El juicio tendrá lugar la semana que viene. Será rápido. La prensa se llevará un chasco. Había pensado publicar estas páginas, mi testimonio. Pero no lo haré. He pedido al inspector Haslet que las guarde en mi expediente, con las otras ficciones, las oficiales. Hoy me visitó en mi celda. Cogió las páginas y las sopesó con la mano. Iba a ser mi defensa, dije. Me miró con el gesto torcido. ¿Incluyó que es científico, que conocía a la Behrens, que debía dinero y ese tipo de cuestiones?, preguntó. Sonreí. Es mi historia, dije, y a ella pienso atenerme. Se rio. Venga ya, Freddie, dijo, ¿hasta qué punto es verdad? Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. ¿Qué es verdad, inspector?, dije. Todo. Nada. Solo la vergüenza.



JOHN BANVILLE nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (1989) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo finalmente en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Eclipse*, *Imposturas*, *Los infinitos* y *Antigua luz*, uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012) y *Venganza* (2013) —, y *La rubia de ojos negros* (2014), en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe.

En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel; en 2012 Javier Marías lo nombró duque del Reino de Redonda, un reconocimiento personal a sus escritores admirados; en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».

Notas

[1] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[2] Billy Bunter es el gordo protagonista de unos cómics y serie de televisión británicos de los cincuenta. (*N. del T.*) <<

[3] Frederick Moosbrugger, laureado vicealmirante de la Armada de los Estados Unidos, cosechó importantes éxitos durante la Segunda Guerra Mundial en el frente del Pacífico. *(N. del T.)* <<

[4] *Barker* significa ladrador o gritón. (N. del T.) <<

[5] *Hickey* significa paleta y *kickham*, algo así como «mano rápida». (N. del T.) <<

[6] Bob Cherry y el señor Quelch son personajes del cómic y la serie de televisión *Billy Bunter*. (N. del T.) <<